
¡MIERDA!
¿ME ENAMORE DE TI?
NO ÉRAMOS PARA SIEMPRE, PERO FUIMOS TODO.
EM DOMINGUEZ

¡MIERDA! ¿ME ENAMORE DE TI?



No fueron amigos de infancia.
Ni siquiera fueron amigos. El fingía ser alguien.

Ella nunca fingió nada.
Y justo cuando creyeron que lo sabían todo el uno y otro…

La vida les cambio el juego.

¡ADVERTENCIA!

Esta historia está dirigida a mayores de 18 años. Contiene lenguaje fuerte, referencias a drogas y escenas de contenido sexual.

Se informa para evitar malentendidos. Si eres menor, se recomienda discreción o supervisión.

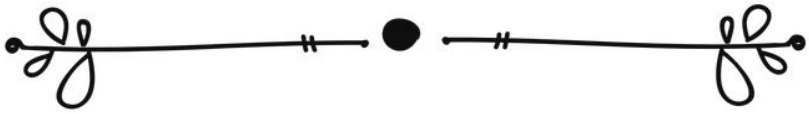
Si decides quedarte, hazlo con madurez. Disfruta la historia… y si conectas con los personajes, siéntelo sin miedo.

Nota de la autora:

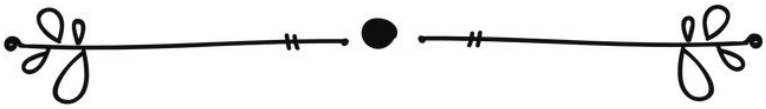
Perdón por posibles errores. Estoy empezando a escribir y, pese a mi dislexia, doy lo mejor para contar esta historia.

Atentamente,
Em.

DEDICATORIA



A ese amor que empezó como guerra,
se volvió todo…
y aprendió a quedarse como amistad.



PRÓLOGO

Noah Benedetti

Dicen que el amor llega cuando menos lo esperas. Mierda. A mí no me llegó, me estrelló contra la pared como una ola en la orilla, sin tiempo de respirar, dejándome el sabor a sal y la sensación de que ya no era dueño de mis propios pies.

Así empezó todo. Con el olor a césped recién cortado de los campos de fútbol y el roce de su uniforme contra el mío en una jugada que fue mucho más que un balón. Mika Rossi. Su nombre era una canción que no quería escuchar, pero que sonaba en mi cabeza a cada hora. La chica con una sonrisa que prometía un incendio y unos ojos que guardaban las cenizas de un pasado que yo aún no entendía. Yo, Noah Benedetti, el tipo que creía que la mejor armadura era un mal humor bien construido.

Nos odiábamos. O eso creíamos. Cada discusión era un pretexto para acercarnos, cada insulto una forma de decirnos el nombre en voz alta sin que nadie lo notara. La rivalidad era la excusa perfecta para no admitir que sus miradas me descalzaban el alma, que la simple idea de que se riera con otro me ponía los nudillos blancos.

Entonces, en medio de ese caos que llamábamos amistad, sucedió. Un beso robado en un coche a oscuras, con la música de la radio a todo volumen para ahogar el sonido de nuestros corazones desbocados. El alcohol en su aliento, el temblor de sus labios... y la certeza absoluta de que estamos.

Porque el amor, el de verdad, no es una postal. Es una patada en los estómago. Es el miedo de entregarle a alguien el arma con la que

puede destruirte. Y es la frase más estúpida y honesta que jamás he susurrado contra su piel, mientras el mundo se quemaba afuera:

"Mierda... me he enamorado de ti".

Esta no es una historia de amor. Es la crónica de cómo nos rendimos. De cómo nos rompimos para poder nacer de nuevo.

RECUERDO ROJO

Noah

Si existe algo capaz de convencer a un adolescente de que finalmente tiene su vida bajo control, es entregarle las llaves de su primer automóvil. No importa cuántas veces los adultos intenten explicarte que sigues siendo el mismo idiota de siempre, porque en el instante en que te sientas detrás del volante comienzas a creer que el mundo entero acaba de reconocer tu evidente grandeza.

Yo no fui la excepción.

Llevaba meses insistiendo para conseguir aquel coche. Había utilizado todos los argumentos posibles, desde los más razonables hasta los más ridículos, y durante semanas soporté los interminables discursos de mi madre sobre responsabilidad, seguridad vial y adolescentes que sobreestimaban sus capacidades. Mi padre, como ocurría en la mayoría de las ocasiones importantes, terminó interviniendo desde Italia y utilizó exactamente la misma estrategia que siempre funcionaba con ella: escucharla durante una hora completa y luego convencerla en cinco minutos.

No sé cómo lo hacía.

Nunca lo entendí.

Pero funcionaba.

Aquella mañana bajé las escaleras sintiéndome extrañamente satisfecho conmigo mismo. Mi madre estaba en la cocina preparando café, algo que había hecho prácticamente cada mañana de mi vida, y el aroma inundaba la casa de una forma que siempre me resultó familiar. Durante años pensé que los hogares olían a muebles,

pintura o comida. Con el tiempo descubrí que el mío olía a café recién hecho y a la paciencia infinita de Antonella Benedetti.

—Buenos días —saludé mientras abría el refrigerador.

Mi madre levantó la vista y sonrió.

—Buenos días, señor conductor profesional. Espero que recuerdes que tener un automóvil no te convierte mágicamente en un adulto.

Tomé una botella de agua y cerré la puerta.

—Qué forma tan cruel de destruir mis sueños tan temprano.

—Mis sueños también eran diferentes cuando tenía tu edad. Luego conocí las facturas.

Solté una risa mientras me sentaba frente a ella.

Aquello era normal entre nosotros. Mi madre tenía una habilidad especial para mezclar cariño, humor y amenazas en una misma conversación sin que pareciera extraño. A veces olvidaba que otras familias no funcionaban de esa manera.

—Mamá, solo voy a la preparatoria, no voy a cruzar el país.

—Eso mismo dijeron muchos jóvenes antes de tomar malas decisiones.

—¿Tienes un libro escondido con frases dramáticas para padres?

—Tal vez.

—Lo sospechaba.

Ella negó con la cabeza, pero seguía sonriendo.

Sin embargo, después de unos segundos su expresión cambió ligeramente y reconocí esa mirada de inmediato. La había visto demasiadas veces durante mi vida. Era la mirada que aparecía cuando dejaba de bromear y comenzaba a hablar completamente en serio.

—Noah, recuerda lo que hablamos.

No hizo falta que explicara a qué se refería.

Lo sabía perfectamente.

Aquella había sido la condición principal para tener el automóvil.

No importaba lo que ocurriera.

No importaba si era algo pequeño o algo grave.

No debía mentir.

Jamás.

—Lo sé.

—No, Noah. Quiero que realmente lo entiendas.

Apoyó ambas manos sobre la taza de café mientras me observaba.

—Los errores tienen solución. Los accidentes tienen solución. Los problemas tienen solución. Las mentiras no. Así que, pase lo que pase, quiero que me lo digas.

Durante unos segundos me limité a mirarla.

Mi madre siempre había sido así.

Dulce cuando podía.

Firme cuando debía.

Y aunque muchas veces fingiera que sus discursos me aburrían, la realidad era que pocas personas lograban hacerme sentir tan culpable incluso antes de cometer una estupidez.

—Está bien, mamá. Te lo prometo.

Ella pareció relajarse un poco.

—Perfecto.

Me puse de pie, rodeé la mesa y le di un beso en la mejilla.

—Ahora sí voy a convertirme en un adulto responsable.

—Noah.

—¿Sí?

—No hagas tonterías.

—Intentaré decepcionarte lo menos posible.

Salí de la casa escuchando cómo resoplaba detrás de mí.

El aire fresco de la mañana me golpeó el rostro apenas crucé la puerta principal. Frente a la casa descansaba mi automóvil, brillante bajo la luz del sol, y por un instante sentí esa satisfacción absurda que solo puede entender alguien que ha deseado algo durante demasiado tiempo.

Me gustaba.

Mucho.

Probablemente más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Entré, encendí el motor y permanecí unos segundos observando el tablero. Resultaba extraño pensar que algo tan simple pudiera hacerme sentir tan feliz. Durante toda mi vida había dependido de otras personas para moverme de un lugar a otro. Ahora tenía cierta libertad. No era independencia total, pero para un chico de dieciséis años se sentía bastante cercana.

El trayecto comenzó mejor de lo que esperaba. El tráfico todavía era ligero, la música sonaba a un volumen agradable y, por primera vez en mucho tiempo, tenía la sensación de que aquel día avanzaba exactamente como debía hacerlo. Incluso llegué a pensar que la preparatoria podría ser diferente ese año, que tal vez tendría unos meses tranquilos antes de que apareciera cualquier desastre dispuesto a complicarme la existencia.

Mirando hacia atrás, debo admitir que fui ridículamente optimista.

Porque apenas unos minutos después, mientras avanzaba por una de las avenidas principales rumbo a la escuela, una motocicleta apareció delante de mí de manera tan repentina que apenas tuve tiempo para reaccionar.

Instintivamente pisé el freno.

Las llantas chirriaron.

El automóvil se sacudió.

Y mi corazón decidió intentar escapar de mi pecho.

Todo ocurrió en cuestión de segundos, pero durante aquel instante mi mente alcanzó a imaginar una cantidad impresionante de escenarios horribles. Vi mi coche destrozado, vi la decepción de mi madre, escuché los sermones de mis hermanos y hasta imaginé a mi padre observándome desde Italia con esa expresión que utilizaba cuando alguien hacía algo extraordinariamente estúpido.

Por suerte nada de eso ocurrió.

Lo que sí ocurrió fue algo que logró enfurecerme todavía más.

El conductor de la motocicleta giró ligeramente la cabeza hacia mí, levantó una mano y me mostró el dedo medio antes de acelerar como si yo hubiera sido el culpable de todo.

Me quedé mirándolo sin poder creerlo.

Durante unos segundos incluso pensé que debía haber interpretado mal la situación, porque nadie podía ser tan descarado.

Luego recordé el gesto.

No.

Lo había visto perfectamente.

—Increíble.

Apreté el volante con fuerza mientras observaba cómo desaparecía entre los demás vehículos.

—Casi provoca un accidente y encima se molesta.

Continué conduciendo, pero el buen humor de la mañana ya había desaparecido. Cada vez que recordaba la escena sentía la misma irritación regresando poco a poco. Ni siquiera conocía a esa persona y ya había conseguido arruinarme el trayecto completo.

Cuando finalmente llegué a la preparatoria seguía pensando en ello.

Estacioné el automóvil y estaba preparándome para bajar cuando algo llamó mi atención.

Una motocicleta.

La misma motocicleta.

Reconocí el modelo inmediatamente.

También el color.

Y la sensación de fastidio regresó con toda su fuerza.

Permanecí dentro del coche durante unos segundos observándola. Una parte de mí sabía que debía ignorarlo y entrar directamente a clases como cualquier persona normal. La otra parte, que solía meterme en problemas con una frecuencia preocupante, quería descubrir quién era el imbécil responsable de haber estado a centímetros de convertir mi primer día en una tragedia.

Lamentablemente, la segunda parte de mi personalidad ganó la discusión.

Apagué el motor, salí del automóvil y me quedé observando la motocicleta desde cierta distancia. No estaba planeando una confrontación ni nada parecido, pero tampoco iba a negar que sentía curiosidad. Había algo profundamente irritante en no conocer el

rostro de la persona que acababa de arruinarte una mañana perfecta.

Pasaron algunos segundos.

Luego apareció.

La figura caminó hacia la motocicleta con una tranquilidad que resultaba casi ofensiva. Llevaba el casco puesto y avanzaba sin prisa, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo. Durante un momento me limité a observarla mientras intentaba imaginar qué clase de persona conducía de aquella manera.

Entonces se quitó el casco.

Y todo pensamiento desapareció de golpe.

Porque no era un chico.

Era una chica.

Y algo dentro de mí tuvo la extraña sensación de que aquella mañana estaba a punto de complicarse mucho más de lo que imaginaba.

Durante unos segundos me quedé observándola sin moverme, como si mi cerebro necesitara tiempo adicional para procesar una información que, siendo completamente sincero, no esperaba recibir aquella mañana.

No era una cuestión de belleza ni nada parecido.

Era simple sorpresa.

Durante todo el trayecto había imaginado que el responsable de casi provocar el accidente sería algún idiota convencido de que las señales de tránsito existían únicamente como decoración urbana. Había preparado mentalmente varios insultos bastante creativos y hasta una posible discusión si llegábamos a encontrarnos en el estacionamiento.

El problema era que ninguno de esos escenarios incluía a una chica.

Y mucho menos a una que parecía completamente indiferente al caos que había provocado.

La observé guardar el casco bajo el brazo con una tranquilidad irritante mientras revisaba algo en su teléfono. Ni siquiera levantó la vista. Ni siquiera parecía consciente de que alguien estaba contemplando seriamente la posibilidad de explicarle algunas normas básicas de conducción.

Quizás fue mejor así.

Porque cuanto más la observaba, más difícil me resultaba mantener el mismo nivel de enfado.

No desaparecía.

Seguía ahí.

Pero comenzaba a mezclarse con una curiosidad que no terminaba de entender.

Había algo familiar en ella.

Algo que mi memoria reconocía sin permitirme descubrir exactamente qué era.

Su forma de caminar.

La manera en que acomodaba el cabello detrás de la oreja.

Incluso la expresión confiada con la que observaba todo a su alrededor.

Era una sensación extraña.

Como intentar recordar una canción que conoces perfectamente pero cuyo nombre se niega a aparecer en tu cabeza.

Estaba tan concentrado intentando resolver aquel rompecabezas que no escuché acercarse a Jeremy.

—Si sigues mirando así vas a terminar perforándole la espalda.

Su voz me hizo girar la cabeza inmediatamente.

Jeremy sonreía como siempre, con esa expresión que aparecía cada vez que encontraba una oportunidad para burlarse de alguien.

En este caso, de mí.

—No estaba mirando nada.

—Claro.

—Lo digo en serio.

—Y yo soy el rey de Inglaterra.

Suspiré.

Llevábamos años siendo amigos y aquello tenía ventajas evidentes. También significaba que Jeremy podía detectar una mentira incluso antes de que terminara de formularla.

—Casi provoca un accidente hace unos minutos.

La sonrisa desapareció parcialmente.

—¿Ella?

—Ella.

Jeremy volvió a mirar hacia la motociclista.

—No parece peligrosa.

—Los tiburones tampoco parecen peligrosos cuando están lejos.

—Esa comparación fue sorprendentemente específica.

—Casi destruye mi coche nuevo.

—Ah.

Ahora parecía entender mi problema.

O al menos una parte de él.

—Entonces tienes razón para estar molesto.

—Gracias.

—Aunque sigue siendo bonita.

Lo miré.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué? Una cosa no cancela la otra.

—Eres imposible.

—Y tú exageras demasiado.

Comenzamos a caminar hacia el edificio principal mientras continuábamos discutiendo. A nuestro alrededor el estacionamiento se llenaba lentamente de estudiantes que llegaban para el primer día de clases. Algunos saludaban a sus amigos después de semanas sin verse. Otros parecían tan emocionados de regresar como alguien que camina voluntariamente hacia una ejecución pública.

Personalmente me encontraba en algún punto intermedio.

La preparatoria nunca me había desagradado.

De hecho, la mayoría de los años me había ido bastante bien.

Las calificaciones llegaban con facilidad, los deportes tampoco representaban un problema y, aunque existían personas que parecían tener una necesidad enfermiza de competir conmigo en absolutamente todo, generalmente lograba salir adelante sin demasiadas complicaciones.

Por supuesto, aquello no significaba que mi vida escolar hubiera sido tranquila.

Ni mucho menos.

Mientras avanzábamos por el pasillo principal me encontré pensando en mis hermanos. Eric siempre decía que yo tenía una habilidad sobrenatural para atraer problemas, algo que me parecía tremendamente injusto considerando que la mitad de esos problemas llegaban por iniciativa ajena.

La otra mitad sí eran culpa mía.

Pero ese no era el punto.

Eric tenía cinco años más que yo y llevaba tanto tiempo actuando como un segundo padre que a veces olvidaba que seguía siendo mi hermano. Richard era diferente. Más relajado. Más paciente. Aunque ambos compartían una característica bastante molesta: disfrutaban recordándome cada una de mis metidas de pata.

Especialmente cuando podían hacerlo delante de otras personas.

Pensar en ellos me hizo recordar que probablemente recibiría varias llamadas durante la semana preguntando cómo iba mi primer día de clases.

La idea me provocó una sonrisa.

Por mucho que discutiera con ellos, seguían siendo mi familia.

Y la familia Benedetti tenía una costumbre curiosa de permanecer unida incluso cuando parecía que todos estaban intentando matarse entre sí.

—¿En qué piensas ahora?

Jeremy volvió a interrumpir mis pensamientos.

—En nada importante.

—Mentira.

—¿Por qué siempre asumes que miento?

—Porque te conozco desde que teníamos diez años.

—Buen argumento.

—Lo sé.

Llegamos al salón poco antes de que sonara el timbre y ocupamos nuestros lugares habituales. Yo me senté junto a la ventana mientras Jeremy tomaba el asiento detrás de mí. Durante unos minutos todo pareció completamente normal. Los estudiantes hablaban, algunos profesores cruzaban los pasillos y el ambiente típico del primer día de clases comenzaba a instalarse lentamente.

Entonces el profesor entró.

Y detrás de él apareció una figura que provocó una reacción inmediata dentro de mi cabeza.

Primero fue una sensación de sorpresa.

Luego una de reconocimiento.

Y finalmente una certeza tan repentina que me dejó completamente inmóvil.

Porque aquella chica no era una desconocida.

No era una estudiante nueva cualquiera.

No era simplemente la motociclista que casi había destruido mi automóvil.

No.

Era alguien a quien conocía perfectamente.

Alguien que llevaba años sin ver.

Alguien que, honestamente, jamás esperé volver a encontrar.

Y mientras el profesor caminaba hacia el escritorio dispuesto a presentar a la nueva alumna, sentí cómo una enorme cantidad de recuerdos comenzaba a despertar dentro de mi cabeza.

Recuerdos llenos de discusiones.

De competencias absurdas.

De problemas.

Y, sobre todo, de un color que durante años había aprendido a relacionar con una sola persona.

El rojo.

Porque si aquella chica era quien yo creía que era, entonces el último año de tranquilidad de mi vida acababa de llegar a su fin.

El profesor continuó hablando durante varios minutos más, explicando las normas del curso, los trabajos que realizaríamos durante el semestre y una cantidad absurda de información que normalmente habría escuchado sin demasiados problemas. El inconveniente era que mi atención se encontraba secuestrada por una única persona y, por mucho que intentara convencerme de que debía concentrarme en algo más productivo, mi cerebro parecía empeñado en viajar constantemente hacia el mismo lugar.

Mika Rossi.

Después de tantos años.

Después de todo lo que había ocurrido entre nosotros.

Después de haber desaparecido de la ciudad sin siquiera despedirse.

Seguía sin entender qué demonios estaba haciendo allí.

Mientras el profesor escribía algo en el pizarrón, mis ojos regresaron involuntariamente hacia donde ella estaba sentada. Lo peor era que ya no veía a la niña pelirroja que se pasaba media infancia discutiendo conmigo. Los años habían hecho su trabajo y era imposible no notarlo. Sin embargo, por debajo de todos esos cambios seguía reconociendo a la misma persona que había sido

capaz de convertir cualquier competencia escolar en una guerra personal.

Y eso era precisamente lo que me preocupaba.

Porque los recuerdos no llegaban de forma ordenada.

Llegaban todos al mismo tiempo.

Recordé el recital de piano.

Recordé las discusiones.

Recordé las visitas constantes a la dirección de la escuela.

Recordé las veces que nuestros padres terminaban sentados frente a algún profesor mientras nosotros permanecíamos al otro lado del escritorio fingiendo que no habíamos hecho nada.

Y también recordé algo que nunca me gustó admitir.

Por mucho que nos peleáramos, Mika siempre conseguía desafiarme de una manera que nadie más lograba.

Con el resto de las personas las cosas eran simples.

Si alguien intentaba competir conmigo, trabajaba más duro.

Si alguien intentaba provocarme, respondía.

Si alguien quería demostrar que era mejor, yo demostraba lo contrario.

Pero con Mika nada era sencillo.

Porque ella no solo competía.

Ella encontraba la manera de meterse dentro de mi cabeza.

Y ahora estaba sentada a pocos metros de distancia como si los últimos años jamás hubieran ocurrido.

—Señor Benedetti.

La voz del profesor atravesó mis pensamientos como una piedra lanzada contra una ventana.

Levanté la cabeza inmediatamente.

Toda la clase me observaba.

Perfecto.

Exactamente lo que necesitaba.

El primer día.

La primera clase.

Y ya estaba haciendo el ridículo.

—¿Sí, profesor?

Intenté sonar seguro.

No creo haberlo conseguido.

—Tal vez quiera compartir con el resto del grupo aquello que le parece tan interesante.

Algunas risas comenzaron a escucharse alrededor del salón.

Sentí cómo el calor subía lentamente por mi cuello.

No porque estuviera avergonzado.

Bueno... sí estaba avergonzado.

Pero sobre todo porque sabía exactamente cuál había sido la causa de aquella distracción.

Y esa causa seguía sentada tranquilamente al otro lado del aula.

—Lo siento —respondí mientras me acomodaba en el asiento—. No volverá a ocurrir.

El profesor me sostuvo la mirada durante unos segundos antes de asentir y continuar con la explicación.

Las risas desaparecieron poco a poco.

Casi todas.

Porque entonces escuché una.

Una sola.

Breve.

Suave.

Pero perfectamente reconocible.

No necesité girarme para saber quién había sido.

Porque había escuchado esa risa demasiadas veces durante mi infancia.

Apreté ligeramente la mandíbula.

No era una reacción racional.

Ni madura.

Ni particularmente inteligente.

Pero tampoco podía evitarla.

Porque aquella risa tenía el extraño poder de transportarme diez años al pasado.

Y el pasado, cuando se trataba de Mika Rossi, jamás venía acompañado de buenos recuerdos.

Intenté concentrarme nuevamente en la clase, aunque la tarea resultó prácticamente imposible. Cada pocos minutos mi atención regresaba hacia ella como si existiera algún tipo de fuerza invisible empeñada en recordarme que seguía allí.

Entonces ocurrió algo todavía peor.

Mika levantó la vista.

Nuestros ojos se encontraron.

Y por un instante ninguno de los dos apartó la mirada.

No fue un momento romántico.

Ni agradable.

Ni siquiera amistoso.

Fue exactamente lo contrario.

Porque en aquella mirada existía una especie de reconocimiento silencioso que me hizo sentir como si hubiéramos regresado a la primaria.

Ella parecía estar pensando lo mismo que yo.

"Así que tú también sigues aquí."

Y la pequeña sonrisa que apareció en la comisura de sus labios confirmó inmediatamente mis sospechas.

No era una sonrisa amable.

No era una sonrisa de reencuentro.

Era una sonrisa de desafío.

La misma sonrisa que aparecía cada vez que estaba preparando algún comentario capaz de arruinarme el día.

Y lo más irritante de todo era que seguía funcionando.

Porque una parte de mí sintió la necesidad absurda de demostrarle que no me afectaba en absoluto.

Lo cual, naturalmente, significaba que me afectaba muchísimo.

El timbre finalmente sonó anunciando el final de la clase.

El ruido llenó el salón de inmediato. Las conversaciones comenzaron a surgir por todas partes mientras los estudiantes guardaban cuadernos, mochilas y apuntes con la velocidad característica de cualquier persona desesperada por escapar de una clase.

Yo permanecí sentado unos segundos más.

No porque estuviera organizando mis cosas.

Sino porque necesitaba ordenar mis pensamientos.

Y eso estaba resultando bastante más difícil de lo esperado.

—La conoces.

La voz de Jeremy apareció detrás de mí acompañada por un tono de satisfacción que me hizo sospechar que llevaba observando toda la situación desde hacía bastante tiempo.

Cerré los ojos durante un instante.

Sabía que aquella pregunta llegaría.

Y también sabía que no desaparecería hasta obtener una respuesta.

—Sí.

Jeremy rodeó mi pupitre y se apoyó sobre él.

—Eso ya lo imaginé. Lo que quiero saber es por qué la mirabas como si acabaran de anunciar el regreso de tu peor pesadilla.

Solté una risa sin humor.

La descripción era bastante precisa.

Mientras guardaba mis cosas dentro de la mochila, mi mirada volvió a desviarse hacia Mika. Ella conversaba con algunas compañeras que acababa de conocer y parecía completamente tranquila, como si su

sola presencia no hubiera provocado una tormenta dentro de mi cabeza.

Durante unos segundos me limité a observarla.

Y cuanto más la observaba, más evidente se volvía algo que no había querido admitir.

La había recordado muchas veces durante aquellos años.

No de una manera especial.

No porque la extrañara.

Sino porque algunas personas dejan una marca tan profunda en tu infancia que terminan formando parte de los recuerdos más importantes, incluso cuando no quieres reconocerlo.

—Se llama Mika Rossi —dije finalmente mientras cerraba la mochila —. Y si existe una persona capaz de convertir un día normal en un desastre absoluto, es ella.

Jeremy arqueó una ceja.

—Eso suena personal.

—Porque lo es.

—¿Exnovia?

La carcajada que escapó de mi boca fue tan fuerte que varias personas giraron la cabeza para mirarme.

—No.

—Entonces explícamelo.

Me puse de pie lentamente.

Sabía que la historia era demasiado larga para resumirla en una sola frase.

Sabía que Jeremy iba a insistir.

Y sabía que, tarde o temprano, terminaría contándole todo.

Pero mientras observaba a Mika prepararse para salir del salón, una idea se abrió paso entre todos mis pensamientos.

Una idea simple.

Una idea incómoda.

Una idea que no me gustó en absoluto.

Porque después de años imaginando cómo sería volver a verla, había descubierto que el verdadero problema no era que Mika hubiera regresado.

El verdadero problema era que seguía teniendo exactamente el mismo efecto sobre mí.

Y algo me decía que aquello no iba a terminar bien para ninguno de los dos.

ENCUENTRO NEGRO

NOAH

Había algo profundamente irritante en la forma en que todo el mundo parecía interesado en Mika Rossi, como si su regreso a la preparatoria fuera un acontecimiento histórico y no la aparición de una amenaza personal que venía montada en motocicleta, con el cabello cafe, una disculpa inesperada y la capacidad absurda de alterar mi paciencia en menos de cinco minutos.

Jeremy, por supuesto, era el más insoportable de todos.

Caminaba a mi lado con esa expresión de curiosidad que solo ponía cuando encontraba algo con lo que podía molestarme durante semanas, y yo sabía, incluso antes de que abriera la boca, que no iba a dejar el tema en paz porque mi mejor amigo tenía muchas virtudes, pero respetar mi tranquilidad jamás había sido una de ellas.

—No vi tanta gente preguntando por alguien desde que llegó el nuevo entrenador de fútbol —comentó Jeremy mientras avanzábamos por el pasillo, mirando hacia atrás como si esperara encontrar a Mika caminando detrás de nosotros—. En serio, Noah, ¿quién es? Porque claramente todos quieren saber de dónde salió y tú pareces querer lanzarte por una ventana desde que la viste entrar al salón.

Apreté la correa de mi mochila y seguí caminando, intentando ignorar la incomodidad que me provocaba escuchar su nombre después de tantos años sin tener que pronunciarlo en voz alta.

—Es alguien que no debería estar aquí.

Jeremy soltó una risa baja, de esas que anunciaban una burla antes de que terminara de formarse.

—Eso suena dramático incluso para ti.

—No estoy siendo dramático, Jeremy. Estoy siendo prudente, que es muy distinto, aunque entiendo que para ti ambos conceptos sean igual de desconocidos.

Él sonrió con más ganas y aquello me confirmó que acababa de darle exactamente lo que quería.

—Entonces la conoces.

No respondí de inmediato porque Mika seguía ocupando demasiado espacio en mi cabeza, y eso me molestaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Recordaba a la niña de primaria que podía convertir cualquier actividad escolar en una guerra, pero la chica que había visto esa mañana ya no encajaba del todo con aquella imagen, y esa diferencia me resultaba incómoda, como si mi memoria hubiera conservado una versión antigua de ella mientras el mundo seguía avanzando sin pedirme permiso.

—La conozco —admití finalmente—, pero no como estás imaginando.

Jeremy arqueó las cejas con una expresión demasiado interesada.

—¿Tiene novio?

Me detuve a mitad del pasillo y lo miré con incredulidad.

—¿De todo lo que pude haber dicho, eso fue lo primero que se te ocurrió preguntar?

—Es una pregunta válida.

—No, es una señal de que tu cerebro necesita mantenimiento urgente.

Jeremy se encogió de hombros, nada ofendido, porque si algo tenía era una confianza ridícula en sus propias tonterías.

—Solo digo que no parece alguien con novio. Aunque, siendo sincero, tampoco sé cómo se ve alguien con novio.

Solté el aire con paciencia forzada y miré hacia el final del pasillo, donde algunos estudiantes seguían hablando de ella como si acabara de aparecer una celebridad. Esa atención, esa facilidad con la que lograba que todos la miraran, era precisamente lo que me había desesperado desde niño, porque Mika no necesitaba esforzarse demasiado para ocupar un lugar que yo siempre había defendido con uñas, dientes y una cantidad preocupante de peleas escolares.

—Créeme, amigo, Mika Rossi no es alguien con quien quieras meterte.

Jeremy inclinó la cabeza, divertido.

—Vaya. El respetado chico brillante, el gran Noah Benedetti, el dueño absoluto de la seguridad escolar y del ego más saludable de toda la costa este, por fin encontró a alguien que no es de su agrado.

—No digas eso como si fuera raro.

—Es raro. Normalmente la gente no te cae mal, simplemente compite contigo y luego tú decides destruirla académica, deportiva o emocionalmente.

Lo miré de reojo.

—Qué imagen tan bonita tienes de mí.

—Bastante precisa, si me preguntas.

Seguimos caminando hacia la salida mientras el ruido de los estudiantes comenzaba a disminuir poco a poco. Las clases habían terminado y el edificio parecía vaciarse con esa prisa desesperada

que todos teníamos cuando la última campana sonaba. Yo solo quería llegar al estacionamiento, subirme a mi coche y alejarme de aquel día antes de que encontrara otra forma de empeorar, pero Jeremy seguía esperando una explicación y yo sabía que no iba a conformarse con medias respuestas.

—Mika y yo estudiamos juntos en la primaria —dije después de unos segundos, sin mirarlo directamente—. Nunca fuimos amigos, nunca fuimos cercanos y definitivamente nunca fuimos nada que puedas usar para hacer uno de tus comentarios idiotas. Éramos niños, sí, pero nos llevábamos como si la escuela hubiera decidido encerrarnos en el mismo lugar únicamente para probar cuánto podía soportar un grupo de profesores antes de renunciar.

Jeremy dejó de sonreír un poco.

—¿Tan mal?

Pensé en la cicatriz de mi brazo izquierdo, en las tijeras, en la sangre, en los gritos, en los adultos intentando decidir cuál de los dos era el verdadero problema, y sentí esa antigua molestia despertar con la misma facilidad con la que siempre lo hacía cuando se trataba de ella.

—Peor.

Jeremy me observó con más seriedad, pero no insistió, y eso me permitió respirar con algo parecido a tranquilidad durante los últimos metros hasta el estacionamiento. Sin embargo, como si el día estuviera empeñado en demostrarme que mi paz era una ilusión barata, la vi antes de llegar a mi coche.

Mika estaba cerca de su motocicleta, con el casco bajo el brazo y la mirada fija en algún punto del suelo, como si estuviera reuniendo valor para hacer algo que no quería hacer. Durante un instante pensé que quizá no me había visto, pero entonces levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron con una precisión tan molesta que sentí cómo toda mi paciencia volvía a ponerse en guardia.

—No —murmuré.

Jeremy siguió la dirección de mi mirada y, en lugar de actuar como un amigo decente, sonrió como si acabaran de regalarle entretenimiento gratuito.

—Creo que viene hacia acá.

—Tengo ojos.

—Y una cara de sufrimiento bastante interesante.

—Jeremy, si aprecias tu vida, cállate.

Él levantó ambas manos en señal de rendición, aunque la sonrisa seguía ahí, traicionándolo por completo.

—Está bien, Romeo traumado. Voy por mi coche antes de que me incluyas en una pelea que claramente lleva años esperando una segunda temporada.

Quise insultarlo, pero Mika ya estaba demasiado cerca y no pensaba darle el gusto de verme perder la compostura delante de ella. Me quedé quieto, con la mochila colgando de un hombro y el orgullo levantado como escudo, mientras ella se detenía frente a mí con una expresión que no reconocí de inmediato.

No venía a pelear.

Eso fue lo primero que me descolocó.

Mika Rossi, la misma niña que en mi memoria siempre tenía una respuesta afilada lista para lanzarme, estaba de pie frente a mí con una incomodidad demasiado humana en el rostro, y esa simple diferencia logró desarmarme más que cualquier provocación.

—Noah, ¿verdad?

La forma en que dijo mi nombre me hizo fruncir el ceño, porque sonó demasiado tranquila para alguien que había pasado buena parte de su infancia gritándolo con rabia.

—No finjas que no sabes quién soy.

Ella bajó la mirada un segundo, y yo odié notar que parecía cansada.

—No estaba fingiendo. Solo no sabía cómo empezar.

Eso me dejó sin respuesta inmediata, lo cual era una situación ofensiva porque Mika Rossi no tenía derecho a regresar después de años y quitarme incluso la capacidad de responder con sarcasmo.

—Puedes empezar por no acercarte a mí.

La frase salió más dura de lo que había planeado, pero no la retiré porque una parte de mí necesitaba mantener distancia, necesitaba recordarle que su regreso no significaba que yo estuviera dispuesto a abrirle una puerta que llevaba años cerrada.

Mika respiró hondo y apretó el casco contra su costado.

—Quería pedirte perdón por lo de esta mañana. Salí de casa enfadada, no estaba pensando con claridad y conduje como una idiota, así que… lo siento.

Me quedé mirándola, no porque no hubiera escuchado, sino porque la disculpa no encajaba con la versión de Mika que yo conservaba. Durante años había imaginado muchas posibilidades si algún día volvía a verla; había imaginado discusiones, insultos, una pelea verbal tan espectacular que probablemente terminaríamos en dirección antes del almuerzo. Lo que jamás imaginé fue que se disculpara conmigo en el estacionamiento de la preparatoria, con el cabello rojo cayéndole sobre los hombros y una expresión que no parecía tener nada de burla.

—Vaya —dije al fin, porque mi cerebro, brillante para tantas cosas, decidió abandonarme justo en ese momento—. No esperaba eso.

Sus labios se curvaron apenas, pero no llegó a sonreír del todo.

—Lo imaginé.

Esa respuesta me molestó porque sonaba demasiado honesta, y la honestidad, viniendo de ella, era un terreno que no sabía pisar.

—Bueno, no importa —respondí mientras apartaba la mirada hacia mi coche—. Solo no vuelvas a cruzarte en mi camino, no me hables como si fuéramos conocidos y, por el bien de ambos, hagamos como si esta conversación jamás hubiera ocurrido.

Vi cómo su expresión cambiaba apenas, como si mis palabras hubieran tocado un lugar que no esperaba, y por un segundo sentí una incomodidad absurda, una especie de sabor amargo que no tenía sentido porque yo no le debía delicadeza, no después de todo lo que habíamos sido de niños.

—De acuerdo —respondió ella, más bajo.

Y eso fue peor.

Habría preferido que me insultara.

Habría preferido que me dijera idiota, arrogante, insoportable o cualquier cosa que encajara con la Mika que recordaba, porque entonces habría sabido qué hacer. Pero esa aceptación silenciosa me dejó sin lugar donde poner la rabia.

Me fui antes de arrepentirme.

Subí al coche, cerré la puerta y arranqué con más brusquedad de la necesaria, diciéndome que había hecho lo correcto, que mantenerla lejos era lo más inteligente, que algunas personas regresaban únicamente para recordarte por qué era mejor dejarlas en el pasado. Sin embargo, mientras conducía sin rumbo fijo en lugar de volver a casa, la disculpa de Mika seguía repitiéndose dentro de mi cabeza con una insistencia molesta.

Terminé desviándome hacia la playa.

No fue una decisión planeada, pero tampoco me sorprendió. Siempre había tenido algo con el mar, quizá porque era uno de los pocos lugares donde podía escuchar mis propios pensamientos sin

que nadie intentara ordenarlos por mí. Dejé el coche cerca de la entrada, me quité los zapatos y caminé sobre la arena mientras el viento frío de la tarde me golpeaba el rostro con la delicadeza brutal de las cosas honestas.

El agua se movía frente a mí con una calma que no sentía.

Me senté mirando las olas, intentando convencerme de que Mika no importaba, de que su regreso no significaba nada, de que una disculpa no podía borrar años de rivalidad ni mucho menos cambiar la forma en que yo debía verla. Pero cuanto más intentaba encerrarla en el papel de enemiga, más recordaba la manera en que había bajado la mirada cuando le hablé con dureza.

Y eso me enfurecía.

Porque odiarla era más fácil cuando ella también me odiaba.

No sé cuánto tiempo permanecí allí. El cielo empezó a oscurecerse lentamente y el aire se volvió más frío, pero yo seguía sentado frente al mar, con los pantalones manchados de arena y la cabeza llena de una chica a la que supuestamente no quería volver a ver.

Cuando por fin regresé al estacionamiento, la luz del día ya se estaba apagando.

Entonces la vi.

Una silueta junto a mi coche.

Mi cuerpo se tensó antes de reconocerla, porque una parte de mí ya sabía quién era incluso antes de verla con claridad.

Mika estaba allí, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro más pálido de lo que recordaba haber visto esa mañana. Esta vez no había desafío en su postura. No había ironía. No había orgullo. Había algo distinto, algo que me hizo detenerme antes de lanzar el primer comentario hiriente.

Aun así, hablé desde la defensa de siempre.

—¿Qué rayos haces aquí? Te dije que no te acercaras a mí.

Ella dio un paso hacia mí, pero se detuvo de inmediato, como si temiera que yo volviera a marcharme.

—Noah, necesito tu ayuda.

La frase me golpeó de una manera extraña porque Mika Rossi jamás me había pedido ayuda. Jamás. Ni cuando éramos niños, ni cuando se metía en problemas, ni siquiera cuando claramente necesitaba que alguien interviniera. Mika prefería romperse antes que admitir que dependía de otra persona.

—Estás hablando con la persona equivocada.

—No lo hago.

—Mika, no sé qué crees que va a pasar aquí, pero si piensas que después de todos estos años voy a correr a resolverte la vida, estás más loca de lo que recordaba.

Sus ojos brillaron, no de rabia, sino de algo mucho más peligroso porque se parecía demasiado al miedo.

—No es por mí.

Esa simple frase me obligó a callar.

Mika tragó saliva y apretó las manos con fuerza, como si estuviera sosteniéndose a sí misma para no quebrarse delante de mí.

—Es Cale.

El nombre de su hermano cambió todo.

Cale no tenía culpa de nuestra historia. Cale había sido mi amigo cuando éramos niños, incluso con la diferencia de edad y aunque su hermana y yo pareciéramos destinados a destruirnos mutuamente. Habíamos jugado básquetbol, habíamos hablado de cosas que en aquel entonces nos parecían importantes y, a diferencia de Mika, él jamás había intentado convertirme en su enemigo.

—¿Qué pasó con Cale?

Mi voz salió más seria.

Mika respiró como si esa pregunta le hubiera dado permiso para seguir hablando.

—Esta mañana discutí con mi madre. Yo me fui porque se me hacía tarde para la escuela y estaba demasiado enfadada para seguir escuchándola, pero Cale se quedó en casa y la defendió de mí, o me defendió de ella, ya ni siquiera sé cómo explicarlo. Cuando regresé lo encontré herido, Noah. Muy herido. Y no sé qué hacer.

Durante unos segundos no dije nada.

El viento movía su cabello alrededor de su rostro y, por primera vez desde que había vuelto, Mika no parecía peligrosa, ni arrogante, ni desafiante. Parecía una chica asustada que había corrido hacia la única persona que podía relacionar con su hermano sin detenerse a pensar si esa persona la odiaba.

Y esa persona era yo.

Maldita sea.

Tomé aire despacio, intentando ordenar la rabia, la confusión y aquella sensación incómoda de responsabilidad que acababa de caerme encima sin pedir permiso.

—Bien —dije finalmente, acercándome al coche mientras sacaba las llaves—. Tienes mi atención, Mika, pero vas a escucharme con cuidado porque si Cale está tan herido como dices, no vamos a perder tiempo peleando como idiotas. Primero iremos a revisarlo, luego compraremos lo necesario para limpiar las heridas y, si veo algo que no puedo manejar, llamaremos a alguien que sí pueda hacerlo.

Mika asintió demasiado rápido.

—Gracias.

La miré de reojo mientras abría la puerta del coche.

—No me agradezcas todavía. No lo estoy haciendo por ti.

Ella no respondió, pero la forma en que bajó la mirada me dijo que lo había entendido.

El trayecto hasta la casa de Mika transcurrió en un silencio extraño, de esos que parecen llenos de palabras que nadie se atreve a pronunciar. Yo conducía con la vista fija en el camino mientras intentaba ordenar todo lo que había ocurrido durante el día, pero cada vez que creía haber encontrado una explicación lógica para alguna cosa, aparecía otra capaz de complicarlo todo nuevamente.

De vez en cuando miraba por el espejo retrovisor y veía la motocicleta siguiéndome. Mika mantenía una distancia prudente mientras avanzábamos por las calles iluminadas por las luces anaranjadas del atardecer. Había algo extraño en verla así. Durante toda mi infancia la asocié con ruido, discusiones, desafíos y una energía imposible de contener. Sin embargo, aquella noche parecía diferente, como si todo ese carácter que recordaba estuviera intentando sostener algo que pesaba demasiado.

Cuando finalmente llegamos a su casa, aparqué frente a la entrada y bajé del coche sin perder tiempo. Mika hizo lo mismo y avanzó delante de mí con pasos apresurados. Apenas abrió la puerta comprendí que la situación era peor de lo que había imaginado, porque la casa estaba en silencio, pero no era un silencio normal ni tranquilo, sino uno de esos silencios que parecen quedarse atrapados después de un grito.

Mika no dijo nada.

Simplemente me condujo hasta las escaleras y comenzó a subirlas. Yo la seguí, notando pequeños detalles que hicieron que el mal humor se me apagara poco a poco: una lámpara rota, un cuadro torcido, una silla caída en un rincón. Nada por sí solo era suficiente

para explicarlo todo, pero junto formaban una escena que no me gustó en absoluto.

Cuando llegamos a la habitación de Cale, Mika abrió la puerta.

Y durante unos segundos me quedé inmóvil.

No estaba preparado para verlo así.

Cale permanecía acostado sobre la cama con el rostro inflamado y varios golpes visibles repartidos por el cuerpo. Su labio estaba roto, uno de sus ojos apenas podía abrirse y había sangre seca en varias partes de su ropa. No parecía una escena de película, pero sí lo bastante real como para que algo pesado se me instalara en el pecho.

—Mierda…

La palabra escapó antes de que pudiera detenerla.

Escuché a Mika inhalar con fuerza detrás de mí y no necesité girarme para saber que estaba asustada. Lo había estado desde el principio; ahora simplemente ya no podía ocultarlo.

Me acerqué a la cama mientras analizaba rápidamente la situación. No era médico, ni pretendía serlo, pero sabía reconocer cuándo alguien necesitaba ayuda inmediata y cuándo podía aguantar con cuidados básicos. Años de peleas, partidos y golpes absurdos me habían enseñado más de primeros auxilios de lo que cualquier adolescente debería saber.

—Cale —dije inclinándome hacia él—, amigo, necesito que me escuches.

No respondió, pero movió ligeramente la cabeza.

Eso fue suficiente para hacerme respirar con algo más de calma.

—Perfecto. Quédate tranquilo, voy a ayudarte, pero necesito que cooperes conmigo. Te va a doler cuando limpie algunas heridas, no

te voy a mentir, pero si aguantas esto, mañana vas a estar un poco menos hecho mierda.

Mientras hablaba fui sacando las cosas de las bolsas que habíamos comprado. Mika permanecía cerca de la puerta, incapaz de quedarse quieta, y cada pequeño movimiento suyo me recordaba que para ella esto no era una herida más ni una pelea cualquiera. Era su hermano. Era Cale. Y por mucho que yo quisiera mantenerme frío, no podía ignorar eso.

—¿Va a estar bien? —preguntó con la voz más baja de lo habitual.

Levanté la vista hacia ella.

Mika seguía intentando parecer fuerte.

No lo estaba consiguiendo.

—Sí —respondí con firmeza, porque ella necesitaba una respuesta que no temblara—. Está muy golpeado, pero no parece haber nada que indique algo peor. De todas formas vamos a vigilarlo durante la noche.

Vi cómo cerraba los ojos unos segundos, como si acabara de soltar un peso que llevaba horas cargando.

Durante la siguiente hora me concentré en limpiar heridas, desinfectar golpes y revisar que no hubiera nada especialmente preocupante. Cale apenas hablaba, aunque seguía obedeciendo cada indicación que le daba. De vez en cuando abría los ojos para mirarme y asentía débilmente, y eso bastaba para saber que seguía conmigo.

Cuando terminé de limpiar la última herida y ajusté las vendas con el mayor cuidado posible, me quedé unos segundos observándolo en silencio, no porque no supiera qué más hacer, sino porque necesitaba asegurarme de que su respiración mantenía un ritmo estable y de que el dolor no volvía a despertarlo de golpe. Había visto golpes antes, demasiados para alguien de mi edad, y sabía

reconocer la diferencia entre una herida escandalosa y una verdadera emergencia; aun así, verlo en ese estado me dejó una sensación amarga en la boca, una rabia contenida que no podía dirigir hacia nadie porque Mika no me había explicado lo suficiente y porque Cale, aunque obedecía cada indicación que le daba, parecía demasiado agotado para contarme qué había pasado realmente.

Mika permanecía junto a la cama, con las manos apretadas sobre sus piernas y la mirada fija en su hermano, como si tuviera miedo de apartar los ojos y encontrarlo peor al volver a mirarlo. Durante toda la tarde había intentado sostenerse con orgullo, pero el orgullo tiene límites cuando la persona que amas está cubierta de golpes y no puedes hacer nada más que confiar en alguien a quien creías tu enemigo. Esa idea me incomodó más de lo que esperaba, porque Mika Rossi no era alguien que pidiera ayuda, mucho menos a mí, y sin embargo había llegado hasta la playa, me había buscado y se había tragado su orgullo porque Cale la necesitaba.

—Va a estar bien —dije mientras guardaba las gasas limpias dentro de la bolsa, cuidando que mi voz sonara firme porque ella necesitaba escuchar algo estable en medio de aquel desastre—. No te voy a mentir, está muy golpeado y va a despertar sintiéndose como si lo hubiera atropellado un camión, pero no vi nada que me haga pensar que esté en peligro inmediato. Necesita descansar, comer algo cuando despierte y tomar las pastillas solo después de tener comida en el estómago, porque si se las das así nada más, probablemente terminarás con otro problema encima.

Mika asintió despacio, pero no respondió de inmediato. Sus ojos seguían sobre Cale y por un momento pensé que no me había escuchado, hasta que la vi respirar con una profundidad extraña, como si recién entonces se permitiera entender que su hermano no iba a morir esa noche. No lloró. No se quebró. No hizo ninguna escena. Pero sus hombros bajaron apenas, y esa pequeña rendición silenciosa dijo mucho más que cualquier llanto.

—Gracias, Noah —murmuró al fin, con una voz tan baja que casi se perdió entre el silencio de la habitación.

Me quedé mirando las vendas que todavía sostenía entre los dedos, intentando ignorar la extraña incomodidad que me provocaba escuchar gratitud en su voz. Habría sido más fácil si me hubiera insultado, si hubiera encontrado alguna forma de volver a ser la Mika de mis recuerdos, la niña insoportable que siempre tenía una respuesta hiriente preparada para mí. Pero esa chica sentada junto a su hermano no parecía una enemiga. Parecía alguien que había tenido que aprender a sostener demasiado peso sin que nadie le preguntara si podía cargarlo.

—No me agradezcas tanto —respondí mientras cerraba la bolsa y evitaba mirarla más de lo necesario—. Lo hice por Cale, no por ti.

Mika levantó la vista hacia mí, y por un instante apareció en sus ojos algo que no pude descifrar del todo. No fue enojo. Tampoco tristeza. Fue una de esas expresiones que duran demasiado poco, pero dejan una marca suficiente para que uno quiera entenderlas después.

—Lo sé —contestó, y esa simple aceptación me molestó más que cualquier discusión porque no me dio un lugar donde defenderme.

Me incorporé y miré alrededor de la habitación, notando entonces detalles que durante la urgencia no había querido procesar con demasiada calma. Había cosas fuera de lugar, objetos caídos, señales pequeñas de una pelea o de una discusión que se había salido de control, y aunque no era mi asunto, aunque me repetí que no tenía ningún derecho a meterme en la vida de Mika Rossi ni en los problemas de su familia, una parte de mí comenzó a atar cabos con una facilidad desagradable. Ella había dicho que su madre estaba borracha. Había dicho que Cale la defendió. Había dicho que al regresar lo encontró así. No hacía falta ser un genio para entender que allí había más historia de la que ella estaba dispuesta a contarme.

—No voy a preguntarte qué pasó —dije finalmente, aunque la curiosidad me ardía en la lengua y la rabia empezaba a tomar forma dentro de mi pecho—, porque no soy nadie para meterme en tu casa ni en tu vida, pero si Cale despierta peor, si empieza a vomitar, si se desorienta, si el dolor aumenta demasiado o si notas algo raro en sus heridas, vienes a buscarme o llamas a emergencias. No te quedes esperando a que se arregle solo por miedo a hacer ruido.

Mika me miró con una seriedad distinta, como si esa advertencia hubiera tocado exactamente el punto que ella intentaba evitar.

—No quería que nadie se enterara.

—Eso lo imaginé —respondí, sosteniéndole la mirada porque había momentos en los que el sarcasmo no servía para nada—, pero hay cosas que no pueden esconderse debajo de la alfombra, Mika. No cuando alguien termina así.

Ella tragó saliva y apartó la vista hacia su hermano. Durante unos segundos pensé que iba a decirme algo más, quizá una explicación, quizá una verdad que llevaba demasiado tiempo encerrada, pero no lo hizo. Solo se quedó ahí, mirando a Cale con una mezcla de cansancio y culpa que me hizo sentir como un intruso en una historia que no me pertenecía.

Me colgué la mochila al hombro y caminé hacia la puerta, decidido a salir antes de que aquella casa empezara a importarme más de lo conveniente. Ya había hecho lo necesario. Cale estaba atendido, Mika sabía qué hacer y yo podía regresar a mi vida fingiendo que nada de aquello me había afectado. Era un buen plan. Un plan inteligente. El tipo de plan que una persona sensata seguiría sin mirar atrás.

El problema era que yo nunca había sido tan sensato como mi madre quería creer.

—Vendré mañana después de clases para revisar cómo sigue —dije antes de cruzar la puerta, sin darle demasiada importancia al

comentario porque si sonaba casual tal vez podía convencerme de que lo era.

Mika levantó la cabeza con rapidez.

—¿Vas a volver?

Su pregunta me obligó a detenerme. No por las palabras, sino por la forma en que las dijo, como si no hubiera esperado que alguien regresara después de ayudar una vez. Esa reacción me molestó profundamente, aunque no supe si estaba molesto con ella, con su familia o conmigo mismo por haber notado algo que prefería ignorar.

—Sí, Mika, voy a volver —respondí despacio, mirándola desde el marco de la puerta—. Cale fue mi amigo antes de que tú decidieras desaparecer a Denver y, aunque eso no signifique que tú y yo vayamos a sentarnos a recordar la infancia con galletas y leche, tampoco voy a dejarlo tirado después de verlo así.

Por desde que llegué, una sonrisa pequeña apareció en su rostro. No fue una sonrisa burlona ni una de esas expresiones desafiantes que tanto me desesperaban. Fue apenas un gesto cansado, casi triste, pero aun así logró descolocarme porque no encajaba con la Mika que yo había mantenido guardada en la memoria.

—Sigues siendo un imbécil —dijo con suavidad, aunque esta vez no sonó como un insulto completo.

Solté una risa baja mientras negaba con la cabeza.

—Y tú sigues teniendo una forma horrible de agradecer.

—No te emociones, Benedetti. Fue una observación, no un agradecimiento.

Ahí estaba. Esa chispa. Esa manera suya de levantar la barbilla incluso cuando tenía el mundo cayéndosele encima. Por alguna razón, verla regresar durante un segundo a esa versión conocida me hizo sentir más tranquilo, como si la discusión fuera un territorio seguro dentro de todo lo que acababa de ocurrir.

—Mucho mejor —dije mientras comenzaba a bajar las escaleras—. Ya me estabas asustando con tanta educación.

Escuché su respiración detrás de mí, quizá una risa contenida, quizá solo cansancio, pero no me giré para comprobarlo. Ya había cometido suficientes errores mirándola más de la cuenta aquel día. Salí de la casa con la bolsa vacía en una mano y la cabeza demasiado llena, intentando ordenar lo ocurrido mientras caminaba hacia mi coche bajo el aire frío de la noche.

Cuando crucé la puerta de mi casa, mi madre apareció casi de inmediato y me miró de arriba abajo con una precisión aterradora, esa precisión que solo las madres tienen cuando descubren algo antes de que uno tenga tiempo de inventar una mentira decente. Su mirada se detuvo en la mancha de sangre de mi camisa y su expresión cambió por completo.

—Noah Benedetti.

Mi nombre completo en su voz era una sentencia.

—Antes de que empieces a imaginar una pelea clandestina o algo igual de dramático, quiero aclarar que no es mi sangre.

Eso, por supuesto, no ayudó.

Su rostro se tensó todavía más.

—¿De quién es?

Me quedé callado un segundo, recordando la promesa de aquella mañana, la condición del coche, su voz diciéndome que los errores tenían solución, pero las mentiras no. Pude haber inventado cualquier cosa. Pude haber dicho que ayudé a alguien en la escuela, que fue un accidente menor, que no era importante. Pero el rostro de Cale volvió a mi cabeza antes de que pudiera elegir el camino fácil.

—Es de Cale Rossi —admití al fin—. Lo encontré herido y lo ayudé a limpiarse las heridas.

Mi madre me observó durante un largo segundo, y aunque pude ver la preocupación endureciéndole los ojos, también noté que agradecía la verdad. No me hizo demasiadas preguntas en ese momento, quizás porque entendió que yo tampoco tenía todas las respuestas, o quizás porque me conocía lo suficiente para saber cuándo algo me había dejado más afectado de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Ve a cambiarte —dijo finalmente, con la voz más baja—. Después hablamos.

Asentí y subí a mi habitación sin discutir.

Me quité la camisa manchada y la dejé sobre una silla antes de entrar al baño para lavarme las manos, aunque ya no había sangre en ellas. Aun así, seguí frotándolas bajo el agua más tiempo del necesario, como si pudiera quitarme también la imagen de Cale golpeado, la voz temblorosa de Mika en la playa y esa sonrisa pequeña que no debería haberme importado.

Cuando finalmente me acosté, pensé que el cansancio iba a ganarme rápido.

No ocurrió.

Me quedé mirando el techo durante demasiado tiempo, escuchando el silencio de mi habitación mientras mi mente volvía una y otra vez al mismo lugar. Mika sentada junto a la cama de su hermano. Mika pidiéndome ayuda. Mika intentando no romperse. Mika sonriendo apenas cuando le dije que volvería.

Me odié un poco por recordarla con tanto detalle.

Porque durante años había sido fácil reducirla a una enemiga, a una niña que me sacaba de quicio, a la cicatriz de mi brazo y a todos los problemas que habíamos provocado juntos. Era cómodo odiarla cuando ella se quedaba quieta en el pasado. Lo difícil era verla en el presente, con miedo en los ojos y el orgullo hecho pedazos, y seguir fingiendo que nada había cambiado.

Esa noche tuve un sueño con ella.

No fue un sueño inocente ni uno de esos recuerdos extraños que la mente inventa para acomodar lo que no entiende. Fue algo más confuso, más cálido, más peligroso. Mika estaba cerca de mí, demasiado cerca, con esa mirada que durante el día había intentado sostenerse sin romperse y que en el sueño parecía buscar algo que yo no estaba preparado para darle. No recuerdo cada detalle, o quizás prefiero no recordarlo con demasiada claridad, pero sí recuerdo la sensación de sus dedos rozando mi piel, el sonido de mi propia respiración volviéndose irregular y esa certeza absurda de que la chica a la que llevaba años llamando enemiga podía acercarse a mí y hacer que todo mi cuerpo olvidara las razones por las que debía alejarla.

Desperté sobresaltado cuando la alarma del celular comenzó a sonar.

Durante unos segundos permanecí inmóvil, mirando el techo, intentando convencerme de que aquello no significaba nada. Era normal. Tenía dieciséis años. Había pasado un día extraño. Había visto a Mika de cerca por primera vez en años. La había visto asustada, vulnerable, distinta. Mi cabeza simplemente había mezclado demasiadas cosas mientras dormía.

Esa era la explicación lógica.

La única explicación que estaba dispuesto a aceptar.

Me levanté con más brusquedad de la necesaria y fui directo al baño, dejando que el agua fría terminara de arrancarme el sueño y cualquier pensamiento que pudiera convertirse en un problema. Para cuando salí ya iba tarde, así que me vestí rápido, bajé a desayunar apenas algo ligero y me despedí de mi madre con la esperanza de que no notara que mi cabeza estaba en otra parte.

Subí al coche y tomé rumbo a la escuela intentando pensar en cualquier cosa que no fuera Mika Rossi.

Naturalmente, fracasé.

Porque apenas avancé unas calles, una figura conocida llamó mi atención desde la acera.

Mika caminaba sola.

No llevaba la motocicleta.

Y por alguna razón que no quise analizar demasiado, reduje la velocidad.

—Mika —la llamé desde la ventana cuando estuve lo bastante cerca —. Sube, te llevo.

Ella se detuvo y me miró como si acabara de decir la estupidez más grande de la mañana.

—No, gracias. Recuerda que ayer me dijiste que no te hablara.

Tuve que fingir que aquella respuesta no me causaba ninguna gracia.

—También te dije que no te acercaras a mí y aun así apareciste junto a mi coche en la playa, así que creo que nuestras reglas ya nacieron bastante dañadas.

Mika cruzó los brazos, observándome con esa expresión desafiante que parecía devolverle algo de vida al rostro.

—No necesito que me lleves.

—Vas a llegar tarde y yo también, así que sube antes de que tenga que admitir que estoy haciendo una buena acción.

Durante un momento pensé que iba a negarse solo por orgullo, y probablemente lo habría hecho si la escuela no estuviera tan lejos. Finalmente rodeó el coche, abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto con una naturalidad que me puso demasiado consciente de su presencia.

—Solo porque no tengo mi moto —dijo mientras cerraba la puerta—. Y porque camino demasiado lento para llegar a tiempo.

—Qué manera tan elegante de decir gracias.

—No era un gracias.

—Lo imaginé.

Mika se inclinó hacia el tablero antes de que pudiera detenerla.

—Yo escojo la música.

La miré de reojo.

—¿Perdón?

—Me estás llevando, así que necesito soportar el viaje de alguna forma.

—Estás dentro de mi coche, Rossi. Deberías mostrar algo de respeto.

—Estoy mostrando mucho respeto al no bajarme.

Solté una risa a pesar de mí mismo, y eso fue un error porque ella sonrió apenas, una mueca pequeña que transformó su rostro de una manera demasiado peligrosa para mi tranquilidad. Me obligué a mirar hacia el camino mientras arrancaba, intentando no notar la falda que llevaba, ni sus piernas, ni el brillo rojo en sus labios, ni esa cercanía absurda que convertía el interior del coche en un lugar demasiado pequeño.

—Te recuerdo que sigo sin querer que me hables —dije, más para protegerme a mí que para advertirle a ella.

Mika cambió la música y se acomodó en el asiento con una calma que me resultó ofensiva.

—Claro, Benedetti. Lo que tú digas.

Llegamos a la escuela tarde, aunque no tanto como para ganarnos un sermón serio. Aparqué con rapidez y ambos bajamos al mismo tiempo. Yo intentaba mantener la compostura, pero Mika caminaba a mi lado con una tranquilidad insoportable, como si no acabara de

pasar la mañana en mi coche después de haber invadido mis sueños de una manera que prefería no volver a recordar.

—No me hables en la escuela —le dije mientras caminábamos hacia la entrada.

Ella giró apenas el rostro hacia mí.

—Sí, sí, lo que tú digas, perdedor.

Me detuve en seco.

Mika siguió avanzando dos pasos antes de girarse con una expresión demasiado satisfecha.

—Retráctate —dije, señalándola con el dedo—. Puedes decir muchas cosas de mí, Rossi, pero perdedor no está en la lista.

Ella abrió la boca para responder, pero su mirada se desvió hacia la derecha y entonces noté que un profesor nos estaba observando desde la entrada. Mika sonrió como si acabara de ganar una pequeña batalla sin necesidad de pelearla y siguió caminando hacia el edificio, dejándome con la respuesta atorada en la boca.

La vi alejarse.

Y aunque debería haberme limitado a entrar a clases, terminé diciendo lo primero que mi orgullo y mi estupidez encontraron para no dejarla ir con la última palabra.

—Esa falda se te ve bien, rojita.

Mika no se detuvo, pero vi la forma en que sus hombros se tensaron apenas antes de seguir caminando.

Y esa mínima reacción bastó para que una sonrisa se me escapara.

Ese día comprendí algo que probablemente debí notar antes.

Todo había cambiado.

Mika había cambiado.

Yo también.

Y aun así seguíamos siendo igual de peligrosos cuando estábamos cerca.

PUNTO Y APARTE

MIKA

Pensé que mi vida no podía empeorar más de lo que ya lo había hecho cuando mi padre decidió rehacer la suya con otra mujer y formar una nueva familia lejos de todo lo que yo conocía. Tal vez habría podido aceptar esa noticia con más dignidad si mi hermano no estuviera viviendo bajo el mismo techo que mi madre, cargando con una violencia que nadie nombraba en voz alta y fingiendo que podía soportarla porque siempre había sido demasiado bueno para marcharse sin mirar atrás. Por eso regresé. No porque extrañara la ciudad, ni la escuela, ni la calle donde vivía el chico al que le había dejado una cicatriz en el brazo cuando éramos niños. Regresé porque Cale seguía allí, porque antes de irse a la universidad necesitaba saber que alguien lo veía, que alguien podía entrar a esa casa y recordarle que no estaba completamente solo.

Volver a la ciudad también significaba volver a ciertos recuerdos que yo había intentado dejar encerrados en Denver. Noah Benedetti era uno de ellos. Durante años me repetí que lo nuestro había sido una rivalidad infantil, una serie de peleas absurdas entre dos niños demasiado orgullosos para pedir perdón, pero la verdad era mucho más incómoda que eso. Yo le hice daño. No solo con palabras, no solo con competencias estúpidas o bromas crueles, sino de una manera real, física, irreversible. Todavía recordaba el día en que las tijeras terminaron en su brazo y la sangre apareció como una prueba horrible de que mi rabia podía cruzar límites que yo ni siquiera entendía. Lloré tanto aquella noche que mi padre decidió llevarme a terapia, no porque creyera que yo fuera mala, sino porque le aterraba que terminara pareciéndome a mi madre.

Mi madre no siempre había sido así, o al menos eso decía mi padre cuando intentaba explicar lo inexplicable sin culparme directamente. Decía que antes era distinta, que antes reía más, que antes no necesitaba convertir cada discusión en una guerra, pero después de mi nacimiento todo cambió y, aunque él jamás me dijo que fuera mi culpa, yo crecí con la sensación de que mi existencia había roto algo dentro de ella. Tal vez por eso me aferré tanto a destacar en todo lo que hacía. Piano, violín, pintura, calificaciones, presentaciones escolares. Si alguien me decía que era un prodigio, yo intentaba serlo todavía más, porque durante unos segundos podía imaginar que tal vez, si era perfecta, alguien se quedaría mirándome con orgullo en lugar de cansancio.

Noah era distinto. Noah no necesitaba esforzarse para tener lo que yo quería. Tenía una madre que lo miraba como si fuera el centro de su universo y un padre ausente que, aun desde lejos, seguía siendo una figura enorme en su vida. Tenía hermanos, tenía una casa que parecía respirar familia y tenía esa forma insoportable de entrar a cualquier lugar convencido de que todos debían verlo. Al principio quise ser su amiga, aunque ahora me dé vergüenza admitirlo. Lo vi en una fiesta de cumpleaños y pensé que, si lograba estar a su altura, quizá podría acercarme sin sentirme menos. Pero Noah no entendía las cosas así. Para él todo era una competencia, y cuando descubrí que podía competir, cuando descubrí que podía ganarle, algo se torció entre nosotros hasta convertirse en una guerra diaria.

Al día siguiente de haberlo visto ayudar a Cale, entré a la escuela con una sensación extraña en el pecho. No era gratitud únicamente. Tampoco era culpa, aunque la culpa siempre estaba allí, como una sombra pegada a mis talones. Era algo más difícil de nombrar, una incomodidad suave que aparecía cada vez que recordaba a Noah inclinado sobre mi hermano, limpiándole las heridas con una concentración que no esperaba de él. Había pasado años pensando en Noah como un niño mimado, arrogante y desesperante, pero verlo actuar con tanta seriedad me obligaba a aceptar que tal vez los

dos habíamos cambiado más de lo que nuestras viejas versiones estaban dispuestas a reconocer.

Ese día me tocó compartir varias clases con él. Química, Historia y Matemáticas parecieron organizarse en mi contra porque en todas terminaba viendo su perfil desde algún punto del salón. Noah intentaba fingir que mi presencia le molestaba únicamente por costumbre, pero había algo en su forma de mirarme que ya no se sentía igual que cuando éramos niños. Antes sus ojos buscaban pelea. Ahora parecían intentar descifrarme, como si yo fuera un problema nuevo escrito con una letra que ya no entendía.

Cuando terminó la clase de Historia recordé que el profesor nos había asignado un proyecto en grupo y que, para mi desgracia, Noah formaba parte de él junto con sus amigos. Me acerqué a su pupitre mientras él guardaba sus cosas con demasiada calma, como si no hubiera notado que llevaba varios segundos esperando a que levantara la mirada. Esa actitud me molestó más de lo necesario porque Noah siempre había sabido cómo hacerme reaccionar incluso sin decir nada.

—Noah, el profesor de Historia dejó un proyecto en grupo y necesitamos decidir dónde vamos a hacerlo —dije intentando sonar práctica, aunque por dentro me irritaba tener que hablarle como si no hubiera pasado nada entre nosotros—. Prefiero tenerlo claro antes de que todos desaparezcan y luego nadie sepa qué le toca.

Noah siguió guardando un cuaderno dentro de su mochila antes de mirarme apenas de reojo. Ese gesto habría sido insignificante con cualquier otra persona, pero viniendo de él tuvo la fuerza exacta para hacerme apretar los dedos contra la correa de mi mochila.

—Podemos vernos en la cafetería que está cerca de la biblioteca —respondió finalmente, con esa voz tranquila que parecía diseñada para provocarme—. A las cuatro estaría bien. Tengo que pasar primero por Sara para pedir permiso en su casa, Jeremy vendrá con Mónica y supongo que el resto llegará si recuerda que existe el proyecto.

Lo miré durante unos segundos, intentando decidir si lo había hecho a propósito o si simplemente tenía esa capacidad natural de darme más información de la que yo había pedido.

—Me importa un bledo a quién vas a recoger, Benedetti. Solo pregunté dónde íbamos a hacer el proyecto, no necesitaba el itinerario romántico de tu tarde.

La comisura de sus labios se levantó apenas y, aunque quise odiar esa sonrisa, lo cierto es que me molestó porque seguía teniendo el mismo efecto de antes: me hacía querer responderle más fuerte, acercarme más, ganar aunque nadie estuviera contando puntos.

—Tranquila, rojita. Solo será una hora después de clases. No tienes que actuar como si te hubiera invitado a una tragedia griega.

Sentí cómo la palabra rojita me encendía la paciencia desde algún lugar antiguo de mi memoria. Antes me la decía para molestarme por las veces que terminábamos con sangre en la ropa después de pelear. Ahora sonaba distinto, menos cruel, más cercano, y eso era precisamente lo que lo hacía peligroso.

—Vete a la mierda, Noah.

Él sonrió con más descaro, como si mi insulto confirmara algo que ya sabía.

—Nos vemos a las cuatro.

Me alejé antes de darle otra respuesta, aunque mientras caminaba por el pasillo me odié un poco por haber caído tan rápido en el mismo juego de siempre. Había prometido controlarme. Había trabajado años en terapia para no dejar que el enojo me manejara como un perro con correa. Sin embargo, bastaban dos minutos cerca de Noah Benedetti para que mi paciencia se volviera una criatura salvaje intentando romper la jaula.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue buscar a Cale. La casa estaba demasiado tranquila y esa tranquilidad, lejos de aliviarme,

me puso alerta. Desde que había vuelto aprendí que el silencio podía significar descanso, pero también podía significar que algo estaba demasiado tenso para hacer ruido.

—Cale, ya llegué —llamé mientras dejaba mi mochila sobre una silla —. ¿Dónde estás?

Su voz llegó desde la cocina y apenas la escuché sentí que el aire entraba un poco mejor en mis pulmones.

—En la cocina. Preparé algo de comer, por si tienes hambre.

Caminé hasta encontrarlo de pie frente a la estufa, moviéndose con más lentitud de la habitual, pero al menos despierto y lo bastante entero para intentar cuidarme como si él no hubiera sido quien necesitó ayuda la noche anterior. Esa era una de las cosas que más me rompía de mi hermano. Incluso herido, incluso cansado, incluso sosteniéndose con pedazos, seguía pensando primero en mí.

—Gracias, moría de hambre —dije acercándome a él, aunque en realidad lo que quería era abrazarlo y comprobar con mis propias manos que seguía ahí—. A las cuatro tengo que ir a la cafetería cerca de la biblioteca para hacer un proyecto. ¿Puedes dejarme ahí?

Cale me observó un momento, y noté en su mirada una preocupación que intentaba ocultar para no agregar más peso sobre mis hombros.

—Claro, pero vuelve antes de las ocho. Mamá está de buen humor y lo mejor será no darle motivos para cambiarlo.

Intenté reírme, porque él lo había dicho con tono ligero, casi como una broma doméstica, pero los dos sabíamos que no lo era. En nuestra casa el humor de mi madre era una condición climática. Si amanecía despejado, caminábamos con cuidado para no provocar tormentas.

—Claro, mi general.

Cale sonrió apenas y esa pequeña sonrisa me sostuvo más de lo que debería. Él era la única persona en esa casa que me hacía sentir querida de una forma simple, sin exigirme perfección, sin mirarme como si mi existencia hubiera causado una fractura irreparable. Por eso me asustaba tanto verlo desgastarse intentando convivir con una madre que podía ser dulce un día y destruirte al siguiente.

A las cuatro, o casi a las cuatro porque Cale tardó más de lo previsto en sentirse con fuerzas para manejar, me dejó frente a la cafetería. No vi a nadie del grupo afuera y revisé la hora con una molestia que probablemente era injusta, porque yo tampoco había llegado temprano. Aun así, entrar sola y elegir una mesa cerca de la ventana me hizo sentir otra vez como una intrusa, como si todos los lugares tuvieran dueño antes de que yo llegara.

Pedí café y me senté mirando hacia la calle. El vidrio reflejaba parte de mi rostro, y por un segundo me vi más cansada de lo que quería admitir. Me acomodé el cabello, intenté enderezar la espalda y fingí que estar sola no me importaba. Era una habilidad vieja. Fingir. Sonreír cuando debía. Atacar antes de que alguien notara dónde dolía.

Las risas llegaron antes que ellos.

Noah entró con Jeremy, Mónica y una chica rubia que caminaba demasiado cerca de él. Sara. La reconocí por la forma en que lo miraba, no como amiga, no del todo, sino como alguien que creía tener cierta autoridad sobre su espacio. Aquello me molestó sin razón válida y, como no me gustó descubrirlo, decidí convertirlo en enojo.

—Llegan tarde —dije cuando se acercaron a la mesa, intentando que sonara como una broma, aunque mi voz salió más filosa de lo necesario—. Solo tengo hasta las siete para estar aquí y no pienso perder media tarde viendo cómo todos llegan cuando se les da la gana.

Noah dejó su mochila sobre una silla y me miró con esa calma que tanto me desesperaba.

—Tranquila, rojita. Fueron quince minutos, no una década. Además, antes de repartir tareas necesitamos decidir el tema del proyecto.

Me incliné ligeramente hacia adelante, agradecida de tener algo concreto por lo cual discutir, porque discutir con Noah era mucho más sencillo que preguntarme por qué me incomodaba verlo con Sara.

—Eso es justamente lo peor, Benedetti. Si no tenemos tema, tampoco tenemos encargado de reunir información, ni estructura, ni presentación, ni nada que parezca mínimamente organizado.

Jeremy levantó las manos con una sonrisa diplomática, como si se hubiera autonombrado mediador de una guerra que todavía no entendía.

—Propongo que la suerte decida antes de que ustedes dos conviertan un trabajo escolar en un juicio internacional. Mónica puede hacer papelitos con los temas y otro papel para definir quién será el responsable de reunir la información.

Mónica asintió de inmediato y sacó una hoja de su cuaderno con una disposición que me hizo pensar que probablemente estaba acostumbrada a poner orden en el caos de Jeremy.

—El que saque el papel de líder se encarga de reunir lo de todos y de armar la presentación final. Así nadie se queja de favoritismos.

Sara, que seguía pegada a Noah como si la silla no fuera suficiente territorio, sonrió y apoyó los codos sobre la mesa.

—No es mala idea. ¿Tú qué piensas, Noah?

Noah la miró y asintió con naturalidad.

—Estoy de acuerdo, Sara.

El problema no fue la respuesta. Fue la forma en que ella sonrió después, como si su opinión hubiera sido la única que importaba. Sentí el enojo subirme por la garganta antes de poder detenerlo.

—Qué bonito. Todos opinaron y mi opinión no importa, ¿o también tengo que sacar un papelito para tener derecho a hablar?

Noah volvió a mirarme, y en lugar de molestarse como esperaba, sonrió de una manera que me hizo querer lanzarle el café encima.

—No te enojes, rojita. Estamos haciendo lo que podemos. No todos somos brillantes como tú.

El comentario me golpeó en un lugar extraño. Cualquier otra persona quizá lo habría tomado como un halago, pero para mí la palabra brillante siempre venía cargada de exigencia, de cansancio, de una niña tocando piano con las manos tensas mientras buscaba entre el público una mirada que la hiciera sentir suficiente.

—No uses eso conmigo —dije más bajo, y odié que mi voz no saliera tan firme como quería.

Por suerte nadie pareció entender del todo el cambio, porque Jeremy empezó a bromear sobre las bebidas y Mónica se levantó para pedir algo. Noah, en cambio, se quedó mirándome un segundo más, como si hubiera notado una grieta que no debía ver.

—¿Quieres otro café? —preguntó después, bajando un poco la voz —. O un té, no sé. Tienes cara de estar a punto de declarar la guerra por la cafeína.

Lo miré, confundida por la suavidad repentina de su tono, y entonces Sara se movió junto a él. Ese pequeño gesto bastó para recordarme que no estaba sola con Noah y que no tenía por qué sentirme extraña porque él me ofreciera algo de beber.

—Tu novia te está mirando.

Noah parpadeó y luego soltó una risa con un descaro que me pareció absolutamente insoportable.

—Sara no es mi novia. Es una amiga con la que tengo encuentros muy amistosos.

La manera en que lo dijo, con esa sonrisa pícara y satisfecha, me hizo apretar la taza entre las manos. No tenía derecho a molestarme. Noah podía besar a quien quisiera, salir con quien quisiera y arruinar su reputación con quien quisiera. A mí no me importaba. No debía importarme.

—Qué elegante —murmuré.

Sara pareció escucharme, porque dirigió su atención hacia mí con una sonrisa que no llegó a tocarle los ojos.

—¿Conoces mucho a Noah?

Sentí la pregunta como una advertencia cubierta de azúcar.

Me recosté en la silla y sostuve su mirada.

—Lo conozco desde niños, pero no somos cercanos. Es amigo de mi hermano y la mayor parte del tiempo me desagrada, así que si te preocupa que quiera quitártelo, puedes respirar tranquila. Noah Benedetti no es mi tipo.

El pequeño movimiento de Noah al escucharme fue casi imperceptible, pero lo vi. Enderezó la espalda apenas, como si la frase le hubiera llegado más rápido de lo que esperaba. Y eso, por alguna razón, me hizo sentir que había ganado algo.

—Auch, Mika —dijo, llevándose una mano al pecho con teatralidad —. Eso dolió más que las tijeras.

La broma cayó mal.

No por los demás.

Por mí.

Todo el aire pareció irse de la cafetería durante un segundo. Volví a sentir el metal en la mano, la sangre en su brazo, los gritos, la cara

de mi padre cuando llegó a la escuela y entendió que su hija no solo tenía mal carácter, sino algo dentro que necesitaba ayuda urgente.

Me puse de pie antes de pensar.

Si me quedaba, iba a decir algo peor. Si hablaba, iba a romper algo que apenas estaba intentando reconstruir dentro de mí.

—Vete a la mierda, Noah.

Esta vez no sonó como broma.

Tomé mi mochila y salí de la cafetería sin mirar atrás. Afuera el aire estaba más frío y caminé varias calles sin detenerme, intentando controlar la respiración como me había enseñado mi psicóloga. Inhalar. Sostener. Soltar. No huir de la emoción, pero tampoco dejar que tomara el volante. Ojalá fuera tan fácil como sonaba cuando lo decía sentada en un consultorio.

No estaba enojada con Noah.

No realmente.

Estaba enojada conmigo.

Con la niña que fui.

Con la herida que dejé.

Con la parte de mí que todavía reaccionaba como si atacar fuera la única forma de sobrevivir.

Entonces escuché pasos detrás de mí.

No tuve que girarme para saber quién era.

—¿Vas a seguirme toda la calle o vas a preguntar por qué me fui? —dije deteniéndome de golpe.

Noah casi tuvo que frenar para no alcanzarme. Cuando volteé, fingió mirar el escaparate de una tienda como si hubiera encontrado algo fascinante en una vitrina llena de objetos que claramente no le

interesaban. La imagen habría sido ridícula si yo no siguiera intentando no llorar.

—La verdad no me interesa demasiado por qué te fuiste —respondió, aunque su tono lo traicionaba porque nadie sigue a otra persona varias calles si no le importa en absoluto—. Tu hermano me pidió que no te dejara volver sola a casa, así que puedes odiarme durante el camino, pero vas a tener que aguantar mi presencia.

Solté una risa breve, más cansada que divertida.

—Ahora sigues órdenes de Cale.

Noah caminó hasta quedar a mi lado, manteniendo una distancia prudente que agradecí más de lo que pensé.

—No sigo órdenes. Simplemente sé comportarme como un caballero cuando la situación lo exige, aunque entiendo que eso arruine la imagen terrible que tienes de mí.

Lo miré de reojo.

—Tu imagen terrible se sostiene bastante bien, no te preocupes.

Él sonrió, y el silencio que siguió no se sintió como una amenaza. Caminamos juntos sin decir demasiado, y esa ausencia de palabras fue extrañamente cómoda. Noah no intentó llenar el espacio con bromas ni exigirme una explicación. Solo caminó a mi lado, y en ese gesto había una forma de cuidado que no sabía cómo recibir.

Cuando llegamos a mi casa, me detuve frente a la puerta y busqué alguna frase que no sonara demasiado vulnerable. No encontré ninguna.

—Gracias por acompañarme.

Noah inclinó apenas la cabeza, con esa media sonrisa suya que parecía hecha para irritar y tranquilizar al mismo tiempo.

—No te acostumbres, rojita.

Lo vi alejarse y noté su espalda ancha, sus hombros más firmes, la forma en que los años habían cambiado al niño escandaloso que recordaba. Entré a casa antes de quedarme mirándolo demasiado y fui directo a mi habitación, donde me dejé caer sobre la cama con la mirada fija en el techo.

Tal vez hacerme amiga de Noah no era una idea tan absurda.

Tal vez había una forma de dejar el pasado en algún lugar donde ya no pudiera mordernos cada vez que intentáramos hablar.

Con el paso de las semanas, empecé a integrarme poco a poco en su grupo. Jeremy era un idiota, pero un idiota amable. Mónica me cayó mejor de lo que esperaba. Sara, en cambio, seguía mirándome como si yo fuera una amenaza caminando en tacones, aunque jamás entendí por qué le preocupaba tanto si ella misma decía no ser novia de Noah. En realidad, tal vez sí lo entendía, pero admitirlo habría significado aceptar que Noah y yo discutíamos con una intensidad que a veces parecía otra cosa.

La clase de educación física siempre fue la peor parte del día para mí. No porque no pudiera moverme, sino porque mi cuerpo parecía traicionarme con demasiada facilidad. La respiración se me iba antes de tiempo, el pecho se me cerraba y aun así me obligaba a seguir porque Noah estaba cerca y competir con él era una costumbre vieja que mi orgullo no sabía abandonar.

—Hola, rojita —dijo un día apareciendo a mi lado cuando yo intentaba recuperar el aire sin parecer al borde de la muerte—. ¿Qué tal la clase? Te ves un poco cansada.

Me sobresalté más de lo necesario, no porque realmente me hubiera asustado, sino porque había estado observándolo sin darme cuenta y necesitaba esconderlo de alguna forma.

—Mierda, Noah, no aparezcas así. Es malo para el corazón.

Su carcajada se escuchó hasta el otro lado del campo.

—No puedo creerlo. Tienes corazón.

Sentí varias miradas sobre nosotros y quise golpearlo, aunque solo fuera para que bajara la voz.

—Cállate, idiota. Todo el mundo te escucha. ¿No eras inteligente?

Noah se acercó un poco, todavía sonriendo, pero esta vez su expresión cambió apenas, como si detrás de la burla hubiera algo más tranquilo.

—Lo soy, pero no siempre lo aparento. Además, creo que ya me cansé de intentar ser el número uno en todo. Desde que regresaste, competir perdió un poco de sentido.

Lo miré sin saber qué hacer con esa frase.

Noah Benedetti, el chico que siempre necesitaba ganar, acababa de decirlo como si no fuera importante.

—¿Estás enfermo?

—Probablemente.

—Eso explica muchas cosas.

Su sonrisa creció, pero no respondió de inmediato. Se quedó mirándome con una atención que me hizo sentir demasiado vista.

—Nos llevamos mejor que antes, ¿no crees?

La pregunta me tomó desprevenida. No porque fuera difícil de responder, sino porque responderla en voz alta significaba admitir algo que llevaba días notando.

—Claro que no —dije, porque mi orgullo seguía teniendo reflejos rápidos—. Aún te odio, solo puedo soportar tu presencia durante periodos más largos sin imaginar tu muerte.

Noah soltó una risa baja.

—Eso, viniendo de ti, suena casi romántico.

Puse los ojos en blanco, pero el comentario se quedó rondando en un lugar incómodo de mi pecho. Aproveché el silencio para decir lo que realmente llevaba días queriendo decirle.

—Noah, hablando en serio, Sara me mira como si quisiera arrancarme el cabello cada vez que discutimos. Podrías hablar con ella, por favor. No quiero perder el control ni terminar en una discusión que no necesito, no ahora que sigo en terapia y estoy intentando manejar mejor todo esto.

Él dejó de sonreír.

Su expresión cambió de inmediato, y por un segundo temí haber dicho demasiado.

—¿Vas al psicólogo?

La pregunta no sonó burlona, pero sí sorprendida, como si hubiera abierto una puerta que él no esperaba encontrar.

—Desde lo que pasó contigo —respondí, obligándome a sostenerle la mirada aunque me costara—. Mi padre me llevó después del accidente. Pensó que necesitaba ayuda, y tenía razón.

Noah se quedó callado.

Por una vez, no tuvo una respuesta lista.

Y esa ausencia de sarcasmo me dolió más que cualquier burla.

—No tienes que decir nada —continué antes de que el silencio se volviera insoportable—. No es algo malo. Fue un accidente grave, Noah, y aunque éramos niños, yo sé lo que hice. Lo siento. De verdad lo siento.

Las lágrimas llegaron antes de que pudiera detenerlas. No fue un llanto dramático ni escandaloso, solo una rendición pequeña que me obligó a bajar la mirada porque no quería que él me viera así. Había pensado muchas veces en pedirle perdón de verdad, sin sarcasmo,

sin rabia, sin esconderme detrás de insultos, pero jamás imaginé que hacerlo frente a él me dejaría tan expuesta.

Noah no habló de inmediato.

Cuando finalmente lo hizo, su voz salió más baja de lo habitual.

—De niño sentía celos de ti.

Levanté la mirada, confundida.

Él observaba el campo como si hablar mirando directamente fuera demasiado difícil.

—Tus padres estaban en todas tus presentaciones. Piano, violín, arte, lo que fuera. Siempre había alguien sentado ahí para verte, y yo odiaba eso porque mi mamá estaba, claro, pero mi papá casi nunca podía ir. Yo quería esa atención y tú la tenías. Supongo que en algún punto empecé a comportarme como un imbécil porque no sabía qué hacer con esa envidia.

Me quedé completamente quieta.

Nunca lo había pensado así.

Siempre creí que Noah me odiaba porque yo lo opacaba, porque lo desafiaba, porque no soportaba que alguien le quitara el lugar que creía suyo. Tal vez era cierto. Pero también había algo más debajo. Algo que ninguno de los dos había sabido nombrar cuando éramos niños.

—Yo te tenía celos a ti —admití con la voz todavía quebrada—. Tus padres te querían de una forma tan evidente que dolía mirar. Yo podía ganar premios, tocar instrumentos, sacar buenas notas y aun así sentir que nada alcanzaba. Tú tenías lo que yo quería sin tener que pedirlo.

Noah me miró entonces, y por primera vez en mucho tiempo no vi al niño que me gritaba en los pasillos ni al chico arrogante que todos admiraban. Vi a alguien que también había sido niño, que también

se había sentido insuficiente, que también había convertido el dolor en competencia porque era más fácil pelear que admitir que algo faltaba.

—Tal vez ninguno de los dos sabía odiar bien —dijo al fin, con una media sonrisa triste—. Solo éramos niños intentando que alguien nos mirara.

Respiré hondo, limpiándome las mejillas con torpeza.

—Eso no borra lo que hice.

—No —aceptó él sin suavizarlo, y agradecí que no intentara mentirme—. Pero ya no somos esos niños, rojita. No estoy diciendo que olvidemos todo ni que mañana vayamos a ser mejores amigos, porque honestamente dejar de discutir contigo sería una pérdida para la humanidad, pero podemos intentar vivir en el presente y no seguir usando el pasado como arma cada vez que no sabemos qué decir.

Aquellas palabras me sostuvieron de una manera inesperada.

Noah Benedetti, el mismo chico que yo había considerado mi enemigo durante años, acababa de darme algo parecido a un permiso para respirar.

—Eres sorprendentemente bueno diciendo cosas decentes cuando quieres.

Él sonrió, recuperando un poco de su arrogancia habitual.

—Lo sé. Intento no hacerlo demasiado para no arruinar mi reputación.

Solté una risa entre lágrimas y, por primera vez desde que regresé a la ciudad, sentí que tal vez podía existir un lugar para mí que no estuviera construido únicamente sobre culpa, miedo o defensa. No sabía si Noah y yo podíamos ser amigos. No sabía si la historia entre nosotros permitía algo tan sencillo. Pero mientras estábamos ahí, bajo el ruido lejano de la clase de educación física y con el pasado

finalmente dicho en voz alta, pensé que quizá un punto y aparte no significaba borrar lo anterior.

Quizá solo significaba tener el valor de escribir algo diferente después.

SUSURRO

Noah

Tal vez yo no era el mejor amigo del mundo, y probablemente Jeremy tendría una lista bastante larga de pruebas para respaldar esa teoría si alguien se la pidiera, pero había algo que sí sabía hacer cuando la situación lo exigía: decir las palabras correctas para que alguien siguiera adelante aunque yo mismo rara vez tuviera a alguien que hiciera lo mismo por mí. Quizá por eso me molestaba tanto reconocerlo. Porque a veces uno aprende a dar justo aquello que nunca recibió, y en mi caso esas palabras de aliento me habría gustado escucharlas alguna vez de mis hermanos mayores, aunque con el carácter de mierda que ambos cargaban, esperar ternura de Erick o Richard era tan realista como esperar que el océano se secara por educación. Los toleraba porque eran mi familia, porque mi madre los amaba y porque, al final, uno no escoge la sangre que le toca; pero eso no significaba que no supiera perfectamente cuándo me miraban con esa mezcla de fastidio y envidia que siempre intentaban disfrazar de superioridad.

Aquella mañana, quizá por haber dormido mal o quizá porque mi cabeza seguía demasiado llena de Mika Rossi, me quedé dormido sobre el escritorio durante la primera clase. No fue un sueño profundo, más bien uno de esos descansos torpes en los que el cuerpo se rinde aunque la mente siga dando vueltas, y cuando desperté no lo hice por el timbre ni por el ruido de mis compañeros saliendo del salón, sino por un susurro tan cerca de mi oído que sentí cómo la piel se me tensaba antes de abrir los ojos.

—No eres un idiota, después de todo me gustas.

Levanté la cabeza de golpe, desorientado, con el corazón latiéndome como si acabaran de atraparme haciendo algo indebido. El salón estaba vacío. Las sillas seguían desordenadas, algunas mochilas habían dejado marcas sobre los pupitres y la luz de la mañana entraba por las ventanas con una tranquilidad ofensiva, como si nada acabara de pasar. Miré hacia la puerta, después hacia el pasillo, y aunque no había nadie allí, reconocí la voz con una claridad que me resultó imposible ignorar.

Mika.

Durante varios segundos permanecí sentado, intentando decidir si realmente la había escuchado o si mi cerebro, en un acto de traición absoluta, había decidido fabricar su voz mientras dormía. El problema era que el susurro seguía repitiéndose dentro de mi cabeza con demasiada precisión. *No eras un idiota. Después de todo me gustas*. La frase parecía sencilla, pero en mi mente se había convertido en una bomba lista para explotar con el menor movimiento. No sabía si debía interpretarla como una broma, como una provocación, como una frase dicha a medias o como algo que yo definitivamente no estaba preparado para escuchar.

Porque Mika Rossi no podía gustar de mí.

No así.

No todavía.

Ni siquiera estaba seguro de que yo pudiera decir que ella me agradaba sin sentir que estaba traicionando una década entera de rivalidad. Apenas estaba aprendiendo a dejar de odiarla, y ya eso era bastante complicado sin añadir la posibilidad absurda de que entre nosotros existiera algo más. Mika era atractiva, claro que lo era, y fingir lo contrario habría sido una estupidez tan grande que ni siquiera yo podía defenderla. Pero una cosa era notar que había cambiado y otra muy distinta era permitir que esa observación se convirtiera en algo capaz de alterar mi respiración cada vez que estaba cerca.

Pasé el resto del día evitándola con una habilidad que, honestamente, debería haber sido reconocida como deporte escolar. Cambié de pasillo, salí por puertas distintas, fingí buscar cosas que no necesitaba y hasta rechacé una invitación de unos compañeros para participar en una actividad después de clases con tal de no quedarme más tiempo en la escuela. El problema era que huir de Mika no hacía que dejara de pensar en ella; al contrario, cada intento de esquivarla la volvía más presente, como si mi mente disfrutara recordándome que estaba actuando como un cobarde.

Jeremy me encontró en uno de los pasillos justo cuando yo estaba calculando la ruta más segura para llegar al estacionamiento sin cruzarme con ella.

—Viejo, ¿qué pasa contigo? Saliste de clase como si el profesor hubiera anunciado una ejecución pública, y Mika anda preguntando por ti.

La sola mención de su nombre me hizo mirar hacia ambos lados con una falta de dignidad que no pasó desapercibida para mi mejor amigo.

—¿Ella sabe dónde estoy?

Jeremy me observó como si acabara de descubrir una versión completamente nueva de mí y no estuviera seguro de querer conocerla.

—No, creo que no. Pero ahora necesito saber por qué estás hablando como si te estuviera persiguiendo una mafia pelirroja.

Me pasé una mano por el cabello, intentando parecer tranquilo aunque por dentro llevaba horas sintiéndome como si alguien hubiera tomado mis pensamientos, los hubiera arrojado al aire y luego me hubiera pedido que los organizara por colores.

—Me quedé dormido en la primera clase y creo que ella me susurró algo al oído antes de irse.

La sonrisa de Jeremy apareció de inmediato, lenta, peligrosa y absolutamente insoportable.

—¿Qué te dijo?

Miré hacia el fondo del pasillo, donde varios estudiantes conversaban cerca de los casilleros. No vi a Mika, pero eso no me tranquilizó. Si algo había aprendido desde su regreso era que podía aparecer en el peor momento posible con una precisión casi artística.

—Creo que dijo que le gusto.

Jeremy dejó de sonreír.

Eso fue peor.

Porque cuando Jeremy dejaba de bromear, significaba que la situación realmente tenía peso.

—No, no, no puede ser —murmuró, acercándose un poco más como si necesitara asegurarse de haber escuchado bien—. Noah, ustedes se odian.

—Eso pensaba yo.

—¿Y a ti te gusta ella?

La pregunta llegó demasiado rápido y me golpeó en un lugar incómodo. Abrí la boca con la intención de responder sin pensar, de negar con la seguridad arrogante que normalmente me salía con facilidad, pero la imagen de Mika en mi habitación mental, de Mika en la cafetería, de Mika llorando en el campo después de hablar de la cicatriz de mi brazo, apareció antes de que pudiera mentir con elegancia.

—No lo sé —admití, y odié lo honesto que sonó—. Quiero decir, no. Claro que no. Es Mika. Apenas estamos aprendiendo a tolerarnos y todavía tengo demasiadas cosas en la cabeza como para empezar a imaginar algo así.

Jeremy no se burló, lo cual confirmó que yo debía de tener una cara espantosa.

—Amigo, te lo digo con cariño, pero tú le hablas como si coquetearas con ella desde hace días.

Lo miré, ofendido y confundido al mismo tiempo.

—¿Qué? ¿Desde cuándo?

—Desde que la llamas rojita con esa sonrisa de idiota, desde que la sigues cuando se va molesta, desde que la miras como si intentaras resolver un problema matemático que también te parece bonita, y desde que Sara empezó a actuar como si Mika le hubiera declarado la guerra sin hacer absolutamente nada.

Me quedé callado, no porque no tuviera argumentos, sino porque cada cosa que Jeremy decía comenzaba a encontrar un lugar incómodo dentro de mi cabeza. Tal vez Sara no estaba exagerando tanto. Tal vez yo sí había actuado distinto con Mika. Tal vez la manera en que discutíamos ya no era únicamente costumbre, sino una forma torpe de acercarnos sin aceptar que queríamos hacerlo.

—Estoy confundido —dije finalmente, bajando la voz porque admitirlo frente a Jeremy era casi peor que admitirlo frente a mí mismo—. Y creo que lo mejor es irme antes de que todo esto se salga de control.

Jeremy apoyó una mano sobre mi hombro y esta vez no hizo ningún comentario idiota.

—Cuando necesites hablar, aquí estoy.

Asentí, agradeciendo en silencio que no intentara convertir mi desastre interno en una comedia. Me despedí de él y salí de la escuela evitando a cualquier persona que pudiera retenerme. Cuando llegué a casa y encontré la sala vacía, sentí algo parecido a alivio. La casa sin nadie podía ser demasiado grande, demasiado silenciosa, pero en ese momento era exactamente lo que necesitaba.

Un lugar donde pensar sin que nadie me preguntara por qué estaba actuando como un fugitivo emocional.

No alcancé a disfrutarlo demasiado.

Alguien tocó la puerta.

Me quedé inmóvil unos segundos, como si la madera hubiera anunciado una sentencia. Cuando abrí y la vi ahí, de pie frente a mí, con esa expresión entre molestia y determinación que ya empezaba a conocer demasiado bien, lo primero que pensé fue que Dios tenía un sentido del humor particularmente cruel conmigo.

—Mika —dije, y detesté que su nombre saliera con más nerviosismo del que pretendía.

—Noah —respondió ella, cruzándose de brazos.

La invité a pasar porque dejarla en la entrada habría sido peor, sobre todo si algún vecino decidía mirar y encontraba a Mika Rossi a punto de asesinarme con la mirada. Cerré la puerta detrás de ella y me apoyé contra la pared del recibidor, intentando mantener una distancia razonable aunque el espacio de mi casa pareciera haberse vuelto más pequeño desde que ella entró.

—¿Puedo preguntar por qué estás aquí?

Mika me observó durante unos segundos, como si estuviera midiendo cuánto de mi tranquilidad era real y cuánto era puro teatro. La respuesta, para mi desgracia, era obvia.

—Quería saber por qué me has estado evitando todo el día. Pensé que ya nos llevábamos mejor, o al menos lo suficiente para que no huyeras como si tuviera una enfermedad contagiosa.

Su manera de hablar tenía un tono juguetón, pero debajo había algo que me obligó a sostenerle la mirada. No parecía furiosa. Parecía inquieta. Y eso me hizo sentir peor porque, si había algo que no quería, era darle la impresión de que había hecho algo malo cuando

el problema era mi absoluta incapacidad para ordenar lo que me pasaba.

—Tengo la cabeza en otro lado —respondí, aunque la frase sonó pobre incluso para mí—. No fue mi intención hacerte sentir rara.

Mika inclinó ligeramente la cabeza y, por la forma en que sus labios intentaron no sonreír, supe que acababa de entender mucho más de lo que yo quería.

—Noah, sé lo que está pasando.

Mi cuerpo se tensó.

Ella dio un paso hacia mí, no demasiado cerca, pero lo suficiente para que el aire cambiara entre nosotros.

—Y no, no me gustas de manera romántica, idiota. Lo que dije en el salón fue porque últimamente has dejado de comportarte como un completo imbécil conmigo. Era una observación. No una declaración dramática.

Durante un instante sentí alivio.

Después sentí algo parecido a decepción.

Y luego me molesté por sentir cualquiera de las dos cosas.

—Estaba medio dormido —dije, intentando recuperar algo de dignidad—. Tu susurro me sacó de onda.

—Eso fue evidente. Casi saltas del escritorio.

—No salté.

—Noah, parecías un gato asustado.

—Qué imagen tan respetuosa tienes de mí.

Mika sonrió y esa sonrisa, tan pequeña como peligrosa, terminó de arruinar el poco control que me quedaba. Había algo en la forma en que se relajaba conmigo cuando dejábamos de atacarnos con

verdadera rabia que me resultaba demasiado fácil de mirar. Demasiado cómodo. Demasiado peligroso.

—Bueno —dijo ella, alejándose un poco como si la conversación ya estuviera resuelta—, no todos pueden sacar de equilibrio los pensamientos de otra persona con un simple susurro.

La miré con una ceja levantada, intentando decidir si acababa de provocarme a propósito.

—Rojita, ¿eso fue un coqueteo?

Mika se encogió de hombros con una inocencia tan falsa que habría ofendido a cualquier persona con sentido común.

—No sé. Tal vez. El problema es que idiotas como tú no captan la diferencia entre una broma y un coqueteo.

Ahí fue donde debí dejarla ganar.

Debí reírme, decirle que estaba loca, abrir la puerta y fingir que nada había cambiado.

Pero Noah Benedetti rara vez hacía lo más prudente.

Me acerqué antes de pensarlo demasiado y ella dejó de sonreír apenas notó que la distancia entre nosotros comenzaba a desaparecer. No la toqué de inmediato. No quería asustarla ni empujar algo que ninguno de los dos entendía todavía. Solo me quedé frente a ella, lo bastante cerca para notar cómo su respiración se volvía irregular y cómo sus ojos buscaban los míos con una mezcla de desafío y advertencia.

—¿Y qué pasa si yo no estoy bromeando? —pregunté en voz baja.

Mika no respondió al instante. Su mirada bajó apenas hacia mi boca y volvió a subir tan rápido que casi pude convencerme de que lo había imaginado. Pero no lo había imaginado. El silencio entre nosotros se tensó de una manera completamente nueva, una que ya

no se parecía a nuestras discusiones de infancia ni a nuestras provocaciones de pasillo.

—Noah…

Mi nombre en su voz sonó distinto.

No como una queja.

No como un insulto.

Como una pausa.

Como una advertencia.

Como una puerta que aún podía cerrarse si alguno de los dos tenía suficiente sentido común.

Yo no lo tuve.

Ella tampoco.

Mika levantó una mano y sus dedos rozaron mi antebrazo con una delicadeza que me dejó sin aire durante un segundo. No fue un gesto grande ni decidido, pero bastó para terminar de romper la última línea de defensa que yo estaba intentando sostener.

—Si seguimos así —dije, obligándome a hablar aunque cada palabra parecía más difícil que la anterior—, no sé si vamos a poder fingir que no pasó nada.

Mika me sostuvo la mirada. Sus mejillas estaban encendidas, pero no retrocedió.

—Entonces no finjas.

La besé.

No fue un beso tranquilo, ni uno de esos momentos perfectos donde todo se acomoda de forma elegante. Fue torpe al principio, cargado de años de rabia mal guardada, de culpa, de curiosidad, de todo aquello que nunca habíamos sabido decir sin convertirlo en pelea.

Mika respondió con la misma intensidad con la que discutía, y eso tuvo demasiado sentido. Porque así era ella. Porque así éramos nosotros. Si íbamos a cruzar una línea, parecía inevitable hacerlo como hacíamos todo: sin medir bien la caída.

Mis manos se quedaron en su cintura y las suyas en mis hombros, como si ambos necesitáramos asegurarnos de que el otro seguía ahí. El beso cambió poco a poco, dejó de ser una explosión y se convirtió en algo más peligroso precisamente porque empezó a sentirse menos accidental. Mika soltó una respiración temblorosa contra mis labios y yo entendí, con una claridad que me asustó, que si no nos deteníamos pronto, ninguno de los dos iba a saber cómo regresar al punto anterior.

La tomé en brazos solo para apartarla del pasillo y ella rodeó mi cuello mientras yo subía las escaleras con la torpeza desesperada de alguien que no estaba pensando con la cabeza. Llegamos a mi habitación entre besos y respiraciones cortadas, y cuando la dejé sobre la cama hubo un segundo en que ambos nos miramos sin movernos, como si recién entonces entendiéramos dónde estábamos y lo que podía pasar si seguíamos empujando esa puerta.

Yo quería besarla otra vez.

Quería hacerlo tanto que me dio rabia.

Pero también vi su rostro, vi la duda mezclada con deseo, vi que aquello era demasiado nuevo para los dos, demasiado rápido, demasiado cargado de historia vieja y heridas recientes. Mika no era una conquista, no era una pelea que debía ganar ni una forma de demostrarme algo a mí mismo. Era Mika. La chica que había vuelto a mi vida hecha un desastre y me había encontrado igual de desordenado por dentro.

—Podemos parar —dije con la voz baja, separándome apenas para que pudiera respirar sin sentirme encima—. No tienes que demostrar nada.

Mika me miró como si esa frase la hubiera desarmado más que el beso.

Antes de que pudiera responder, la puerta principal se abrió abajo y varias voces llenaron la casa.

Me aparté de golpe.

No de ella como si hubiera hecho algo malo, sino de la situación completa, porque escuchar la voz de mi madre en la entrada fue suficiente para recordarme que el mundo real seguía existiendo y que yo estaba a punto de morir de vergüenza en mi propia habitación.

—Mis padres volvieron —murmuré, intentando arreglarme la ropa y recuperar una dignidad que ya se había lanzado por la ventana—. Y creo que también Richard.

Mika se incorporó con el cabello ligeramente desordenado y una expresión que habría sido adorable si yo no estuviera entrando en pánico.

—¿Richard?

—Mi hermano. El del carácter insoportable. Bueno, uno de ellos.

Bajé las escaleras casi corriendo, dejando a Mika en mi habitación porque mi cerebro decidió que esa era una solución razonable durante aproximadamente tres segundos. En la entrada estaban mi madre, mi padre y Richard con maletas, y la forma en que los tres me miraron bastó para confirmar que mi aspecto no ayudaba en absoluto a mi versión de los hechos.

—Mika está arriba —dije demasiado rápido—. Vino por unos problemas del proyecto.

Mi madre me observó con esa calma peligrosa que solo las madres tienen cuando ya saben la verdad antes de que uno termine de mentir.

Mi padre miró hacia las escaleras, luego hacia mí, y no dijo nada. Eso fue peor.

Richard, por supuesto, sonrió como si acabara de recibir un regalo.

—Qué proyecto tan intenso.

—Cállate.

Mi padre caminó hacia el baño de invitados, abrió un cajón y volvió con una caja de condones que me entregó sin cambiar la expresión.

La vergüenza me subió hasta la cara con tanta fuerza que habría preferido que la tierra me tragara.

—Papá.

—Responsabilidad, Noah.

—No estábamos…

—Responsabilidad —repitió, esta vez con esa voz de padre italiano que no dejaba espacio para negociación.

Tomé la caja porque discutir habría empeorado todo y subí las escaleras con la sensación de que mi alma acababa de abandonar mi cuerpo. Cuando entré a mi habitación, Mika estaba de pie junto a la cama, intentando arreglarse el cabello. Sus ojos bajaron a mi mano y se abrieron apenas al ver la caja.

—¿Eso son condones?

Cerré los ojos un segundo.

—Mis padres tienen un sentido del humor terrible.

Mika me miró, y por primera vez desde que entró en mi casa no encontré diversión en su rostro. Había algo más. Algo que se cerraba.

—Claro.

—Mika, no es lo que parece.

—Noah, no necesito una explicación.

Pero sí la necesitaba.

Lo vi en la forma en que se apartó de mí, en la rapidez con la que tomó su mochila, en esa manera suya de levantar el orgullo como escudo cuando algo la golpeaba donde no quería admitirlo. Yo podía ser idiota, pero no tanto como para no entender que aquella caja había arruinado algo que ya venía temblando.

—Rojita…

—No me llames así ahora.

No levantó la voz, y eso fue peor.

Salió de mi habitación antes de que pudiera detenerla. Bajó las escaleras, saludó a mis padres con una educación tan perfecta que me confirmó que estaba furiosa, y se marchó sin mirar atrás.

Me quedé arriba durante varios minutos, con la caja todavía en la mano y una confusión enorme apretándome el pecho. No sabía si Mika se había molestado porque pensó que yo esperaba algo de ella, porque sabía que yo había estado con Sara, porque mis padres habían convertido un momento vulnerable en una escena incómoda o porque, tal vez, ella también había sentido que aquello significaba más de lo que cualquiera de los dos estaba listo para admitir.

Esa noche dormí mal.

No por el deseo, aunque también estaba ahí, dando vueltas como una corriente caliente bajo la piel, sino por la culpa. Cada vez que cerraba los ojos recordaba el beso, la forma en que Mika me había tocado el brazo, la manera en que su expresión cambió al ver la caja y la voz de Cale advirtiéndome, aunque todavía no me hubiera dicho nada, que su hermana no era alguien con quien se pudiera jugar.

A la mañana siguiente desperté tarde, cansado y con la cabeza hecha un desastre. Mi madre tenía desayuno preparado, pero apenas pude tomar algo antes de salir corriendo hacia la escuela. Llegué con el tiempo justo y encontré a Jeremy sentado en una banca, esperando la primera clase con una tranquilidad que me pareció ofensiva considerando que yo sentía que la vida acababa de golpearme con una silla.

—Se me dan fatal las mañanas cuando no puedo dormir bien —dije dejándome caer a su lado.

Jeremy me miró con atención.

—¿Pesadillas otra vez?

Él era el único que sabía lo suficiente sobre mis noches raras, mis sueños pesados y esa sensación de despertarme más cansado de lo que me había acostado. Durante años se había ganado el derecho de preguntar sin que yo lo mandara al demonio.

—Algo así —respondí, porque explicar que mis sueños estaban llenos de Mika no era una conversación que quisiera tener en una banca escolar—. No vayamos a la siguiente clase. Necesito dormir o desaparecer.

Jeremy soltó una risa, aunque me observó con preocupación.

—La siguiente es Historia y tenemos que presentar avances del proyecto, así que desaparecer no es una opción. Pero podemos ir a la playa después de clases si quieres hablar.

Asentí, agradeciendo que no presionara.

—Me parece bien.

Busqué a Mika con la mirada antes de poder evitarlo. No estaba en el patio, ni cerca de la entrada, ni junto a Mónica. La ausencia me molestó más de lo que debía.

—¿Mika no ha llegado?

Jeremy notó demasiado rápido el cambio en mi voz.

—No. Mónica dijo que se sentía mal y que mandaría sus avances por correo. Parece que mañana viene.

Intenté actuar como si la información no me afectara.

Fracasé.

—Ah.

—¿No te dijo nada? Viven prácticamente al lado.

Me reí sin humor, mirando hacia el edificio.

—No somos tan cercanos como para contarnos secretos.

La frase sonó irónica incluso para mí.

Después de clases no fui a la playa con Jeremy. Al menos no de inmediato. Primero caminé hacia la casa de Mika porque necesitaba saber si estaba bien, aunque intenté convencerme de que solo iba por responsabilidad, por Cale, por el proyecto o por cualquier excusa que no implicara aceptar que su silencio me había dejado intranquilo.

Cale abrió la puerta.

Al verme, una sonrisa lenta apareció en su rostro.

—Vaya. Jamás pensé que escucharía el nombre de mi hermana saliendo de tu boca sin que fuera seguido de un insulto.

—Las cosas cambian —respondí, intentando sonar casual—. A veces nos toleramos un poco. No demasiado, no exageremos, pero lo suficiente para no terminar en dirección cada vez que respiramos en el mismo lugar.

Cale se apoyó en el marco de la puerta, todavía con marcas visibles de los golpes, aunque mucho mejor que la noche anterior.

—¿Quieres saber por qué no fue a clases?

Sentí el estómago tensarse.

—Sí.

Cale me observó con demasiada atención.

—Fue al médico.

—¿Está enferma?

—No. Dijo que quería empezar a cuidarse porque está pensando en tener intimidad algún día.

El mundo se detuvo durante un segundo.

No de forma poética.

De forma humillante.

Porque mi mente regresó inmediatamente a la noche anterior, a la caja de condones, a Mika saliendo de mi habitación con el orgullo herido, y sentí que acababa de meterme en un terreno mucho más delicado de lo que había querido admitir.

—Carajo.

Cale dejó de sonreír.

—Noah.

La forma en que dijo mi nombre no fue amistosa.

Fue una advertencia.

—¿Hay algo entre tú y mi hermana?

Me pasé una mano por el rostro, sabiendo que cualquier respuesta rápida podía empeorarlo todo.

—No somos pareja. Ni siquiera sé si somos amigos todavía. Lo de nosotros es… complicado.

—Complicado no me sirve.

Lo miré.

Y entendí que Cale no estaba preguntando por curiosidad.

Estaba protegiéndola.

—No estoy jugando con ella —dije despacio—. No sé qué estoy sintiendo y eso me está volviendo loco, pero no quiero hacerle daño. Hace unas semanas éramos enemigos, o algo parecido, y ahora me atrae de una forma que no sé manejar. Me habría gustado empezar por ser su amigo, Cale. De verdad. No así, no de golpe, no con todo mezclado.

Cale guardó silencio durante unos segundos, evaluándome como si intentara decidir si podía creerme.

—Mi hermana no tuvo una infancia fácil, Noah. Nunca se sintió querida por mi madre y aprendió a defenderse atacando primero. Si te acercas solo porque te atrae y luego decides que no quieres nada más, la vas a romper de una manera que no te voy a perdonar.

Sus palabras me golpearon con más fuerza de la que esperaba.

Porque tenía razón.

Y porque yo ya estaba demasiado cerca de cometer una estupidez.

—Necesito hablar con ella —dije al fin—. De frente. Sin juegos. Si llega, dile que la espero a las seis en el parque de la esquina.

Cale asintió, aunque su mirada siguió siendo seria.

—Se lo diré. Y Noah… hazlo bien.

—Eso intento.

A las seis llegué al parque con la sensación de que estaba caminando hacia una conversación que podía arreglar algo o terminar de destruirlo. Mika ya estaba allí, sentada en una banca, con el cabello suelto y un vestido que me obligó a respirar más despacio antes de acercarme. Se veía hermosa, y odié que ese fuera

mi primer pensamiento porque no había ido a verla para perderme en lo evidente, sino para hacer justamente lo contrario: poner orden antes de que el deseo, la culpa y la confusión convirtieran lo nuestro en otro desastre.

Ella levantó la vista cuando me escuchó llegar.

No sonrió.

Yo tampoco.

Me senté a su lado dejando una distancia prudente entre ambos, porque después de lo ocurrido en mi habitación la cercanía ya no era algo inocente.

—Tenemos que hablar —dije finalmente, mirando hacia el frente porque si la miraba demasiado podía olvidar el discurso entero.

Mika soltó una risa baja sin humor.

—Eso nunca suena bien.

—Lo sé.

Respiré hondo.

Esta vez no podía esconderme detrás del sarcasmo.

—Lo de ayer no fue un juego para mí, Mika. Y precisamente por eso necesito que hablemos antes de que cualquiera de los dos termine lastimado. Me atraes, eso ya no puedo fingir que no pasa, pero también sé que no hemos aprendido a ser amigos sin convertir todo en pelea. No quiero saltarme partes importantes solo porque no sé controlar lo que siento cuando estás cerca.

Mika permaneció en silencio.

Yo seguí hablando porque, si me detenía, quizá perdería el valor.

—No quiero que pienses que busco algo contigo por venganza, por curiosidad o porque me dejé llevar. Y tampoco quiero que creas que

la caja de ayer significaba que yo esperaba algo de ti. Mis padres son intensos, mi padre tiene una manera brutal de decir las cosas y yo manejé todo como un idiota, pero no era eso. No quería presionarte.

Mika bajó la mirada hacia sus manos.

Durante un momento solo se escuchó el viento moviendo las hojas del parque.

—Me fui porque me dio vergüenza —admitió, y su voz fue tan baja que tuve que quedarme quieto para no interrumpirla—. No por ti exactamente. Por todo. Por estar en tu habitación, por querer besarte, por ver esa caja y pensar que quizá tú estabas acostumbrado a esas cosas mientras yo apenas estaba intentando entender qué quería. Me sentí tonta.

La miré entonces.

Y algo dentro de mí se aflojó.

—No eres tonta.

Ella soltó una risa pequeña.

—No digas cosas bonitas, Benedetti. Me asustas.

—Estoy intentando no arruinarlo todo. Dame crédito.

Mika levantó la vista y por fin me miró.

Había miedo en sus ojos, pero también algo más firme.

—No sé qué somos.

—Yo tampoco.

—No sé si puedo confiar en ti.

—Eso es justo.

—Y no sé si quiero que me gustes.

La sinceridad de esa frase me dejó sin aire durante un segundo.

Porque era exactamente lo mismo que me pasaba a mí.

—Yo tampoco sé si quiero que me gustes —admití—. Pero creo que ya llegamos tarde a esa parte.

Mika me observó durante unos segundos y, aunque no sonrió del todo, su expresión se suavizó lo suficiente para que pudiera respirar.

—Entonces, ¿qué hacemos?

Miré hacia el parque, hacia los árboles moviéndose con el viento, hacia la tarde cayendo sobre nosotros como si no entendiera la importancia de aquella conversación.

—Vamos despacio —respondí—. Primero aprendemos a no destruirnos cada vez que estamos cerca. Después vemos qué pasa.

Mika asintió lentamente.

—¿Y si discutimos?

La miré de reojo.

—Vamos a discutir.

—¿Y si nos hacemos daño?

Esa pregunta ya no sonó como una broma.

Me quedé pensando en la cicatriz de mi brazo, en Cale, en su infancia, en la mía, en todos los años que habíamos pasado usando el enojo como idioma.

—Entonces paramos antes de cruzar otra línea —dije con cuidado—. Y esta vez hablamos, aunque nos cueste.

Mika respiró hondo, como si esa respuesta no resolviera todo, pero al menos ofreciera un lugar donde empezar.

—Punto y aparte —murmuró.

La miré.

—¿Qué?

—Nada. Solo… punto y aparte.

No entendí del todo lo que quiso decir, pero me gustó cómo sonó. Como si ninguno de los dos estuviera borrando lo anterior, pero ambos aceptáramos que tal vez era momento de escribir algo distinto.

Y por primera vez desde que Mika Rossi volvió a mi vida, el miedo no desapareció, pero dejó espacio para algo más.

Una posibilidad.

ENCUENTRO ROSA

Noah

Durante varios días intenté convencerme de que aquello que había empezado a formarse entre Mika y yo podía mantenerse bajo control si ambos actuábamos con suficiente madurez, lo cual era una idea bastante estúpida considerando que ninguno de los dos había sido especialmente bueno controlando nada cuando se trataba del otro. Después de la conversación en el parque, después de aceptar que lo mejor era ir despacio y no destruirnos antes de entendernos, creí que el mundo nos daría un margen razonable para acomodar las cosas, pero la vida tenía la desagradable costumbre de esperar a que uno empezara a respirar para volver a meterle la cabeza bajo el agua.

La tarde estaba fría cuando terminé encontrándome con Mika cerca de la playa, y aunque no recuerdo con exactitud en qué momento dejamos de hablar del proyecto para hablar de nosotros, sí recuerdo que el mar estaba inquieto, que el viento le movía el cabello alrededor del rostro y que sus ojos parecían más claros cada vez que el sol comenzaba a caer. Me había pasado días mirándola en los pasillos sin querer admitir que la buscaba, días fingiendo que sus discusiones conmigo no me dejaban una especie de calor incómodo en el pecho, días escuchando a Jeremy insinuar cosas que yo negaba con demasiada fuerza para que sonaran creíbles. Así que cuando la conversación nos arrastró hasta ese lugar donde ya no quedaban bromas ni defensas, las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas.

—Me gustas, Mika —dije, con la voz más baja de lo que esperaba, como si confesar algo así en voz alta pudiera romper el equilibrio frágil que habíamos construido—. No sé desde cuándo, no sé

exactamente qué hacer con eso y, siendo sincero, una parte de mí sigue pensando que esto es una pésima idea, pero me gustas.

La brisa marina se llevó mi confesión hacia el océano y durante unos segundos no hubo nada más que el sonido del agua golpeando la orilla. Mika no respondió de inmediato, pero tampoco se apartó. Se quedó a mi lado, sentada sobre la arena, con las manos cerca de las mías y la mirada fija en el horizonte, como si necesitara mirar algo inmenso para no perderse dentro de lo que acababa de escuchar. Yo esperaba una burla, un insulto, una de esas respuestas suyas que convertían cualquier momento vulnerable en una pelea para que ninguno de los dos tuviera que admitir demasiado. Pero ella permaneció callada, y ese silencio no se sintió como rechazo, sino como una pausa necesaria para no arruinarlo todo con miedo.

Estábamos demasiado tranquilos para ser nosotros.

Quizá por eso no duró.

—¡Noah!

La voz de Sara rompió la tarde con tanta fuerza que mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. Me giré de golpe y la vi al borde de la arena, con los ojos encendidos y las manos cerradas a los costados, mirándonos como si acabara de encontrar la prueba exacta de todo lo que llevaba días temiendo. No necesité que dijera nada más para entender lo que estaba pensando. En su rostro estaban el dolor, la rabia y esa humillación que se siente cuando alguien confirma una sospecha que uno deseaba que fuera mentira.

Me levanté despacio, intentando mantener la calma aunque por dentro todo comenzó a desordenarse.

—Sara, espera. No es lo que estás pensando.

La frase sonó débil incluso para mí, porque el problema era que ni siquiera yo sabía exactamente qué estaba pasando. Había terminado con ella, sí, pero aquello no significaba que todo quedara limpio de

inmediato ni que el daño desapareciera porque yo hubiera decidido actuar correctamente demasiado tarde.

Sara soltó una risa amarga que me golpeó más que un grito.

—¿No es lo que pienso? Entonces explícame qué es, Noah, porque desde aquí se ve bastante claro. Desapareces, me dices que todo es complicado, terminas conmigo como si yo fuera un estorbo y ahora te encuentro aquí con ella.

Mika se puso de pie a mi lado, y aunque noté la tensión en su cuerpo, también noté que estaba intentando contenerse. Eso me preocupó más que verla furiosa, porque Mika conteniéndose era como ver una tormenta intentando caber dentro de una botella.

—Sara, bájale —dijo Mika, con la voz firme pero no todavía agresiva —. Puedes estar molesta con él, pero no vengas a hablar como si yo hubiera planeado algo para hacerte daño.

Sara giró hacia ella con una expresión que endureció el aire.

—¿Y tú quién eres para hablarme? ¿La nueva víctima de Noah? ¿O la roba novios que decidió aparecer justo cuando le convenía?

Di un paso entre ambas antes de que Mika pudiera responder como yo sabía que quería hacerlo.

—No la llames así.

Sara me miró entonces, y esa mirada fue peor que su rabia porque no había únicamente enojo en ella, sino una decepción tan limpia que me dejó sin respiración.

—Claro. Ahora la defiendes.

Mika soltó una risa sin humor.

—No necesito que me defienda, pero tampoco voy a quedarme callada si me insultas.

—Pues deberías —respondió Sara, avanzando un paso—. Porque tú no sabes nada de nosotros.

—Sé suficiente para notar cuando alguien se aferra a algo que ya se estaba rompiendo.

Aquello fue demasiado.

Lo supe antes de que Sara se moviera. Lo vi en la forma en que su rostro cambió, en cómo el dolor se convirtió en una furia más fácil de sostener, en cómo dio un paso brusco hacia Mika con los ojos llenos de lágrimas que se negaba a dejar caer. Intenté meterme entre ellas, pero Sara la empujó primero y Mika, que podía tener muchos defectos pero jamás permitir que alguien la tocara sin responder, devolvió el empujón con la misma fuerza.

El sonido del mar quedó enterrado bajo los gritos.

Todo ocurrió demasiado rápido, aunque mi mente lo registró con una claridad horrible. Sara jaló del brazo de Mika, Mika intentó apartarla, ambas tropezaron sobre la arena y yo me lancé entre ellas con el corazón golpeándome de una manera salvaje. No quería lastimar a ninguna, no quería tocar más fuerte de lo necesario, no quería convertirme en otro hombre usando fuerza donde había demasiado dolor; pero si no las separaba, aquello iba a terminar peor.

—¡Basta! —grité, sujetando a Sara de los brazos mientras Mika retrocedía unos pasos con la respiración agitada y un arañazo rojo marcándole la mejilla—. ¡Las dos, basta ya!

Sara intentó zafarse, pero la solté apenas dejó de empujar hacia Mika. Tenía las mejillas mojadas, el cabello revuelto y esa dignidad hecha pedazos que me hizo sentir miserable, porque yo no había querido hacerle daño, pero el daño estaba ahí, parado frente a mí, respirando con dificultad y mirándome como si ya no reconociera a la persona que tenía enfrente.

—No mereces ni que me enoje contigo —dijo, con la voz temblándole de una forma que no tenía nada de debilidad—. Ni a mí, ni a ella, ni a nadie.

Mika se limpió la mejilla con el dorso de la mano, todavía furiosa, pero no dijo nada, pareció entender que responder solo iba a hundirnos más.

Sara me miró una última vez.

—Eres peor de lo que pensaba.

Y se fue.

Se fue dejando detrás un silencio tan pesado que incluso el mar pareció sonar más lejos. Yo me quedé quieto, con las manos todavía tensas y la culpa subiéndome por la garganta como si quisiera ahogarme. Mika estaba a pocos pasos, respirando con dificultad, con el cabello pegado al rostro y los ojos brillantes de rabia contenida. Quise preguntarle si estaba bien, pero la pregunta se sintió demasiado pequeña para todo lo que acababa de pasar.

—Bueno —dijo ella al fin, intentando levantar la barbilla aunque la voz le salió menos firme de lo que pretendía—, al menos ya sé que peleo mejor que ella.

La miré.

No debería haberme causado gracia. No en ese momento. No después de ver a Sara marcharse como si le hubiera arrancado algo que no tenía forma de devolverle. Pero la frase era tan Mika, tan absurda y tan desesperadamente suya, que una risa breve se me escapó antes de poder detenerla.

—Eso no fue una pelea. Eso fue un espectáculo lamentable de dos personas perdiendo la poca dignidad que les quedaba.

Mika me lanzó una mirada ofendida, aunque la comisura de sus labios tembló.

—¿Lamentable? ¿Viste cómo le respondí?

—Vi arena, gritos y mucho cabello volando. Si eso era una estrategia, necesito que jamás me entrenes para una pelea.

Su risa llegó rota, mezclada con cansancio, y por un segundo ambos nos permitimos respirar dentro del desastre. No porque estuviera bien, porque nada estaba bien, sino porque a veces uno se ríe justo donde debería llorar para no caer completamente.

—Vamos, rojita —dije, pasando una mano por mi cabello mientras miraba hacia el estacionamiento—. Te llevo a casa. Esto ya fue demasiado por hoy.

Ella no respondió enseguida, pero terminó asintiendo. Caminamos hacia el coche sin hablar, y ese silencio fue distinto al que habíamos compartido antes de que Sara apareciera. Ya no era una pausa segura. Era un territorio lleno de cosas que ambos queríamos decir y que ninguno sabía cómo ordenar. En el auto, mientras conducía por las calles iluminadas por las luces amarillas, la presencia de Mika a mi lado parecía ocupar más espacio del que debía. Olía a mar, a viento y a algo dulce que mi cabeza reconocía incluso cuando intentaba concentrarme en el camino.

Cuando llegamos frente a su casa, apagué el motor porque sabía que no podía simplemente dejarla bajar como si nada hubiera pasado. Mika permaneció mirando hacia la ventana, con las manos sobre las piernas, y durante unos segundos pensé que iba a decirme que todo aquello había sido un error.

Pero dijo otra cosa.

—No hay nadie en casa. Ni mi hermano ni mi mamá.

La miré.

Ella seguía sin girarse hacia mí, pero su voz había bajado, y esa suavidad volvió la atmósfera del auto demasiado estrecha.

—Si quieres… podemos subir.

Sentí el impacto de la frase en todo el cuerpo. No voy a mentir, porque sería ridículo hacerlo incluso dentro de mi propia cabeza. Quise decir que sí. Quise apagar todo lo demás, bajar del coche, seguirla, besarla hasta olvidar el rostro de Sara en la playa y fingir que el deseo podía resolver lo que la culpa estaba complicando. Pero justo por eso no podía hacerlo.

Porque si subía, una parte de mí sabía que no sería desde la claridad, sino desde el impulso.

Y Mika merecía más que mi impulso.

—No —dije al fin, obligándome a mirarla de frente—. No es momento.

Ella giró hacia mí con una mezcla de sorpresa y orgullo herido.

—¿Por qué?

Respiré hondo, sintiendo cómo cada palabra me costaba más de lo normal.

—Porque acabo de cerrar algo con Sara, y ni siquiera lo cerré bien. Porque lo de hoy fue un desastre. Porque si subo contigo ahora, Mika, no sé si lo haría porque estoy seguro de lo que quiero o porque llevo días intentando no perder la cabeza cada vez que te tengo cerca.

Sus ojos se endurecieron.

—Está clarísimo que me deseas.

—Sí —admití, sin apartar la mirada—. Ese no es el problema.

La respuesta la dejó callada.

Y a mí también me dejó temblando por dentro.

—El problema es que no quiero empezar algo contigo de una forma que después nos haga odiarnos más —continué—. No quiero que mañana pienses que solo fui detrás de ti porque estaba caliente, ni

quiero mirarme al espejo sabiendo que hice lo mismo que critico en otros. No soy ese tipo de persona, Mika. O al menos estoy intentando no serlo.

Ella bajó la mirada, apretando los dedos sobre la tela de su falda.

—Vete a la mierda, Noah.

No sonó igual que otras veces.

No fue un insulto para iniciar una pelea.

Fue una forma de no mostrar que le había dolido.

—Ya estoy bastante cerca de ahí, rojita.

Mika abrió la puerta y bajó del coche sin mirarme. La vi entrar a su casa con el orgullo sosteniéndola mejor que cualquier abrazo, y cuando la puerta se cerró, me quedé unos segundos con el motor apagado y las manos sobre el volante, intentando convencerme de que había hecho lo correcto aunque todo dentro de mí se sintiera como una derrota.

El camino de regreso a casa fue un borrón de luces y pensamientos cruzados. No podía quitarme de la cabeza a Sara alejándose por la arena, ni la voz de Mika invitándome a subir, ni mi propia confesión frente al mar. Cuando llegué, la luz cálida de la cocina estaba encendida y el olor a café me recibió como si mi madre supiera, incluso antes de verme, que algo dentro de mí venía hecho pedazos.

Mi madre Antonella estaba sentada en la mesa con una taza entre las manos.

—Llegas tarde, Noah.

Me dejé caer en la silla frente a ella y apoyé los codos sobre la mesa, demasiado cansado para inventar una excusa convincente.

—Se me complicó el día.

Mi madre me observó con esa calma suya que no necesitaba levantar la voz para hacerme hablar. Era injusto, la verdad. Otros padres interrogaban. La mía solo te miraba hasta que uno mismo se rendía.

—¿Problemas en la escuela?

Solté una risa sin humor.

—En la escuela, en la playa, en mi cabeza… elige una categoría.

Ella no sonrió, pero sus ojos se suavizaron.

—Cuéntame.

Y le conté. No con orden, porque mi vida no estaba teniendo orden últimamente, pero le conté lo suficiente. Sara. Mika. La pelea. El auto. La invitación. Mi negativa. La culpa. Mi madre escuchó sin interrumpir, tomando pequeños sorbos de café mientras yo dejaba sobre la mesa una versión torpe de todo lo que no sabía manejar.

Cuando terminé, el silencio de la cocina se sintió menos amenazante que el de la playa.

—Noah —dijo al fin—, antes de empezar algo con una persona tienes que cerrar bien lo que tienes con otra, no solo con palabras, sino con respeto.

Bajé la mirada hacia mis manos.

—Terminé con Sara.

—Terminar no siempre significa cerrar.

Esa frase me molestó porque entendí demasiado rápido lo que quería decir.

—No quiero hacerle daño.

—Ya se lo hiciste.

No lo dijo con crueldad. Lo dijo como se dicen las verdades que duelen porque necesitan ser escuchadas.

—Lo sé.

Mi madre alargó una mano sobre la mesa y cubrió la mía con la suya.

—Entonces haz lo que puedas para no aumentar ese daño. Y con Mika… piensa bien si lo que sientes nace de algo real o de la intensidad del momento. A veces el deseo grita tan fuerte que uno cree que es amor, pero el amor no solo pide. También cuida.

Me quedé callado.

Porque no había forma elegante de esquivar eso.

—¿Y cómo se supone que sepa la diferencia?

Mi madre sonrió apenas, con una tristeza dulce que parecía venir de años antes de mí.

—Observa qué parte de ti aparece cuando estás con ella. Si solo aparece el impulso, espera. Si también aparece el deseo de protegerla, respetarla y verla tranquila aunque eso signifique detenerte, entonces quizá hay algo que vale la pena entender.

Esa noche subí a mi habitación con la cabeza más pesada, pero menos desordenada. Me acosté mirando el techo, donde todavía brillaban las figuras fosforescentes de mariposas y flores que mi madre me había regalado cuando era niño. De pequeño me tranquilizaban. Ahora parecían recordarme una versión de mí que todavía no sabía lo complicado que podía volverse querer a alguien sin saber hacerlo bien.

Al día siguiente desperté con una claridad incómoda.

No feliz.

No tranquilo.

Pero sí más decidido.

Desayuné poco, besé a mi madre en la mejilla y salí hacia la preparatoria. En el camino vi a Mika subiendo al coche de Cale, actuando como si la noche anterior no hubiera existido, y aunque una parte de mí quiso detenerme, otra entendió que lo primero no era correr detrás de ella.

Primero tenía que hablar con Sara.

La encontré en el patio, sola, con esa postura demasiado recta que usan las personas cuando intentan no derrumbarse en público. Me acerqué despacio, sabiendo que no tenía derecho a pedirle calma ni comprensión.

—Sara, tenemos que hablar.

Ella asintió sin mirarme demasiado y caminamos hacia un rincón bajo la sombra de un árbol. Durante unos segundos ninguno dijo nada, y ese silencio me permitió entender cuánto daño había provocado mi indecisión.

—Lo manejé mal —dije al fin—. Todo. Lo de nosotros, lo de Mika, mis silencios, mis formas de evitar lo que estaba pasando. No quiero justificarme porque no hay una forma bonita de decirlo. Te lastimé, y lo siento.

Sara tragó saliva. Las lágrimas aparecieron sin hacer ruido, y eso fue peor que cualquier grito.

—¿La quieres?

La pregunta me dejó quieto.

Podría haber mentido para hacerle menos daño, pero la mentira solo habría servido para alargar algo que ya estaba roto.

—No lo sé —respondí con honestidad—. Pero sé que ya no puedo estar contigo de la forma que mereces.

Sara cerró los ojos un segundo y cuando los abrió parecía más cansada que furiosa.

—Entonces vete, Noah.

Quise decir algo más, pero no encontré nada que no sonara egoísta. Mónica apareció unos pasos más allá, preocupada al ver el rostro de Sara, y ella se alejó con ella antes de que yo pudiera terminar de pedir perdón por todas las partes que todavía no sabía nombrar.

Jeremy llegó después, notó mi cara y dejó de sonreír.

—¿Qué pasó?

Miré hacia donde Sara acababa de irse.

—Hice lo que debía, pero eso no significa que se sienta bien.

El día avanzó con una normalidad falsa. Entré a clases, respondí cuando me preguntaron algo y fingí que podía concentrarme, aunque cada vez que Mika cruzaba el pasillo y no me miraba sentía una punzada de algo que no quería llamar dolor. En el comedor, la encontré sentada en una mesa rodeada de chicos que reían demasiado fuerte. Mika también reía, y aunque probablemente lo hacía para demostrarme que no le importaba, el resultado fue mucho más efectivo de lo que yo quería admitir.

Jeremy se sentó frente a mí y siguió mi mirada.

—No caigas.

—No estoy cayendo.

—Viejo, tienes la cara de alguien a punto de cometer una estupidez.

Intenté mirar mi comida.

No funcionó.

Porque uno de esos idiotas se sentó demasiado cerca de Mika, luego dijo algo que la hizo tensarse apenas, y después su mano subió

hacia su pierna con una confianza que no tenía derecho a existir. No sé si Mika alcanzó a apartarlo o si el gesto duró menos de lo que mi rabia creyó ver. Solo sé que la silla cayó hacia atrás cuando me levanté y que, antes de que alguien pudiera detenerme, yo ya estaba cruzando el comedor.

—¡No vuelvas a tocarla!

El golpe salió de mí antes que cualquier pensamiento. Mi puño impactó contra la mandíbula del tipo y el comedor entero se convirtió en un murmullo horrorizado. Durante un segundo solo escuché mi respiración, demasiado fuerte, demasiado caliente, demasiado ajena. El chico sangraba, sus amigos se levantaban y Mika gritó mi nombre con una mezcla de sorpresa y furia que no logró atravesar la rabia hasta que Sara apareció frente a mí.

Sara.

De todas las personas.

Sus manos se apoyaron contra mi pecho y su voz, firme y rota al mismo tiempo, me obligó a mirarla.

—Noah, basta. Mírame.

Y la miré.

La vi a ella, vi al chico sangrando, vi a Mika pálida, vi el comedor observándome como si yo fuera exactamente el imbécil impulsivo que tantas veces había fingido tener bajo control.

Sara respiró hondo.

—¿Vale la pena esto?

No.

La respuesta llegó dentro de mí con una claridad humillante.

Pero ya era tarde.

Sara me sacó del comedor antes de que el prefecto llegara, aunque el escándalo ya nos había condenado. En el patio, el aire frío me golpeó la cara y recién entonces entendí la magnitud de lo que había hecho.

—¿Qué carajos te pasa, Noah? —preguntó Sara, con una decepción que me hizo bajar la mirada.

—No lo sé —admití, porque cualquier otra respuesta habría sido mentira—. Lo vi tocarla y no pensé.

—Ese es el problema. Que no piensas.

Antes de que pudiera responder, Mika apareció casi corriendo, furiosa, con los ojos encendidos y el pecho subiendo y bajando como si hubiera estado conteniéndose desde el comedor.

—¿Estás loco? ¿Crees que puedes andar golpeando a cualquiera por mí?

—Te estaba tocando.

—Yo puedo defenderme.

—Pues no lo parecía.

La frase salió mal.

Lo supe al instante.

Mika dio un paso hacia mí con la cara endurecida.

—No soy una excusa para que pierdas el control.

Jeremy y Mónica llegaron detrás de ella, intentando apagar un incendio que ya había consumido demasiado. Sara se apartó, lista para irse, pero Mika la detuvo con la mirada.

—¿Y tú qué haces metiéndote?

Sara la miró con una tristeza cansada.

—Lo conozco, Mika. Sé cómo es cuando se ciega. Alguien tenía que detenerlo.

Mika apretó la mandíbula.

—Pues ya no es tu papel.

El silencio cayó tan fuerte que incluso Jeremy dejó de moverse.

Sara no respondió. Me miró una última vez, y luego se fue con la espalda recta y la dignidad herida. Yo di un paso para seguirla, pero Mika me sujetó del brazo.

—¿En serio? ¿Ahora vas detrás de ella?

La miré, agotado.

—Mika, no hagas esto.

—¿Qué quieres, Noah? Dime qué carajos quieres, porque pareces quererlo todo y no saber cuidar nada.

No tuve tiempo de responder.

El prefecto apareció con la cara severa y mi apellido sonó como una condena.

—Noah Benedetti, a la dirección. Ahora.

La charla fue corta y humillante. Golpes, altercado, escándalo frente a toda la escuela. Una semana de suspensión. Llamaron a mi madre, y cuando Antonella llegó no necesitó gritar para hacerme sentir peor. Su mirada fue suficiente. La decepción de una madre pesa más que cualquier castigo porque no golpea la piel; se queda adentro.

—Noah, no puedo creerlo —dijo mientras salíamos de la oficina—. Una suspensión.

No encontré una defensa que no sonara ridícula.

—Lo siento.

Ella respiró hondo, intentando sostener la calma.

—Tu padre llegó a la ciudad. No le diré nada todavía. Tú se lo explicarás.

Eso fue peor que la suspensión.

Cuando llegamos a casa, mi padre estaba en el salón con los brazos cruzados y esa postura de autoridad que siempre lograba hacerme sentir como si tuviera diez años otra vez. Yo venía demasiado cargado, demasiado avergonzado, demasiado furioso conmigo mismo como para recibir sarcasmo sin reaccionar.

—Así que el gran Noah Benedetti fue suspendido —dijo, con esa voz seca que me hizo hervir por dentro.

—No empieces.

Mi madre murmuró mi nombre, pero ya era tarde.

—No puedes venir después de meses fuera y jugar al padre perfecto solo porque hoy te queda cómodo.

El rostro de mi padre cambió, pero antes de que pudiera responder, mi madre llevó una mano al pecho. Todo mi enojo desapareció en el mismo segundo en que la vi perder color y tambalearse.

—Mamá.

Mi padre cruzó la sala con un miedo que nunca le había visto.

—Llama a una ambulancia.

El hospital olía a antiséptico y miedo. Mamá dormía conectada a monitores que marcaban cada latido con un sonido constante, y yo permanecía sentado junto a mi padre sintiendo que todos mis problemas adolescentes acababan de encogerse hasta dar vergüenza. Durante mucho tiempo creí que la distancia entre mis padres tenía que ver con decisiones adultas que yo no entendía, con

trabajo, con viajes, con Italia y Estados Unidos dividiendo nuestra familia como si fuera algo normal.

Pero esa noche mi padre me contó la verdad.

—Tu madre no puede viajar, Noah —dijo con la voz más baja de lo habitual—. Su corazón no lo soportaría. No vivimos separados porque no la ame ni porque no los quiera. Vivimos así porque intentamos protegerla.

Lo miré con los ojos ardiéndome.

—¿Por qué nunca me lo dijeron?

Mi padre observó a mi madre dormida, y por primera vez no vi al empresario imponente ni al hombre que siempre parecía tener una respuesta. Vi a un esposo asustado.

—Porque queríamos que ustedes vieran lo bueno. Porque pensamos que podíamos cargar el miedo nosotros.

El silencio se quedó entre ambos hasta que él empezó a contarme cómo la conoció en la universidad. Me habló de una Antonella joven, concentrada en sus estudios, decidida a ser la mejor, y de un Dante que la perseguía por bibliotecas y cafeterías como un idiota enamorado que no sabía rendirse. Me habría reído más si no tuviera el pecho tan apretado, pero incluso en medio de todo, imaginar a mi madre rechazándolo una y otra vez logró arrancarme una sonrisa pequeña.

Cuando mamá despertó y escuchó el final de la historia, sonrió débilmente.

—¿Otra vez contando cómo me perseguías cuando yo solo quería estudiar?

Mi padre le tomó la mano con una ternura que me dejó quieto.

—Noah necesitaba saber de dónde viene el caos de los Benedetti.

Mamá me miró entonces, cansada pero cálida, con esa forma suya de hacerme sentir perdonado incluso cuando no lo merecía del todo.

—A veces las historias más difíciles son las que valen la pena, hijo. Pero solo si uno aprende a elegir con cuidado.

Salí del hospital cuando el sol ya comenzaba a esconderse y el aire fresco me golpeó el rostro como si quisiera despertarme por completo. Las palabras de mis padres seguían dando vueltas dentro de mí, pero ya no eran ruido. Eran una dirección. Ellos se habían elegido incluso con distancia, enfermedad y miedo. Yo, en cambio, llevaba días huyendo de lo que sentía y lastimando a todos en el camino.

Estaba por abrir la puerta del coche cuando mi teléfono vibró.

Mika.

Miré la pantalla durante varios segundos.

Cuando contesté, su voz llegó baja, más vulnerable de lo que esperaba.

—Noah… ¿puedo verte?

Cerré los ojos un instante, apoyando la frente contra el marco de la puerta del coche, porque entendí que el caos no había terminado.

Apenas estábamos aprendiendo a nombrarlo.

DECISIÓN

Noah

La noche aún era joven, pero mi cabeza ya había vivido un siglo. El aire del coche era pesado, cargado con la electricidad de la llamada que acababa de recibir. La llamada de Mika seguía resonando en mis oídos, una vibración en mis oídos que no se apagaba.

"*Noah... ¿puedo verte?*"

Su voz había sonado distinta. Más vulnerable. Más real. Despojada de la armadura de sarcasmo y desafío que usualmente llevaba puesta. Y, aunque todo dentro de mí gritaba que era una mala idea, que estaba caminando hacia un precipicio, no pude decir que no. La palabra "no" se murió en mi garganta, ahogada por el deseo.

Así que ahí estaba yo, esperando en el coche frente a su casa, las manos sudando sobre el volante, el motor en punto muerto como mis pensamientos.

Ella salió. El cabello suelto, algo desordenado por el viento de la noche, con esa mirada que siempre mezcla desafío y miedo, un mapa de sus contradicciones. Se subió sin decir una palabra, y el coche se inclinó ligeramente con su peso, un cambio físico que reflejaba el que se estaba produciendo en mi mundo.

El camino fue un silencio que hablaba más que mil gritos. El zumbido de los neumáticos sobre el asfalto era la única banda sonora de un diálogo no dicho.

—Gracias por venir —dijo al fin, su voz rompiendo el silencio como una piedra tirada a un estanque quieto.

—¿Qué pasa, Mika?

Me miró de reojo, su perfil iluminado por las luces de la calle que pasaban como rayos fantasmales.

—Necesitaba que me escucharas. Sin testigos. Sin interrupciones.

Y entonces lo supe: lo que estaba por decir podía cambiarlo todo. Sentí un nudo de aprensión en mi estómago.

La miré. Sus ojos brillaban bajo las luces tenues del auto, profundos y oscuros. Y entonces lo dijo.

—Noah... claro que me encanta estar contigo. Me gusta cuando discutimos, cuando me miras como si me odiaras pero sé que no puedes dejar de mirarme. —Rio suavemente, nerviosa, un sonido que me desarmó—. Quiero algo contigo... pero no eso que estás pensando.

Fruncí el ceño, confundido.

—¿Cómo que no eso?

—No quiero una relación. No quiero que seamos novios, ni pareja, ni nada que se le parezca. Quiero... quiero que seamos amigos con derechos.

Sentí que el mundo se detenía. El motor, el aire, mi propio corazón.

—¿Qué?

—Es lo mejor —siguió, como si se estuviera convenciendo a sí misma, su voz un poco más rápida—. No puedo confiar en algo serio. Los hombres... los hombres traicionan, Noah. Lo vi en casa. Lo vi en mi padre. No quiero repetir la historia.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras como quien intenta reconstruir un espejo rojo, intentando encajar los fragmentos afilados de su lógica.

Amigos con derechos.
Eso quería.

Eso venía a decirme.

Y entonces la bomba cayó. Yo, que había terminado con Sara. Yo, que había imaginado un "nosotros" con Mika. Y ahora ella me ofrecía solo lo que estaba huyendo de ser. Una jaula dorada de deseo sin compromiso.

—Mika... yo... —Traté de hablar, pero el nudo en la garganta no me dejaba, sentí sus palabras como una bofetada.

Ella me miró, y vi cómo sus ojos se humedecían, brillando con una luz que me hizo daño.

—Noah... —susurró, bajando la mirada, dejando que las lágrimas rodaran lentamente por sus mejillas—. Es que yo... yo solo quería que entendieras. No quiero perderte. No después de todo lo que pasó.

Y ahí estaba. Su llanto. Su vulnerabilidad. Su manera de intentar tenerme justo donde ella quería, atándome con la cuerda de su dolor.

Y yo... yo no sabía si estaba más enojado con ella, con el mundo o conmigo mismo.

La vi llorar. La vi temblar un poco mientras esperaba que dijera algo. Que la salvara. Pero no podía. Porque ¿Cómo salvar algo que ni siquiera sabía si quería salvar?

—Mika... —empecé, y mi voz sonó más rota de lo que quise—. ¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Ella levantó la vista, los ojos grandes, brillantes, queriendo que su dolor me amarrara las manos, las decisiones, el corazón.

—Solo quiero... que estés conmigo. Sin complicaciones. Sin que me prometas cosas que luego no puedas cumplir.

Sentí el peso de todo de golpe, el peso de su historia, de su miedo, de mi propia estupidez.

—¿Sabes que terminé con Sara por ti? —Mi voz salió más dura de lo que esperaba, un filo de resentimiento—. Pensé... pensé que esto era algo real. Algo que podía ser diferente.

Mika se mordió el labio, las lágrimas corriendo más rápido ahora, como pequeños ríos de dolor.

—No quería eso, Noah. Yo no quería que hicieras eso por mí. No quiero que me odies.

—No te odio —dije, y era verdad—. Lo que no entiendo es por qué me buscas si no quieres lo mismo.

Ella negó, el cabello cayendo sobre su rostro como un velo.

—Porque eres el único que me hace sentir viva. El único que no me deja ser invisible.

El auto se llenó de un silencio espeso, como si el aire mismo nos pesara, denso con todo lo que no se decía. Y entonces lo supe: tenía que decidir. ¿Me lanzaba al vacío de ser lo que ella quería? ¿O me respetaba lo suficiente como para decir que no era lo que yo merecía?

El aire dentro del auto era fuego. El calor de nuestros cuerpos, la tensión eléctrica, el olor de su perfume... todo se mezclaba en una atmósfera irrespirable. Mika estaba sobre mí, sus manos temblaban entre mi cuello y mi pecho, su tacto una quemadura que me anhelaba más. Mis dedos acariciaban su cintura, subiendo, bajando, queriendo más, queriendo todo, perdiéndome en la curva de su cadera.

Estábamos perdidos. El mundo afuera ya no existía. Solo el interior de este coche, este momento, este deseo.

Hasta que un golpe seco en la ventana nos devolvió a la realidad como una cubetada de agua helada. El sonido fue un shock, una explosión en el silencio cargado.

—¿Qué carajos...?! —dije, mientras Mika se apartaba de mí de golpe, los dos jadeando, el cabello revuelto, las ropas apenas compuestas, el corazón martilleándome en el pecho con la fuerza de un animal atrapado.

Cale de la Era. Con los brazos cruzados, mirándonos como quien mira un crimen en proceso, su rostro una máscara de desaprobación gélida.

—¿Todo bien, hermanita? —dijo, sin levantar la voz pero dejando claro que lo había visto todo. Cada segundo.

Mika resopló, tratando de componerse, el pánico y la rabia luchando en su rostro.

—¡Cale, por favor! Solo... Solo estamos platicando. ¿Puedes dejarnos?

Cale sonrió de lado, porque era imposible engañarlo. Sus ojos bajaron discretos, notando mi maldita evidencia de lo que estábamos a punto de hacer, y su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una dureza de acero.

—Mira, Mika —dijo, sereno, pero con esa autoridad que no admitía réplica—. Mientras yo esté aquí, no va a haber acción, ¿me oyes? Así que ya para adentro. Y tú, Noah... Pues derechito a tu casa, compadre.

Mika masculló entre dientes, rabiosa, y salió del auto dando un portazo que casi me rompe el oído. La escuché maldecir bajito mientras se dirigía a la puerta, su espalda rígida de furia.

Cale sonrió, se asomó por la ventana y me miró fijo, sus ojos oscuros y serios.

—Noah... sí le rompes el corazón a mi hermana, esto no se va a quedar así. Lo haces bien... o no lo haces.

Me quedé sin palabras, pero al final le solté en tono de broma, aunque con verdad detrás:

—Pues si tu hermana quisiera algo serio conmigo, no habría riesgo de romperle el corazón. Pero bueno... amigos con derechos, ¿Qué más da?

Cale negó con la cabeza, como diciendo "este par es un desastre", y se metió a la casa, dejándome solo con el motor zumbando y el sabor a lo que pudo haber y no fue.

El regreso a casa

Antes de cruzar al patio, tuve que quedarme un momento. Respirar. Calmarme. Porque no podía aparecer así frente al mundo, como si no hubiera estado a punto de perderme en ella. El aire de la noche era frío en mis pulmones, un intento fallido de apagar el fuego que me consumía por dentro.

Entré, subí directo y me metí bajo el agua fría de la regadera, dejando que el ardor bajara, dejando que el recuerdo de sus labios, de sus manos, de su cuerpo... me quemara por dentro una vez más, un fantasma de agua y vapor.

La charla con Jeremy

Ya en mi cuarto, el celular vibró sobre la mesa de noche. Jeremy de la época.

Jeremy: Viejo, ¿todo bien? ¿Qué pasó en la escuela hoy? ¿Estás bien?

Sonreí, aliviado de leerlo, un ancla en medio de mi tormenta.

Yo: Estoy bien. Más o menos. Todo un caos.

Jeremy: Cuéntame. O salgo y nos vemos en el parque un rato.

Yo: no, gracias. Mejor charlamos aquí.

Y así nos quedamos escribiéndonos, contándonos todo, riéndonos de lo que podíamos reírnos. Jeremy, con sus comentarios locos, intentando levantarme el ánimo. Yo, aliviado de tenerlo. Porque en

medio de tanto desastre, de tanto deseo desbordado, de tantas decisiones raras... él era el único que me recordaba quién era yo.

Después de despedirme de Jeremy y apagar el celular, pensé que por fin tendría una noche tranquila. Me recosté, cerré los ojos... Y cuando creí que al fin todo se iba a calmar, escuché la puerta abrirse, despacio, casi sin ruido.

Y supe que era ella.

Mika. Ahí, de pie en la oscuridad, con esa silueta que ya podía reconocer con solo un vistazo, una silueta que era a la vez peligro y refugio.

—Mika... —susurré, sorprendido, el corazón latiéndome deprisa.

—No podía quedarme así —dijo, acercándose, su voz apenas un suspiro en la oscuridad—. No después de lo de esta noche.

Se subió a la cama, quedando sobre mí, sus rodillas a cada lado de mis caderas, su rostro a centímetros del mío. El calor de su cuerpo me envolvía, una ola de deseo que me ahogaba.

Y entonces la imagen me golpeó. El sueño. Ese maldito sueño que me había perseguido noches atrás. Ella, en ropa interior negra, bajando lenta, dejándome sin aire, sin defensa, sin razón. La fantasía se materializaba frente a mí, y mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza, una respuesta instintiva y poderosa.

—Mika... si te quedas... —mi voz temblaba entre el deseo y el aviso —. No hay vuelta atrás. No voy a detenerme.

Ella sonrió, esa sonrisa peligrosa, la que siempre me derribaba.

—¿Y quién quiere que te detengas? —susurró, acercando sus labios a mi oído, besándolo suave, bajando por mi mandíbula, mi cuello, dejándome sin aliento—. Aquí tienes todo lo necesario para una noche que no olvidemos.

Sus labios siguieron bajando, lentos, dejando un camino de fuego. Sobre mi pecho, mi abdomen. Y yo, perdido, sin más pensamiento que ella, que ese instante, que esa noche. La luna entraba por la ventana, iluminando apenas la habitación, y yo supe que nada volvería a ser igual.

Sus labios seguían su camino sobre mi piel, y cada beso, cada caricia me incendiaba por dentro. Mika, con ese aire entre inocente y salvaje, me estaba desarmando sin decir una palabra. Sentía cómo sus dedos recorrían mi abdomen, su boca rozaba mi piel y dejaba un rastro que ardía, una línea de fuego purificador. Cada roce suyo era como una chispa más al fuego que me consumía.

La miré. La luz tenue de la luna la bañaba, y su rostro se veía como nunca: hermosa, deseada, peligrosa. Y no pude más.

La interrumpí, la tomé de los brazos y la atraje hacia mí con fuerza. Ahora ella estaba debajo. Mis labios buscaron los suyos, y la besé con toda la intensidad que había estado guardando. Besos que tronaban en el silencio de la noche, besos que hablaban de lo que no me atrevía a decir. Mis labios se deslizaron por su cuello, sus clavículas, su piel cálida que me volvía loco. Mis manos encontraron el borde de su blusa y, con movimientos lentos, se la quité.

Cuando vi sus pechos, contuve el aliento. La luna dibujaba sus formas, perfectas en la penumbra.

—Dios... Mika... —susurré, la voz cargada de deseo—. Me encantas así. Me enloquece verte así.

Ella me miró, los labios entreabiertos, la respiración agitada. Y eso solo hizo que la quisiera más. Mis manos se deslizaron por sus caderas, explorando, sintiendo. Con cuidado, fui quitándole el pantalón. Y ahí estaba. Ropa interior negra, tal como en mi sueño, el que tantas veces había querido olvidar y que ahora cobraba vida frente a mis ojos. La deseaba como nunca había deseado a nadie. Y no había vuelta atrás.

Su cuerpo estaba bajo el mío, y el tiempo pareció detenerse. Mika respiraba agitada, su piel ardía al contacto de mis manos. Cada beso que le daba en el cuello, en los hombros, en el borde de sus pechos, arrancaba un suspiro que me volvía loco. Mis labios se deslizaron por su piel, mis dedos trazaban caminos sobre sus caderas. La miré a los ojos, esos ojos que en ese momento no mostraban temor ni duda, solo deseo, solo entrega.

Ella misma deslizó su mano al cajón de mi buró y sacó lo que sabía que estaba ahí.

—Para que no digas que no estaba preparada —dijo, con una media sonrisa cargada de picardía.

Tomé el preservativo, y el temblor de mis manos no era de nervios... era de las ganas contenidas, del fuego que por fin encontraba su salida. La protegí como debía ser. No había vuelta atrás.

La sentí bajo mí, sus piernas enredándose en mi cuerpo, acercándome más. Nuestros cuerpos se buscaron, se encontraron, se unieron. Y el mundo desapareció. Cada movimiento era como un eco de todo lo que habíamos callado durante años: el odio disfrazado de deseo, la rivalidad que escondía atracción, el "*no te soporto*" que en realidad decía "*te quiero cerca*". Mika gemía mi nombre al oído. Yo la besaba como si pudiera quedarme ahí para siempre. Nuestros cuerpos se movían al mismo ritmo, en la misma danza frenética que no quería detenerse.

El clímax llegó como una ola que lo arrasó todo. Fue fuego, fue alivio, fue explosión. Nos quedamos sin aliento, abrazados, temblando, con el sudor mezclándose, con el corazón latiendo tan fuerte que parecía llenar toda la habitación.

Ella me miró, acariciando mi mejilla.

—Ahora sí... No hay vuelta atrás.

Y yo, por primera vez, no quise volver atrás.

El placer no se detuvo. Mika y yo nos perdimos el uno en el otro, como si el mundo fuera solo esa cama, ese cuarto, esa noche. Cada caricia mía la hacía temblar; cada beso, cada movimiento arrancaba de sus labios un suspiro, un gemido que me volvía loco. Sus uñas se clavaban levemente en mi espalda, sus piernas me apretaban contra ella, buscando más, queriendo más. Y yo... yo quería que se sintiera completa, que su cuerpo se rindiera al placer que estaba buscando desde que me besó por primera vez esa noche. Mis manos, mi boca, mi cuerpo... todo era para ella en ese momento.

Sentí cómo su respiración se volvía errática, cómo su cuerpo empezaba a temblar bajo el mío. Y supe que estaba cerca. Muy cerca.

—Noah... —susurró, apenas audible, mientras el clímax la recorría entera, mientras el placer la hacía estremecerse en mis brazos. Yo la seguí. El final llegó para los dos al mismo tiempo, una explosión compartida que nos dejó jadeando, sudando, abrazados, como si el aire ya no fuera suficiente para ninguno.

Y luego, el silencio. Ese silencio lleno de todo lo que no dijimos, de todo lo que sentimos. Nos miramos. Ella sonrió, y yo no pude evitar reír suavemente.

—Mika... eres un desastre.

—Y tú... —dijo, burlona— eres peor por seguirme el juego.

Nos abrazamos, besándonos con ternura, con amor, con esa mezcla de dulzura y locura que solo se da después de una noche así. Y, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos.

El mediodía y la realidad

Desperté con un sobresalto al escuchar la puerta principal. Un maldito ruido que me devolvió al mundo real.

—¡Mierda! —murmuré, mirando el reloj. Mediodía. Los autos en la entrada. Mis padres habían vuelto.

Me vestí a toda velocidad, tratando de arreglar el desastre, mientras Mika, tranquila como siempre, se ponía la ropa con esa calma que a mí me desesperaba.

—Mika, por favor... ¡apúrate!

Ella solo me guiñó un ojo.

—Relájate, Benedetti.

Bajé corriendo las escaleras, el corazón en la garganta.

—¡Mamá! ¿Cómo estás? ¿Segura que no deberías seguir en el hospital? ¿No necesitas volver?

Mi mamá me miró, divertida por el nerviosismo que apenas intentaba disimular.

—Estoy bien, Noah, gracias... ¿por qué tanto alboroto?

Y entonces, la escena que temía. Mika bajó las escaleras, tan tranquila como si saliera de su casa.

—Buenos días. Perdón por la interrupción, ya me retiro. Que tengan lindo día.

Yo me quedé helado, rojo como nunca. *¡Mika, qué haces!* Mi papá solo alzó las cejas, mirándome con esa expresión de "*hijo, hijo...",* y soltó un leve suspiro, casi divertido. Mika se despidió con una sonrisa pícara, mientras yo quería que la tierra me tragara.

Mi madre se apoyó en el marco de la puerta, con esa dulzura que siempre le había visto. Mi padre cruzó los brazos, serio pero con una paz que nunca antes había notado.

—Hijo... —empezó mamá, con una sonrisa tierna—. Estás hecho un lío, ¿verdad?

Yo asentí, sin poder ocultar la vergüenza por la escena de hace un rato. Pero más allá de eso, sentía un nudo en el pecho.

Mi padre se acercó y puso una mano firme en mi hombro.

—Noah. ¿Te gustaría venir a comer con nosotros? Quiero que hablemos... como familia.

Acepté, porque en el fondo lo necesitaba.

En la cafetería familiar

Sentados a la mesa, el aroma del café y la comida llenaba el ambiente, un olor a normalidad que se sentía extraño. Mi padre empezó a hablar, sin rodeos.

—Sé que creíste que no estaba para ti. Que el trabajo, los viajes, el tiempo lejos... que todo eso significaba que no eras importante para mí. Pero hijo, todo lo que hice fue por amor a tu madre... y por ti.

Me quedé en silencio.

Mamá tomó mi mano.

—Noah... tus hermanos nacieron para él. Pero tú... tú naciste para mí. Por eso luché tanto por darte todo.

Las palabras me golpearon. No de dolor, sino de verdad. Todo lo que pensé de mi padre... todo estaba equivocado.

—Papá... lo siento —dije al fin, la voz quebrada—. Me equivoqué. Pensé cosas horribles.

Él sonrió y negó con la cabeza.

—No importa lo que pensaste, hijo. Importa lo que haces ahora.

Nos quedamos hablando, compartiendo. Y por primera vez en mucho tiempo, me sentí parte de algo real, algo sólido.

El regreso a casa y la propuesta

Al llegar a casa, mi padre se detuvo antes de entrar a su estudio.

—Noah.

—¿Sí?

—Ahora que estarás una semana fuera de la escuela... ¿qué planeas hacer?

Me encogí de hombros.

—No lo sé, papá.

Él sonrió, con ese brillo que vi por primera vez como hijo y no como juez.

—¿Qué tal si vienes a ayudarme en el trabajo? Quiero que conozcas lo que hago. La empresa invierte en ideas, en proyectos pequeños que podrían cambiar el mundo. Podría ser el momento para que veas de lo que soy capaz... y de lo que tú también podrías ser.

Me quedé helado. Por primera vez... él no solo me hablaba como padre. Me invitaba a su mundo.

Y supe que esa semana podía cambiarlo todo.

Nos sentamos en el estudio de mi padre. Todo era distinto a lo que imaginaba: no había lujos innecesarios, solo pantallas, planos, gráficos, papeles con anotaciones. Un lugar de trabajo real.

Papá abrió su laptop y me señaló un gráfico en la pantalla: un esquema de servidores, líneas de conexión, puntos marcados en rojo.

—Noah, mira. Esto es en lo que estamos trabajando ahora. Es un proyecto de ciberseguridad. Una app que, si logramos terminarla y lanzarla bien, protegerá los servidores de empresas pequeñas contra ataques de hackers.

Me incliné, interesado.

—¿Cómo funciona?

—Buena pregunta —dijo, animado al ver mi interés—. Básicamente, la aplicación monitorea las actividades sospechosas en los servidores

en tiempo real. Si detecta algo que no cuadra: un acceso extraño, un cambio en los archivos, un tráfico raro de datos... bloquea el proceso y manda una alerta inmediata.

—¿Y qué pasa si el hacker ya entró?

Mi padre sonrió, como si esperara esa pregunta.

—Ahí entra la parte innovadora: la app no solo bloquea, sino que crea un "servidor fantasma". El hacker cree que está dentro y empieza a moverse, pero en realidad está atrapado en un entorno falso. Así podemos rastrear de dónde viene y cómo actúa, sin que dañe el sistema real.

Me quedé boquiabierto.

—Eso es brillante.

Papá rio suavemente.

—Bueno, no es solo mío. Es el trabajo de un equipo entero. Pero la idea es proteger la información. Las pequeñas empresas no tienen los recursos de los gigantes, y por eso son el blanco perfecto para los ataques.

Miré la pantalla, fascinado.

—¿Y yo podría ayudar? No sé... pensar en otras funciones. No soy experto, pero esto... esto me gusta.

—Claro que podrías, hijo —dijo, y sus ojos brillaron de orgullo—. Eso es la idea. Que veas lo que hacemos, que veas de lo que eres capaz.

—Me encantaría —respondí, y lo dije en serio. Por primera vez, sentí que esto... esto era algo que quería. Algo que podría ser mío algún día.

Papá me pasó un cuaderno.

—Anota lo que se te ocurra. Toda idea empieza en un garabato.

Y ahí estábamos. Dos Benedetti. Por fin, hablando el mismo idioma.

La semana de suspensión no fue un castigo. Fue el mejor regalo que había tenido en mucho tiempo. Papá y yo trabajábamos codo a codo en el proyecto. Horas frente a la laptop, garabateando ideas, haciendo pruebas, corrigiendo códigos.

Y entonces, un día, me vino la idea.

—Papá, ¿y si la app... no se muestra cómo ciberseguridad? —dije de pronto, casi sin pensar, mientras garabateaba en mi libreta—. O sea, que el usuario no sepa que es eso. Que sea como un fantasma en el sistema. Así el hacker no detecta ninguna defensa y no puede evadirla.

Papá me miró, asombrado.

—Eso es brillante, Noah. Es complicado... pero brillante.

Nos pusimos manos a la obra. El problema fue el interfaz: el código se atoraba, la visualización no respondía, había un maldito error que no lográbamos cazar. Pasaban las horas y yo no podía despegarme de la pantalla.

Y entonces sonó mi teléfono. Mika. Contesté, sin apartar la vista del monitor.

—¿Noah? —dijo, con esa voz suya que me ponía nervioso—. ¿No estás aburrido? ¿Quieres que nos veamos un rato?

Por un segundo, la tentación estuvo ahí. Pero miré el código. Miré a mi papá, concentrado, trabajando conmigo.

—Mika... me encantaría, de verdad. Pero estoy ayudando a mi papá con el proyecto. Estamos atorados con el interfaz. Es una idea nueva que se me ocurrió y ahora tengo que resolver el maldito error...

—Oh... bueno —dijo, un poco sorprendida—. Entonces haz lo que sea que estés haciendo. Si quieres que nos veamos, avísame. Estoy libre.

Libre. La palabra se me quedó grabada. ¿Libre? ¿No lo estaba antes? ¿Libre de qué... ¿o de quién? Los celos me pincharon el pecho, un aguijón agudo. Pero sacudí la cabeza. Noah, no. Esto es lo que querías. Esto es lo que importa.

Apagué el teléfono, respiré hondo y me concentré en el código. Pasaron las horas, y al fin... lo encontré.

—¡Papá! —exclamé—. ¡Aquí está! Era una línea basura que duplicaba la señal del servidor fantasma. La borré y... ¡Mira!

La app corrió limpia. El fantasma funcionaba. El sistema estaba protegido.

Papá me miró con un orgullo que no había visto antes.

—Hijo... lo lograste. Estás listo para esto. Estás listo para el mundo real.

Y en ese momento supe que sí. Que lo estaba.

El código estaba limpio. La app funcionaba como debía. Era perfecta. Papá miró la pantalla, luego me miró a mí, y sin pensarlo, tomó su teléfono. Marcó directo a Italia, a la oficina central.

—¡Stefano! Prepara a todo el equipo. Vuelvo esta semana y quiero que la presentación esté lista. La app de ciberseguridad para pequeñas empresas está terminada. ¡Está lista para salir al mercado!

Hizo una pausa, mirándome con una mezcla de orgullo y decisión.

—Y que quede claro algo, Stefano. El dueño de este proyecto, el creador de la idea, es mi hijo: Noah Benedetti. Todas las ganancias, todas, serán a nombre de él. Él es quien lo logró. ¿Entendido?

La voz al otro lado del teléfono apenas alcanzó a balbucear un "sí, señor" antes de que papá colgara. Se giró hacia mí, sin borrar la sonrisa.

—Noah, lo lograste. Tú tomaste una idea, la hiciste real y la resolviste. Esto es tuyo, hijo.

Me quedé sin palabras. Era demasiado.

—Papá... ¿en serio?

—Claro que sí. Soy el presidente de mi compañía, ¿no? Yo decido quién merece el crédito. Y tú lo mereces.

Miró el reloj. El sol ya asomaba por la ventana.

—Anda, ve a arreglarte. Hoy abriremos una cuenta bancaria a tu nombre. Quiero que cada centavo que produzca esta app vaya directo a ti. Esto es solo el principio.

Me quedé unos segundos procesando. El Noah que era hace una semana no habría creído esto posible. Pero aquí estaba. Aquí estaba mi oportunidad.

—Gracias, papá —dije, y esta vez fue con todo mi corazón.

Él puso la mano en mi hombro.

—Gracias a ti, hijo. Lo que construimos juntos es solo el comienzo.

El banco fue rápido. Los papeles en regla, la cuenta a mi nombre, todo hecho con la formalidad y el orgullo que solo un padre como el mío podía mostrar. Mamá nos acompañó, radiante. Cuando salimos, papá nos llevó a comer para celebrarlo.

—A este niño rebelde y peleonero —dijo mamá, levantando su copa — que hoy nos dio una gran lección.

Papá me miró y asintió.

—Un tal Noah Benedetti. El inicio de algo grande.

Reímos, comimos, y por un momento me sentí completo. Una familia.

De vuelta en casa: el golpe

Al llegar a casa, no di más. Subí a mi cuarto, me dejé caer en la cama. Una semana sin dormir pasa factura. Pero antes de cerrar los ojos, tomé el celular. Y ahí estaba.

Un mensaje de Mika. No... no era un mensaje. Era una foto.

Mika. *Besando a otro tipo*.

Me quedé helado. La sangre se me heló en las venas. Las palabras "amigos con derechos" me golpearon como un ladrillo en la cara. ¿Eso era lo que realmente quería? ¿Eso éramos? La rabia subió como fuego. El sueño se esfumó.

Sin pensar, tomé las llaves, bajé, subí al coche y arranqué. El mar. Mi único refugio.

El mar y lo inesperado

Me senté en la arena, con las manos en el cabello, la mirada perdida en el vaivén de las olas. El viento, el sonido del agua... todo me envolvía. Mucho menos la maldita imagen en mi cabeza.

Y entonces la vi. Sara. Sentada a pocos metros, en silencio. Me conocía demasiado bien. Sabía dónde encontrarme.

No dijimos nada. Solo escuchamos el mar.

Hasta que ella, con esa voz suya tan directa, rompió el hielo.

—¿Qué pasa, Noah?

El mar seguía allí, eterno, calmo, como si nada de lo que pasaba en mi cabeza importara. Sara se sentó a mi lado, cerca, como siempre lo hacía cuando sabía que no quería estar solo.

—¿Qué sucede, Noah? —repitió, mirándome con esos ojos azules que nunca me juzgaron.

Me reí, sin humor.

—¿Qué no pasa, Sara?

Ella no insistió. Me dejó espacio. Y entonces las palabras salieron.

—Me siento un idiota. Pensé que Mika... que después de todo lo que pasó... que podía haber algo. Y mírala. Está con otro. Como si lo nuestro no hubiera significado nada. Como si yo no significara nada.

Sara bajó la mirada, tomó un puñado de arena y lo dejó caer entre sus dedos.

—¿De verdad esperabas algo diferente, Noah? Tú sabías lo que era. Lo que ella quiso que fuera.

Asentí.

—Sí... pero no pude evitarlo. Pensé... no sé qué pensé.

Sara me miró, esa mirada que parecía llegar hasta dentro de mí.

—Noah, tú siempre das más de lo que dices. Eso es lo que te mete en problemas. Y por eso me gustas como amigo. Porque contigo, cuando hablas, hablas de verdad.

Suspiré, apoyándome en las manos, mirando el horizonte.

—No quiero seguir enredado en esto. Quiero... quiero enfocarme en lo que vale la pena. En lo que estoy construyendo.

Sara sonrió, suave.

—Entonces hazlo. Mika es parte del caos. Tú ya sabes dónde quieres estar.

Nos quedamos un rato más en silencio, hasta que el sol empezó a esconderse.

—Gracias, Sara. —le dije, y lo dije de corazón.

—Siempre, Noah.

Me levanté, le ofrecí la mano y la ayudé a ponerse de pie. Caminamos juntos hacia el coche, sin prisas, como dos viejos cómplices que entendían demasiado bien el idioma del otro. Mientras

manejaba de vuelta a casa, supe que el cierre de este capítulo no estaba en Mika, ni siquiera en Sara. Estaba en mí. Estaba en elegir qué camino quería tomar.

VACACIONES DE VERANO

Noah

Volver a la escuela después de la suspensión era como entrar a un campo minado. El aire en los pasillos se sentía denso, cargado con el peso de los rumores. Todos me miraban. Unos por morbo, con ojos curiosos que se clavaban en mi piel; otros por respeto, un leve asentimiento de cabeza; otros porque seguro apostaban cuándo sería mi próxima bronca. El zumbido de los murmullos me seguía como una sombra.

Y como si el destino quisiera verme arder... Lo vi. Al idiota de la foto. El mismo que se había atrevido a besar a Mika. Estaba reclinado contra los casilleros, con esa sonrisa arrogante de quien se cree el dueño del mundo.

La sangre me subió como un golpe seco en el pecho, caliente y rápida.

—¡Tú! —escupí, cerrando los puños antes de que la razón pudiera decir algo, los nudillos blancos por la presión.

Él sonrió de lado, ese tipo de sonrisa perezosa que pide un puñetazo, un desafío directo.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Celoso?

Y no lo pensé más. La razón se apagó y la rabia tomó el control. El primer golpe fue mío. Un crujido seco. Y el segundo. Y el tercero. Cada uno una liberación de la tensión que me había estado carcomiendo por dentro.

No sé cuánto duró. Sé que volaron libros, mochilas, gritos. El caos se apoderó del pasillo. Y en medio de todo, Mika apareció. Su figura era

un relámpago en medio de la tormenta.

—¡Noah! ¡Estás loco! ¿Qué demonios haces?

—¡¿YO?! —rugí, con la respiración desbocada, el sabor a metal en la boca— ¿Y tú?! ¿Qué demonios haces besando a otro? ¡¿Qué fue lo que significó lo que tuvimos?!

Ella intentó responder, pero no quise escuchar. No quería sus excusas, su lógica retorcida.

Entonces, oí el ruido que más temía: la voz del prefecto, cortante y autoritaria.

—¡Benedetti! ¡Alto ahí!

Ni de broma otra suspensión.

Corrí. Corrí como nunca. Mis zapatos golpeaban el suelo con un ritmo desesperado, el aire quemando mis pulmones.

Y entonces, como si los astros conspiraran a mi favor, la vi: Sara. Estaba junto a su casillero, con unos libros en la mano, una imagen de calma en medio de mi caos.

Me acerqué jadeando, sudado, agitado.

—Sara... necesito un favor.

—Noah... ¿qué pasó ahora? —me preguntó, sus ojos azules escaneando mi rostro descompuesto.

—Van a venir a buscarme. Quiero que digas que estuve contigo. Que estuvimos en la biblioteca. Que íbamos camino a tus prácticas de porristas porque yo... porque me interesa meterme al equipo de fútbol americano.

Sara parpadeó, procesando todo. Y entonces sonrió. Una sonrisa lenta, astuta, que me recordó por qué siempre había sido mi cómplice.

—Perfecta cuartada, Benedetti. ¿Qué harías sin mí?

—Me encerrarían de por vida —reí, intentando recuperar el aliento, el pecho aún dolorido por el esfuerzo.

Ella se cruzó de brazos, con esa actitud de capitana que la definía.

—Muy bien. Cuando pregunten, yo diré que estábamos en la biblioteca, como siempre antes de mis prácticas.

—Gracias, Sara. En serio.

—Tú... prométeme algo —dijo, más seria—. La próxima vez, piensa antes de dejarte llevar.

Asentí.

—Lo intentaré.

Pero dentro de mí, el fuego seguía ardiendo. No por la pelea. Por Mika. Por todo lo que no entendía, por todo lo que dolía.

No pasaron ni dos minutos cuando el prefecto apareció con otros dos tipos detrás, como si vinieran a cazar a un criminal peligroso. Los ojos clavados en mí.

—Benedetti. Sabemos que hubo un altercado. Alguien dijo que tú...

Sara dio un paso al frente, tan segura como siempre, su presencia una barrera entre ellos y yo.

—Disculpe, profesor. Noah estaba conmigo.

El prefecto arqueó una ceja.

—¿Contigo?

—Sí —afirmó, firme—. Estuvimos en la biblioteca revisando apuntes. Él quiere prepararse para las pruebas del equipo de fútbol americano y.… bueno, yo iba camino a mis prácticas de porristas, así que le ofrecí acompañarlo a hablar con el entrenador.

El prefecto la miró, luego a mí, luego otra vez a ella. Ese momento en que evaluaba si creernos o no, su mirada pesada como un juicio.

Finalmente, asintió, aunque aún dudoso.

—Bien. Pero los tengo en la mira. No quiero líos, Benedetti.

—No los habrá, se lo prometo —respondí, tratando de parecer el chico modelo que evidentemente no era.

Cuando se fueron, solté el aire que ni sabía que estaba conteniendo. Un suspiro largo y tembloroso.

—Sara, eres un ángel.

Ella sonrió, satisfecha.

—Vamos, ángel caído. A mis prácticas.

La acompañé a la cancha, viéndola integrarse a su equipo con esa energía de siempre, una líder innata. Mientras ella corría con las demás, yo me acerqué al entrenador de fútbol americano. El tipo, con brazos como troncos, gorra bien calada y un silbato colgando del cuello, me miró de arriba abajo, su mirada evaluadora.

—Benedetti. ¿Quieres algo?

Tragué saliva, algo incómodo bajo su escrutinio.

—Sí, entrenador. Quisiera saber cuándo serán las próximas pruebas para integrarse al equipo.

El hombre frunció el ceño, sorprendido.

—¿Noah Benedetti... quiere unirse al equipo? ¿El mismo que lleva años rechazando cualquier club o actividad después de clase?

—El mismo. Pero dispuesto a cambiar.

El coach soltó una carcajada profunda, un sonido que salía desde el diafragma.

—Mira nada más. El mundo debe estar al revés. Las pruebas son el lunes después de clases. Quiero verte aquí. Y más vale que vengas en serio, Benedetti. No quiero graciosos en mi equipo.

Asentí, decidido.

—Vendré. Lo prometo.

Apenas me giré después de hablar con el coach, vi a Jeremy corriendo como si lo persiguiera un perro bravo, su mochila rebotando en su espalda.

—¡Viejo! ¡Noah! —gritó, jadeando mientras se detenía a mi lado—. ¡¿Cómo demonios hiciste para zafarte de otra suspensión?! ¡Yo vi la pelea! Pensé que estabas frito.

Me encogí de hombros, con media sonrisa.

—Sara. Me salvó el pellejo.

Jeremy abrió los ojos como platos.

—¡Qué ángel, carajo! Pero... espera... ¿qué haces aquí? ¿Qué hacías con el entrenador?

—El lunes voy a las pruebas. Quiero entrar al equipo.

Jeremy se quedó pasmado, su boca ligeramente abierta.

—¿Qué? ¡No jodas! ¿Tú? ¿El antisocial de los clubes?

Asentí.

—Así es.

Y entonces su cara se iluminó con una sonrisa enorme.

—¡Vamos a ser compañeros, cabrón! ¡Yo también voy a entrar!

Sonó el timbre, un sonido agudo que cortó nuestra conversación.

—Vamos, que nos van a cerrar el aula —le dije, y entramos a clase entre risas y empujones, el peso de la mañana momentáneamente

olvidado.

Durante las clases, podía sentir la mirada de Mika clavada en mí. Como un aguja caliente en la nuca. Un recordatorio constante de que la tormenta no había pasado. *No te me escapas, Benedetti*, parecían decir sus ojos.

En el almuerzo, traté de desaparecer, mezclándome con la multitud. Pero ella me encontró. Siempre me encontraba.

Me arrinconó en los casilleros, el rostro rojo de furia, su cuerpo tan cerca que podía sentir el calor que desprendía.

—¿Cuál es tu maldito problema? —soltó entre dientes—. ¿Por qué armaste esa escena? Quedamos como amigos con derechos, ¿o no? Así que no tienes nada que reclamarme.

La rabia me subió como lava, quemando y destructiva.

—¡A la mierda los amigos con derechos, Mika! —espeté, mi voz baja pero cargada de veneno—. ¿Tú crees que voy a quedarme viendo cómo te tiras a otros y luego vienes conmigo? ¿Qué soy para ti? ¿Un juguete? No soy así. Nunca lo fui. Con mis exnovias siempre fui fiel. Y no pienso caer en esto.

Ella me miró con odio, sus ojos oscuros como pozos sin fondo.

—¡Pues no te metas en mi vida!

Volvió la enemistad. Volvieron los gritos, las miradas de todo el mundo, los profesores hartos separándonos en proyectos, en trabajos, en todo. El aire entre nosotros se volvió otra vez un campo de batalla.

Terminé el día muerto. El alma pesada, el cuerpo agotado. Me fui a mi cafetería favorita, ese pequeño rincón de paz, y pedí ese pastel de chocolate que era mi refugio, mi salvación. El dulce sabor me calmaba, era una ancla en medio del caos.

Y entonces llegó Sara. Como si el universo supiera que la necesitaba. Se sentó a mi lado, con esa sonrisa que siempre lograba calmarme, una luz suave en mi oscuridad.

—¿Pastel de chocolate para el chico que casi incendia la escuela?

—El mismo.

Nos reímos y empezamos a hablar. Le conté de las pruebas del lunes, de cómo me estaba mentalizando para el equipo. Ella me habló de sus metas, de cómo estaba a punto de ser la nueva capitana de las porristas.

—Te lo mereces, Sara —le dije, sincero.

—Gracias, Noah. Y tú... tú también vas a lograr lo que te propongas. Solo tienes que decidir lo que quieres.

Hablamos de todo, de las vacaciones que se acercaban, de los planes, de la vida. Por un rato, el mundo se sintió en paz.

Tomé un respiro mientras el último pedazo de pastel se deshacía en mi boca, una explosión de cacao y azúcar. Me sentía más ligero, y no solo por el azúcar.

—Sara —dije, mirándola de frente—, necesito contarte algo.

Ella alzó las cejas, curiosa.

—A ver, ¿ahora qué lío traes?

Sonreí, negando.

—Nada de lío. Algo bueno, por fin.

Le hablé de la app. De esa semana trabajando codo a codo con mi padre. De cómo habíamos dejado de ser dos extraños que compartían un apellido y, por primera vez, nos habíamos convertido en un equipo.

—Fue como si... como si todo lo que siempre quise de él estuviera pasando. Hablamos, nos entendimos, me escuchó, Sara. Lo que más deseaba desde niño: ser parte de su mundo, de su respeto. Y lo conseguí.

Ella me escuchaba en silencio, con esa atención que solo ella sabía dar, sus ojos azules fijos en los míos.

—Noah... —dijo al fin, y sus ojos brillaban con un orgullo genuino—. ¡Eso es increíble! Sabes cuánto lo deseabas. Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, Sara. De verdad.

—Sí, esa app... ¡Guau! Cuando seas famoso y millonario con ella, acuérdate de mí. Al menos invítame a cenar algún día.

La miré, juguetón, y saqué mi celular mostrando la notificación del banco.

—¿Algún día? Sara, ¿por qué no ahora? Hoy. Ya me depositaron mi primer cheque. Mi padre lo ordenó: "*Aún no lanzamos la app, pero mi hijo vendió la mejor idea. Que le paguen*". Así que... ¿quieres cenar conmigo esta noche? Un lugar lujoso. Lo que mereces.

Sara soltó una risa sincera, encantada, un sonido que me llenó de calor.

—Benedetti, siempre sabes cómo sorprenderme. Claro que quiero.

Y en ese momento, por un instante, me sentí el chico más afortunado del mundo.

El restaurante era uno de esos que siempre veía desde el coche, pensando que algún día entraría, algún día podría invitar a alguien de verdad. Y ese día había llegado. La luz de las velas bailaba en las mesas de mantel blanco, el murmullo de las conversaciones era una melodía elegante.

Sara y yo nos sentamos junto al ventanal, con vista a la ciudad iluminada, un mar de luces a nuestros pies. Ella estaba preciosa: sencilla, elegante, como siempre. La cena transcurrió entre risas, recuerdos de la escuela, bromas sobre mi futura fama de "hacker bueno" con la app. Pedimos lo mejor: pasta, carne, un postre que parecía obra de arte. Sara se notaba feliz, y eso me bastaba para sentir que esa noche valía cada segundo.

Cuando la llevé a su casa, el silencio en el auto no era incómodo. Era de esos silencios que te llenan de paz, cómodos y compartidos.

Al detenerme frente a su casa, ella se inclinó un poco.

—Gracias, Noah. Esto fue... Perfecto.

—Gracias a ti, Sara. Por todo.

Ella sonrió, esa sonrisa que nunca dejaba de parecerme genuina.

—Nos vemos mañana, ¿vale?

—Claro. Descansa.

Y la vi entrar, desaparecer tras la puerta.

Me quedé en el auto, las manos en el volante, mirando la nada. Y entonces, todo me golpeó como un tren en marcha. Qué idiota fui. Dejé ir a una chica como Sara, real, constante, buena conmigo. Y todo por la atracción, por ese fuego de un momento con Mika. Por un calor que no era amor, que no era conexión real. Mika solo quería algo pasajero, una noche que borrara sus fantasmas. Y yo me creí capaz de sostener eso. Qué error.

Sara merecía más. Y yo... yo me había engañado pensando que lo que sentía por Mika era lo que debía sentir.

Encendí el coche y volví a casa, con la cabeza y el corazón pesados, pero más consciente que nunca.

Escuela y pruebas de futbol americano

El lunes llegó con el sol dándome de lleno en la cara, como si me dijera: levántate, Benedetti, hoy es el día. Llegué al campo de fútbol americano. La cancha olía a pasto recién cortado, a tierra húmeda. El aire fresco, los cascos alineados, los chicos ya calentando. El entrenador, ese hombre de mirada firme y brazos como troncos, me vio acercarme.

—Bueno, bueno, miren quién sí vino. Noah Benedetti. Pensé que era un chiste del destino.

—No, entrenador. Estoy aquí para quedarme.

Los otros chicos me miraban. Algunos con respeto, otros con esa mezcla de ¿qué hace el rebelde aquí?

Empezaron las pruebas. Pases, carreras, jugadas. Al principio, confieso, me sentí raro, fuera de lugar. Pero pronto, algo dentro de mí despertó. Cada pase que lanzaba, preciso. Cada movimiento, instintivo. Leía a los otros como si pudiera anticipar qué harían. El balón salía de mis manos como una extensión de mí mismo.

Las voces del equipo empezaron a cambiar. De murmullos a exclamaciones.

—¿Vieron ese pase?!
—¡No jodas, Benedetti es un crack!
—¡Ese chico tiene que ser nuestro quarterback!

El entrenador silbó, deteniendo el ejercicio. Se me acercó, entre incrédulo y entusiasmado.

—Benedetti... ¿de dónde demonios has salido? Tienes visión, reflejos... El brazo... ¡el cerebro para el juego! Pareces nacido para esto.

Me limité a sonreír, sudando, pero feliz.

—Quizás solo necesitaba el lugar correcto para ser yo, coach.

El hombre se rio.

—A partir de hoy, quiero que vengas a cada entrenamiento. Vas a ser parte del equipo, muchacho. Vas a ser nuestro maldito as.

Me quedé ahí un rato, con el casco en la mano, mirando el cielo abierto. Sentía que pertenecía. Que no estaba huyendo, ni reaccionando, sino eligiendo dónde quería estar.

Al terminar las pruebas, Jeremy se acercó sudando, pero con esa sonrisa enorme que solo él tenía.

—¡Viejo, qué locura lo que hiciste! —me dijo dándome un golpe amistoso en el hombro—. ¿En qué momento eras tan bueno y yo no me enteré?

Reí, todavía jadeando.

—Ni yo sabía, hermano. Supongo que tenía que probarme para descubrirlo.

Jeremy se cruzó de brazos, satisfecho.

—Va a ser un honor que seas nuestro quarterback. Ya me lo imagino: Benedetti lanzando, yo recibiendo. Las porristas aplaudiendo. Las gradas gritando. Esto va a estar brutal.

—¿Así que quieres ser receptor? —le pregunté, alzando una ceja.

—Obvio. Soy rápido, tengo manos seguras y... Bueno, el look de estrella ya lo traigo de nacimiento.

Ambos nos reímos, caminando hacia el coach que nos llamaba con el silbato.

El entrenador nos reunió a todos, su voz retumbando fuerte.

—Escuchen bien, chicos. Hemos visto lo que traen. Aquí no hay hijos de papi, no hay favoritos: hay talento y esfuerzo. —Benedetti —dijo mirándome directo—, bienvenido al equipo. A partir de hoy eres nuestro quarterback. Tu visión y tu brazo son lo que necesitamos para que este equipo despierte.

Sentí que el mundo se detenía un segundo. Asentí, serio, pero por dentro me hervía la emoción.

—Jeremy —continuó el coach—, tú tienes velocidad y buenos reflejos. Vas como receptor abierto. Quiero que trabajen juntos, que se entiendan en el campo como si leyeran la mente uno del otro.

Jeremy soltó un silbido admirado.

—Esto es oro puro, viejo —me dijo en voz baja—.

El entrenador siguió distribuyendo roles y terminó con una frase que me quedó grabada:

—Aquí no hay lugar para divas ni para conflictos personales. En este campo somos una familia. Y el que rompa esa regla, se va.

Nos miramos todos, sabiendo que había un nuevo capítulo que escribir.

Jeremy me dio un codazo, sonriendo.

—Prepárate, crack. Esto apenas comienza.

El primer entrenamiento oficial empezó con todo. El coach no perdió tiempo:

—¡A calentar! ¡A formarse! ¡Esto no es una tarde de picnic!

Jeremy y yo nos miramos, emocionados, listos para demostrar que lo que hicimos en las pruebas no fue casualidad.

Y entonces... el destino decidió poner a prueba nuestra concentración.

La entrenadora de porristas —una mujer de voz fuerte y actitud de "*aquí mando yo*"— sacó a su escuadrón al mismo campo. Las chicas empezaron a calentar: saltos, giros, movimientos sincronizados, faldas al viento, piernas marcadas por el ejercicio.

Jeremy soltó un silbido apenas disimulado.

—Viejo... nos van a matar —me dijo en un susurro—. ¿Cómo se supone que me concentre si tengo a medio paraíso frente a mí?

Yo intentaba enfocar la vista en el balón, pero cada tanto los ojos se me iban. Y claro, ahí estaba Sara, liderando la rutina, con esa fuerza y elegancia que siempre tenía. Y entre el grupo, Mika, como si el universo se burlara de mi autocontrol.

Concéntrate, Benedetti, me repetía. Pero los pases no salían tan perfectos como en las pruebas.

El coach lo notó. Silbó fuerte, acercándose con cara de pocos amigos.

—¿Qué pasa, Benedetti?! ¡¿Eso es un pase de quarterback o un regalo para el equipo contrario?!

—Disculpe, entrenador. No volverá a pasar —respondí, tragando saliva.

Jeremy se rio por lo bajo.

—Sí, claro. Hasta que Sara vuelva a saltar así de alto.

—Cállate, idiota —le dije entre dientes, aunque no podía evitar reír también.

El entrenamiento siguió, con el coach gritando, nosotros sudando, y las porristas girando, saltando, sonriendo... como si el universo se divirtiera viendo cómo tratábamos de ser profesionales.

Al final de la sesión, estábamos agotados, pero vivos. Jeremy me dio un manotazo en la espalda.

—Viejo, si podemos entrenar con estas vistas y no fallar... ¡podemos con todo!

Jeremy y yo nos dejamos caer en la banca después del entrenamiento, ambos sudando, agotados y medio muertos de risa.

Me reí, limpiándome la frente.

—No es tan fácil, Jeremy. Mira, intento concentrarme, y de repente Sara hace un salto y... ¡Boom! se me olvida todo.

—Y yo que pensaba que el balón era lo único que querías agarrar, Benedetti —soltó con picardía, dándome un codazo.

Porristas y otros problemas

En ese momento, nuestras miradas se desviaron al grupo de porristas. Sara al frente, liderando como la capitana nata que era. A su lado, Mónica, la subcapitana, moviendo al equipo con precisión. Y un poco más atrás... Mika. Mika con su mirada desafiante, su energía explosiva, su tensión al máximo.

Y entonces, como si fuera escrito por el destino, el drama estalló.

—¡Deja de creerte la reina, Sara! ¡No eres perfecta! —escuchamos gritar a Mika, la voz rebotando en el campo.

—¡Pues compórtate como parte del equipo y deja de arruinar las rutinas! —respondió Sara, firme, sin perder la compostura.

La tensión era tan fuerte que las demás porristas pararon en seco.

Jeremy me miró.

—Noah... No lo hagas...

Pero ya estaba en pie, caminando decidido hacia el centro del campo.

—¡Mika, basta! —dije, alzando la voz—. ¡Déjala en paz! Sara no tiene la culpa de tus dramas.

Mika giró, furiosa.

—¡¿Y tú qué?! ¡¿Vienes a salvarla como su perrito faldero?!

—¡No! Vengo a decirte que ya basta, Mika. Esto no es un ring de box.

Y ahí fue cuando el coach y la entrenadora llegaron, ambos con cara de *esto no lo tolero ni un segundo más*.

—¿Qué demonios pasa aquí?! —rugió el coach.

—¡Mi equipo es para entrenar, no para que hagan un show de reality! —gritó la entrenadora de porristas.

Mónica intentaba calmar a las chicas, pero el fuego ya estaba encendido.

—Lo siento, coach, entrenadora —dije, respirando hondo—. Fue mi culpa por meterme.

La entrenadora nos miró a todas.

—Quiero una disculpa ahora mismo. Aquí somos un equipo, no enemigos.

Sara, digna, dio un paso al frente.

—Disculpen, no volverá a pasar.

Mika cruzó los brazos, el orgullo a tope.

—Sí... Disculpen.

Pero su mirada me lo decía todo: *Esto no se ha acabado*.

El coach nos echó un último vistazo.

—Y ustedes dos —dijo señalando a Jeremy y a mí—, dejen de distraerse o el balón va directo a sus cabezas en la próxima práctica.

Jeremy y yo nos miramos, sabiendo que esto apenas era el principio.

El coach alzó el silbato una última vez.

—¡Se acabó por hoy! Quiero que el próximo entrenamiento me traigan concentración, no un circo. ¿Entendido?

La entrenadora de porristas también levantó la voz.

—¡Porristas, a los vestidores! Esto fue un desastre. Mañana quiero el doble de esfuerzo.

Los dos equipos empezaron a dispersarse, algunos murmurando, otros demasiado cansados para decir nada. Jeremy y yo nos fuimos al vestidor, dejando atrás el campo que todavía parecía vibrar por el drama del día.

Mientras nos cambiábamos, Jeremy rompió el silencio.

—Viejo... ¿cómo diablos vamos a sobrevivir con esas dos odiándose en cada esquina?

Me senté en la banca, frotándome la cara.

—No lo sé. Esto es un infierno. Sara no merece ese trato y Mika... Mika es una bomba que explota a la mínima.

Jeremy me lanzó una toalla en la cara.

—Y tú siempre en medio, Benedetti. ¿Vas a seguir metiéndote o vas a dejar que ellas arreglen sus problemas?

—No puedo no meterme, Jeremy. No hay ninguna.

Él suspiró, terminando de ponerse su camiseta.

—Lo que sea que hagas, hermano, no voy a dejar que termines fuera del equipo o suspendido otra vez. Así que si hay pelea... voy contigo.

Salimos del vestidor, el sol ya bajando un poco.

Y ahí estaba. Mika. Esperando con los brazos cruzados, el ceño fruncido, fuego en la mirada.

—Tenemos que hablar —soltó en cuanto me vio.

Jeremy se adelantó, poniéndose a mi lado.

—Lo que tengas que decirle, lo dices conmigo presente. Si crees que voy a dejar que lo saques del equipo o lo metas en otro lío, olvídalo.

Mika lo fulminó con la mirada.

—Esto es entre Noah y yo, Jeremy.

—Pues hoy va con dos por uno, Mika. No lo voy a dejar solo.

Me armé de valor.

—Dilo, Mika. ¿Qué quieres?

Ella apretó los puños.

—Lo que pasó hoy no se va a quedar así. No tienes derecho a meterte en mis asuntos. No eres mi dueño, ni mi juez.

—¡Y tú no tienes derecho a hacerle la vida imposible a Sara!

—¿Y qué? ¿Ahora eres su protector oficial? ¿Su caballero andante?

La tensión era tal que sentí que un chispazo podía prender fuego al aire.

Jeremy puso una mano en mi hombro.

—Cálmense, los dos. Si los ven así, estamos fritos.

Pero ninguno de los dos parecía dispuesto a ceder.

La discusión con Mika estaba a un paso de explotar cuando, de pronto, escuchamos risas que venían del lado de los vestidores.

—¡Te juro que si hubieras visto la cara del entrenador cuando casi se cae el megáfono...! —decía Sara entre carcajadas.

—¡Y cuando se le voló el silbato! —añadió Mónica, riendo tanto que casi se doblaba.

Las dos venían saliendo, la complicidad de mejores amigas en cada gesto, hasta que se toparon con nosotros: Jeremy firme a mi lado, Mika a punto de prender fuego al mundo, y yo, atrapado en medio de esa tormenta.

Sara frenó en seco, su sonrisa desvaneciéndose al instante. Evaluó la escena en un segundo.

—¿Otra vez peleando, Mika? —dijo con calma, pero con ese filo que solo alguien como Sara podía tener—. Por favor, ya estás demasiado grandecita para seguir haciendo berrinches como una niña chiquita. Esto es ridículo. ¿Qué ganas? ¿Crees que vas a intimidarme? ¿O es que todavía no superas que no todo gire a tu alrededor?

El silencio fue brutal. Mika se quedó helada. Sus ojos, tan llenos de fuego hacía un segundo, se abrieron sorprendidos. Buscó palabras, buscó una réplica... pero no salió nada. Cerró el puño, apretó los labios, y con el ceño fruncido bajó la mirada. Sin decir una palabra, se dio la vuelta y se fue, la rabia y la humillación mezclándose en su andar.

Sara respiró hondo, recuperando su calma.

—Ya basta de dramas por hoy. Vámonos, Mónica.

Mónica, todavía sorprendida, asintió y ambas se alejaron, dejando tras de sí el eco de la verdad dicha sin miedo.

Jeremy se volvió hacia mí, incrédulo.

—Viejo... ¿tú viste eso? ¿Sara? ¿Así de tranquila, de firme, de... ¿Reina?

Yo me pasé la mano por el cabello, todavía en shock.

—Lo vi, hermano. Lo vi. No sé qué fue más impresionante: cómo la calló o cómo no perdió la calma ni un segundo.

Jeremy se rio por lo bajo.

—Noah Benedetti, te lo digo en serio. Esa mujer vale oro.

Lo pensé un par de segundos, y sin pensarlo demasiado, salí tras ella. Jeremy solo me miró y sonrió como diciendo: *Ahí vas otra vez, loco*.

Alcancé a Sara en el pasillo, mientras Mónica se adelantaba dejándonos solos.

—Sara... espera.

Ella se giró, tranquila, como si nada hubiera pasado.

—¿Qué pasa, Noah?

—Lo de hace un rato... ¿cómo hiciste eso? ¿Cómo tuviste ese valor para plantarte así frente a Mika?

Sara me miró de frente, sin esquivar ni un segundo mi mirada.

—Porque Mika no es la única que carga con sus problemas existenciales, Noah. Ella no es la única cuyos padres se divorciaron.

Mi ceño se frunció, sorprendido.

—¿Tus papás...?

—Sí —dijo ella, con ese tono maduro que la hacía parecer mayor de lo que era—. Mis papás también se están divorciando. Y aunque yo no sea la causa de su separación, no por eso voy descargando mi ira con el mundo.

Yo me quedé helado. No lo sabía. No tenía ni idea.

—Sara... Yo... lo siento, no tenía idea.

—No tienes por qué sentir nada, Noah —dijo, con esa paz que tanto la caracterizaba—. Ya no somos pareja. No tengo por qué contarte lo que pasa en mi vida. Somos amigos, ¿recuerdas? Si algún día quiero compartir algo bueno o feliz, lo haré. Pero no quiero ser una carga, ni quiero arrastrarte a mis problemas.

Me quedé mudo. Ni yo mismo sabía qué responder. Sara sonrió un poco, dándome una palmada ligera en el brazo.

—Por eso soy la capitana de las porristas, Noah. Porque sé cuándo tomar el control y cuándo soltarlo.

Y se alejó, dejándome ahí, más admirado que nunca.

Jeremy apareció a mi lado, sin que me diera cuenta.

—¿Y bien? ¿La reina habló?

Yo solo asentí.

—La reina habló... y me dejó sin palabras.

Estaba a punto de subir a mi habitación cuando el teléfono fijo sonó. Ese sonido casi olvidado, porque siempre usaba el celular, me hizo detenerme en seco.

—¡Noah! —gritó mi mamá desde la cocina—. Es tu papá, desde Italia.

Tomé el teléfono y antes de poder decir nada, la voz firme de mi padre llenó el oído.

—Figlio mío, ¿cómo estás?

—Bien, papá. Recién llego del entrenamiento. ¿Todo bien por allá?

—Noah, tengo algo que me gustaría que intentes resolver. Es... un proyectito pequeño, algo que solo un Benedetti listo podría manejar.

Me apoyé contra la pared, intrigado.

—¿De qué se trata?

—Tenemos una ecuación cibernética que mezcla datos de informática con estadística. Las cifras de ventas de una de nuestras divisiones no cuadran. Sospechamos de un error en el sistema o algo peor: un intento de fraude.

Sentí el pulso acelerarse. El desafío, la oportunidad, la confianza de mi padre.

—¿Quieres que lo resuelva yo?

—Si lo logras, no solo habrá un dinerito extra como recompensa —dijo con ese tono entre serio y orgulloso—, sino que además... quiero que vengas conmigo a Italia en las vacaciones de verano. Conocerás la empresa por dentro, verás lo que hacemos, y disfrutarás del país.

Me quedé unos segundos en silencio, asimilando lo que acababa de oír. Italia. Con mi padre. Como un igual.

—¿En serio, papá?

—En serio, Noah. Pero este es un reto. No es un juego. Sé que puedes. Te enviaré los datos en unos minutos.

—Lo intentaré, lo prometo.

—Eso es lo que quiero oír. Te mando un abrazo, figlio. Saluda a tu madre.

La llamada terminó. Me quedé ahí, con el teléfono en la mano, la cabeza llena de números, retos y la imagen de Italia esperándome al final del camino.

Subí a mi cuarto, encendí la laptop y esperé el correo que estaba por cambiar mis planes de verano.

Encendí mi laptop, el brillo de la pantalla iluminando mi habitación casi a oscuras. El sonido del correo entrante hizo que el corazón se me acelerara: Asunto: Datos del caso — División Italia.

Lo abrí al instante. Ahí estaba: un archivo cifrado, gráficas, tablas, registros de ventas y un mensaje breve de mi padre: "*Todo está aquí, hijo. Si resuelves esto, sabré que ya eres parte del negocio en serio. Confío en ti. Papá*."

Respiré hondo. Abrí los archivos y comencé a revisarlos. Las cifras no cuadraban: ventas reportadas que no coincidían con los depósitos reales, porcentajes fuera de rango en ciertos productos, y un patrón extraño en los horarios de las transacciones. *Esto huele a alguien manipulando los datos...*, pensé.

Abrí mi programa de análisis estadístico, armé un mapa de las irregularidades y, con los conocimientos que había absorbido ayudando a mi padre la semana anterior, tracé un algoritmo sencillo para rastrear las inconsistencias.

Me sumergí en el trabajo. El tiempo se volvió un borrón de códigos, fórmulas y cifras. Entre gráficos y líneas de comandos, mi cabeza empezó a ordenar el caos.

Y entonces lo vi. Un patrón. Las irregularidades siempre aparecían los viernes entre las 17:00 y las 20:00 horas, cuando el encargado de la división salía y dejaba a un solo operador frente al sistema.

Sonreí de lado.

—Te tengo, cabrón... —susurré.

Armé el informe, marqué las transacciones clave, y redacté un correo para mi padre explicando lo que había descubierto: el fraude encubierto entre cifras manipuladas y ventas fantasmas.

Cuando envié el archivo, me recosté en la silla, agotado pero satisfecho. El reloj marcaba las 4:23 a.m. El cansancio me vencía, pero la sensación de haber logrado algo real, algo grande, me mantenía despierto.

El celular vibró: un mensaje de mi padre.

"*Lo vi. Excelente trabajo. Estoy orgulloso. Prepárate: Italia nos espera.*"

Cerré los ojos y sonreí. Ese viaje no era solo un premio; era el comienzo de algo mucho más grande.

Trabajo y vida adolescente

Desperté tarde, después de haberme quedado hasta el amanecer resolviendo el fraude. Pero el cansancio valió la pena. Mi viejo estaba orgulloso. Italia me esperaba. Y eso... eso tenía que contárselo a alguien. Y aunque, por un momento, pensé en Sara,

recordé sus palabras: "No tienes que preocuparte por lo que pasa en mi vida. Ya no somos pareja." Ella había trazado su línea, y yo iba a respetarla.

Así que marqué a quienes sí podía compartirles esa victoria: Jeremy y Mónica.

Jeremy contestó al segundo timbre.

—¡Bro, apenas iba a llamarte! ¿Qué pasó? ¿Otra pelea? ¿Un plan para conquistar el mundo?

Me reí.

—Nada de eso, viejo. ¿Tienes un momento? Quiero contarles algo.

Mónica, en altavoz, ya estaba metida en la llamada.

—¿Qué hiciste ahora, Benedetti? ¿Ganaste un premio al drama escolar del año?

—Oye, Mónica —dije en tono juguetón—, que hoy vengo en plan serio.

Les conté todo: el correo de Italia, los datos, la noche entera revisando cifras, el fraude que había descubierto, y cómo mi padre ya me había prometido el viaje a Italia este verano.

Jeremy soltó un silbido largo.

—¡No manches, Noah! Eso es enorme. ¿Italia? ¿Vacaciones allá? ¿Y encima resolviendo un caso de fraude?

Mónica se notaba sorprendida, aunque no perdió su estilo directo.

—Mira nada más, el chico rebelde de las peleas resulta ser un genio de los números. Me alegra por ti, Noah. De verdad.

Jeremy añadió, entre broma y admiración:

—Tío, ¿puedes ser más perfecto? Atleta, hacker, guapo. Ya deja algo para los demás.

Me reí, dejando que ese orgullo sano me inundara.

—Gracias, chicos. Necesitaba compartirlo. Ustedes son mi equipo.

Mónica sonrió, se notaba hasta en el tono.

—Y lo seremos. Aunque claro, cuando estés en Italia mándanos fotos... y algún recuerdito.

Jeremy remató:

—Y que no se te olvide el helado italiano, por favor.

—Trato hecho —respondí, sabiendo que en ellos tenía un respaldo real.

La carcajada de Jeremy todavía resonaba en el altavoz cuando se me encendió el foco.

—¡Oigan! Esperen.

Mónica y Jeremy se quedaron callados.

—¿Qué pasa ahora, Noah? —preguntó Mónica, curiosa.

—¡Ya lo tengo! ¿Qué tal si...? ¿Qué tal si se vienen conmigo a Italia estas vacaciones?

Jeremy soltó un:

—¡¿Qué?! ¡Tío, no juegues con eso!

—No, en serio. ¿Qué mejor que unas vacaciones de amigos allá? Buena comida, cultura, helado... y bueno, así no me aguanto solo a mis hermanos.

Mónica se rio, encantada.

—Me apunto. Pero eso no depende de ti, Benedetti.

—Denme un minuto. Voy a llamar a mi papá.

Colgué con ellos y marqué al viejo sin pensarlo dos veces. Contestó rápido, como si hubiera estado esperando mi llamada.

—Noah, ¿qué pasa?

—Papá, estuve pensando... ¿Crees que pueda llevar conmigo a dos amigos? Son como mis hermanos, han estado conmigo en las buenas y en las malas. Sería increíble compartir esto con ellos.

Un silencio breve. Luego su voz, cálida.

—Figlio, claro que sí. Me alegra que pienses así. Trae a tus amigos. Será bueno que vean lo que hacemos, y que disfruten contigo.

—Gracias, papá. ¡Gracias!

—Y así aprovechas para presentárselos a tus hermanos. Seguro Eric y Richard querrán conocerlos.

Sonreí como tonto.

—Les voy a avisar. Va a ser épico.

Colgué y volví a llamar a Jeremy y Mónica.

—¿Y bien? —dijo Jeremy, ansioso.

—¡Empaquen maletas! ¡Nos vamos a Italia!

El griterío al otro lado de la línea lo decía todo.

Los días previos al viaje pasaron como un relámpago. Entre maletas, papeles listos y un sinfín de mensajes con Jeremy y Mónica planeando qué visitaríamos primero, llegó el gran momento.

Aeropuerto e Italia

El avión tocó tierra en Italia bajo un sol dorado y un cielo que parecía pintado. El aire olía distinto: a historia, a tradición... y a nuevos retos.

En el aeropuerto, un auto de la compañía nos esperaba. Al llegar a la enorme casa de la familia Benedetti, apenas bajé y ahí estaban ellos: Eric y Richard. Eric, impecable como siempre, el traje hecho a la medida, la sonrisa de quien sabe que tiene el control. Richard, menos formal, pero con ese aire competitivo que siempre lo rodeaba.

—¡El niño prodigio llegó! —dijo Richard, cruzándose de brazos.

Eric se adelantó y me palmeó el hombro.

—Al fin te dignas a conocer la tierra que lleva nuestro apellido.

—Y no vengo solo —respondí, señalando a Jeremy y Mónica, que miraban todo entre asombrados y cohibidos.

—Ah... Los amigos del rebelde. Bienvenidos. —Eric les dedicó una sonrisa diplomática, de esas que no sabes si son sinceras o protocolo.

Jeremy murmuró un "*gracias*" y Mónica, fiel a su estilo, respondió con un "*placer*".

Mi papá apareció detrás de ellos, salvando el momento.

—¡Basta de formalidades! Todos están aquí para aprender, sí... pero también para disfrutar.

Al día siguiente, nada de dormir hasta tarde. El primer día de oficina nos esperaba. El edificio de la compañía era un monstruo de vidrio y acero, con el logo de Benedetti Corp. brillando al sol. Mi papá nos llevó a una sala de juntas donde se reunían los altos directivos.

—Hoy, antes de que conozcan Italia como turistas, quiero que conozcan el mundo al que pertenecen —dijo, mirando directo a Eric, Richard y a mí.

Nos presentó a los socios clave, nos mostró gráficas de crecimiento, nos habló de proyectos en curso, y claro... mencionó mi logro con la

app. Vi cómo Richard me lanzaba miradas de "¿en serio tú hiciste eso?". Eric, por su parte, asintió con respeto.

Después de horas de explicaciones, estrategias y planes, mi padre cerró la reunión:

—Bien, mañana vuelven, pero por hoy... Italia es de ustedes.

Al salir, Jeremy soltó un silbido.

—Hermano... esto es otro nivel.

Mónica, emocionada:

—Y lo mejor es que ahora empieza lo bueno.

Sonreí, sintiendo que esta vez, todo estaba en su lugar.

La tarde era perfecta: Roma nos abrazaba con su caos encantador. Jeremy no dejaba de asombrarse con cada ruina, Mónica tomaba fotos como si quisiera llevárselo todo en la memoria de su teléfono. Yo intentaba concentrarme en el Coliseo frente a mí, en el aroma a pizza que flotaba en el aire... pero el bip de mi celular me devolvió de golpe a otra realidad.

Mensaje internacional. Número conocido.
Mika: *Lo siento. No debí hacer lo que hice. Perdona.*

Me quedé helado. El mensaje, tan simple, tan inesperado, me golpeó con la fuerza de un puñetazo. Mónica lo notó enseguida.

—¿Qué pasa, Noah? ¿Quién te escribió?

Jeremy bromeó:

—¿Qué? ¿Mika? No me digas que hasta aquí te viene a buscar el drama.

—Sí. —Les mostré el mensaje.

Jeremy se llevó la mano a la frente.

—Tío... Estamos en Italia. No dejes que arruine esto.

Mónica, más seria, agregó:

—Tienes que decidir si quieres seguir cargando eso, o soltarlo. Esto es un nuevo capítulo, Noah.

Guardé el celular. No iba a dejar que un mensaje apagara lo que estaba viviendo.

Después fuimos a la Fontana di Trevi. Eric nos llevaba de guía improvisado, señalando edificios, contando historias de la familia. Por momentos, parecía un hermano mayor de verdad.

—¿Sabían que aquí papá le pidió matrimonio a mamá? —comentó Eric, sonriendo como si de repente el pasado le pareciera bonito.

Richard, desde atrás:

—Y que casi pierde el anillo en la fuente, el idiota.

Todos reímos. El hielo entre nosotros empezaba a romperse. Gelato en mano, caminando por las callecitas estrechas.

Jeremy:
—Esto es vida. Si no vuelvo, díganle a mi madre que la quiero.

Mónica:
—No seas exagerado. Pero sí, esto es lo más cerca del paraíso.

Eric me miró y dijo algo que nadie esperaba:

—Papá siempre dijo que eras el más listo de los tres. Me alegra que lo estés demostrando.

Richard asintió, aunque su tono seguía cargado de competencia.

—No la riegas, Benedetti. Ya hiciste mucho.

Sonreí. Me sentía parte de algo. Sí, Mika había escrito. Pero aquí estaba el presente.

La noche cayó sobre Roma como un manto de luces doradas y murmullos antiguos. Papá había reservado en un restaurante con terraza frente al río Tíber. El lugar olía a albahaca, ajo y buenos recuerdos. La mesa larga nos esperaba: mi padre, Eric, Richard, Jeremy, Mónica... Ey, yo. Era raro. Raro y bonito.

El camarero nos sirvió vino (*para los adultos*) y limonada fresca para nosotros. El primer brindis lo hizo mi padre.

—Por la familia. Y porque los verdaderos amigos son la familia que uno elige.

Chocamos los vasos. Mónica me miró sonriendo. Jeremy levantó el suyo.

—Por el mejor verano de nuestras vidas.

Eric bromeó:

—Y porque Richard no pelee con Noah en el camino.

Richard se rio.

—Hoy lo dejo en paz... estamos de vacaciones.

La comida fue un desfile de pastas, pizzas artesanales, mariscos frescos. El sonido de las risas, las anécdotas de Eric en la universidad, los chistes malos de Jeremy, la complicidad de Mónica, todo se sentía... Bien.

Y sin embargo, el celular en mi bolsillo ardía. Como si el mensaje de Mika estuviera ahí, esperando romper la magia.

En un momento, me levanté y salí a la terraza. Miré la ciudad iluminada, el reflejo de las luces en el río. Saqué el teléfono. El mensaje seguía allí.

Mika: Lo siento. No debí hacer lo que hice. Perdona.

El pulgar flotó sobre el teclado. Pensé en todo: en lo que sentí, en lo que pasó, en lo que podría pasar. Respiré hondo. Y apagué el celular.

No esa noche. Esa noche era mía.

Cuando volví a la mesa, papá me miró y dijo:

—Figlio, parece que algo pesa en tu cabeza.

Le sonreí, genuino.

—Nada que no pueda soltar esta noche.

La cena siguió, entre promesas de recorrer más de Roma, planes de visitar Florencia y Venecia, y una felicidad sencilla que, por fin, no tenía sombras.

Después de la cena, Richard no tardó en soltar su plan con esa sonrisa de hermano mayor que busca meterte en problemas pero que, en el fondo, solo quiere compartir el desmadre.

—Oigan, ¿qué tal si esta noche los llevo a una de las fiestas de mi universidad? Nada de esas cenas familiares aburridas... Vamos a que vivan el verdadero espíritu italiano.

Jeremy, obvio, fue el primero en gritar:

—¡Sí, carajo, eso quiero!

Mónica levantó una ceja, divertida.

—Si no me dejan fuera, me apunto.

Eh... Tío. Una parte de mí quería seguir con la tranquilidad de la noche. La otra... bueno, ¿cómo decir que no?

—Vale. Pero no me pongas en aprietos, ¿sí?

La casa donde se hacía la fiesta parecía sacada de una película: luces de neón, música a todo volumen, gente por todos lados, el aroma a alcohol mezclado con perfume caro y cigarrillos.

Richard nos presentó como sus invitados VIP.

—Son mis hermanos y su crew. Trátenlos bien.

Entre la multitud, Jeremy ya estaba bailando. Mónica, imposible no destacar, era el centro de un pequeño círculo de chicos que querían invitarla a bailar.

Y yo... yo trataba de disfrutar, pero el ambiente me pesaba un poco. Las copas iban y venían, y Richard se acercó a mí con un vaso.

—Vamos, Noah. Solo una. Relájate.

La probé. El sabor fuerte del licor me quemó la garganta. No era mi mundo, pero tampoco quería parecer el niño bueno que nunca se divierte.

Una chica de cabello castaño rizado y ojos verdes se acercó, sonriendo.

—¿Eres el hermano de Richard? Soy Giulia. —Su acento italiano era música.

—Noah.

—¿Bailas?

No había escapatoria. Me dejé llevar a la pista.

La noche avanzaba. Entre baile y baile, entre el calor del lugar y las risas, entre las copas que Richard no dejaba de ofrecerme, el Noah que solía controlar todo empezó a aflojar un poco.

Jeremy pasó a mi lado y gritó por encima de la música:

—¡Hermano, esto es vida!

Yo sonreí, pero en el fondo... algo me decía que esa noche podía salirse de control si no pisaba el freno.

Y ahí estaba el dilema. La mirada de Giulia. El calor de la música. La libertad de estar lejos de casa. Pero también el peso de lo que había aprendido, lo que había trabajado para construir.

Respiré hondo. Entre todo el ruido, supe lo que debía hacer.

—Gracias por el baile, Giulia. Necesito un respiro.

Salí al jardín de la casa, dejé que el aire fresco me despejara la mente. Saqué el teléfono, no para mirar mensajes, sino como un recordatorio de quién era yo. El Noah que tenía metas. El que no necesitaba perderse en una fiesta para sentirse alguien.

Richard apareció, riendo.

—¿Ya te cansaste, pequeño Benedetti?

—No es lo mío, Rich. Pero gracias por traerme.

Richard se apoyó en el muro.

—Sabes... a veces envidio eso de ti. Esa claridad.

Nos quedamos ahí, los dos, hermanos en silencio, viendo la noche romana pasar.

Richard me dio ese consejo que, aunque bien intencionado, encendió la chispa que faltaba:

—Noah, no todo en la vida son responsabilidades, metas y reglas. A veces hay que dejarse ir. Eres joven, hermano. ¡Vívelo!

Le sonreí. Quería hacerle caso... un poco. Me ofreció otro vaso. Lo tomé sin pensar, confiando en él. Lo que ninguno de los dos supo fue que alguien más había "mejorado" esa copa antes de que llegara a mis manos.

El primer trago quemó, pero después... Todo se volvió más brillante. La música, más intensa. La risa de la gente, como un eco lejano. Mi cuerpo, Liviano, libre.

Giulia regresó, y esta vez no pidió permiso.

—Bailas conmigo hasta el final.

Y me dejé llevar.

Hubo besos. Impulsivos. Torpes. Con esa electricidad que te enciende el juicio y te apaga el sentido común. Por un momento, el mundo fue solo ritmo y respiración.

Y justo ahí, en el borde de cruzar una línea que no era yo, me golpeó la realidad como agua fría: la imagen de mi madre. El rostro de mi padre orgulloso. El recuerdo de mis promesas. Y hasta el eco de Sara y Mika como advertencias distintas, pero igual de claras.

Me aparté.

—Giulia... No puedo.

Ella me miró, sorprendida, casi ofendida.

—¿Qué?

—Lo siento. No soy este tipo de chico.

Me alejé tambaleando. El efecto de lo que bebí empezaba a darme una resaca moral antes de tiempo.

CONFLICTO ENTRE NOSOTROS

Noah

El aire de la madrugada era denso, mezclado con humo de cigarrillos, risas descontroladas y música que hacía temblar las paredes. Pero en ese instante, todo a mi alrededor se desdibujaba. La cabeza me daba vueltas y el cuerpo no me respondía como quería.

—¡Noah! —escuché la voz de Richard, alarmada, como si apenas cayera en cuenta de lo que pasaba—. ¡Mierda, te dieron algo!

Intenté hablar, pero la lengua se sentía pesada. El mundo giraba, la música se volvió un murmullo lejano y un sudor frío me empapó la frente.

Richard me sostuvo antes de que me fuera de bruces al suelo. Lo vi intercambiar miradas rápidas con Jeremy y Mónica; dejaron de reír al instante.

—¡Salgamos de aquí ya! —ordenó Richard, con ese tono que casi nunca usaba: el de hermano mayor que por fin entendía la gravedad.

Nos abrieron paso a empujones, esquivando cuerpos sudados y eufóricos que bailaban sin freno. Salimos a la calle, donde el aire fresco me golpeó la cara y me hizo temblar.

—No puedo llevarte así a casa —murmuró Richard mientras me acomodaba en el asiento trasero—. Papá nos mata... a los dos.

Encendió el motor con los nudillos blancos de tanto apretar el volante. Jeremy y Mónica subieron en silencio, intercambiando miradas de angustia.

—¿A dónde vamos? —preguntó Jeremy, intentando mantener la calma.

Richard pensó un segundo.
—A un hotel. Uno discreto. Necesitas dormir esto, sudarlo... y mañana vemos cómo lo arreglamos. Drogas no; eso... eso no lo perdonaría papá.

El coche avanzaba por las calles silenciosas y yo, entre el mareo y el miedo, entendí que esa noche iba a cambiarlo todo.

El hotel era de esos lugares discretos donde nadie hace preguntas. Richard dejó el auto encendido un momento y corrió a recepción. Mónica me sostuvo la cabeza mientras yo trataba de no cerrar los ojos, y Jeremy murmuró:

—Viejo... estás hecho un desastre.

Cuando Richard volvió con la llave, casi me cargaron hasta la habitación. Apenas crucé la puerta, el mareo se volvió insoportable. Me zafé de los brazos de Richard y corrí... o eso creí... al baño.

—¡Quita, quita, quita! —balbuceé mientras empujaba a Jeremy por accidente.

Me incliné sobre el inodoro y todo salió disparado: el alcohol, lo que fuera que me habían dado y hasta lo que no recordaba haber comido.

—¡Santo cielo! —dijo Richard, tapándose la nariz—. ¡Creo que vomitó el alma también!

Me dejé caer en el suelo frío del baño, sudando a mares, y empecé a reír como un idiota.

—¡Ey! ¿Sabes qué, Richard? ¡Tú... tú eres Batman! Y Jeremy... Jeremy es... ¡un unicornio! —solté entre carcajadas, señalándolos como si acabara de descubrir un gran secreto.

—Está diciendo incoherencias —rio Mónica, nerviosa, pero aliviada de que al menos reaccionara.

—¡Unicornio! —repetí, muerto de risa, antes de quedarme con los brazos abiertos en el piso, como si el baño fuera mi reino.

Richard se agachó, me puso un trapo húmedo en la frente y suspiró:

—Genial. El heredero Benedetti hecho mierda, llamándome Batman. Esta noche es gloriosa.

Jeremy soltó una carcajada, contagiado.
—Al menos no nos llamó "*papá*" o "*mamá*".

Entre bromas, lograron llevarme a la cama. Richard abrió las ventanas para que entrara aire, me dio más agua de la que hubiera querido, y Mónica buscó algo en la televisión para distraernos.

Mientras el sueño y el cansancio me arrastraban, los vi ahí, sentados cerca, velando porque estuviera bien. A pesar de todo, no pude evitar sentirme afortunado de tenerlos conmigo.

El cuarto seguía dándome vueltas cuando el celular vibró sobre la mesita. Ese sonido retumbó como un trueno.

Extendí la mano temblorosa, lo tomé y ahí estaba: Mika. Un mensaje.
"*Lo siento, Noah. Quiero hablar*."

Las palabras se me clavaron en el pecho. Ni el alcohol ni lo que fuera que me metieron en la bebida pudieron bloquear ese golpe.

—¡No! —saltó Jeremy al ver que yo intentaba abrir el chat—. ¡Ni se te ocurra escribirle ahora!

—Viejo, suelta el teléfono —ordenó Richard, agarrándome el brazo —. Estás hecho un desastre. Lo último que necesitas es meterte en ese lío.

Pero yo, terco, empecé a forcejear.

—¡Es que no entienden! —grité, con la voz quebrada—. ¡Mika me tiene vuelto loco, carajo! ¡No sé qué hacer!

El nudo en la garganta se rompió. Se me llenaron los ojos de lágrimas y la voz se me quebró. Solté el teléfono al piso y me cubrí la cara con las manos, vencido.

—La odio... pero la quiero. ¡Y no sé si la quiero o la odio más porque la quiero! ¡Y no quiero quererla! —dije entre sollozos, sin importarme que me vieran así.

Mónica se agachó y me abrazó fuerte. Jeremy se sentó al borde de la cama y me dio una palmada torpe en la espalda. Richard se dejó caer en la silla, frotándose la cara con las manos.

—Hermano... —dijo, más sereno—. Mañana lo vemos. Por favor, no la contactes ahorita. No estás bien, y no vale la pena que luego te arrepientas de algo que escribas.

Asentí, derrotado, y dejé que el cansancio me venciera. Entre la confusión, el dolor y el agotamiento, el sueño al fin me arrastró.

Amanecer — Hermanos Benedetti

El sol empezó a colarse por la ventana del hotel cuando el maldito dolor de cabeza me despertó. Tenía el cuerpo pesado, la boca seca y la mente hecha un lío. Me froté los ojos, intentando recordar... y entonces lo vi: Richard sentado al borde de la cama, con cara de pocos amigos.

—Noah... —dijo, cruzándose de brazos—. ¿Qué mierda pasó anoche?

Cerré los ojos, con ganas de desaparecer.

—Me pasé, lo sé... Lo del trago, lo de Mika... todo fue un asco —murmuré, sin valor para mirarlo.

Richard soltó un suspiro largo, cargado de impotencia.

—Hermano, joder... —dijo, dejando caer las manos—. Me dolió verte así. Te juro que pensé que eras un idiota solo porque eras el consentido de mamá y papá. Pero ahora entiendo.

Lo miré, confundido.

—¿Entiendes qué?

—Que uno se puede romper así... cuando de verdad siente algo por alguien —admitió, bajando la voz—. Si una chica que me gustara tanto me dijera que solo quiere un rato, un encuentro de una noche... que no soy más que un capricho... también me haría mierda.

Me reí, amargo.

—Los Benedetti somos unos imbéciles cuando nos enamoramos, ¿eh?

Richard dejó escapar una sonrisa, sin sarcasmo.

—Sí, viejo. Lo somos. Pero aquí estamos: para aguantar los golpes. Y… para no volver a vernos como rivales.

Nos quedamos en silencio. Luego me dio un puñetazo suave en el hombro y me revolvió el cabello.

—Tienes que aprender a escoger mejor a las chicas, Noah. Aunque... bueno, el corazón no pregunta.

Asentí, sintiendo ese alivio raro, como si me quitara un peso del pecho.

—Gracias, Rich... por quedarte conmigo anoche.

—Siempre, idiota. Somos hermanos.

☼ Regreso al trabajo — El ojo del padre

La oficina de mi padre era impecable: orden, precisión, el sonido de teclas, teléfonos al fondo, empleados yendo y viniendo. Y yo, Noah Benedetti, fingiendo que la cabeza no me retumbaba como un tambor.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó papá sin levantar la vista de su laptop, pero con ese tono que usaba cuando ya sabía la respuesta.

—Sí, claro, papá. Todo bien... solo un poco cansado por el viaje —mentí, tragando saliva; el sabor amargo de la cruda me estaba matando.

Papá cerró la laptop, entrelazó los dedos y me miró, clavándome esos ojos que parecían leerme el alma.

—Mmm... cansado —repitió, como saboreando la palabra—. ¿Cansado de qué? ¿De la oficina o de algo que bebiste anoche?

Me reí, nervioso.

—Papá... solo tomé un poco. No te preocupes, no pasó nada grave.

—¿Un poco? —arqueó una ceja, con esa mirada de "no me tomes por idiota"—. Vamos, Noah. Soy tu padre. Fui joven; sé esa cara de cruda a kilómetros.

—Ya lo superé, estoy bien —levanté las manos, rindiéndome a medias.

—Ajá. Ven —dijo, poniéndose de pie—. Vamos a comer algo. Un buen plato de pasta y un espresso italiano para revivirte.

En la cafetería del edificio pidió por mí: pasta al pomodoro, pan, agua mineral y un café fuerte. Me lo puso delante y se cruzó de brazos, esperando que comiera.

—Papá, en serio, no estoy tan mal...

—Noah: tienes el estómago vacío, el alma golpeada y la cabeza hecha polvo. Hazme el favor de comer y luego hablamos del proyecto.

Empecé despacio. El primer bocado me costó, pero poco a poco volví a sentirme humano.

—Gracias, papá —dije, con más gratitud de la que solía mostrar.

Él asintió y me dio un golpecito en el hombro.

—No pasa nada, hijo. Solo... aprende. Y cuida tu cabeza y tu corazón. Eso es lo único que un Benedetti no puede perder.

Confesiones entre pasta y café

El aroma del pomodoro y el café llenaba el comedor. Yo recuperaba el color a medida que comía. Frente a mí, mi padre me observaba en silencio, como midiendo el momento para abrirse.

—Noah —dijo al fin—. ¿Sabes? Tú me recuerdas mucho a mí cuando tenía tu edad.

—¿A ti? —pregunté, sorprendido.

—Sí. En la universidad yo era... un desastre. Mujeriego, fiestero, el alma de cada reunión. Y no me malinterpretes: no era por valiente, era porque no sabía qué quería. Bebía, fumaba... probé cosas que nunca debí probar.

Lo miré, atónito.

—¿Drogas?

—Sí —asintió, serio—. Y más de las que puedo nombrar sin que tu madre me mate si se entera de todo. Llegó un punto en el que no reconocía quién era frente al espejo. Mis padres... tus abuelos...

intentaron todo. Al final tuvieron que internarme para limpiarme. Fue el peor y el mejor momento de mi vida.

—¿Y cómo saliste de eso?

Sonrió con ese gesto que solo tiene un hombre enamorado.

—La conocí a ella. A tu madre. La vi en la biblioteca de la universidad: entre libros y apuntes, con el cabello suelto, sus lentes... concentrada como si el mundo no existiera. Y yo... yo quise ser parte de ese mundo.

Tragué saliva, con un nudo raro en la garganta.

—¿Y fue fácil?

—No —rio suave—. Me rechazó tantas veces, hijo... Yo era todo lo que ella detestaba. Pero fui paciente. Cambié. Dejé atrás las fiestas, las drogas, el alcohol. Porque sabía que si no lo hacía, la perdía.

Hubo un silencio cómodo, cargado de respeto.

Mi padre miró mi plato y se inclinó un poco hacia mí, práctico, como siempre.

—¿Ya acabaste? Porque hay trabajo que hacer. Vamos.

Conflictos entre nosotros — El primer ataque

Nunca creí que esa jornada en la empresa de mi padre fuera a terminar así: con el corazón en la garganta y un ejército de adultos mirándome como si yo fuera el único capaz de salvar el día.

Estábamos terminando de comer cuando una asistente irrumpió, pálida.

—Señor Benedetti... es urgente.

Mi padre y yo nos levantamos de inmediato. Al entrar a la sala de juntas, supe que era grave. Los monitores mostraban líneas de

código que no deberían estar ahí. Los expertos de ciberseguridad sudaban frío.

—¿Qué sucede? —preguntó mi padre, directo.

Yo miré la pantalla. No necesitaba explicación: lo vi en segundos.

—Alguien está intentando derribar el sistema. No están robando información: buscan abrir puertas traseras. Y lo peor... entraron por el módulo de estadísticas. El que corregí anoche.

Sentí el calor subirme desde el estómago. La adrenalina me encendió la sangre.

—¿Puedes detenerlo? —preguntó papá, mirándome como si de verdad creyera en mí.

—Sí. Necesito acceso directo al servidor central y que nadie me interrumpa.

—Es tuyo.

Me lancé al teclado. Al principio me temblaban los dedos, pero luego todo tomó ritmo: aislé el sistema, levanté un muro de encriptación y armé un señuelo que imitaba la app... una trampa vacía.

Vi cómo el intruso mordía el anzuelo.

—¡Lo tengo! —solté, sin poder evitar una sonrisa—. Cerré la puerta. Pero este módulo... lo voy a reescribir desde cero. Esto no vuelve a pasar.

Cuando levanté la vista, todos me miraban. Mi padre me puso una mano en el hombro.

—Orgulloso de ti, hijo. Pero quiero ese nuevo módulo para ayer.

—Lo tendrás, papá.

Y mientras la tensión se diluía en la sala, supe que había dado un paso grande. No solo en el trabajo. En lo que soy.

Después del ataque no hubo respiro. Me metí de lleno en el rediseño: aislé cada línea, reforcé algoritmos como un arquitecto desesperado por blindar su castillo antes de la próxima tormenta.

De pronto, tocaron la puerta. Era Eric.

—Hey, campeón, ¿Cómo vas? —dijo con esa calma suya.

—Cansado, pero no pienso parar hasta dejar esto impecable.

Eric se acercó y se sentó a mi lado, mirando la pantalla como si pudiera entenderla. Su mundo era el de la administración y los números grandes, pero siempre mostraba interés por lo mío.

—Papá está orgulloso de ti, ¿sabes? —comentó, dándome una palmada suave en la espalda—. Y yo también. No es fácil lo que acabas de hacer.

Me giré, sorprendido. Eric no soltaba palabras vacías.

—Gracias, Eric. En serio.

Hubo un silencio cómodo. Y entonces lo dijo:

—Te cuento algo, pero queda entre nosotros.

—Claro.

—Voy a pedirle matrimonio a Giulia.

Casi me caigo de la silla.

—¡¿En serio?! ¡Eso es increíble!

Eric sonrió, como solo sonríe alguien que ya encontró su lugar.

—Sí. Llevamos tiempo juntos y… es el paso correcto. He esperado el momento indicado y siento que es ahora.

Lo admiré, de verdad. Mi hermano mayor, con un rumbo. Y yo... intentando ordenar mi vida entre código y emociones rotas.

—¿Y ella qué espera? ¿Lo sabe?

—Noah... cuando encuentres a alguien que de verdad te complete, no tendrás que preguntártelo. Lo sabrás.

Sus palabras quedaron flotando mientras se levantaba.

—Te dejo trabajar. Pero prométeme que cuando acabe esta locura del módulo, celebramos juntos.

—Trato hecho.

Lo vi salir y volví al monitor... pero el código ya no era lo único en mi cabeza. Tenía el estómago hecho un nudo.

Respiré hondo y lo llamé antes de que se fuera del todo.

—Eric... hay algo que tengo que decirte.

Se giró, serio.

—Dime, Noah.

Tomé aire. Cómo odiaba esto.

—Giulia... anoche, después de la cena... ella intentó... intentó acostarse conmigo.

El silencio fue brutal. Eric no parpadeó. No se movió. Solo me miró, procesándolo.

—Yo no lo busqué, Eric —dije rápido, con el corazón golpeándome—. Lo juro por mamá. La rechacé en cuanto entendí.

Pasaron segundos que se sintieron como años. Entonces Eric asintió, despacio.

—Gracias por decírmelo, Noah. Gracias por ser honesto.

Se frotó la cara con las manos. Y lo vi: dolor, decepción, furia contenida.

—Voy a terminar con ella. Estaba a punto de pedirle matrimonio, hermano. Y ella...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Lo siento mucho, Eric.

Me abrazó. No era algo habitual, pero lo hizo.

—No tienes por qué pedir perdón. Lo importante es que me lo dijiste. Eres un buen hermano, Noah. Y yo... yo fui un idiota por no darme cuenta antes.

Cuando se fue, cerré los ojos un segundo. El peso seguía ahí, pero al menos había hecho lo correcto.

Volví al módulo. El monitor reflejaba mi cara cansada, con ojeras de no dormir. Los dedos se movían casi en automático. Quería perderme en el código, borrar de mi cabeza todo lo que acababa de pasar.

Y entonces sonó el maldito teléfono.

+01...
El prefijo de casa.

Se me revolvió el estómago. Mika.

Lo dejé sonar.
Una vez.
Dos veces.

A la tercera... contesté.

—¿Qué quieres? —mi voz salió seca, áspera.

Del otro lado, su respiración.

—Noah... yo... quería hablar contigo.

—¿Ahora quieres hablar? ¿Ahora que estoy a miles de kilómetros, Mika?

—Por favor, no empieces así...

Sentí la rabia subirme directo a la cabeza.

—¿Cómo quieres que empiece? ¿Quieres que actúe como si nada? ¿Como si no hubieras jugado conmigo, como si todo estuviera bien?

—¡Yo no jugué contigo! —se defendió, la voz empezándole a temblar —. Yo solo... tenía miedo, ¿ok? Miedo de sentir algo real.

—¿Y por eso preferiste hacerte la que no le importa nada? "*Amigos con derechos*". ¡Qué gran idea, Mika!

—¡Noah, basta! Tú no entiendes...

—No, no entiendo —escupí—. Lo que entiendo es que mientras yo pensaba en ti, mientras yo rompía con Sara por ti, tú... tú estabas besando a otro tipo.

Hubo silencio. Luego un suspiro.

—Lo siento, Noah.

Me quedé quieto. Esas palabras que había querido escuchar... y ahora ya no servían de nada.

—Ya es tarde para eso, Mika.

—Noah...

—Adiós, Mika.

Colgué.

El teléfono quedó temblando en mi mano. El corazón me latía a mil, las manos me sudaban. El módulo seguía ahí, esperándome. Pero... ¿Cómo demonios iba a concentrarme si todo estaba hecho pedazos?

Me quedé unos minutos mirando el teléfono apagado, oyendo en mi cabeza ese "*lo siento*" como si fuera un chiste tardío.

Me incliné en la silla y me cubrí la cara con las manos. La mente me traicionaba, poniéndome escenas de lo que fue... y de lo que pudo haber sido.

Golpearon la puerta.

—¡Viejo! ¿Todo bien? —era Jeremy.

—¿Noah? ¿Podemos pasar? —añadió Mónica, con ese tono dulce que usaba cuando quería que aceptara ayuda.

Abrí sin decir nada. Entraron con la preocupación pintada en la cara.

—¿Necesitas ayuda con el proyecto? —preguntó Jeremy, echándole un ojo al monitor lleno de códigos.

—No... gracias. Solo necesitaba despejarme.

Sonreí, pero sabía que no engañaba a nadie.

—Entonces vámonos al castillo —propuso Mónica, guiñándome un ojo—. Tu papá dijo que nos esperaba para cenar y para que conozcamos el lugar, ¿no?

Asentí, recogí mis cosas y salimos. El auto avanzó en silencio hasta que, a lo lejos, apareció el "*castillo*".

Me quedé sin palabras.

—¡No jodas! —murmuró Jeremy.

—¡Es un castillo real! —dijo Mónica, apretándole el brazo.

Yo mismo tuve que frotarme los ojos. Sabía que mi padre tenía propiedades aquí, pero jamás imaginé algo así.

En la entrada nos esperaban Richard y Eric.

—Bienvenidos al Castillo Benedetti —bromeó Richard, haciendo una reverencia exagerada.

—Vamos, les mostraremos todo —añadió Eric, más formal, pero con una sonrisa que me hizo sentir en casa.

Nos enseñaron salones enormes, jardines, pasillos interminables. Me asignaron una habitación en la torre oeste, con ventanales hacia el

campo. Jeremy y Mónica quedaron en habitaciones contiguas, igual de increíbles.

Ya de noche, alguien propuso pijamada en uno de los salones, con pantalla gigante.

—¡Películas de terror! —gritó Richard, trayendo un balde de palomitas.

—Sí, sí... terror —dijo Eric, rodando los ojos, pero riendo.

A todos les fascinó la idea... menos a mí.

—¿No hay comedia o algo más... relajado?

—¡Vamos, Noah! No seas gallina —se burló Jeremy, dándome un codazo.

—Oye, no es gallina, es sensible —rio Mónica.

Al final ahí estábamos: los cinco en el suelo, con cobijas y cojines, viendo cómo una sombra espectral devoraba a los protagonistas. Yo fingía estar concentrado, pero el corazón me iba a mil.

—¿Seguro que no quieren cambiarla? —susurré. Nadie me peló.

La noche avanzó entre gritos, risas y sustos... y, por un rato, olvidé a Mika, olvidé el trabajo. Solo fui Noah: un chico compartiendo una velada con gente que de verdad me quería.

La película terminó entre carcajadas nerviosas y bromas sobre quién iría al baño sin encender la luz. Jeremy no dejaba de molestar, diciendo que yo soñaría con fantasmas, y Mónica le seguía, lanzándome un cojín a la cara.

—¡Ya, ya! —reí, rendido.

Cuando las luces se apagaron y el salón quedó en silencio, todos empezaron a dormirse... pero yo no pude.

Salí al balcón del pasillo. El aire fresco de Italia se sentía como bálsamo. Miré las luces a lo lejos... y escuché pasos.

Era Eric.

—Noah, ¿no puedes dormir?

Negué, encogiéndome de hombros.

—No después de esa peli... y de todo lo que tengo en la cabeza.

Eric se apoyó en la baranda.

—¿Quieres hablar?

Suspiré.
—A veces pienso que me complico demasiado la vida. Lo de Mika, lo del trabajo, lo de papá...

Eric me miró serio, pero sin juzgar.

—Mira, Noah. Yo era igual. Me presionaba por todo. Me exigía perfección, me tragaba el orgullo y después explotaba por tonterías. Creía que ser fuerte era no mostrar nada... hasta que me di cuenta de que eso solo te quiebra más por dentro.

Hizo una pausa, mirando las luces a lo lejos, como si repasara su propia historia.

—Aprendí a poner límites. A escoger mis batallas. A aceptar cuando algo me superaba y pedir ayuda sin sentirme menos por eso. Y también aprendí a dejar de competir contigo y con Richard por atención o por aprobación. No vale la pena, Noah. Te deja vacío.

Lo miré, sorprendido. Eric rara vez hablaba así.

—¿Y cómo lo hiciste? —pregunté, con la voz más baja de lo normal.

Eric exhaló, tranquilo.

—Trabajando en mí. Sin atajos. Sin máscaras. Me equivoqué muchas veces, pero tuve que decidir qué tipo de hombre quería ser... y

sostener esa decisión todos los días, incluso cuando era incómodo. Eso es lo que te da claridad.

Se giró hacia mí, firme.

—Lo tuyo con Mika, lo de papá, el trabajo... todo eso se acomoda mejor cuando tú no te traicionas. Cuando no haces cosas solo por llenar un hueco. Aprende a escucharte, Noah. Y aprende a respetarte.

Sus palabras me cayeron como un golpe limpio. De esos que no duelen... pero despiertan.

—Gracias, Eric —murmuré.

Él soltó una sonrisa corta.

—Para eso estamos los hermanos. Ahora ve a dormir, antes de que Jeremy te grabe roncando y lo suba a las redes.

Reímos y regresamos. Me acomodé... y dormí tranquilo.

Cierre de la noche

Esa pijamada no fue solo una velada de películas. Fue una tregua. Un respiro. Un momento de conexión que no sabía que necesitaba. Y aunque los "fantasmas" de la pantalla rondaran mi mente... esa noche me sentí protegido.

El amanecer en el Castillo Benedetti era de cuento. El sol se colaba entre las cortinas, bañándolo todo de un dorado cálido. Me incorporé aún cansado: del trabajo, de la noche, de los sustos.

Bajamos a desayunar. El comedor olía a café recién hecho, croissants, frutas frescas y ese toque italiano que ni en sueños imaginé probar en un desayuno. Papá estaba ahí, serio, pero con ese brillo de orgullo en los ojos.

—Noah, hijo, ya deja de pensar tanto en el código —dijo mientras cortaba un trozo de pan—. Lo que hiciste fue impecable. El sistema

está blindado. La app está lista para salir al mercado. Relájate. Disfruta el viaje.

Sentí que me quitaban un peso de encima.

—Gracias, papá. De verdad quería que estuviera perfecto.

Él sonrió.

—Y lo está. Por cierto: tienen un chofer a disposición. Hoy no quiero que se encierren. Italia es para conocerla, no para vivir pegados a una pantalla.

Acepté, porque... ¿Cómo decir que no? Salimos. El día estaba hermoso: vida en cada calle, historia en cada piedra.

En una plaza llena de artistas callejeros y puestos de recuerdos, se me ocurrió:

—Jeremy, Mónica... ¿por qué no aprovechan y tienen una cita? Están en el lugar más romántico del mundo.

Se miraron y sonrieron, aceptando sin dudar. Se alejaron tomados de la mano, dejando tras ellos esa risa cómplice de los que empiezan a vivir algo bonito.

Yo me senté en una banca, viendo pasar gente, escuchando italiano por todos lados, sintiendo por fin una paz que me hacía falta.

Entonces una voz temblorosa me interrumpió.

—¿Disculpa...? ¿Hablas algo que no sea italiano?

Volteé. Ojos grandes, claros, nervios y tristeza. Era una chica preciosa, distinta.

—Sí, claro. ¿Te pasa algo?

Soltó un suspiro de alivio.

—Me perdí. No encuentro a mis padres y no sé qué hacer.

Intenté tranquilizarla.

—No te preocupes. Quédate conmigo aquí. Seguro aparecen pronto.

Se sentó a mi lado, todavía tratando de calmarse.

—¿De dónde eres?

—De New Jersey... bueno, estamos de vacaciones aquí en Italia. ¿Y tú?

—También de New Jersey —dijo, sorprendida—. ¿En serio? Qué pequeño es el mundo.

Le sonreí, igual de impactado.

—Mucho gusto... soy Noah.

—Leah —respondió, dibujando por fin una sonrisa—. Qué raro que no nos hayamos visto antes, ¿no?

Y empezamos a hablar. Como si el destino hubiera querido cruzarnos justo ahí.

Leah tenía esa forma de hablar que hace que el tiempo se afloje. Me contó de su escuela, de que quería ser fotógrafa, viajar por el mundo. Yo le hablé de mi app, de mi familia, de lo bien que se sentía empezar a entenderme con mi padre. Nos reímos como si fuéramos viejos conocidos.

Hasta que un rugido interrumpió la plática.

Leah se tapó la cara, muerta de pena.

—¡Ay no! ¡Qué vergüenza! —rio—. Fue mi estómago. No he comido nada desde el desayuno.

Yo solté una carcajada.

—Tranquila. Si no me dices, pensé que un león andaba suelto por aquí.

Se rio también, roja como tomate.

—¿Qué te parece si vamos a ese café de la esquina? —señalé un lugar acogedor, con mesas hacia la plaza—. Desde ahí puedes ver a todos. Si tus papás aparecen, los vas a notar.

Leah dudó, pero su estómago volvió a "*opinar*".

—Creo que ya decidió por mí —dijo riéndose.

—Perfecto. Yo invito.

Nos sentamos en una mesa con la mejor vista. Pedimos dos capuchinos y paninis. Entre bocados y risas, me di cuenta de que cada palabra suya me interesaba más de lo normal.

—Gracias por esto, Noah... en serio. No sé qué hubiera hecho si no te encontraba —dijo con gratitud.

—Para eso estamos los héroes anónimos de vacaciones.

Lo que empezó como un gesto se volvió... otra cosa. Un cosquilleo raro. Una calma extraña. Como respirar después de aguantar el aire demasiado tiempo.

Hasta que llegaron dos adultos a la mesa: sus padres. La madre, preocupada. El padre, agradecido.

—¡Mamá! ¡Papá! —Leah se levantó—. Estoy bien. Él me ayudó.

El papá me estrechó la mano.

—Gracias, muchacho. No todos se detienen a ayudar.

Y se me cruzó una idea que, por loca, me dio risa... pero la solté igual.

—Disculpen... sé que suena atrevido, pero ¿les molestaría si Leah nos acompaña a conocer algunos lugares? Mis amigos están conmigo. Así se distrae y no anda sola.

La mamá me miró con ese *"¿y tú quién eres?*". El papá sonrió, como entendiendo la intención.

—¿Y tus amigos estarían con ustedes?

—De hecho... ahí vienen —dije justo cuando Jeremy y Mónica aparecieron, saludando como si llevaran siglos planeando la escena.

—¡Noah! ¡Te encontramos! —gritó Jeremy, dándome una palmada—. ¿Y quién es la señorita?

—Ella es Leah. Y ellos son mis amigos: Jeremy y Mónica.

La mamá seguía dudando, pero el papá zanjó:

—Creo que a Leah le vendría bien un rato con chicos de su edad. Italia es para disfrutarla, ¿verdad, hija?

Leah sonrió como nunca.

—Gracias, papá.

—Pero con cuidado —advirtió la madre—. Mañana a primera hora la quiero de regreso.

—Por supuesto, señora —respondí con esa seriedad que solo uso cuando quiero quedar bien.

Y así, sin planearlo, el día cambió por completo.

Salimos los cuatro a recorrer Roma. Jeremy soltaba chistes, Mónica llevaba el mapa como guía profesional, y Leah caminaba a mi lado... y cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me costaba apartar los ojos.

Mónica se adelantó con Leah y empezaron a hablar como si fueran amigas de toda la vida.

Jeremy se me acercó y me dio un codazo.

—Viejo, explícame algo... ¿Cómo rayos te dejo solo cinco minutos y ya tienes otra chica pegada a ti como si fueras un imán?

Me reí.

—No es lo que piensas. Estaba perdida. Solo quise ayudar.

Jeremy alzó una ceja.

—¿Y casualmente se rieron, se miraron como si el mundo se detuviera y ahora caminan como si hubieran nacido para esto? Venga, Noah... sé reconocer cuando alguien empieza a gustarte.

Suspiré.

—Es... diferente. Con Mika fue intenso, conflictivo. Esto... se siente como paz. Como respirar después de aguantar el aire demasiado tiempo.

Jeremy me miró, sorprendido por mi seriedad.

—Vaya... eso sí que no me lo esperaba.

Observamos a Mónica y Leahhh caminando adelante, riéndose.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jeremy con sonrisa pícara—. ¿Qué sigue, galán?

—Ahora... solo quiero disfrutar el día. Sin líos. Sin dramas. Solo... un buen día.

Seguimos caminando, cuatro jóvenes explorando Roma como si el mundo fuera nuevo. Y para mí... lo era.

Mónica, con esa chispa suya, soltó de pronto:

—¡Ey! ¿Y si terminamos el día en la playa? ¡Las playas italianas son famosas por algo, ¿no?!

Jeremy y yo nos miramos como si acabara de inventar el siglo. En menos de nada compramos toallas, bloqueador y bebidas, y el chofer nos dejó en una playa de postal: arena dorada, agua cristalina y cielo pintado.

Las chicas fueron a cambiarse. Jeremy y yo nos quedamos en shorts. Me estiré al sol... y entonces escuché risas.

Mónica y Leahhh venían caminando hacia nosotros.

Mónica llevaba un bikini rojo que resaltaba su figura atlética, con esa sonrisa traviesa que la caracteriza. Leah llevaba uno azul con flores, sencillo, pero... no sé... la hacía ver dulce y peligrosa al mismo tiempo.

Jeremy se quedó viéndolas como bobo.

—¡Hey! —Mónica le dio un codazo—. ¡Yo también estoy guapa, ¿o no?!

Jeremy reaccionó, avergonzado.

—¡Claro que sí, preciosa! ¡Estás fabulosa, sexy, maravillosa! —y empezó a llenarla de besitos mientras ella reía.

Yo me rasqué la nuca, torpe.

—Te ves... bonita con ese traje de baño, Leah.

Leah arqueó una ceja.

—¿Solo bonita?

Me encogí de hombros, fingiendo calma.

—Bueno... tú también podrías decirme que me veo bien, ¿no?

Leah soltó una risita.

—Está bien... —me recorrió de arriba abajo—. Te ves bien con ese físico que traes.

Sentí que me ponía rojo.

La tarde fue de película: voleibol, mar, risas, golpes de agua, carreras en la arena. Jeremy y Mónica parecían una pareja de

comercial. Leah y yo... cada vez con más miradas, más bromas, más roces "accidentales" que me dejaban la piel ardiendo.

Cuando el sol empezó a caer, el mar se volvió dorado, como fuego líquido. Nos tiramos en la arena, jadeando, empapados, felices.

Y pensé: así debería ser la vida. Sin complicaciones. Solo sol, mar.… y alguien a quien mirar y que te devuelva la mirada.

La tarde terminó en postal. Fue Mónica quien soltó:

—¡Hagamos una fogata! ¡Qué mejor cierre!

Entre risas y torpezas la prendimos. Jeremy parecía experto; yo... mejor ni cuento mis intentos.

Nos sentamos en círculo. Las llamas iluminaban el rostro de Leah y no sé si era el fuego o qué, pero se veía más magnética. Yo estaba perdido.

Pasó un rato y apareció el chofer.

—Jóvenes, ya es momento de regresar al castillo.

La realidad nos dio en la cara. Leah tenía que volver al hotel con sus padres. Yo no quería que el día acabara, así que me armé de valor.

—Señora, señor... ¿habría posibilidad de que Leah nos acompañe al castillo esta noche? Mis amigos y yo vamos a hacer una pijamada, películas... cosas así.

La mamá me fulminó.

—No. Apenas se conocen.

Pero el padre sonrió.

—Cariño, para eso es este viaje. Para que Leah conozca gente, se divierta, empiece de nuevo.

Yo cruzaba los dedos detrás de la espalda, como niño.

La madre resopló.

—Está bien. Pero mañana, a primera hora, la quiero de regreso.

Mi sonrisa fue tan grande que Jeremy rodó los ojos.

Ya en el castillo, Richard nos recibió con esa mirada traviesa.

—Bueno, bueno... ¿y esta quién es?

—Richard, te presento a Leah. Se perdió, la ayudé... y pasamos el día juntos.

Richard me dio un codazo.

—Así que héroe, ¿eh? Entonces tendremos segunda sesión de películas de terror, ¿qué opinan?

Sentí que el alma se me caía. Otra ronda de terror.

Leah se giró hacia mí, divertida.

—¿Noah? ¿Todo bien?

—No es que me encanten las de terror...

Ella sonrió, disfrutándolo.

—A mí me fascinan. Y hoy pienso disfrutar cada susto contigo, Benedetti.

Y mientras entrábamos, ya veía mi futuro inmediato: gritos (míos), risas (de ellos) y ese cosquilleo que Leah me estaba provocando.

No sé en qué momento quedé así: el salón iluminado solo por la tele, luces apagadas, cortinas moviéndose por la brisa... y yo abrazado a un cojín como si fuera mi escudo.

Richard, en modo hermano malévolo, puso las películas más tenebrosas. "Clásicos del terror italiano", dijo. A mí me sonó a "vas a gritar como niña en pijamada".

Jeremy y Mónica se reían cada vez que yo saltaba.

—Viejo, no sabía que eras tan valiente —se burló Jeremy.

—¿Y tú por qué no gritas? ¡Ese payaso salió de la nada! —le respondí, intentando recuperar dignidad.

Lo peor era Leah. Disfrutaba mi sufrimiento como un show privado. Me tocaba el brazo antes de cada susto.

—Tranquilo, valiente. Aquí estoy para protegerte —decía, con esa mezcla de burla y dulzura.

Yo me hundía más en el cojín.

Entre película y película, Richard se levantó.

—Voy por palomitas... o por un espíritu errante del castillo.

—¡Richard, deja de joder! —grité, mientras apagaba y encendía luces para asustarnos.

Jeremy lloraba de risa, Mónica lo seguía, y Leah ya estaba a mi lado, con la cabeza en mi hombro, disfrutando el caos.

—Esto es mejor que cualquier película —susurró.

La noche se fue entre saltos, gritos, risas... y esa sensación de que, por fin, no cargaba con el peso del mundo.

Cuando terminó la última película y mi corazón volvió a su ritmo normal, quedamos tirados, exhaustos.

—Noah... eres un desastre con las pelis de terror —dijo Richard.

—Pero un desastre que sabe escoger buenos amigos —respondí, mirándolos... y luego a Leah.

Ella me sostuvo la mirada de esa forma que te borra el mundo.

El salón quedó en silencio tras los créditos. Solo respiraciones, madera crujiente y mi corazón recuperándose.

—Bueno, creo que eso es todo por hoy —dijo Richard, estirándose.

Jeremy y Mónica recogieron cojines y cobijas. Leah seguía pegada a mí, mirándome con picardía.

—¿Ves? No fue tan terrible —susurró.

—Gracias por no reírte tanto de mí —mentí, porque sí se rio.

Y cuando pensé que la noche ya había terminado...

¡PUM!

Un golpe seco retumbó en la puerta.

Nos quedamos congelados.

—¿Qué fue eso? —preguntó Mónica, apretando la mano de Jeremy.

—Seguramente el viento... o un gato... o…. no sé —balbuceé, tratando de convencerme.

Richard se levantó con sonrisa de torturador profesional.

—O tal vez... el espíritu del antiguo dueño del castillo. ¿No has escuchado las leyendas?

—¡Richard, no jodas! —salté.

La puerta se abrió lentamente, chirriando.

—¡Buuuu!

Era el chofer. Con una linterna apuntándose la cara, riéndose como si le hubieran dado un Oscar.

—Perdón, chicos. Solo venía a decir que ya es tarde y que tengan buenas noches —dijo, muerto de risa.

El alivio fue tan grande que terminé tirado en el suelo riéndome como idiota. Leah me miró... y esta vez se rio conmigo.

—Eres único, Benedetti —dijo.

Esa frase se me quedó marcada.

Así terminó la velada: con un susto real, pero de los que terminan en carcajadas... y con la certeza de que esa noche no la iba a olvidar.

ENAMORAMIENTO

Noah

Nunca pensé que un viaje pudiera cambiar tanto mi forma de ver las cosas. Leah... Leah apareció como una brisa fresca entre tantas tormentas. Desde que la conocí en aquella banca de la plaza, algo en mí hizo clic. No sé cómo explicarlo, pero esa tarde, entre sus risas y la manera en que su mirada se perdía en las calles de Italia, me di cuenta de algo claro: estaba empezando a enamorarme.

La noche cayó sobre el castillo como un manto pesado. Después de la velada con las películas de terror —*que, por cierto, me dejaron más nervioso de lo que admito*—, me dirigí directo a mi habitación. El eco de mis pasos se mezclaba con el murmullo del viento, hasta que sentí que alguien me seguía. Me giré bruscamente, preparado para enfrentar a quien fuera, y entonces la vi: Leah. Tan frágil y a la vez tan valiente.

—Noah... ¿puedo... puedo dormir contigo esta noche? —dijo con un hilo de voz—. Este lugar es enorme, no lo conozco y.… no creo que pueda pegar el ojo.

Me quedé congelado. No porque no quisiera, sino porque el simple hecho de imaginar tenerla tan cerca me desarmaba. Pero asentí. Claro que asentí. Porque, de alguna manera, sentía que debía protegerla.

Ya en la habitación, intentamos acomodarnos en la cama. Su aroma, su respiración cerca... por más que me repetía que debía calmarme, mi cuerpo me traicionaba. Y para mi mala suerte, Leah lo notó.

—Vaya, Benedetti... ¿tan fácil te descontrolo? —me dijo entre risas suaves, intentando quitarle peso al momento.

Sentí que me ardía la cara de vergüenza, pero ella, con esa dulzura rota que llevaba consigo, continuó:

—Mira, Noah... no quiero que pienses que no me siento a gusto contigo, pero hay cosas... que todavía me pesan.

Y ahí, con la luz de la luna colándose por la ventana, Leah me abrió su corazón. Me habló de aquel exnovio, de la traición de su mejor amiga, de la trampa que casi terminó en algo terrible. Del bullying que la convirtió en un fantasma dentro de su propia escuela. Y de cómo este viaje era el intento desesperado de sus padres por ayudarla a respirar.

Mientras hablaba, la rabia crecía dentro de mí. La atracción, ese deseo que me quemaba minutos antes, se disipó por completo. Lo único que sentía era la necesidad de cuidarla, de ser su refugio, de asegurarme de que nadie volviera a hacerle daño.

—Leah, te lo juro... nadie va a lastimarte mientras yo esté cerca —le susurré, apartándole un mechón de cabello del rostro.

Nos quedamos así, compartiendo el calor de la compañía, sin cruzar una línea que ella aún no estaba lista para cruzar. Y en ese instante entendí algo importante: enamorarse no era solo deseo. Era querer cuidar, querer sanar. Y Leah... ya se había metido bajo mi piel.

La noche avanzó entre silencios que decían más que mil palabras. Leah y yo, acostados uno junto al otro, compartiendo el mismo espacio, la misma respiración... el mismo peso emocional. Porque aunque sus heridas no eran las mías, en ese momento las sentí propias.

El castillo estaba en calma, pero mi cabeza no lo estaba. Pensaba en todo lo que me había contado. Me quedé despierto, escuchando cómo su respiración se volvía lenta hasta que finalmente se durmió. Me quedé observándola, con la luna iluminando apenas su rostro. Ahí estaba: la chica que, sin buscarlo, me había robado el corazón.

Dormí apenas un par de horas. Cuando el amanecer comenzó a pintar de dorado las paredes de la habitación, fue su voz suave la que me devolvió al mundo.

—Buenos días, Noah... —susurró, aún medio dormida, con una sonrisa que me desarmó.

—Buenos días, Leah... —respondí, intentando sonar tranquilo, aunque el corazón me latía como loco.

Nos quedamos un rato sin movernos, como si el tiempo nos diera una tregua.

—Gracias por anoche —dijo mirándome a los ojos—. Gracias por ser tan tú.

Solo sonreí y tomé su mano, sin atreverme a decir lo que realmente pensaba.

Nos levantamos y nos arreglamos. Antes de salir, se giró hacia mí.

—Hoy es un nuevo día, Noah. Vamos a aprovecharlo.

Bajamos juntos al comedor del castillo, donde ya estaban Jeremy, Mónica, Richard y mi papá. Nadie dijo nada, pero las miradas cómplices no faltaron.

El desayuno transcurrió entre risas y café italiano. Mi papá anunció una excursión por el campo. Yo apenas escuchaba: solo pensaba en cómo acercarme a Leah sin presionarla, sin romper lo frágil que era lo que estábamos construyendo.

El sol ya estaba alto cuando el guía nos llevó por senderos que parecían sacados de una postal. Campos, arroyos, árboles antiguos. Jeremy y Mónica iban adelante; Leah y yo caminábamos a nuestro ritmo.

—¿Te pasa algo, Noah? —preguntó con una sonrisa.

—Creo que este lugar te hace ver aún más bonita —dije sin pensar.

Ella se sonrojó y me empujó suavemente el hombro.

—Cuidado, Benedetti. Así empiezan las historias que se cuentan en los libros.

El camino nos llevó a un lago escondido. El agua invitaba.

—¿Nos metemos? —le propuse.

No tardó en aceptar. Nadábamos, reíamos, nos salpicábamos como niños. Cada roce era electricidad. Cada mirada, una promesa muda.

En un momento quedamos muy cerca, flotando.

—No te creas que me dejas sin palabras —dijo, lanzándome agua.

La atrapé entre mis brazos. Nos quedamos así, tan cerca que nuestras risas se apagaron. Sentí el impulso de besarla... pero no lo hice. No quise correr. Quise quedarme ahí.

Salimos del lago y nos tumbamos en la hierba. Jeremy y Mónica llegaron bromeando.

—Gracias por este momento, Noah. Eres... diferente —me dijo Leah.

Y esas palabras me acompañaron el resto del día.

El regreso al castillo fue tranquilo. Al entrar, vimos a sus padres. La tensión apareció, pero mi papá intervino con elegancia. La cena terminó siendo cordial.

Más tarde, en los jardines, Leah me agradeció por todo. Caminamos hasta el auto.

—Gracias por hoy —dijo, tomándome la mano.

La vi irse con el corazón apretado.

Esa noche pensé en ella hasta quedarme dormido.

El regreso, la escuela, la sorpresa de verla ahí... el choque con Mika. Todo se mezcló. Leah estaba ahora en mi mundo. Y Mika no lo iba a

aceptar.

El entrenamiento, las miradas, la tensión creciente. El partido que se acercaba.

Y mientras el sol caía sobre el campo, supe algo con claridad:
el siguiente día no solo iba a definir un partido.
Iba a cambiarlo todo.

30 DIAS DE ABSTINENCIA

Noah

La noche estaba cargada de electricidad. Las luces del campo iluminaban los rostros de mis compañeros, del público expectante y de las porristas que se movían al ritmo de los tambores con una energía que contagiaba. Mi corazón latía a un ritmo que no podía controlar, y no era solo por el partido... era por todo. Por la presión de ser el nuevo quarterback estrella, por esa rutina impecable que Sara lideraba como la gran capitana que es, y porque cada vez que lanzaba un pase a Jeremy y lo veía volar por el aire atrapando el balón como si fuera lo más fácil del mundo... sabía que esta noche podía ser nuestra.

Jeremy se volteó hacia mí después de un touchdown y me lanzó una de esas sonrisas que dicen "lo tenemos, hermano". Yo asentí, limpiándome el sudor de la frente, mientras el rugido de las gradas llenaba el aire. Entre todo el barullo, entre los gritos y la música, mis ojos buscaron y encontraron a Leah. Ahí estaba, con ese uniforme que no tenía nada que ver con el de Mika. Leah no solo animaba, iluminaba. Su risa, su forma de aplaudir... todo de ella me hacía querer ganar este partido por algo más que el simple trofeo.

Los pases se sucedieron: uno, dos, tres. Un pase largo a Jeremy que nos colocó a metros de la zona de anotación. La adrenalina nos consumía y el público estaba de pie, vitoreando cada jugada. Sara, desde el borde del campo, gritaba el clásico "¡Vamos, chicos, ustedes pueden!" mientras alzaba los pompones y lideraba la coreografía que hacía que incluso los que no sabían nada de fútbol sintieran el fervor de la victoria acercándose.

Y ahí estaba yo, entre el deber del juego y el caos que había dentro de mi cabeza. Porque mientras el cronómetro bajaba, y el marcador nos favorecía, solo podía pensar en cómo después de este partido tenía que cumplir mi promesa: treinta días de abstinencia. Treinta días sin dejar que mis impulsos por Leah me distrajeran, treinta días para probar que podía enfocarme, ser mejor, ser digno del respeto de todos... y de mí mismo.

Pero la noche apenas comenzaba.

El silbato sonó. Era la última jugada. El tiempo se escurría como arena entre los dedos: 10... 9... 8...
Jeremy se alineó a mi derecha, con esa mirada que solo un verdadero amigo lanza antes de intentar lo imposible. Sabíamos qué teníamos que hacer. Ni lo hablamos. Solo nos entendimos.

El balón cayó en mis manos, frío, duro. Corrí hacia un lado esquivando a un rival que intentó derribarme. Todo el campo se convirtió en un túnel: gritos, luces, el rugido de la banda... y allá al fondo, Jeremy. Corría como si el mundo dependiera de ello.

5... 4...

Lancé el balón. Un pase perfecto. El tipo de pase que en los entrenamientos no siempre sale, pero esa noche, sí. Vi cómo el ovoide cortaba el aire, mientras las gradas parecían detenerse, como si todos contuvieran la respiración.

3... 2...

Jeremy saltó. Sus manos atraparon el balón como si siempre hubiera estado destinado a ello. Sus pies cayeron en la zona de anotación justo cuando el silbato final marcaba el fin del partido.

¡Touchdown!

La explosión fue inmediata. Gritos, saltos, abrazos. Yo estaba tan en shock que me quedé un segundo inmóvil, mirando cómo Jeremy alzaba el balón al cielo, como un trofeo improvisado. Luego corrí

hacia él, y lo envolví en un abrazo mientras todo el equipo nos rodeaba, saltando como locos.

En la banda, vi a Sara y las porristas festejando, y por un segundo... ese segundo que no debía importar... vi a Mika con una expresión que no supe leer del todo. *¿Orgullo? ¿Envidia? ¿Rabia?* Y al lado... Leah. Ella solo sonreía, y esa sonrisa se me quedó grabada como fuego.

La entrega de trofeos fue un caos hermoso. Las fotos, los vítores, la banda tocando a todo volumen. Pero por dentro, en medio de todo eso, yo sabía que mi verdadero partido apenas comenzaba. Porque ahora venían los 30 días. Treinta días donde debía probarme que podía ser el Noah que quiero ser. Treinta días para demostrar que puedo con el juego... y con mi propio corazón.

Esa noche, mientras caminábamos de vuelta al vestidor, Jeremy me pasó un brazo por los hombros.
—Viejo... ese pase fue de otro mundo. ¿Lo sentiste? Fue como... como magia.
Asentí, sonriendo.
—Lo sentí, hermano. Lo sentí todo.

Pero por dentro, yo sabía que el pase más difícil no había sido ese. El verdadero pase sería esquivar lo que mi cabeza y mi corazón empezaban a jugar en mi contra... por Leah.

El vestidor olía a sudor, pasto y victoria. El eco de los gritos aún flotaba en el aire. Las duchas se encendieron, las bromas volaban de un lado al otro como los balones en el partido. Jeremy no paraba de contar, exagerando, cómo atrapó ese pase "*en cámara lenta, como en las pelis*". Yo me reía, porque en el fondo, tenía razón. Fue épico.

Me senté en el banco, con la toalla en el cuello, respirando hondo. Tenía el pulso acelerado todavía. No por el partido. No por el pase. Por ella. Por cómo Leah me había mirado, por esa sonrisa que hizo que todo el estadio desapareciera por un segundo.

Jeremy se sentó a mi lado, dándome un codazo.
—Noah, no sé si estás pensando en el pase o en la nueva. Porque hermano... te vi en la cancha, pero después de ese touchdown, tus ojos no estaban en el balón.
Yo solté una carcajada, negando con la cabeza.
—Déjalo, Jer. Solo fue un gran partido.
—Nah.… fue algo más. Se te nota, y mira que no soy poeta.

Cuando salimos del vestidor, las luces del campo seguían encendidas. Afuera nos esperaban algunas familias, amigos, el pequeño grupo de porristas que seguía celebrando, y.… allí estaba. Leah, con Mónica, ambas riendo por algo que no escuché.

Me acerqué, y cuando Leah me vio, sus ojos brillaron de una manera que hizo que el mundo se apagara de nuevo.
—¡Noah! Ese último pase... wow. ¿Eres de verdad o un invento del fútbol?
Sonreí, algo nervioso.
—Si soy un invento, ojalá me sigas creyendo, porque contigo cerca, me sale mejor jugar.

Ella se rio, y esa risa, Dios... esa risa vale más que el trofeo.

Mika pasó a unos metros, con esa mirada que podría incendiar el estadio. La vi, la sentí. Quiso lanzar alguna frase venenosa, pero Sara se le adelantó, jalándola del brazo y diciéndole algo al oído que la dejó callada. Gracias, Sara, pensé.

El papá de Jeremy nos esperaba en el auto. Era hora de volver a casa. Cuando me despedí de Leah, nuestras manos se rozaron sin querer, y fue como un chispazo.
—Nos vemos el lunes —le dije.
—Nos vemos, quarterback.

Y en el camino de vuelta, mientras Jeremy no dejaba de hablar del partido, yo solo pensaba en ese roce de manos, en esos 30 días que acababan de empezar, y en lo mucho que me iba a costar no rendirme a lo que sentía por ella.

—Nos vemos, quarterback —dijo Leah, con esa sonrisa que me desarma, mientras nos despedíamos.

En el auto, Jeremy seguía lanzando comentarios sobre el partido, pero yo iba en silencio. Las luces de la ciudad pasaban como destellos, igual que los recuerdos de ese roce de manos con Leahh, de su voz, de cómo dijo "quarterback" como si yo fuera algo más que el chico que lanza el balón.

Al llegar a casa, me quité los zapatos casi sin ganas y subí directo a mi cuarto. El cansancio del partido no era nada comparado con el cansancio mental que traía. Cerré la puerta y me dejé caer en la cama, boca arriba, mirando el techo. Treinta días... ¿En qué momento se me ocurrió que eso era buena idea? Treinta días sin ceder al impulso, al deseo, a la tentación. Treinta días de abstinencia. Y recién iba comenzando.

El crujido de la puerta me sacó de mis pensamientos.
—¿Hijo? ¿Puedo pasar? —La voz de mi mamá, suave, como siempre.
—Claro, ma.

Se sentó a los pies de mi cama, mirándome con esa expresión de quien no necesita palabras para saber que algo te pasa.
—Te vi en el partido. Brillaste. Y ahora, mírate... ¿en qué piensas, mi campeón?
Suspiré, llevándome las manos a la nuca.
—En todo, ma. En que ganamos, pero igual me siento como si estuviera perdiendo.
—¿Por Leah? —preguntó, y yo levanté una ceja, sorprendido.
—¿Tan obvio soy?
Ella sonrió, acariciándome el pie como cuando era niño.
—Noah, soy tu madre. No necesito ser detective.

Me senté, pasándome la mano por el cabello.
—Hice una promesa ridícula... Treinta días sin meterme en más problemas, sin líos amorosos, sin tentaciones. Quiero centrarme, ¿sabes? Pero cada vez que la miro, se me olvida todo.
Mi mamá rio bajo, como quien comprende más de lo que dice.

—Eso no es ridículo, hijo. Eso es madurez. Solo recuerda: el autocontrol no significa que apagues lo que sientes, sino que lo entiendas, que lo dirijas.

Me quedé callado, dejando que sus palabras calaran. Ella se levantó, me dio un beso en la frente y caminó a la puerta.
—Buenas noches, mi quarterback. Descansa, mañana será un día más cerca de cumplir esos 30.

La vi salir y cerrar la puerta. Volví a acostarme, esta vez sonriendo un poco. Tal vez, solo tal vez, sí podría lograrlo.

Desperté con el aroma del café y las tostadas. El sol apenas se colaba por las cortinas. Mi madre, como siempre, estaba abajo haciendo del desayuno algo especial aunque fuera un simple sábado. Bajé las escaleras descalzo, despeinado, y con ese desgano de quien sabe que el fin de semana no significa descanso.

—Buenos días, campeón —dijo mi madre, sirviendo el jugo en un vaso alto.
—Buenos días, ma —respondí mientras me sentaba. El café estaba humeante y las tostadas doradas a la perfección.
—¿Listo para el entrenamiento? —preguntó, mirándome de reojo mientras se sentaba frente a mí.
—Siempre. Aunque preferiría dormir hasta el mediodía.

Mientras mordía la primera tostada, el teléfono vibró. Mika. Sabía que ese nombre en pantalla nunca traía calma.
Mika: ¿Ya olvidaste quién te encendió primero? ¿Ahora todo es Leah?
Rodé los ojos. Tomé un sorbo de café e ignoré.
Vibró de nuevo.
Mika: Cobarde. Al menos responde algo. ¿Te crees mucho por un partido?

Suspiré. No iba a caer. No esta vez. Ni un solo mensaje de vuelta. Treinta días de abstinencia. Treinta días de calma.

Mi madre notó mi ceño fruncido.
—¿Mika?
—Sí. Mika. —dije entre dientes.
—Entonces desayuna bien, porque la energía la vas a necesitar para ignorar esos mensajes y enfocarte en lo que vale la pena.

Días y más días

El sol de la mañana ya estaba alto cuando llegué al campo. El calor del asfalto subía, y el ruido del equipo ya entrenando se mezclaba con el eco de la música de las porristas. Ahí estaban. Leah, con su ropa deportiva, cabello recogido pero con esos mechones sueltos que parecían brillar con el sol; su short rojo del equipo y camiseta blanca con el logo de la escuela. Tenía esa sonrisa auténtica mientras hacía estiramientos junto a Mónica.

Y claro... Mika.
Ella no quitaba la vista de nosotros, como un lobo al acecho. Cada vez que veía a Leah reírse conmigo, podía sentir cómo esa rivalidad ardía aún más fuerte.

Jeremy llegó y me dio una palmada en el hombro.
—Viejo, parece que el drama de la escuela vino al entrenamiento.
—Ya lo noté. —dije, sin quitar la vista de las chicas.

El entrenador silbó. El partido se acercaba, y no podíamos darnos el lujo de distracciones. Pero igual, mientras lanzaba los pases, mientras corría las jugadas, mi vista se cruzaba con la de Leah. Esa mirada que me desarmaba y me devolvía la calma.

Pero Mika, ah, Mika... cada paso que daba, cada movimiento que hacía, estaba cargado de ese veneno silencioso. Y lo peor: no iba a rendirse fácil.

Estábamos en la mitad del entrenamiento cuando el entrenador dio un respiro. El sol quemaba, el sudor corría por la frente y el aire se llenaba del eco de los silbatos y los gritos del equipo. Fue entonces

cuando la música cambió.
Un ritmo más marcado, más atrevido.

Giré la cabeza y ahí estaba ella: Mika.

Mika se colocó frente a su grupo, moviendo las caderas con esa seguridad que solo ella sabía manejar. El short del equipo ajustado en el lugar perfecto, el top rojo resaltando su figura. Los pasos eran firmes, sensuales, estratégicos. Cada movimiento parecía planeado para que las miradas se clavaran en ella.

Y funcionó.

El campo se llenó de silbidos, aplausos, y gritos de los chicos del equipo.
—¡Eso, Mika!
—¡Dios mío, qué diosa!
—¡Vas a matar al equipo rival antes del partido!

Jeremy, a mi lado, soltó una carcajada.
—Viejo, creo que tu abstinencia va a ser difícil con eso enfrente.

Pero yo... no. No era lo mismo. Sí, la vi. Sí, vi cómo todos perdían la cabeza. Pero algo había cambiado en mí.

Mi vista buscó a Leah. Ella sonreía, incómoda, aplaudiendo con el resto, pero sus ojos se desviaban para no mirar demasiado a Mika. No quería que pensara que le afectaba.

Sara aplaudió desde el borde del campo.
—¡Bien, Mika! ¡Esa es la energía que quiero en el partido! ¡Todas, atentas! Mañana esto tiene que ser impecable.

Mika terminó su rutina, giró ligeramente la cabeza y me buscó con la mirada. Su sonrisa era como un reto. Como diciendo mírame, sé que no puedes evitarlo.

Yo solo tragué saliva, respiré hondo y la ignoré.
Jeremy, notando mi tensión, me dio un codazo.
—Tranquilo, Benedetti. A esta guerra le falta mucho.

Y yo lo sabía. El partido estaba cerca, el drama más cerca aún... y esa noche, seguro no dormiría pensando en el juego, en la jugada perfecta... y en lo que Mika estaba planeando.

El entrenamiento terminó, pero el ambiente seguía cargado. Las risas de los chicos, los comentarios sobre la rutina de Mika, el murmullo de las porristas y el crujir de las zapatillas sobre el concreto. Yo solo quería largarme al vestidor, ducharme y olvidarme del ardor que me había dejado la mirada de Mika.

Pero claro... el destino no iba a dejarme en paz tan fácil.

Ahí estaban.
Mika y Leah. Frente a frente, a escasos metros de la salida del campo.

Mika con los brazos cruzados, esa sonrisa torcida que tanto conocía. Leah erguida, con los ojos bien abiertos, tratando de no dejarse intimidar.

—Vaya, vaya... —dijo Mika, dando un paso hacia Leah—. La nueva estrella también quiere ser el centro de atención, ¿eh?

Leah no se movió.
—No busco atención. Solo quiero hacer lo mío y que me dejes en paz.

Un murmullo de las porristas, expectantes. Jeremy y Mónica ya se acercaban, sabiendo que algo se venía.

—¿Dejarte en paz? —Mika se rio entre dientes—. Lo siento, cariño. Pero tú fuiste la que se metió donde no debía.

—¡Ya basta, Mika! —intervine, dando un paso firme entre ambas—. No tienes derecho.

Ella me miró, esa mirada que mezcla deseo y veneno al mismo tiempo.
—¿Ah, no? ¿Y desde cuándo la defiendes tanto, Noah? ¿Qué es ella para ti? ¿Un nuevo juguete?

Jeremy me tomó del brazo, como advirtiendo que no saltara a responder como un idiota.
Mónica se puso junto a Leah.
—Mika, ya es suficiente. Sara dijo que la próxima armaría un informe disciplinario si volvías con estas tonterías.

Mika bufó, lanzó una última mirada a Leah y se apartó, recogiendo su bolso.
—Esto no ha terminado —murmuró antes de irse.

Me quedé ahí, respirando hondo, con el corazón acelerado. Jeremy me dio una palmada en la espalda.
—Viejo, estás en un campo minado.

Mónica sonrió a Leah, intentando romper la tensión.
—Bienvenida al equipo, chica nueva. Así es Mika. Prepárate.

Leah respiró aliviada.
—Gracias por estar ahí, Noah.

Yo solo asentí, aunque por dentro... por dentro estaba ardiendo. Esto recién empezaba.

El agua de la ducha cayó sobre mí como si quisiera arrastrar todo: el sudor, la rabia, la tensión que dejó ese choque con Mika. Cerré los ojos, dejé que el vapor me envolviera y me repetí a mí mismo que debía seguir enfocado. Salí del vestidor mientras Jeremy se despedía, y entonces la vi. Leah estaba sentada en un borde del muro, esperándome.

Me acerqué, con el cabello aún húmedo y la mochila colgando de un hombro.
—Oye... —dije, sin querer sonar nervioso—. ¿Tienes planes ahora?

Ella negó con la cabeza, curiosa.
—¿Por?

—Quiero invitarte a un lugar. Es mi sitio favorito... una cafetería cerca de aquí. Tienen el mejor pastel de chocolate que he probado

en mi vida.

Leah abrió los ojos, entre sorprendida y divertida.
—¿Pastel de chocolate? Jamás habría pensado que un tipo como tú sería fan de lo dulce.

Me reí bajito.
—¿Qué esperabas? ¿Que solo comiera alitas y hamburguesas gigantes?

—Un poco —admitió, riendo también.

Caminamos hasta la cafetería. El aroma a café recién hecho y el chocolate caliente nos envolvió en cuanto cruzamos la puerta. Pedimos el pastel y dos cafés, y nos sentamos en un rincón, lejos del bullicio.

—Gracias por esto —dijo Leah mientras partía un trozo del pastel—. Es... inesperado y agradable.

Asentí. Sus ojos me observaban con esa mezcla de ternura y fuerza que empezaba a desarmarme.
—Hay algo que quería contarte —dije, respirando hondo—. Sobre Mika.

Leah se puso seria, bajando la taza.
—Te escucho.

Le conté todo. Cómo Mika y yo habíamos sido enemigos de toda la vida. Las peleas, las bromas pesadas, las veces que juramos no volver a hablarnos. Cómo, de pronto, todo cambió. La atracción que se volvió imposible de ignorar, el fuego que encendíamos al estar cerca.

—¿Y Sara? —preguntó Leah con suavidad.

—Sara y yo teníamos algo real. Pero cometí el error de dejarme llevar por lo que sentía con Mika. Terminé con Sara porque creí que podía ser algo más con Mika. Y entonces ella... me pidió ser amigos con derechos.

Leah se quedó en silencio unos segundos, como procesando todo.
—Qué tontería —murmuró al final—. ¿Cómo se puede querer a alguien y aceptar verlo con otros? Es como clavarte una estaca en el corazón cada día.

La miré fijamente.
—Eso mismo pienso ahora. Por eso decidí tomarme estos 30 días... para ordenar mi cabeza, mi vida.

Leah sonrió con dulzura, y ese gesto me dejó sin aire.
—Noah, eso habla bien de ti. No todos tienen el valor de parar el caos y buscar claridad.

Brindamos con las tazas de café.
—Por la claridad.

Y allí nos quedamos, entre mordiscos de pastel y conversaciones que sanaban.
Por primera vez en mucho tiempo, sentí que el mundo podía calmarse un poco.

El pastel de chocolate estaba casi acabado, pero cada vez que Leah tomaba un trozo, sus ojos se iluminaban como si descubriera un tesoro.

—¡No puedo creer lo delicioso que está esto! —dijo entre risas, limpiándose la comisura de los labios con la servilleta—. Noah, te lo juro... me acabo de enamorar de este pastel. ¡Es lo mejor que he probado en mi vida!

La miré, apoyando el codo en la mesa y sosteniendo mi cabeza, simplemente disfrutando de verla tan feliz.
—Te lo dije. Este pastel es casi mágico —respondí, contagiado de su alegría.

La ternura que manaba Leah llenaba el lugar. Era como si por unos minutos no existiera más que su risa y el dulce aroma del chocolate.

Cuando terminamos, salimos de la cafetería y la llevé a casa. Mientras conducía, me grababa cada calle, cada cruce. No quería perder detalle. Sabía que querría volver a buscarla, sin pretextos.

El silencio en el auto empezó a llenarse de una tensión dulce, de esas que hacen que uno desee que el camino no termine. Para romperlo, presioné el botón del radio.

Y entonces sonó la voz de Taylor Swift.

Leah exclamó, emocionada:
—¡Me encanta esta canción!

Subió el volumen y empezó a cantarla como si no hubiera nadie más en el mundo. Su voz, dulce y desinhibida, llenó el auto.

No pude evitar unirme, primero tímido, luego riendo y cantando a todo pulmón con ella.

—¡No sabías que eras tan fan, Benedetti! —dijo entre carcajadas.

—¡Es que contigo todo suena mejor! —respondí, sin pensar demasiado.

Cantamos el resto del trayecto, y para cuando llegamos frente a su casa, las sonrisas nos dolían de tanto reír.

—Gracias por hoy, Noah. De verdad, gracias —dijo Leah, bajando del auto pero asomándose un instante más.

—Gracias a ti por acompañarme. Y por ese concierto privado de Taylor Swift —le guiñé un ojo.

La vi entrar a su casa y me quedé un momento en el auto, con el eco de su voz aún en mis oídos.

Creo que estos 30 días van a ser mucho más difíciles de lo que pensé.

El regreso a casa fue tranquilo, pero mi mente seguía girando como un carrusel. La voz de Leah cantando, su risa, su mirada... No podía

quitarme esos momentos de la cabeza.

Entré, saludé a mamá, compartimos un par de palabras sobre el entrenamiento y el día. Luego me encerré en mi habitación, y ahí, en la soledad y el silencio, dejé que el cansancio me venciera.

Los días pasaron como un soplo. Los 30 días de abstinencia fueron un reto. No solo fue abstenerme de lo físico, fue también aprender a controlar ese torbellino de emociones y deseos que me nublaban.

Durante ese mes, Leah y yo tuvimos pequeñas citas: paseos después de clases, pláticas en la cafetería, caminatas tras el entrenamiento. Cada momento juntos era un ladrillo más en eso que estábamos construyendo sin ponerle aún nombre.

Y entonces llegó ese último día.

La vi al final de la práctica, recogiendo sus cosas. El sol doraba su cabello ondulado, y su sonrisa al verme me recordó por qué todo esto había valido la pena.

Me acerqué, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho.

—Leah... —comencé, respirando hondo—. Estos 30 días me hicieron darme cuenta de algo: que lo que siento por ti no es solo atracción o un capricho. Quiero algo real contigo. Quiero que seas mi novia.

Leah abrió los ojos sorprendida, y luego esa sonrisa suya, la que me desarma, iluminó su rostro.

—Sí, Noah. Sí quiero.

En ese instante, el mundo se detuvo. Ya no había dudas, ni abstinencias, ni miedos. Solo estábamos nosotros, y todo lo que podíamos empezar a construir juntos.

CARTA DE AMOR

Noah

Nunca creí que fuera capaz de escribir una carta de amor, y menos con tanto sentimiento como el que ahora se desborda de mí. Pero hay algo en Leah... algo que hace que mi cabeza y mi corazón compitan por expresar lo que siento, y que mis manos, finalmente, sean las que plasmen cada palabra en el papel.

Hoy decidí escribirle esto, para que lo Leah cuando quiera, para que sepa lo que está causando en mí.

"Leah,
Desde que llegaste a mi vida, el mundo se siente más claro, más real. No hay día que no despierte y piense en la dulzura de tus ojos, en la forma en que sonríes cuando algo te emociona. Me sorprende cuánto me haces falta cuando no estás a mi lado.
Prometo esforzarme, prometerte mi mejor versión, para que nunca dudes de lo que significas para mí."

Y como mi padre siempre dice: *"Un Benedetti debe saber hablar el idioma de los negocios... y del amor."* Así que con lo poco que voy aprendiendo de italiano, arranqué otra hoja y me atreví a escribirle esto:

"*Cara Leah,*
sei come un raggio di sole che entra nella mia vita. Il tuo sorriso è la mia forza e il tuo sguardo è la mia pace. Vorrei restare accanto a te, proteggerti e farti sorridere sempre.
Con affetto,
Noah."

(*Si supiera que practiqué esa frase mil veces antes de atreverme a escribirla*...).

Mientras terminaba esa carta, mi teléfono vibró. Era una llamada internacional. La voz de papá, seria, directa:

—Noah, figlio mio, necesito tu ayuda. Hay una empresa aliada que empezó con fuerza, pero sus números se desmoronan. Algo no cuadra en el sistema: desviaciones, posible sabotaje, o un fallo en el patrón del software. Necesito que lo analices, que detectes qué demonios está pasando antes de que se nos venga abajo todo un proyecto en el que confiaron en nosotros.

Por supuesto que acepté. ¿Cuándo he dicho que no a un reto?
Ahí estaba yo: entre escribirle cartas de amor a la chica que me tiene soñando despierto... y sumergirme en códigos, estadísticas, balances, patrones.
Así pasaban mis días: café, teclado, hojas garabateadas de cálculos, y al atardecer... mis citas con Leah.

Fue durante uno de esos entrenamientos cuando Jeremy, al verme de la mano de Leah, soltó una de sus risas características y me jaló a un lado:

—Viejo, ¿y esto? ¿Desde cuándo ya no son solo amigos?

Lo miré con una sonrisa que no podía ocultar.

—Desde hace poco... Desde que entendí lo que de verdad quiero.

Jeremy se cruzó de brazos, con esa cara de *"¡Por fin, Benedetti, por fin!*" y me palmeó la espalda.

—Me alegra, viejo. De verdad, ya te hacía falta salir del lío que te traías en la cabeza. Ahora sí, al grano: que no se nos distraiga el quarterback, que mañana hay práctica pesada.

Nos reímos. Era la primera vez en semanas que sentía todo en equilibrio: el amor, el trabajo, el equipo, mi mundo.

Mientras avanzaban los días, las horas frente a la computadora se hacían más largas. El proyecto SWAP—A no era cualquier reto. Se trataba de un software avanzado de análisis de ventas, diseñado para pequeñas y medianas empresas, pero algo en sus patrones fallaba.
Entre cálculos, líneas de código, gráficos de estadística, iba atando cabos:
Había un desvío en las entradas de datos que provocaba pérdidas fantasmas... pequeñas cantidades, pero constantes, lo suficiente como para sangrar las ganancias.

—Noah, ¿cómo lo llevas? —me escribió mi padre por chat.

—Casi lo tengo. El error está en la sincronización entre los registros de ventas y el inventario. Alguien manipuló las entradas del servidor.

—Ese es mi hijo. No pares hasta tenerlo limpio.

Y así, noche tras noche, el código se convirtió en mi compañero... aunque siempre, al final del día, mis pensamientos me llevaban a Leah.

Jeremy, como buen amigo, lo notaba todo.

—Viejo, ¿sabes que cada vez que nombras a Leah, se te iluminan los ojos? —se burlaba.

Yo solo reía. Sabía que tenía razón.

El avance con Leah era tan natural como respirar. En los pasillos, en el campo, en cada descanso... nuestras miradas se buscaban, nuestras manos se encontraban. Y eso, claro, ardía en los ojos de Mika.
Sus celos eran obvios. Su forma de mirar a Leah cada vez que estábamos juntos, esa tensión que crecía como una tormenta que se avecina.
Pero yo ya no quería mirar atrás.

Finalmente, llegó el día de la cita que había planeado con Leah. Quería que fuera especial.
La llevé a nuestra cafetería favorita, la que ya empezaba a ser nuestra, y allí, bajo la luz tenue de una tarde que se convertía en noche, le entregué el pequeño paquete:
Las cartas, cuidadosamente atadas con un listón rojo, y una rosa que había comprado camino al lugar.

Ella me miró sorprendida.
Me acerqué un poco, tomé su mano y, con voz baja pero firme, como practicando para que mi acento no fuera un desastre, le dije:

—Leah... *sea tutto ciò che stavo cercando senza saperlo. Ti voglio tanto bene.*

Su sonrisa... esa sonrisa que me derrite cada vez.
Y mientras ella abría el paquete, leyó en silencio las primeras líneas. Sus ojos brillaban; yo podía jurar que su alma y la mía estaban conectadas en ese instante.

Jeremy y Mónica, desde lejos, nos miraban desde otra mesa, dándome pulgares arriba, como buenos amigos que disfrutan de tu felicidad.
Y a lo lejos, entre las sombras, los ojos de Mika nos observaron una vez más... esa mirada que mezcla rabia, celos y algo de tristeza.

Leah tomó el pequeño paquete entre sus manos, lo contempló como si se tratara de un tesoro. Con cuidado, desató el listón rojo y sacó la primera carta.
El papel, doblado con precisión, estaba perfumado con esa fragancia tenue que uso, como si eso pudiera acercarnos aún más.

Su mirada bajó al papel y empezó a leer. Su sonrisa se suavizó, sus mejillas se encendieron apenas, ese tono sonrojado que siempre quise provocar en alguien y solo ella lograba regalarme.

Yo la observaba en silencio, intentando memorizar cada expresión de su rostro.

Entre líneas, entre palabras, le decía todo lo que me estaba cambiando desde que apareció en mi vida.
Cómo su risa era el mejor sonido del día.
Cómo sus ojos, con ese brillo honesto, eran mi refugio cuando todo parecía complicarse.
Cómo, sin buscarlo, ella se convirtió en mi paz.

La segunda carta, escrita con esfuerzo en italiano, la leyó en voz alta, temblorosa al principio, como si quisiera saborear cada sílaba:

—*Sei entrata nella mia vita come un raggio di sole e hai riscaldato un cuore che si era dimenticato di sognare*.

(*Entraste en mi vida como un rayo de sol y calentaste un corazón que se había olvidado de soñar*.)

Cuando terminó de leer, levantó la vista y nuestros ojos se encontraron.
Por un instante, el mundo desapareció. Solo quedábamos ella y yo, entre el aroma del café y el murmullo lejano del lugar.

—Noah... esto es lo más hermoso que alguien ha hecho por mí —dijo en un susurro que guardé para siempre en mi memoria.

No podía más. Tomé su mano y la besé suavemente, como quien agradece sin palabras.
Pero entonces... claro, la realidad no iba a dejar de golpear la puerta.

Un sonido. El vibrar de mi celular.
El nombre de papá en la pantalla.

—Pronto, papá.

—Noah, necesito que revises los archivos que acabo de enviar. Es urgente. La empresa de software que analizabas tiene un nuevo patrón de pérdidas. Algo no cuadra. Hazlo hoy, hijo. Confío en ti.

Suspiré. El mundo de mi padre y el mío siempre iban a cruzarse así.
Miré a Leah.

—Es el trabajo. Pero no quiero que esta cita termine aquí. ¿Te parece si mañana...? —dejé la frase en el aire.

Ella sonrió y asintió.

Salimos de la cafetería. Caminé con ella hasta su casa, esta vez no solo grabando las calles, sino deseando que el camino nunca acabara.
Al despedirnos, su abrazo fue largo, lleno de esa calidez que ya era adictiva.
Me subí al auto y mientras volvía a casa, una sola frase martillaba mi mente:

—*Sei la mia luce.*

(*Eres mi luz*.)

Esa noche, el teclado fue mi compañía. Las ventanas abiertas dejaban entrar el aire fresco de Nueva Jersey, mezclado con el aroma lejano del mar. El monitor iluminaba mi rostro; mis dedos, ágiles, analizaban cada línea de código del proyecto SWAP—A.

Había algo escondido, un desvío sutil, como un ladrón que deja migajas y cree que nadie las notará. Pero yo estaba ahí para cazarlo. No era solo un trabajo para mi padre, era mi honor, mi legado. Era demostrarle al mundo —y a mí mismo— que podía ser más que un chico que un día perdió la cabeza por una sonrisa.

Los ojos me ardían, pero no iba a detenerme. El patrón estaba casi claro, una fuga de datos que no debía estar ahí, disfrazada entre las transacciones. Lo marqué, lo aseguré, lo blindé.

Cuando por fin guardé el último archivo, la hora marcaba casi el amanecer. Me dejé caer en la silla. Exhausto, pero satisfecho. Lo logré.
Y entonces el recuerdo:
El aroma de Leah.
Su voz temblorosa leyendo en italiano.
Ese abrazo al despedirse.

El cansancio se mezcló con un deseo profundo de escribirle, de llamarla, de escucharla solo un momento.
Pero me detuve.
Los 30 días de abstinencia que yo mismo había elegido no eran solo de contacto físico, eran un reto para mi cabeza, para ordenar todo.
Y estaba en ese proceso.

Al día siguiente, Jeremy no tardó en notarlo. Mientras calentábamos para el entrenamiento, se acercó y me codeó.

—Hermano, ¿qué onda? Desde el viaje traes esa cara de "me flecharon". Y no es por el SWAP—A, ¿verdad? ¿Qué onda con Leah?

Sonreí sin poder ocultarlo.

—Jeremy, somos novios. Lo decidimos después de los 30 días. Y no podría estar más feliz.

Su risa tronó en el campo.

—¡Sabía que eso iba a pasar! Pero prepárate, amigo. Mika no va a dejar que esto sea fácil.

Y no se equivocaba.

Porque ahí estaba Mika, en la cancha, marcando rutina. Sus ojos me buscaban entre los jugadores.
Los vio. A Leah y a mí.
El brillo en sus pupilas cambió. De fuego, a hielo.
De deseo, a rabia.

Sabía lo que vendría.
Pero esa tarde, entre las miradas, los gritos de *"¡vamos equipo*!", y los silbidos al ritmo de las porristas, supe que estaba listo para lo que sea.

Porque tenía a Leah.
Porque tenía un propósito.
Porque el amor, y el esfuerzo, me hacían más fuerte que nunca.

El partido había terminado, las gradas comenzaban a vaciarse, pero la tensión en el aire era más densa que nunca. A un costado del campo, en ese espacio donde las luces ya empezaban a apagarse, las voces subieron de tono.

Mika y Leah. Frente a frente.
Las palabras cruzadas se hicieron insuficientes.

El primer empujón vino de Mika. La rabia la cegaba.

—¡Eres una cualquiera! ¡Vienes a robar lo que no es tuyo!

Y Leah, que no era de quedarse callada, respondió.

—¡Lo que no es mío? Lo que tú nunca supiste valorar, Mika.

El sonido fue brutal. Un jalón de cabello, un grito ahogado. Las uñas de ambas dejaron marcas en brazos, en mejillas. El caos.
Las porristas se dispersaron, los chicos del equipo se giraron, sorprendidos.

Yo quise intervenir. El instinto de protegerla me quemaba. Pero Jeremy me sujetó del brazo.

—¡Noah, no! ¡No caigas otra vez! ¡No lo arruines por ella!

Yo forcejeaba, mi corazón latía desbocado. Las vi: Mika con el cabello revuelto, con la furia en los ojos; Leah, defendiéndose, su rostro encendido por la rabia, pero sin soltar su dignidad.

Y entonces, como un trueno, la voz de Sara.

—¡BASTA!

Su figura se alzó entre todas. La capitana. Nuestra reina del control. Se acercó directo a Mika, sin titubeos.

—¿Sabes qué, Mika? ¡Ya estoy harta de tus estupideces! Lo que hiciste en las vacaciones no tiene nombre. Lo que eres... lo que hiciste... ¡te vendiste al primero que te ofreció un trago! Y ahora vienes aquí a arrastrar a todos en tu caos.

Mika la miró, congelada.

—Sara...

—¡Cállate! ¡No quiero tus excusas! La próxima, Mika, la próxima vez que armes un circo como este... ¡quedas fuera del equipo! Fuera. Y créeme que lo haré. Porque lo único que haces es manchar lo que con esfuerzo hemos construido.

Mika respiraba agitada. Pero no dijo nada. La humillación la había desarmado.

Leah, aún con el cabello alborotado, se mantuvo firme. Y entonces, como si el universo quisiera cerrar la escena, la lluvia empezó a caer. Fina. Lenta. Apagando el calor de la pelea.

Jeremy soltó mi brazo.

—¿Lo ves? Sara puede más que nosotros juntos.

Yo solo respiré hondo. Porque esa noche, aunque el campo se vaciaba, el verdadero partido se había jugado ahí. Y Sara, Sara había marcado el gol definitivo.

La pelea había dejado marcas. No solo en la piel, sino en el ambiente. El director no tardó en tomar cartas en el asunto: Mika, suspendida por una semana. El informe fue claro: ella empezó.

Ese mismo día, cuando el campo por fin quedó en silencio, yo me acerqué a Leah. La vi frotándose el brazo, disimulando el dolor.

—¿Estás bien? —le pregunté, la voz suave, el corazón apretado por la preocupación—. ¿Te duele? ¿Quieres que vayamos a que te revisen?

Leah suspiró, los ojos aún brillantes por la rabia.

—Noah, estoy furiosa. Pero no por los golpes... —hizo una pausa, tragando saliva—. Es porque me di cuenta de que puedo plantarme frente a alguien así. Todo este tiempo me dejé pisotear en mi

antigua escuela... y hoy, hoy entendí que no debía haberlo permitido.

Yo solo la miré, con un orgullo silencioso.

La acompañé hasta su casa, el trayecto lleno de miradas, de ese cariño que crecía con cada paso. Nos despedimos con un beso que supo a calma, a promesa de más.

Y esa noche, en mi habitación, volví a sumergirme en el proyecto de mi padre, las cifras, los códigos... Pero la imagen de Leah, su fuerza, su valentía, me distraían.

Al día siguiente: el golpe del pasado

El aula estaba iluminada por el sol de la mañana. Yo estaba ansioso por verla entrar, por volver a ver su sonrisa. Y entonces, la puerta se abrió.

Y el infierno se desató.

Allí estaban. Él y ella. El exnovio. La traidora. Los agresores de Leah.

Vi cómo la sangre se le fue del rostro. Sus ojos abiertos de par en par. El temblor de sus manos.

—Leah... —susurré, pero ella no reaccionaba.

Me levanté de un salto, crucé el salón, la tomé de la mano y la saqué de allí.

La enfermera fue clara: ataque de pánico. Llamaron a sus padres. Vinieron de inmediato, la abrazaron, la envolvieron en seguridad y se la llevaron.

Yo me quedé allí, helado. Inútil. Lleno de preguntas y de rabia.

El final del día: la batalla inesperada

La rutina escolar se arrastró como un castigo. Jeremy fue el primero en saberlo todo. Durante el entrenamiento intenté concentrarme, pero era imposible. Y al salir...

Jeremy no estaba.

Lo busqué. Y entonces lo vi.

En las gradas. Peleando. Con él. Con el maldito ex de Leah.

Y Mika... Mika se trenzaba en golpes con la otra. La furia en sus ojos, la rabia desbordada.

Me quedé paralizado. Era como un mal sueño. Pero reaccioné. Corrí.

—¡Basta! ¡Deténganse! —grité, interponiéndome entre ellos, separando cuerpos, deteniendo puños.

Jeremy respiraba agitado.

—Noah... no iba a dejar que hablaran así de Leah.

Y Mika, despeinada, con un hilo de sangre en el labio, escupió las palabras que nadie esperaba.

—¡La única que puede molestar a Leah soy yo! ¿Entendido?

El silencio fue brutal. Un instante que lo dijo todo.

Y allí estábamos. Un equipo, un caos, un comienzo de algo nuevo.

Leah y Mika volvieron a entrar a la casa. Yo me hice el desentendido, aunque estaba claro que había estado asomado a la ventana viéndolas conversar en el patio.

Leah se cruzó de brazos, con esa media sonrisa traviesa que tanto me gustaba.

—¿Tu nuevo deporte favorito es espiarme o qué, Noah?

Yo levanté las manos en señal de rendición, conteniendo la risa.

—Lo confieso, señorita detective. Sí, me dedico a eso... solo cuando la vista vale tanto la pena.

Leah se sonrojó un poco y negó con la cabeza, divertida.

Entonces me acerqué, más serio.

—¿Todo bien? ¿Quieres tiempo? ¿Quieres que hablemos de lo que pasó... de ellos?

Ella suspiró, jugando con un mechón de su cabello ondulado.

—Noah... estoy bien, de verdad. Solo fue un golpe al corazón ver a dos personas que en su momento fueron todo para mí, y luego... bueno, ya sabes. Lo destrozaron sin piedad.

Antes de que pudiera decir algo más, Mika alzó las manos con ese brillo en los ojos que anunciaba travesura.

—¡Ya sé! ¿Y si hacemos una pijamada? Para celebrar que no nos rompimos la cara allá afuera.

Yo arqueé una ceja.

—¿Una pijamada? ¿En serio, Mika?

—¡Sí, Noah! ¡Anímate! —saltó Leah, dándome un codazo suave—. Vamos, podría ser divertido.

Y así, sin darme cuenta, estaba atrapado. Los padres de Leah lo aprobaron encantados, felices de ver a su hija sonreír. Nos surtieron de pizzas, botanas y hasta helado.

La sala quedó llena de cojines y mantas. Y claro, a alguien (*Mónica, seguramente*) se le ocurrió la brillante idea:

—¡Veamos terror! ¡Que se arme con La Monja!

Y allí estábamos: Jeremy, Mónica y Leah muertos de risa cada que saltaba en la pantalla esa cara demoniaca. Y Mika, pegada a mi brazo, igual de asustada que yo.

—Genial —murmuré, encogiéndome en el sillón cuando se apagaron las luces en la película—. De todas las películas, La Monja.

Mika me miró, los ojos como platos.

—Noah, si gritas, grito contigo.

—Trato hecho —le dije, mientras las carcajadas de los otros tres llenaban la habitación.

Y así, entre sustos, bromas y demasiada pizza, la noche se volvió mágica a su manera. Un recordatorio de que, a veces, incluso después del caos, la vida nos regala momentos de risa y paz.

Miedo entre otras cosas

La madrugada nos envolvía en un silencio que solo rompían las respiraciones acompasadas de quienes, agotados de tanto reír, habían caído rendidos sobre los cojines y las mantas esparcidas por la sala. Las luces de la televisión parpadeaban en negro; la película había terminado hacía un buen rato, pero nadie se molestó en apagarla.

Me desperté sin saber bien por qué. Tal vez fue un suspiro, tal vez el eco de un recuerdo, o tal vez el vacío. Miré a mi alrededor: Jeremy roncaba suavemente, Mónica acurrucada contra una almohada, y Mika... Mika dormía tranquila, o eso parecía.

Pero Leah... Leah no estaba.

El hueco donde había estado su manta me pareció de repente demasiado frío. El corazón me dio un brinco. Me incorporé con cuidado, procurando no hacer ruido, y empecé a recorrer la casa en penumbra.

—Leah... —susurré, pero no hubo respuesta.

Pasillo tras pasillo, miré por la cocina, el patio, incluso me asomé a la ventana por si acaso. Nada. La brisa nocturna me golpeó el rostro, y por un segundo el miedo me invadió.

¿A dónde había ido? ¿Por qué se había ido?

Me quedé un momento allí, de pie en medio de la oscuridad, con el peso de la incertidumbre oprimiéndome el pecho. La noche parecía más larga de lo que era, y el silencio... el silencio dolía.

Y así, con la casa dormida y mi mente llena de preguntas, el capítulo se cierra: con un Noah buscando en la noche lo que el corazón no puede perder.

AMOR MUTUO

Noah

La noche estaba demasiado silenciosa. Un silencio que pesaba, que dolía. Me desperté de golpe, el frío de la habitación me caló hasta los huesos, pero algo era peor: Leah no estaba. Su lugar, donde se había quedado dormida, estaba vacío. Me levanté de un salto, encendí la luz y la busqué con la mirada. Nada. La casa estaba sumida en una penumbra que me encogió el corazón.

—¡Leah! —grité en un susurro tembloroso mientras caminaba por el pasillo. No hubo respuesta.

Desperté a Jeremy y Mónica, que aún medio dormidos se frotaban los ojos al verme tan alterado.
—¿Qué pasa, viejo? —preguntó Jeremy alarmado.
—No la encuentro. Leah no está. ¡Ayúdenme a buscarla, por favor!

Corrimos por toda la casa y no había rastro de ella. Sin más opción, llamé a sus padres. Al escuchar mis palabras, la mamá de Leah palideció de inmediato, tambaleándose hasta que el señor la sostuvo. Su mirada estaba cargada de miedo.

—Noah... hay algo que no sabes. —dijo el padre de Leah, tragando saliva—. Antes del viaje... Leah tuvo un intento de suicidio. Fue horrible. Pensamos que todo esto había quedado atrás, que el cambio le haría bien.
Sus palabras se clavaron en mi pecho como puñales. Sentí que el aire me faltaba.
—¡No puede ser! —susurré, con la garganta seca—. No... no ahora.

El miedo me devoraba por dentro. Salí disparado, gritando su nombre, mi voz quebrada se perdía en el viento de la noche.

Entonces recordé: la playa. El lugar donde íbamos a pensar, donde el alma dolía y el mar era el único testigo.
Corrí con todas mis fuerzas, con la desesperación de perder lo que ya amaba.

—¡Leah! ¡Contéstame, por favor! —las lágrimas se mezclaban con la brisa salada.

Y de pronto, la vi. Una silueta. Estaba en el mar.
Sin pensarlo, me lancé al agua helada, el frío cortaba mi piel, pero no me importó.
—¡Leah, por favor! ¡Dame la mano! ¡No lo hagas! ¡Vamos a salir de esto juntos!
Escuché pasos corriendo tras de mí. Mika. Ella también se lanzó.
—¡Leah! ¡Sal! ¡Esto no vale la pena!

Pero entonces... su voz.
—¿Qué están haciendo? ¿Por qué están en el agua?

Giré la cabeza y allí estaba ella. Leah estaba en la orilla, observándonos, asustada y confundida. El mundo se detuvo un instante.
Salí corriendo del agua, el cuerpo helado temblando, y la abracé con todas mis fuerzas.
—Por favor... no lo hagas... por favor... —le rogué, sin poder detener las lágrimas.

Leah me miró, impactada.
—¿Cómo lo sabes?

—Tu papá me lo contó... no quería que lo supieras así... pero me asusté tanto... no soportaría perderte.

Mika se acercó, mojada y con el rostro compungido.
—Yo también sé lo que es sentir ese vacío... en casa todo es un caos... mi mamá lucha con lo mismo... sé lo que es querer huir...

Leah bajó la mirada, las lágrimas caían silenciosas. Nos abrazamos los tres, entre el frío y la brisa del mar, en ese instante en el que no

importaba nada más que protegernos los unos a los otros.

El camino de regreso fue silencioso al principio. El frío nos calaba, pero nada dolía tanto como el nudo en la garganta que sentíamos todos. Llegamos a casa, y lo primero que hice fue buscar toallas, ropa seca para Leah y Mika, aunque yo mismo estaba empapado y tiritando. Jeremy y Mónica nos ayudaron, con ese tipo de cuidado que sólo los amigos de verdad saben dar.

Nos sentamos en la sala, cubiertos con mantas, aun temblando, y fue Mónica quien rompió el silencio.
—Lo importante es que Leah está bien... pero tenemos que hablar. No podemos seguir dejando que esto crezca.

Leah levantó la vista, los ojos enrojecidos.
—Perdón. No quise preocuparlos así... sólo necesitaba estar sola, aclarar mis pensamientos... no iba a hacer nada.
—Nos asustaste, Leah. —dije, con la voz aún quebrada—. Prométeme que no te vas a desaparecer así. No quiero perderte.
Ella asintió, con lágrimas en los ojos.

Mika respiró hondo, y habló con una franqueza que no le había visto nunca.
—Sé que hemos tenido mil diferencias... pero lo que pasó hoy me hizo pensar. No quiero ser parte de lo que te hace daño. Quiero intentar... ser mejor.

Jeremy, fiel como siempre, agregó:
—Y nosotros estamos contigo. A donde sea, para lo que sea. ¿Vale?

Leah esbozó una sonrisa tímida.
—Gracias. De verdad... gracias por no dejarme sola.

Mientras eso pasaba, mis suegros llamaron a mi mamá para pedirle un favor: algo de ropa para mí y para Mika, porque estábamos empapados. Mi mamá no dudó. Cuando llegó, traía no solo la ropa, sino esa mirada de madre que entiende todo sin necesidad de palabras.

Se sentó con los padres de Leah, y hablaron largo y tendido.
—Gracias por avisarme. Mi hijo es impulsivo, pero tiene un corazón enorme. Entiendo lo que están viviendo, y quiero ayudarles en lo que pueda. —dijo mi mamá, con esa calma suya que siempre lo arregla todo.

El papá de Leah asintió.
—Nos sentimos rebasados. Estos chicos nuevos que llegaron... los agresores... todo se descontrola otra vez. No sabemos cómo protegerla.

Ahí mi madre lanzó una idea que yo escuché desde la sala.
—Lo primero es unir fuerzas. Hablar con la escuela, sí, pero también reforzar a nuestros hijos emocionalmente. Que no se sientan solos. Puedo ayudar a organizar con otros padres un comité para vigilar estas situaciones. También, si quieren, conozco a una psicóloga excelente que podría ser un gran apoyo para Leah y para todos los chicos. Esto no lo van a enfrentar solos.

La propuesta fue como un bálsamo para todos. Algo concreto, una salida. Un plan. Porque a veces basta eso: saber que hay un camino, que hay alguien que se queda contigo cuando parece que todo se viene abajo.

Fuerza y amistad

Esa noche, después de todo, dormimos juntos en la sala, todos como una gran familia improvisada. Y aunque el miedo no desapareció del todo, supe que nada iba a separarnos mientras estuviéramos unidos.

El amanecer nos encontró a todos en la sala, envueltos en mantas, como un ejército que había sobrevivido a la noche más larga. Nadie decía mucho, pero el silencio ya no era de miedo: era de calma, de alivio.

Mi mamá fue la primera en levantarse y proponer:
—Hoy vamos a la escuela. Pero antes, quiero que todos desayunen

bien. Lo que viene requiere fuerzas.

Durante el desayuno, las palabras de mi madre de la noche anterior volvieron a cobrar sentido.
—Mamá, ¿crees que funcioné lo del comité? —le pregunté.
—Lo sé, hijo. Porque no se trata de pelear con el mundo; se trata de construir un muro de apoyo tan sólido que el mundo no pueda tirarlo.

Eso me bastó. Porque si algo había aprendido en estas semanas era que el verdadero valor no estaba en los golpes... estaba en resistir juntos.

En la escuela, mi madre y los padres de Leah pidieron hablar con la dirección. Yo me quedé fuera, esperando junto con Jeremy, Mónica y Mika. Ver a Mika tan seria, tan concentrada, me hizo entender que su promesa de ser mejor no había sido en vano.

Cuando salieron, nos reunieron en el patio.
—Se van a tomar medidas. Vamos a vigilar la entrada y salida. Los nuevos chicos van a estar bajo observación. Y el comité de padres ya está aprobado. —anunció mi mamá, con una sonrisa que nos dio esperanza.

Leah me tomó de la mano, temblando un poco.
—Gracias. Por todo esto.

La apreté contra mí.
—Siempre. No pienso soltar tu mano.

La primera reunión del comité fue esa misma semana. Padres preocupados, algunos maestros, y nosotros, los chicos, presentes. Se plantearon ideas:
• Monitoreo en los pasillos en horas de receso.
• Charlas con los alumnos sobre acoso y respeto.
• Un buzón anónimo para denuncias.

Jeremy, que nunca se había metido en temas serios en la escuela, pidió la palabra:

—Esto tiene que ser de todos, no solo de los padres. Los alumnos también debemos ayudar. No más cómplices del silencio.

Y cuando lo dijo, el auditorio se llenó de aplausos. Vi a mi amigo brillar como nunca.

Después del caos

Los días siguientes fueron distintos. La tensión seguía ahí, claro, pero había un aire nuevo: la sensación de que ya no estábamos solos, de que ya no éramos víctimas, sino protagonistas de nuestro destino.

Entre todo eso, Leah y yo teníamos nuestras pequeñas pausas del caos: un paseo por el patio, un café compartido en la cafetería, las cartas que le escribía cada noche, algunas en italiano, que empezaba a dominar.
—Mi amore, sei la mia forza e il mio rifugio...
(*Su sonrisa al leer eso valía cada esfuerzo de aprendizaje*.)

Las horas en clase pasaban lentas, como si el reloj estuviera en mi contra. Tenía en mente recoger a Leah en su club de arte, para luego caminar juntos a casa. Sentía ese nerviosismo que viene de querer estar cerca, de cuidarla.

Pero el destino tenía otros planes.
Cuando doblé el pasillo que daba al aula de fotografía, los vi. Él estaba ahí. Su maldito ex. Demasiado cerca. Demasiado agresivo en el tono. Y ella, Leah, con los ojos abiertos como aquella noche en la playa. Discutían. Él gesticulaba, señalaba, la acorralaba sin tocarla, pero... no hacía falta. Lo que vi bastó para que perdiera el control.

No pensé. No medí. Solo actué.
Mis pasos retumbaron en el suelo. Y mi puño... mi puño se encontró con su rostro antes de que pudiera detenerme.
—¡Noah! ¡Para! —gritó Leah, pero ya era tarde.

El chico cayó al suelo. Y mi respiración era como fuego. Me sentí el Noah de antes. El que explotaba. El que no se detenía. Iba a ir por él otra vez... hasta que una voz me congeló.
—¡Benedetti, basta!

Ahí estaba ella. Sara. Mi reina de hielo. Mi capitana. Mi conciencia. Entró entre nosotros como un huracán de temple. Se plantó frente a mí, con esa mirada que ni el más bravo se atrevía a desafiar.
—¡Esto no! ¡Esto no es lo que eres! ¡Esto no es lo que soñamos para ti!

Mi respiración se hizo un eco en el pasillo vacío.
Leah, temblando, tomó mi brazo. Su voz, apenas un susurro:
—Noah... vámonos. Por favor.

Sara nos dio esa orden final con solo un gesto.
—Desaparezcan antes de que el director o el prefecto lleguen. Por tu futuro, Noah. Por tu beca.

Me dejé llevar. Dejé que Leah me guiara, que me alejara de lo que había estado a punto de arruinar. Mientras nos íbamos, oí a Sara quedarse ahí, firme ante el ex.
—Tú... tú más vale que entiendas esto. Si vuelves a acercarte a Leah, será conmigo con quien tendrás que tratar. Y créeme, no querrás eso.

Leah y yo salimos al exterior, donde el aire frío me despejó un poco la cabeza.
Me detuve. La miré.
—Lo siento... no debía...

Ella negó, con los ojos aún húmedos.
—No. Gracias. Pero no quiero que te pierdas por mi culpa. No quiero que renuncies a tu sueño por algo que no vale la pena.

Y ahí supe que la amaba aún más. Porque ella veía lo que yo no lograba ver cuando la furia me cegaba.

El camino hasta la casa de Leah lo hice en silencio, pero no un silencio incómodo, sino ese que grita más fuerte que las palabras. Sentía su mano rozar la mía de vez en cuando, como si buscara algo, como si intentara decirme todo lo que no podía con la voz.

Al llegar, Leah echó un vistazo rápido a la entrada, y fue ahí cuando supe lo que pasaba por su mente:
—No están... mis padres no están.

Su mirada se posó en mí, llena de un brillo que pocas veces había visto. Un brillo que no pedía permiso, un brillo que reclamaba el momento.
—¿Subimos? —preguntó. Y yo no supe decir que no.

Entramos a su habitación. Todo olía a ella: a su perfume suave, a las flores que decoraban su espacio. El aire se sentía cargado de algo nuevo. De un deseo que ambos habíamos contenido por respeto, por miedo, por esa lucha interna de saber si era el momento... y ahora simplemente lo era.

Nos miramos. Solo eso bastó para que la distancia desapareciera. Nuestras manos se buscaron, nuestros labios se encontraron. La calidez de su piel debajo de mis dedos, el temblor leve de su respiración al sentirme cerca, el modo en que sus ojos se cerraron cuando el beso se hizo profundo.
No necesitábamos palabras. Todo lo que sentíamos se dijo en ese instante.

Y aunque mi cuerpo ardía por ella, por sentirla aún más cerca, por conocer cada rincón de su alma y de su piel, supe contener el impulso. Porque lo que me importaba era que ese momento fuera tan suyo como mío. Que fuera especial. Que fuera real.

Susurré en su oído, apenas rozando su mejilla:
—Dímelo tú... cuando estés lista. Cuando quieras que este sea nuestro momento.

Y así, entre besos y caricias, entre miradas y silencios que lo decían todo, el mundo fuera de esa habitación dejó de existir. Éramos solo ella y yo, en ese instante eterno que sellaba lo que ya sabíamos: nos pertenecíamos.

El cuarto se llenó de un silencio que quemaba. La tenue luz de la lámpara iluminaba sus facciones, ese cabello ondulado que tantas veces había soñado acariciar así, sin prisas, sin culpa.
Leah se acercó, y la distancia entre nosotros desapareció. Sus ojos se hundieron en los míos, y sentí que todo lo que me preocupaba, todo lo que nos dolía, quedaba atrás en ese instante.

Nuestros labios se buscaron y se encontraron en un beso que ya no era tímido ni vacilante. Fue un beso cargado de todo lo que habíamos callado, de la ansiedad de tenernos así, por fin. Las manos se aventuraron, descubriendo piel, formas, temblores. Ella se aferró a mi camiseta, yo al calor de su cintura.

La pasión nos envolvió, lenta al principio, y luego tan urgente como la necesidad de respirar. Los latidos de su corazón se mezclaron con los míos, la respiración se volvió jadeo, y el mundo fuera de esa habitación dejó de existir.
Hubo caricias que hablaron más que las palabras, hubo miradas que pidieron permiso y respuestas que se dieron en un solo gesto.

No sé cuánto tiempo nos pertenecimos. Solo sé que cada segundo fue nuestro. Y cuando el fuego cedió a la calma, nos quedamos ahí, enredados el uno en el otro, dejando que el silencio dijera lo que ya sabíamos: que esa noche nos habíamos elegido, sin reservas, sin miedos.

—Eres mía tanto como yo soy tuyo, Leah.
Ella sonrió, y esa sonrisa fue el principio de algo que ya no tenía marcha atrás.

La tarde terminó entre risas ahogadas y miradas cómplices. Leah y yo nos ayudamos a vestirnos de nuevo, el tiempo jugaba en nuestra contra y ambos lo sabíamos. No era momento de ser descubiertos,

no después de haber cruzado esa línea de la que no queríamos volver. Al salir de su habitación, nuestros dedos se entrelazaron un instante más, como si quisiéramos retener lo que habíamos vivido. Me despedí con un beso lento, cargado de ternura, y me dirigí a mi auto, todavía con el sabor de su piel en mis labios y el eco de su voz en mi cabeza.

La noche me recibió en mi habitación como un cómplice. Caí rendido en la cama, con el corazón desbocado y la mente aún atrapada en la dulzura de lo que habíamos compartido. Me dormí pensando en ella... y desperté con las primeras luces de la mañana, listo para enfrentar otro día.

Los meses volaron. Entre clases, entrenamientos, partidos y las escapadas que tenía con Leah, la vida empezó a tener un ritmo distinto. Hasta que un día el teléfono sonó con la voz de mi padre del otro lado.
—Noah, tengo algo que quiero que tomes en tus manos. Es idea de Richard... una app de citas. Sí, ya sé lo que piensas, pero esta quiere romper el molde. Tu hermano confía en que tú le darás esa base de datos que logre lo que otras no han conseguido: unir a almas gemelas de verdad. ¿Aceptas el reto?

No lo dudé. El proyecto se convirtió en mi nueva obsesión. Entre prácticas y partidos, encontraba tiempo para perderme entre códigos, algoritmos y patrones. La app iba tomando forma, y con ella mi ambición de demostrar que era capaz de construir algo más que sueños.

Y entonces llegó el gran día. El partido más esperado. El campo estaba iluminado por los reflectores, las gradas reventaban de aplausos, silbidos y gritos. Las porristas, lideradas por Sara, llenaban el ambiente con su energía, mientras Mika y Leah, cada una desde su rol, brillaban en la coreografía previa al inicio.

Jeremy y yo cruzamos una mirada, cómplices de lo que estaba por venir. Ajusté el casco, respiré hondo y salimos al campo como si fuéramos a la guerra.

El pitido inicial lo cambió todo. Jugada tras jugada, pase tras pase, el equipo funcionaba como un reloj suizo. Jeremy atrapó cada balón que lancé como si el destino estuviera de nuestro lado. El sudor y el esfuerzo se mezclaban con los vítores del público. El marcador avanzaba a nuestro favor, y cada jugada nos acercaba más al triunfo.

En las gradas, podía verlos: los cazatalentos de Harvard, Stanford, y otras universidades. Tomaban notas, grababan, murmuraban entre ellos con asombro. Sabía que no solo jugábamos por la victoria, jugábamos por nuestro futuro.

El último cuarto fue nuestro. Un pase largo a Jeremy, un sprint impecable y el touchdown que selló el partido. El silbato final desató la locura. La victoria era nuestra. Las gradas explotaron en júbilo, y por un instante, supe que ese era solo el comienzo.

El cursor parpadeaba frente a mí como un latido. Y entonces... clic.
El sistema arrancó. Perfecto.
Ningún error, ninguna vulnerabilidad. El módulo de ciberseguridad que tanto había afinado estaba sólido como un muro de acero. Las pruebas de estrés que había ejecutado sobre el código lo confirmaban: ni un hacker tendría oportunidad con esta app.
Me recosté en la silla, exhalando el aire que parecía llevar días guardado en mis pulmones.

El celular vibró. Era Richard. Contesté y puse el altavoz, las manos todavía sobre el teclado.
—¿Y bien? ¿Ya tenemos nuestro boleto al éxito o qué? —bromeó, pero se notaba la ansiedad en su voz.
—Listo, hermano. La app funciona al 100. Sin fisuras, sin riesgos. Lo que pensaste, yo lo hice realidad.
Escuché a Richard dar un grito de triunfo al otro lado.
—¡Sabía que lo lograrías! ¡Por eso eres el cerebro de esta familia!

Entonces, la voz grave de papá se sumó a la llamada.
—Noah, hijo, excelente trabajo. Richard me ha ido contando...

—Gracias, papá —contesté, intentando sonar tranquilo, aunque por dentro me ardía de orgullo.

—Escúchame bien. Mañana tomo el primer vuelo. Voy a casa por ti. Llevaremos esto al siguiente nivel.
—¿Cómo dices?
—Ya está en marcha la nueva sede en Nueva York. Eric la liderará, y tú presentarás la app junto con Richard. Los inversores están esperando conocer al chico que convirtió un sueño en código. Esta será tu primera gran presentación oficial.

Mi cabeza se llenó de imágenes: una sala llena de empresarios, nuestras ideas proyectadas en pantallas gigantes, mi hermano y yo presentando juntos.
—Prepárate, Noah. Esto es real. Esto es tu comienzo. —cerró mi padre antes de colgar.

Me quedé viendo la pantalla. Las líneas de código parecían brillar más que nunca. Cerré los ojos un momento, dejando que la adrenalina me invadiera. Estábamos a punto de entrar al juego de los grandes.

El motor del coche de papá rugió al detenerse frente a la casa. Me asomé por la ventana y lo vi bajar, impecable, el traje oscuro, el porte de quien ha conquistado el mundo empresarial. Cuando cruzó la puerta, no hubo discursos: me abrazó.
—Es tiempo de subir un peldaño más, hijo. Nueva York nos espera.

Futuro y partido

Horas después, el vuelo hacia Nueva York se sentía como un instante suspendido entre las nubes. Richard no paraba de bromear sobre cómo robaríamos el show; Eric, más serio, repasaba los datos y las estrategias. Yo... yo solo respiraba hondo, sintiendo cómo el peso de algo grande se posaba en mis hombros.

Llegamos a la nueva sede: un edificio de cristal y acero que reflejaba la ciudad como un sueño tangible. Todo olía a futuro. La sala de

juntas, con su mesa larga y las pantallas encendidas, nos aguardaba. Los inversores ya estaban ahí: rostros atentos, algunos escépticos, otros curiosos.

Papá nos presentó, con ese tono que no dejaba lugar a dudas: "*Estos son mis hijos. Ellos son el futuro de Benedetti Corp*."

Richard tomó la palabra primero, vendiendo la idea con el entusiasmo de quien sueña despierto. Yo lo seguí, mostrando las tripas del proyecto: la arquitectura del código, la seguridad a prueba de fraudes, los algoritmos que cruzaban datos sin exponer a los usuarios. Hablé de lo que amaba: el mundo donde todo es lógica y posibilidad.
Eric, desde su asiento en la directiva, asentía, firme, como quien sabe que todo encaja.

Cuando terminamos, hubo un silencio breve, como si los inversores procesaran la magnitud de lo que acababan de presenciar. Y luego, uno a uno, las manos se alzaron, las preguntas llovieron, las ofertas empezaron a asomarse. Algunos querían exclusividad, otros hablar de expansión internacional. El aire olía a éxito.

Pero entonces, papá pidió que nos quedáramos. Solo los cuatro. Se acercó a nosotros, con esa expresión que pocas veces dejaba ver.
—Quiero que sepan algo. Estoy orgulloso de ustedes. Cuando empecé esta empresa, lo hice solo. Sin más guía que mis errores y mis ganas de cambiar mi destino. Y hoy, veo que tengo a tres hijos que no solo son parte de este sueño... son mejores que yo cuando tenía su edad.

Hizo un silencio.
—Y antes de que se me olvide... feliz cumpleaños, Noah. No creas que lo pasé por alto. Diecisiete años, hijo. Y mira hasta dónde has llegado.

Mi pecho se llenó de algo que no supe si era emoción o gratitud o las dos cosas mezcladas.
—Gracias, papá —logré decir, mientras Richard me daba un abrazo

de esos que solo un hermano sabe dar y Eric me palmaba el hombro, como un igual, como un socio en esta nueva etapa.

Las ofertas llovieron como nunca había imaginado. Cada inversor parecía más entusiasmado que el anterior. Uno hablaba de llevar la app a Asia, otro quería los derechos para Latinoamérica, y había quien ya veía el potencial de integrarla a redes sociales globales. Papá se mantenía sereno, tomando nota, dejando que Richard y yo nos luciéramos en las respuestas. Cada consulta técnica caía sobre mí; cada propuesta comercial, sobre Richard. Éramos un dúo perfecto.

Al salir de la reunión, papá nos reunió a los tres, el brillo en sus ojos lo decía todo.
—Hijos, lo lograron. Esto es solo el principio. Y ahora, a casa, que hay un cumpleaños que celebrar.

El vuelo a casa fue diferente. Esta vez, el cansancio nos pesaba, pero el buen tipo de cansancio, ese que deja un sabor dulce porque sabes que has dado todo. Al llegar, mamá nos esperaba en el aeropuerto, el rostro encendido de felicidad.
—Mi campeón, feliz cumpleaños. Qué orgullosa estoy de ti.

Nos abrazó como solo una madre sabe hacerlo, y juntos fuimos a casa.

El olor al festín casero de mamá nos recibió como un abrazo cálido. Había cocinado todo lo que más me gustaba: lasañas, ensaladas frescas, el pastel de chocolate más increíble del mundo. La mesa era una fiesta de colores y aromas.

Uno a uno llegaron mis amigos. Jeremy el primero, con ese entusiasmo de siempre:
—¡Felicidades, hermano! Ya eres casi un hombre. —me dijo entre risas, dándome un golpe amistoso en el brazo.
Mónica, siempre detallista, trajo una caja con mi pastel favorito. Cale apareció con una gran sonrisa y una bolsa misteriosa que no quiso abrir hasta el momento indicado.

Sara, con esa clase que la caracteriza, me dio un libro sobre liderazgo deportivo.
Mika... bueno, Mika llegó con su sonrisa pícara y un regalo envuelto en un papel de colores brillantes.

Y entonces, ella.
Leah. Hermosa, con un vestido sencillo pero que la hacía ver como si el mundo entero se hubiera detenido solo para admirarla. Traía un sobre y una pequeña caja. Me abrazó, y ese abrazo decía más que mil palabras.

Cuando abrí el sobre, leí su carta. Una carta escrita a mano, con un mensaje que aún tengo grabado en el alma:

> *"Gracias por enseñarme que el amor puede ser dulce, paciente y valiente. Feliz cumpleaños, Noah. Estoy orgullosa de ti, de todo lo que eres y de todo lo que serás*."

Dentro de la caja, un llavero en forma de mariposa, con nuestras iniciales grabadas.
—Para que recuerdes que, a veces, las mariposas en el estómago pueden quedarse para siempre.

Me quedé sin palabras. Solo pude abrazarla y susurrarle al oído:
—Eres el mejor regalo.

La noche se llenó de risas, brindis con refresco, anécdotas, y bromas. Cantamos, comimos hasta no poder más y abrimos regalos. Por un momento, todo el peso de las responsabilidades, las apps, los proyectos y los problemas... desaparecieron. Solo éramos un chico de 17 años y las personas que más quería, celebrando juntos.

Y mientras la velada terminaba, mientras el pastel se acababa y los abrazos seguían llegando, pensé:
"Si esto es la vida... entonces quiero vivirla así, siempre rodeado de los que amo."

La casa estaba en calma. El eco de las risas, de los "*felicidades*", del canto improvisado de Jeremy desafinando, de las bromas de Mika...

todo quedaba flotando en los pasillos. Ya era tarde, pero no quería que el día terminara sin un instante a solas con Leah.

La invité al patio trasero, donde la luz tenue de las lámparas dejaba el ambiente íntimo. Nos sentamos en la banca de madera, y sin decir mucho, tomé su mano. La miré, y era imposible no perderme en ella.
—Gracias por estar aquí... por ser tú.
Ella sonrió, esa sonrisa que derrite, y se inclinó para besarme. Al principio suave, tierno... hasta que la pasión nos venció. La besé con el alma. Sus manos se entrelazaron en mi cuello, y las mías enredadas en su cintura. En ese rincón del mundo, solo éramos nosotros.

El tiempo se detuvo. Y aunque el deseo quemaba, fuimos pacientes, disfrutando ese calor, ese roce de labios y caricias que decían todo.
—Noah... no quiero que esto cambie nunca.
—Ni yo... pero sé que el tiempo nos pondrá pruebas. Y las pasaremos juntos.

Los meses volaron. Los partidos llegaron y se fueron. La app que Richard y yo creamos rompió el mercado. Las noticias, las entrevistas, los proyectos... pero lo que más me importaba era ella. Leah.

Y así, sin darnos cuenta, comenzaba nuestro último año de preparatoria.

El primer día del último año tenía ese aire distinto. Todo parecía igual, pero nada lo era. Los pasillos, los casilleros, las canchas... todo olía a despedida anticipada.

Y ahí estaba ella. Leah. Más hermosa que nunca. Mi Leah. Pero ahora, el miedo, ese miedo estúpido, empezó a comerme por dentro. El miedo a perderla, a que alguien más la mirara como yo lo hacía, a que descubriera que podía tener algo mejor.

Al principio era solo un comentario.
—Ese tipo te miraba mucho, ¿lo conoces?
Luego, un gesto incómodo.
—¿Por qué le sonríes tanto a tu compañero de arte?

Y así, sin querer, me fui convirtiendo en algo que juré que no sería. Un celoso. No el celoso gracioso, no... un celoso que empezaba a cansar, que empezaba a asfixiar.

Leah trataba de calmar las aguas.
—Noa, confía en mí. Estoy contigo porque te amo, ¿qué más necesitas para estar tranquilo?
Pero yo no podía evitarlo. La idea de perderla me enfermaba.

Y empezó lo inevitable. Las discusiones. Las miradas dolidas. Los silencios incómodos.

Celos y algo mas

Lo que no sabía es que ese año no solo pondría a prueba nuestro amor. Pondría a prueba quienes éramos. Porque en el último año de preparatoria, todo puede cambiar.

Todo empezó por un comentario. Inocente. O eso pensé.

—¿Por qué ese tipo de fotografía te toca tanto el brazo? —pregunté, con esa voz que yo mismo desconocía: fría, celosa, hiriente.

Leah se giró, con esos ojos que mezclaban sorpresa y tristeza.
—¡Noah, basta! Es mi compañero, no hay nada. ¿Cuántas veces tengo que decirlo?

Pero el veneno ya estaba sembrado. No paré ahí.
—Siempre es igual, te ríes con él, lo miras como antes me mirabas a mí...

Y se rompió. Leah se rompió.
—¡Hasta aquí, Noah! ¡Estoy cansada! Me asfixias, me agotas... Este no eres tú, ¿dónde quedó el chico del que me enamoré?

El silencio fue brutal. Leah se giró, y lo último que vi fue su espalda alejándose.

Me quedé ahí, solo, vacío, roto por mi propio reflejo.

Sin pensar, manejé hasta la playa. Mi lugar. Nuestro lugar.
La brisa helada golpeaba mi cara, y me dejé caer en la arena.
—¿Qué estás haciendo, Noah? —me pregunté al viento.

Entonces escuché pasos. Pasos conocidos.
Mika.
—Sabía que estarías aquí. Siempre corres aquí cuando todo se te desmorona.

Me senté, y ella se dejó caer a mi lado.
—Mika, no puedo más... la estoy perdiendo y es mi culpa.

Mika no se burló, no hizo un comentario ácido.
—Noa, escucha. Tú y yo... hemos sido de todo. Enemigos, casi amantes, rivales, amigos. Y si alguien sabe cómo sacar la rabia, soy yo. Levántate. Vamos a correr. Como antes, como niños idiotas. Necesitas quemar todo eso que te está carcomiendo.

No necesité más. Me levanté y salimos disparados por la arena. Corrimos. Y corrimos. El viento, la arena, el mar.… todo se mezclaba. Hasta que no pudimos más y caímos agotados, riendo como locos.

Mika se giró hacia mí.
—¿Ya? ¿Lo soltaste?

—Sí... gracias, Mika. Nunca pensé que terminaríamos así, siendo... buenos amigos.

Ella sonrió, esa sonrisa que no mostraba tan seguido.
—Yo tampoco. Pero hey, la vida da vueltas, ¿no?

Se levantó, corrió al agua y metió los pies.
—¡Demonios! ¡Está helada! —saltó como si el mar la hubiera mordido.

Yo no pude evitar reír y hacer lo mismo. El agua congelada me espabiló.
Y ahí, en la orilla, respirando el salitre y sintiendo la espuma en los pies, lo entendí.
—Necesito arreglar esto. Con Leah. Conmigo.

Mika me miró.
—Pues ve y hazlo, Benedetti. Y esta vez, sin cagarla.

El mar era frío. Pero mi corazón empezaba, por fin, a calmarse.

La espuma del mar me rozaba los tobillos mientras la brisa se llevaba las últimas gotas heladas de aquella carrera absurda pero necesaria. Mika se reía, esa risa suya que pocas veces mostraba de verdad. Yo la miré, respirando hondo, sintiendo por primera vez en días que mi cabeza dejaba de ser un campo de batalla.

—Gracias por esto, Mika. Por estar. Por no dejar que me hunda.

Ella me dio un leve empujón, juguetona.
—Anda ya, Benedetti. Me debes otra carrera. Y la próxima la gano yo.

Nos quedamos en silencio, contemplando el horizonte, mientras el sol empezaba a rendirse al anochecer. En ese instante, supe que el caos de mi corazón no había terminado. Que faltaba enfrentar lo que de verdad importaba.

Pero eso sería mañana.
Mañana encontraría las palabras para Leah.
Mañana trataría de recomponer lo que rompí.

Por hoy, sólo quedaba el sonido del mar y la certeza de que aún quedaba camino por recorrer.

EL ERROR

Mika

Salí esa tarde con el único objetivo de distraerme un poco, de perderme entre las vitrinas y el ruido de la ciudad, de olvidarme por unas horas de tanto drama escolar. Caminaba ligera, con mis auriculares puestos y la cabeza llena de pensamientos, cuando el destino —maldito destino— me cruzó con una imagen que jamás habría querido ver.

Ahí estaban. Lea... y él.
Ese chico. Sí, ese por el que Noah hervía de celos cada vez que su nombre salía en una conversación, ese al que intentaba evitar a toda costa para no perder la cabeza. Y ahí estaba Leah, tan tranquila, tomada de su mano como si nada.

Me detuve en seco. Me quité los auriculares como si con eso pudiera escuchar mejor la verdad de lo que tenía frente a mí. Ellos no se habían dado cuenta de mi presencia hasta que, de reojo, Leah me miró. La muy descarada soltó su mano en un acto tan torpe como inútil. Ya estaba visto. Ya nada podía borrarse.

El corazón me latía con rabia. No era porque yo sintiera algo por Noah —eso ya era pasado, lo teníamos claro—, sino porque verlo romperse por dentro sería algo que no podría soportar. Noah había hecho tanto por ella, había dado tanto, había dejado incluso de ser el mismo para estar bien con ella. Y ahora esto...

Me acerqué sin pensar. La mirada de Leah se tensó; el chico, ese imbécil, dio un paso atrás.
—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Leah? —le solté, sin filtro, con toda la furia acumulada de semanas viendo a Noah destrozarse de celos, solo para que al final esto saliera a la luz—.

¿Así pagas lo que Noah hace por ti? ¿Así le agradeces todo el cariño, el respeto, la paciencia que te tiene?

Leah, con la cara pálida y los ojos brillosos, trató de balbucear algo.
—Mika, no es lo que crees...
—¿Ah, no? ¿Entonces qué es? ¡Explícame, porque lo que veo es clarísimo! —le espeté, cruzando los brazos, sintiendo que ardía por dentro.

El chico intentó intervenir, pero lo fulminé con la mirada.
—Tú mejor ni hables. Tú eres parte del problema desde el día uno.

Había gente que empezaba a mirar. A Leah le temblaban las manos. Pero no me importaba. Tenía que decirlo.
—Noah no merece esto, Leah. No merece que le rompas el corazón así. Él es... él es demasiado bueno para esto. ¿Cómo pudiste?

La voz me quebró un segundo. Me di la vuelta, sin querer escuchar más, sin querer ver más. Sentí el nudo en la garganta, esa mezcla rara entre decepción, furia y un poquito de tristeza. Me alejé, dejando atrás la escena, pensando en lo que debía hacer.

Porque una cosa era clara: Noah tenía que saberlo.

No había avanzado ni media cuadra cuando escuché pasos apresurados detrás de mí. Me giré con el ceño fruncido y el corazón aún acelerado. Era Leah. La vi correr hasta mí, con la respiración entrecortada, el rostro pálido, la mirada desesperada.

—Mika, por favor... ¡por favor no le digas nada a Noah! —me rogó, tomándome del brazo, con esas manos que aún me parecían marcadas por el peso de lo que acababa de hacer.

La miré, con un nudo en la garganta que se disfrazaba de rabia.
—¿No le diga nada? ¿Después de lo que vi? —mi voz salió fría, dura, como un latigazo—. ¿Qué se supone que haga, Leah? ¿Hacerme de la vista gorda mientras lo destruyes por dentro?

Ella negó con la cabeza, los ojos al borde de las lágrimas.
—Te lo ruego, Mika... yo... yo misma le voy a decir todo. Lo mereces saber, pero de mí. Déjame hablar con él.

Respiré hondo. Podía sentir el peso de sus palabras, la súplica, la culpa que la envolvía como un manto. Por un segundo, sentí lástima. Pero solo por un segundo.
—Está bien —dije al fin, cruzando los brazos—. No voy a decirle nada. Pero escúchame bien, Leah... esto no es por ti. Esto es por él.

Ella asintió, limpiándose las lágrimas que empezaban a caer.
—Gracias, Mika. Gracias.

La miré directo a los ojos, y en ese instante fui más honesta que nunca.
—Noah ya ha pasado demasiado. Y no voy a ser yo la que lo rompa otra vez. Eso... eso lo decidirás tú. Tú y tus actos.

Leah bajó la mirada, avergonzada.
—Lo sé. Lo sé, y lo siento tanto...

Di un paso atrás, lista para dejarla.
—Y una cosa más. Elige, Leah. Porque no pienso quedarme de brazos cruzados viendo cómo lo vuelves a arrastrar al infierno del que tanto le costó salir. Noah no es solo el chico que te ama. Noah es alguien que tiene un futuro enorme delante. Alguien que está a nada de cumplir sus sueños. Y no voy a dejar que lo eches a perder.

La dejé ahí, temblando, hecha un mar de dudas. Me fui con el corazón en un puño, sabiendo que había hecho lo correcto... aunque eso no me quitara la rabia, ni el dolor de pensar en lo que estaba a punto de suceder.

Habían pasado días. Días llenos de silencios incómodos, de miradas esquivas, de un Noah que seguía sonriendo sin sospechar que el piso bajo sus pies estaba a punto de desmoronarse. Y yo... yo ya no podía más con esto.

Ahí estaba Leah, riendo tímidamente en la cafetería junto a él, como si todo siguiera igual, como si no arrastrara el peso de lo que yo había visto.

No lo soporté más.

Me acerqué, firme, decidida, y sin miramientos la tomé del brazo. La jalé lejos de las mesas, de las miradas curiosas, de los murmullos. La llevé hasta un rincón solitario del pasillo, donde solo se escuchaba el eco de nuestros pasos.

—¿Qué demonios estás haciendo, Leah? —mi voz era baja, pero cada palabra fue como un golpe seco—. ¿Cuánto tiempo más piensas seguir mintiendo? ¿Cuánto tiempo más vas a jugar a que todo está bien, mientras Noah vive engañado?

Leah abrió la boca, temblorosa, intentando encontrar una excusa que ni ella misma creía.
—Yo... yo lo voy a hacer, Mika. Lo juro. Solo... solo estoy esperando el momento.

—¡¿El momento?! —repetí, casi riendo por la ironía amarga—. ¿Qué momento, Leah? ¿Cuándo ya lo hayas roto por dentro? ¿Cuándo ya no quede nada de ese chico que tanto te ama?

Ella bajó la mirada, las lágrimas asomando a sus ojos.
—Por favor...

—No. No hay más por favor, Leah —me crucé de brazos, el corazón latiéndome con fuerza por la rabia—. Escúchame bien: si hoy mismo no tienes el valor de decirle la verdad, yo lo haré. Y me importa un carajo si eso me vuelve a poner en el papel de la mala, de la que arruina lo que Noah ha construido.

Leah se quedó helada, pálida.

—Porque si hay algo que no voy a permitir, es ver cómo lo arrastras de nuevo al infierno del que tanto le costó salir. Yo le debo eso a

Noah. Le debo que alguien lo proteja de lo que tú no fuiste capaz de evitar.

Tomé aire, sintiendo que las palabras me ardían en la garganta.
—Noah es feliz contigo. Y sí, te lo agradezco, porque le devolviste el brillo, lo ayudaste a ser mejor. Pero si tú misma eres quien lo va a destruir... prefiero ser yo quien rompa todo antes de verte hacerlo a ti.

Leah se derrumbó en un sollozo silencioso. Yo la miré, dolida también, pero firme. Porque en este juego ya no había espacio para más mentiras.



NOAH

Vi cómo Mika, sin decir palabra, tomaba a Leah del brazo y la arrastraba fuera de la cafetería. Mi corazón dio un vuelco. ¿Qué carajos estaba pasando ahora? Me levanté de golpe, ignorando las miradas curiosas de los que nos rodeaban, y fui tras ellas, con el pulso acelerado y la mente hecha un lío.

Las encontré en el pasillo. Leah, llorando en silencio, temblando, y Mika... Mika con ese fuego en los ojos que tantas veces había visto antes, ese fuego que quemaba todo a su paso.

Y en mi cabeza lo único que se encendió fue una alarma: Mika le había hecho algo a Leah.

—¡¿Pero qué diablos estás haciendo, Mika?! —estallé, poniéndome delante de Leah, como un escudo. El enojo me nubló—. ¿Ahora qué, eh? ¿No te basta con todo lo que nos hiciste antes? ¿Tenías que volver a meterte y arruinarle el día?

Mika me miró. No dijo nada al principio. Solo me observó, con una rabia contenida que parecía a punto de explotar.

Leah se apresuró a intervenir, entre sollozos.
—No, Noah... no fue Mika. Por favor, no le hables así. Ella no... no hizo nada malo. Solo estábamos hablando... y me dio nostalgia, eso es todo.

Su voz temblaba. Su explicación sonaba débil, forzada. Y yo, atrapado entre la furia y el desconcierto, intenté entender qué demonios pasaba.

Mika, con el rostro rojo de impotencia, apretó los puños, sus ojos destilando una mezcla de enojo y decepción.
—¿En serio, Leah? —le dijo, la voz cargada de veneno—. ¿Otra vez? ¿De verdad no vas a decirle nada?

Yo miraba a una y a otra, sin entender.
—¿Decirme qué? —pregunté, sintiendo que el piso comenzaba a temblar bajo mis pies.

Mika soltó un bufido de rabia, dando un paso atrás.
—¿Sabes qué, Noah? Quédate con tu ridícula versión de las cosas. Ojalá no te arrepientas de lo que acabas de decirme, porque el día que sepas la verdad... el único que va a quedar como un idiota eres tú.

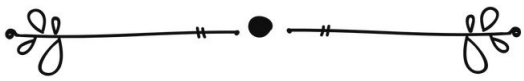
Y sin esperar respuesta, se giró y se fue, sus pasos resonando como un tambor en el pasillo vacío, dejándonos a Leah y a mí ahí, parados, en un silencio denso, casi insoportable.

Leah bajó la mirada, incapaz de sostener la mía. Y yo... yo solo podía quedarme quieto, con un millón de preguntas ardiendo en mi cabeza, y una sensación amarga que se instalaba en el pecho.

Me quedé tirado sobre la cama, con el pecho apretado y la garganta hecha un nudo. No podía pensar. No podía moverme. Solo podía sentir ese vacío brutal que dejó ese beso que vi. Ese beso que fue como si me hubieran arrancado el alma.

Sin saber qué hacer, tomé el teléfono. Mis manos temblaban. No pensé, no planeé, simplemente marqué el único número que podía marcar en ese momento. El de Mika.

La llamada conectó y lo único que pude hacer fue llorar. Las lágrimas corrían por mi rostro, la voz se me quebraba, y solo un murmullo desordenado salió de mí.



Mika

—¿Noah? ¡Noah! ¿Qué pasa? ¡No te entiendo nada! —grité, con el corazón en un puño. El sonido de sus sollozos atravesaba el teléfono como dagas. Estaba llorando con un dolor que jamás le había escuchado.

Lo supe de inmediato. Lo supe en el instante en que lo escuché romperse. Leah lo traicionó.

Volteé a ver a Cale, que estaba a mi lado.
—¡Tenemos que ir ahora! —le dije sin más.

Cale no preguntó. Simplemente tomó las llaves y salimos disparados hacia la casa de Noah.

El camino fue un suspiro. Llegamos y antes de que siquiera tocara la puerta, Noah ya estaba bajando las escaleras como un rayo. Abrió y, sin pensarlo, se lanzó a mis brazos.

Se derrumbó.
Se dejó caer conmigo al suelo de la entrada.
Y yo lo sostuve. Lo sostuve con todas mis fuerzas mientras él lloraba con ese llanto desgarrador que parte el alma.

Entre gritos ahogados, entre rabia, entre ese dolor que yo conocía muy bien.

Cale no dudó. Se arrodilló y nos abrazó a los dos. Su presencia era firme, segura, como queriendo protegernos de un mundo que se nos venía abajo.

La mamá de Noah estaba en la sala. Nos miraba. Con ese dolor silencioso de madre que ve a su hijo deshacerse sin poder hacer nada.

Yo acaricié su cabello.
—Aquí estoy, Noah... aquí estamos. No estás solo.

Y aunque por dentro me dolía todo lo que estaba pasando, aunque todo esto era una pesadilla, supe que ese momento era el inicio de algo más grande. De lo que vendría después.

No sé en qué momento Noah nos arrastró a la playa. Fue como si un instinto lo hubiera guiado directo a su refugio, a ese lugar donde se escondía del mundo y sus heridas. Estábamos Cale y yo detrás de él, caminando en silencio, mientras la brisa helada nos cortaba la piel y las olas rompían contra la orilla con un sonido que parecía llorar por él.

Noah estaba ahí, parado, firme, como una estatua rota mirando el mar. Sus ojos vacíos, su cuerpo temblando no solo por el frío, sino por todo lo que llevaba dentro.

Me acerqué. Le hablé suave, como si temiera romperlo aún más.
—¿Qué vas a hacer, Noah? ¿Cuál es el plan?

Él no se movió. Siguió mirando el horizonte como si el mar pudiera darle respuestas.
—No voy a terminar con ella —dijo, y su voz era dura, como el hielo que nos rodeaba.

Yo fruncí el ceño, confundida.
—¿Cómo qué no? Noah, la viste... ¿Qué más necesitas?

Entonces me miró. Esa mirada... no era el Noah que conocíamos. Era el Noah de antes, ese que ardía en rabia y que había logrado

enterrar.
—No terminaré hasta que ella me diga la verdad. Quiero que lo diga. Quiero verla derrumbarse con sus propias palabras.

Me quedé en shock. Lo supe. Lo vi en sus ojos. Él sabía. Sabía que yo lo había intentado prevenir.
—Sé que tú lo sabías, Mika. Tú trataste de decírmelo y yo, ciego, creí que solo querías conflicto. Pero no. Tú sabías.

Sentí un nudo en la garganta.
—¿Y ahora qué, Noah? —susurré, porque el miedo a lo que planeaba era real.

Él sonrió, esa sonrisa rota que no debería existir en alguien como él.
—Ahora... la dulce venganza. La dejaré ilusionarse. Dejaré que crea que tendrá ese baile de invierno soñado. Y justo ahí, cuando más feliz se sienta, cuando crea que todo es perfecto... se lo voy a arrebatar. Se lo voy a echar en cara delante de todos.

Un escalofrío me recorrió. Ese Noah frío, calculador, volvía. Volvía y esta vez no parecía que se iría tan fácil.

Entonces lo vimos, casi tiritando, en pijama, sin calzado, sin abrigo. Era como si no sintiera el frío, como si su dolor lo anestesiara. Y en ese instante, como respuesta a ese vacío que se formaba, llegaron.

Jeremy, Mónica y Sara, como un escuadrón, como si el destino los hubiera mandado. Sara levantó las manos con las bebidas calientes que traía, sonriendo para intentar romper esa tensión que ni el mar podía borrar.
—¡Venimos al rescate, chicos! Traemos chocolate caliente.

Jeremy se acercó, cargando un abrigo grueso y una mochila.
—Tu mamá nos avisó. —dijo, poniéndole el abrigo sobre los hombros —. Estás congelado, hermano.

Mónica se sentó en la arena sin decir palabra, solo observando, porque las palabras a veces sobran.

Y yo... yo me quedé ahí, viendo cómo el Noah que tanto había cambiado estaba volviendo a ser el chico que un día juró dejar atrás.

Pero esta vez, lo entendí. No iba a detenerlo. Porque ese dolor no se cura con palabras.

El frío de la noche se había metido en los huesos, pero nadie decía nada. Allí estábamos los cinco sentados en la arena, con las tazas humeantes entre las manos. La espuma del mar nos alcanzaba de vez en cuando, como queriendo limpiarnos de los fantasmas que cargábamos.

Noah estaba ahí, con la mirada fija en la nada, como si las olas pudieran devolverle lo que había perdido. Jeremy y Mónica trataban de distraerlo con alguna broma ligera, pero él solo sonreía por compromiso. Y Sara, atenta como siempre, lo vigilaba sin ser obvia, como la capitana que sabe cuidar a su equipo.

Y yo... yo los miraba a todos, y me miraba por dentro. Qué ironía. La chica problema, la que no tenía remedio, la que todos veían como un desastre, ahora era la que más cabeza fría tenía en ese momento. Porque lo entendía. Entendía lo que era querer gritar y no poder, lo que era contener un huracán por dentro y mostrar calma por fuera.

Me había pasado la vida siendo un caos y, de pronto, ahí estaba: la voz sensata, la que analizaba, la que planeaba.

Vi a Noah y supe que su plan, ese plan de venganza silenciosa, no era un impulso. No, él estaba decidido. Estaba tan herido que ya no le importaba el precio que pagara por ver a Leah derrumbarse como él se derrumbó. Y yo... yo no iba a detenerlo.

—Deberíamos quedarnos un rato más —dije, rompiendo el silencio —. No creo que a nadie le haga mal escuchar el mar un poco más.

Sara asintió.
—Sí. El mar calma. —Y nos regaló una de esas sonrisas que tienen el poder de apaciguar tormentas.

Jeremy se levantó, empezó a juntar unas maderas que la marea había dejado en la orilla.
—Vamos a hacer una fogata. Aunque sea pequeña. —dijo, y Mónica lo ayudó enseguida.

Noah no dijo nada, pero dejó que le acomodara mejor el abrigo que traía puesto. Lo miré. Sus ojos seguían vacíos, pero había una chispa en ellos. Una chispa que no era de dolor, era de determinación.

«*Así que así se siente cambiar*», pensé.
Antes habría gritado, habría hecho un escándalo, habría armado un drama que se escuchara hasta la ciudad vecina. Pero no. Ahora solo estaba ahí, planeando, observando, sabiendo que las verdaderas guerras se ganan con la cabeza, no con el ruido.

Y entre el crepitar de la pequeña fogata y el murmullo de las olas, nos quedamos allí. Un grupo de adolescentes rotos y enteros a la vez, buscando en el mar las respuestas que no encontrábamos dentro.

El frío de la noche seguía clavándose en la piel mientras las brasas de la fogata morían poco a poco. El mar nos arrullaba con ese canto suyo que lo dice todo sin palabras, y de pronto, Noah alzó la vista. Esa chispa que le vi antes ahora brillaba diferente.

—¿Y si nos vamos a Italia? —soltó, como quien dice la cosa más natural del mundo.

Jeremy y Mónica se miraron y fue como si el mismo sol saliera entre ellos.
—¡Italia! ¡Sí, por favor! —exclamó Mónica, con una sonrisa que no le veía desde hacía tiempo.
—¡Ya me vi comiendo helado y pasta! —dijo Jeremy, chocando su hombro con el de Noah.

Yo me quedé mirándolo, igual que Sara y Cale.
—¿A Italia? —repetí, queriendo entender qué pasaba por su cabeza.

Noah asintió, y su voz fue más suave, más humana, más de ese chico que había detrás del plan frío.
—Italia... donde todo comenzó. Donde mi papá le pidió matrimonio a mi mamá. Dónde está mi familia, mi historia, y sí, también donde conocí a Leah... pero sobre todo, donde puedo volver a ser yo antes de todo este desastre.

Vi cómo Sara sonrió apenas, como aprobando la idea sin decirlo.
—A veces volver al origen es lo único que queda —murmuró.

Y sin pensarlo más, Noah sacó el teléfono, marcó. Escuchamos su tono más tranquilo al hablar con su papá.
—Sí, papá... ¿qué tal si pasamos las vacaciones allá, contigo y con Richard?

Pausa. Su cara se iluminó un poco.
—¿En serio? ¡Gracias! Sí, claro, preparo las maletas.

Cuando colgó, nos miró como si la brisa se hubiera llevado un poco del peso que cargaba.
—Todo confirmado. Boletos listos, hospedaje arreglado. Mi papá lo cubrió todo. Lo único que tenemos que hacer es empacar y subirnos al avión.

Y ahí estábamos, cinco amigos con las mochilas llenas de sueños rotos y de nuevas promesas, listos para volar al otro lado del océano en busca de un respiro. Italia nos esperaba. Y aunque yo, Mika, la chica del desastre, no creía en los milagros, tal vez ese viaje podría ser el comienzo de uno.

VACACIONES DE INVIERNO

Noah

Nunca me ha gustado despedirme de mi mamá. No porque no quiera irme —que sí quiero, y mucho—, sino porque hay algo en su forma de mirarme antes de soltarme que me deja ese nudo en la garganta, ese que ni el frío del aeropuerto consigue congelar. Me abrazó fuerte, como si pudiera protegerme de todo lo que está por venir, y me dijo al oído:

—Cuida a tus amigos... y cuídate tú, ¿sí?

Asentí, sin poder decir mucho más. Si abría la boca, capaz que no subía al avión.

El resto fue el caos de siempre: mochilas, maletas, boletos que uno jura haber metido en el bolsillo correcto pero nunca está, y la vocecita de Jeremy diciendo:

—¡Última llamada para los guapos de la banda!

Eso hizo que Mónica se riera, esa risa que hace que Jeremy la mire como si hubiera ganado la lotería.

Subimos al avión y buscamos los asientos como si fuéramos un equipo de exploradores. Mika se acomodó junto a Cale, su hermano, ese que parece el doble maduro del grupo, aunque no se salve de las bromas de Jeremy. Jeremy y Mónica, por supuesto, cayeron juntos; ni de broma los separas, y menos ahora que no hay maestros vigilando. Y Sara... Sara se sentó a mi lado, como si eso hubiera estado decidido desde antes que compráramos los boletos.

Nos pusimos cómodos mientras el avión rugía al arrancar, y entonces empezó el cotorreo:

—¿Primera parada? —preguntó Sara, con esa sonrisa que siempre parece esconder un plan.

—Donde haya pizza —dijo Jeremy desde el otro lado del pasillo—. ¡La prioridad es la comida!

—Prioridad es no perdernos esta vez —saltó Mónica, dándole un codazo disimulado.

—¿Qué fiestas nos tocarán? —Mika, que apenas hablaba, parecía ya imaginar las luces y la música.

—¿Qué retos? —agregó Cale, alzando una ceja, como diciendo no quiero terminar rescatándolos de algo raro.

Yo los miré a todos y, por un segundo, se me olvidó el miedo al despegue. Estábamos juntos, listos para lo que viniera, y eso bastaba.

Mientras el avión cortaba las nubes, me recargué en el asiento y cerré los ojos. Italia nos esperaba. Y algo me decía que estas vacaciones de invierno iban a ser todo menos frías.

El avión tocó tierra y, por un instante, el mundo dejó de temblar. Afuera, el cielo de Italia nos daba la bienvenida con ese gris frío de invierno que parecía más elegante que el de casa. Cuando bajamos, un viento helado nos despeinó y nos recordó que no todo iba a ser fácil.

Caminamos entre el bullicio de la terminal hasta que lo vi. Ahí estaba mi papá: traje impecable, abrigo largo, postura de hombre que podría dirigir un imperio o detener el tráfico con una mirada. Pero esa fachada se quebró apenas sus ojos encontraron los míos.

Vi cómo su gesto serio se suavizaba, cómo esa media sonrisa que pocas veces muestra se le escapaba. Se acercó y, por un segundo, creí que iba a darme un abrazo de esos que solo se ven en las

películas. Pero no. Él es así: firme, contenido, y sin embargo, sus ojos decían más que mil palabras.

—Hijo —dijo, con esa voz grave que siempre parece una orden—. Bienvenido.

Asentí, porque tampoco soy bueno para las escenas. A mi lado, Sara y Mika parecían repasar mentalmente todo lo que habían hecho mal la última vez. La primera vez que las conoció, lo dejaron en caos: un par de tormentas con sonrisa dulce. Ahora, su mirada pasó por ellas y noté el brillo de la sorpresa.

—Veo que el caos sigue contigo, Noah —comentó mi papá, esta vez con un dejo de humor que solo yo entendí.

Sara le dedicó un saludo educado, una inclinación de cabeza casi ensayada. Mika, con esa mezcla de timidez y firmeza, apenas murmuró un "*buenas tardes*".

Cale, siempre el caballero, dio un paso al frente.

—Señor Benedetti. Gracias por recibirnos. Es un honor.

Mi papá lo observó y le estrechó la mano con firmeza.

—El honor es mío. Espero que disfruten Italia.

Detrás, Jeremy y Mónica saludaron con sonrisas abiertas. Y entonces, como un torbellino, Richard apareció. Siempre con esa energía que no sabe de límites.

—¡Por fin! ¡Llegaron! Ya tengo el itinerario armado: fiesta mañana, tour por el centro el sábado, y el domingo otra fiesta. Esta vez nada de trabajo, hermanito, ¿eh? ¡Nada de meterte a la oficina con papá! Vinimos a divertirnos, no a hacer planes de negocios.

Mi papá levantó una ceja, divertido.

—Richard tiene razón. Esta vez... vacaciones son vacaciones.

Miré a mi alrededor: las caras de mis amigos, la elegancia de mi padre, el entusiasmo de mi hermano. El aire olía a promesa, a problemas buenos, a historias por escribirse. Italia nos esperaba. Y esta vez, no íbamos a defraudarla.

Ahí estaba la camioneta. Elegante, negra, impecable... y más pequeña de lo que cualquiera hubiera imaginado para un grupo como el nuestro. Vi la cara de mi papá, ese gesto de *"¿en qué estaba pensando?*" que rara vez se le escapa.

—Parece que subestimé el tamaño del grupo —dijo, mientras revisaba las maletas, como si eso pudiera resolver algo.

Richard, por supuesto, lo tomó como un reto.

—¡No pasa nada! ¡Todos arriba! Esto es parte de la aventura, ¿o no?

Y ahí empezó el caos.

Mika terminó sentada sobre Cale, quien, fiel a su estilo, ni se quejó, solo trató de hacerse espacio para no aplastarse contra la puerta. Mónica, entre risas, terminó sobre Jeremy, que parecía encantado con la situación. Y yo... bueno, Sara acabó en mis piernas.

El aire en la camioneta era una mezcla de perfume de aeropuerto, frío de invierno y el inevitable calor de estar todos apretujados. Mi papá al volante, serio pero concentrado en no matarnos en el primer giro. Richard de copiloto, poniendo música a todo volumen, porque claro, *"el ambiente es lo primero*".

Y ahí estábamos. Sara y yo.

Ella miraba por la ventana como si eso pudiera alejarla del desastre en el que estaba metida. Yo, en cambio, no podía dejar de notar lo cerca que estaba. Su cabello, el perfume suave, ese calor que se colaba entre los abrigos.

—Noah... —dijo sin mirarme, la voz firme, como si hablara consigo misma más que conmigo—. Esto no significa nada, ¿ok?

Yo sonreí. Esa sonrisa que no puedo evitar cuando la vida me pone en estas situaciones.

—Claro que no, Sara. Solo eres la afortunada pasajera que le tocó el mejor asiento de la casa —susurré, bajando un poco la voz, lo suficiente para que solo ella lo oyera.

La vi tensarse, pero también vi cómo se le escapaba una media sonrisa, esa que luchaba por no salir.

—No empieces, Noah. Sabes que esto no está bien.

—¿Qué no está bien? ¿Que estemos en el mismo espacio o que sigamos teniendo esta conexión?

Sara se giró apenas, lo justo para mirarme a los ojos.

—Tienes novia. O tenías. O lo que sea. Pero esto... esto no es lo que deberíamos estar haciendo.

Me encogí de hombros, rebelde, como en los viejos tiempos.

—Solo estoy siendo amable con una amiga. ¿O acaso está prohibido ahora?

Ella suspiró, tratando de volver a ignorarme, pero el rubor en sus mejillas la delataba. Afuera, el paisaje de Italia desfilaba mientras la camioneta se sacudía por el camino. Dentro, la tensión crecía, como si el aire se hiciera más denso a cada kilómetro.

Mientras Richard coreaba la canción de moda a todo pulmón, yo solo pensaba en una cosa: estas vacaciones iban a ser más complicadas de lo que creí.

Mientras subíamos las maletas y Richard seguía con su entusiasmo imparable, el celular empezó a vibrar en mi bolsillo. Llamadas perdidas. Leah.

"Noah, contéstame, por favor."
"¿Dónde estás? ¿Por qué no dices nada?"

"Necesito hablar contigo. Llámame cuando veas esto."

El nombre de Lea brillaba en la pantalla como un recordatorio de lo que había dejado atrás... o de lo que aún no había terminado. Miré el teléfono un momento, dudando. Pero no contesté.

Guardé el celular en el bolsillo con un suspiro. Aún podía escuchar a Richard gritar desde el vestíbulo:

—¡Dos horas, equipo! Hoy se empieza la fiesta, y aquí nadie vino a dormir, ¿eh? ¡Esto es Italia!

Y mientras la música ya se oía desde el salón principal, supe que lo que me esperaba iba a ser cualquier cosa menos tranquilo.

El pasillo del castillo estaba en penumbra, solo iluminado por la luz cálida que se colaba de las habitaciones. Iba camino a mi cuarto cuando vi a Richard y Cale parados frente a una puerta entreabierta, con la cabeza asomada como si estuvieran viendo un espectáculo de primera fila.

Me acerqué despacio, levantando una ceja.

—¿Qué pasa?

Richard apenas movió un dedo a los labios, pidiéndome silencio. Cale, que siempre parecía más centrado, estaba igual de clavado mirando.

—Shhh, hermano. Solo... disfruta el momento —susurró Richard con esa sonrisa de tipo que ya está armando un plan.

No pude evitar mirar. Y ahí estaba Sara, de espaldas, cambiándose de ropa, ajena a la escena, la puerta abierta como si estuviéramos en un maldito reality show. Su cabello caía en cascada sobre los hombros, el movimiento lento, casi hipnótico.

Un calor raro me subió por el cuello.

—¡Oigan, ya basta! —dije en un murmullo urgente—. Denle un poco de privacidad, ¿no?

Pero Richard no quitaba los ojos.

—Vaya, vaya... quién lo diría, ¿eh? Tu amiga Sara es toda una sorpresa.

Me tensé. Algo dentro de mí se encendió. Era como si cada mirada de Richard hacia ella me quemara.

—Te estoy diciendo que dejes de mirarla así.

Richard se giró, divertido, alzando ambas manos en falso gesto de paz.

—¿Y eso? ¿Por qué tanto drama? ¿Acaso... te gusta? ¿Por eso no quieres que me acerque?

Sentí cómo la mandíbula se me apretaba, pero intenté jugarla cool.

—No es eso. Es... es que es mi amiga. Y no quiero que empieces con tus jueguitos de ligue.

Richard soltó una carcajada baja, esa que usaba cuando creía haber dado en el clavo.

—Claro. Tu amiga. No sabía que "*amiga*" ahora significaba "*me revienta que mi hermano la mire porque yo quiero que solo me mire a mí".*

Cale intervino entonces, quitándose de la puerta como el buen tipo que es.

—Ya, ya. Mejor dejemos que se cambie. Esto se está poniendo raro.

Richard me dio un último codazo cómplice.

—Relájate, hermanito. Si no quieres que alguien intente acercarse a Sara... tal vez deberías dejar de jugar al indiferente.

Y con eso, se fue silbando, dejándome solo frente a la puerta, con el eco de sus palabras y un torbellino en la cabeza.

Me quedé un momento frente a la puerta, con la luz tenue escapando por el borde como un secreto mal guardado. Podía escuchar el sonido suave de ropa moviéndose, el crujir del piso mientras Sara iba y venía dentro de la habitación.

No sé qué fue lo que me impulsó. Tal vez las palabras de Richard, tal vez mis propios pensamientos enredados. Toqué suavemente la puerta.

—¿Sara? ¿Todo bien?

Dentro, un pequeño salto, un leve golpe como de alguien que se sorprendió y casi tira algo.

—¡Noah! Dios, me asustaste...

La puerta, entreabierta, me dejó ver más de lo que había esperado. Sara estaba frente al espejo, ajustando el conjunto que había elegido para la fiesta. Un vestido corto, ajustado en el lugar exacto donde debía serlo, con un abrigo ligero que apenas cubría sus hombros, dejando ver la piel que el invierno aún no lograba reclamar. Las medias oscuras, las botas altas, ese contraste entre elegancia y atrevimiento que no se puede ensayar.

Me quedé quieto. La boca entreabierta. El cerebro en completo caos.

—Wow... —se me escapó sin querer.

Ella se giró, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto automático, sin dejar de sonreír con un toque de vergüenza.

—¿Qué haces ahí?

Yo me apoyé en el marco de la puerta, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Solo... vine a ver si estabas bien. Pero parece que... estás más que bien.

Sara rodó los ojos, pero no pudo ocultar ese brillo en la mirada, ese que recordaba tan bien, el de las primeras veces, el de los juegos entre los dos antes de que todo se complicara.

—No empieces, Noah.

—¿Empezar qué? —me acerqué un paso, solo uno, suficiente para hacer que el aire se volviera más denso entre nosotros—. No he dicho nada... aún.

Ella negó con la cabeza, pero la sonrisa traviesa ya estaba ahí.

—Eres el mismo de siempre.

—Y tú —dije, bajando un poco la voz, más grave, más cerca— sigues siendo... increíble.

Por un segundo, el mundo se detuvo. El castillo, la fiesta, Richard, Leah, todo desapareció. Solo estábamos ella y yo, como antes. Como siempre.

Pero Sara respiró hondo, y fue ella la que supo poner el límite.

—Vete a cambiar, Benedetti. La fiesta te espera.

Yo asentí, reculando como quien sabe que el fuego está cerca pero no quiere alejarse demasiado.

—Sí... nos vemos abajo.

Me alejé, pero su imagen se quedó pegada en mis pupilas. Y supe que esa noche, la verdadera batalla no iba a ser en la pista de baile... iba a ser contra mí mismo.

La fiesta estaba en su punto. Las luces de la fraternidad bailaban sobre las paredes como si el lugar respirara música. El aire olía a perfume caro, a alcohol, a esa mezcla de invierno y calor humano que solo las mejores fiestas logran.

Ahí estaban Sara, Mika y Mónica, dominando la pista de baile como si la hubieran construido para ellas. Sara, con ese conjunto que aún tenía tatuado en la memoria, se movía al ritmo de la música, riendo, brillando. Mika y Mónica no se quedaban atrás, girando, levantando los brazos, viviendo el momento.

Y los italianos... bueno, los italianos parecían lobos en manada, clavando los ojos en cada movimiento de las chicas, murmurando entre ellos en su idioma, soltando sonrisas y comentarios que no necesitaban traducción para entender el tono.

Sentí cómo la sangre me hervía. A mi lado, Jeremy estaba igual, cruzado de brazos, con esa mirada de si te acercas a Mónica, no respondo.

—Oye, ¿tú también lo ves? —murmuró, sin quitarle los ojos de encima a un par de tipos que parecían demasiado interesados.

Asentí.

—Lo veo. Y no me está gustando nada.

Justo entonces apareció Richard, como siempre, el alma del desastre. Con una bandeja de vasos en las manos, sonriendo como si la noche apenas empezara.

—¡Ah, mis pequeños polluelos celosos! Relájense, hombre. ¡Miren nada más lo guapas que se ven nuestras chicas! Sobre todo Sara... magnífica. Absolutamente magnífica.

Lo miré de reojo, con esa mezcla de hermano mayor protector y chico incapaz de ocultar los celos.

—Baja el tono, Richard.

Él se rio, pasándome un vaso.

—Tranquilo. Solo decía la verdad. Disfruta, hermano. Esta noche es para eso.

Jeremy tomó el suyo sin dejar de vigilar a Mónica.

—Como se acerque uno más, le derramo esto encima.

Richard los miró, divertido.

—Por Dios, ¿quién los invitó, a ustedes o a sus celos? ¡Vamos, disfruten! ¡Esto apenas empieza!

Y se alejó bailando, repartiendo bebidas, saludando, como el rey de la fiesta que era.

Yo volví a mirar a Sara. Se reía, giraba, disfrutaba. Y algo dentro de mí gritaba que esa noche iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

La música subió de intensidad, el bajo retumbaba en el pecho y las luces giraban como si el mundo estuviera borracho de alegría. Y entonces lo vi. Uno de esos italianos —*alto, con camisa ajustada y esa sonrisa de yo consigo lo que quiero*— se acercó a Sara.

Le dijo algo al oído. Ella se rio, esa risa incómoda de no querer ser grosera pero tampoco de invitar a más. Mika y Mónica se dieron cuenta, mirándose con esa expresión de esto se va a poner interesante.

El tipo insistió, estiró la mano, ofreciéndose para invitarla a bailar. Sara negó con la cabeza, amable, pero el tipo no parecía entender un no.

Sentí cómo se me encendían las venas. Di un paso al frente, pero Jeremy me detuvo, porque él estaba igual: uno de los amigos del italiano también se acercaba a Mónica.

—Ya basta —dije entre dientes.

Richard apareció como caído del cielo, con su copa en alto, sonriendo como si todo fuera un chiste.

—¡Ey, señores! —dijo en un italiano impecable, pero con ese tono burlón que solo Richard sabe usar—. ¿No ven que estas chicas ya tienen compañía? ¡Sigan su camino, la pista es grande!

Los tipos levantaron las manos, como diciendo tranquilos, y se alejaron, pero no sin mirar de nuevo, no sin dejar esa última mirada cargada que me hizo apretar los puños.

Me acerqué a Sara, que seguía en el centro de la pista, un poco aliviada, un poco molesta.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero su mirada me atravesó.

—Estoy bien. Solo no quiero líos, Noah.

Me encogí de hombros, intentando aflojar la tensión.

—Yo tampoco... pero no voy a quedarme viendo cómo esos idiotas se pasan de listos.

Sara bajó la mirada un segundo, luego me sostuvo la mirada, seria, intensa.

—Tú eres el problema, Noah. Porque cuando me defiendes así... me confundes.

Yo no supe qué responder. Porque tenía razón.

En ese momento, Richard volvió a aparecer, como un torbellino.

—¡Vamos, vamos, mis fieras! ¡Que nadie se amargue! ¡Hora del primer reto! Todos a la terraza en diez minutos. ¡Esta noche apenas comienza!

Y así, la fiesta se transformaba en juego, en prueba, en otra excusa para seguir cruzando límites. Mientras tanto, en mi bolsillo, el celular vibró. Lea. Otra vez. Pero esa noche... esa noche mi caos estaba aquí.

La terraza de la fraternidad era enorme, con vista a toda la ciudad iluminada como un mar de estrellas. El aire frío nos golpeó en la cara, sobrio y directo, como recordándonos que el invierno estaba ahí, aunque dentro reinara el calor de la fiesta.

Richard se subió a un banco, copa en mano, con esa sonrisa que anunciaba desastre divertido.

—¡Bien! ¡Hora del primer reto! Porque no, señores, aquí no se vino solo a bailar. Esta es una noche para los valientes.

Todos se agruparon alrededor, los amigos de Richard, los italianos curiosos, los nuestros. Sara se cruzó de brazos, Mika se reía ya sin saber de qué, Mónica miraba a Jeremy como diciendo no dejes que esto se descontrole.

—El reto es sencillo —continuó Richard, alzando su copa—. Cada pareja debe pasar por el pasillo humano que haremos aquí —señaló entre dos filas de chicos—, mientras los demás los animan... ¡o los ponen nerviosos! Quien no cruce bailando y pasándola bien... ¡bebida doble en el siguiente brindis!

Las risas y los gritos no se hicieron esperar. Los primeros en lanzarse fueron un par de italianos que parecían hechos para ese juego, girando, lanzando pasos, dejando al público aplaudiendo.

Entonces Richard, con esa mirada de no me voy sin meter el dedo en la llaga, apuntó hacia mí y hacia Sara.

—¡Vamos, ustedes! ¡Noah y Sara! ¡Queremos ver cómo se hace de verdad!

Sara abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué? No, no...

Yo sonreí, porque ya estaba decidido. Le tendí la mano.

—¿Qué dices? ¿Viejos tiempos?

Ella dudó... pero al final la tomó. Y bajamos por ese pasillo de gritos y aplausos, ella con la elegancia que la salvaba de todo, yo con la seguridad de quien solo quería estar cerca. Bailamos, nos reímos, y por un momento el mundo era solo eso: música, luces, y el eco de lo que habíamos sido.

Al terminar, el público aplaudió como si fuéramos leyenda. Y cuando nos apartamos, nuestras manos tardaron un segundo más en soltarse.

Richard nos guiñó un ojo, victorioso.

—¡Eso es lo que digo! Así se empieza una noche.

Jeremy y Mónica fueron los siguientes, y entre bromas, empujones y brindis, la noche se volvió un recuerdo dorado, uno de esos que sabes que va a doler cuando termine.

Mientras tanto, mi celular seguía vibrando en el bolsillo. Pero no lo saqué. No podía. Esa noche... esa noche no era de Lea.

La fiesta seguía ardiendo en la terraza, pero yo no podía evitar notarlo: Cale no estaba. No había pasado por el pasillo humano, no había reído con los demás, no se había perdido en la música como todos.

Lo busqué, esquivando grupos que bailaban, parejas que ya empezaban a perderse entre las sombras, amigos de Richard que gritaban brindis en italiano. Lo encontré en la cocina, un espacio que parecía ajeno al caos del resto de la casa.

La cocina parecía un refugio del ruido de la fiesta, pero lo que vi al entrar me dejó claro que el caos también sabía colarse allí. Cale estaba detrás de la barra, serio, mezclando ingredientes como si de eso dependiera calmar los fantasmas que traía desde casa.

A su lado, dos italianas lo rodeaban, lanzándole cumplidos en su idioma, tocándole el brazo, el hombro, entre risas y miradas que buscaban algo más que un cóctel.

—Che bello... guarda che braccia... —decía una, acariciándole el bíceps descaradamente.

—Tu sei il più forte qui... —añadió la otra, rozando sus dedos por su espalda.

Cale sonreía, un poco incómodo, un poco halagado, pero sobre todo agradecido de tener algo —*lo que fuera*— que lo apartara de los problemas de casa.

Me acerqué, apoyándome en el marco de la puerta.

—Así que aquí estabas. Pensé que te habías perdido.

Cale levantó la vista, relajado.

—Nada de eso. Solo... me ofrecieron ayudar a preparar unos cócteles. Mira —dijo sirviéndome un vaso con el líquido colorido que había armado—. Tienes que probarlo. Es mi creación estrella.

Lo tomé sin desconfiar al principio, porque confiaba en Cale. Lo llevé a la nariz, pero algo en el aroma no cuadraba: era demasiado dulce, demasiado cargado. Y entonces, las risas de las italianas, ese brillo de travesura maliciosa en sus ojos, me pusieron en alerta.

—¿Qué le pusieron? —pregunté, girándome hacia ellas.

Una murmuró algo en italiano, riéndose con complicidad con la otra.

Cale se encogió de hombros, inocente.

—No sé... solo me dijeron cómo mezclarlo.

Entonces caí. Dejé el vaso sobre la barra, firme.

—Cale, no lo pruebes. Ni yo, ni tú. Esto no es solo alcohol.

El rostro de Cale cambió al instante, pasando de la calma a la preocupación.

—¿Qué dices?

—Digo que nos intentaron colar algo en el trago. Mira cómo se ríen —señalé a las italianas, que ya se apartaban, buscando otro lugar donde seguir su juego.

Cale suspiró, pasando la mano por su cara, sintiendo el peso de lo que casi sucede.

—Gracias, Noah. Estuve a nada...

Lo palmeé en el hombro, más hermano que amigo en ese momento.

—Vamos. Antes de que esta noche nos pase factura de verdad.

Y juntos salimos de la cocina, dejando atrás el vaso que podría haber arruinado la fiesta... o algo más.

Volvimos a la fiesta. El aire estaba más cargado, más espeso. Las risas eran más fuertes, las copas se alzaban con menos equilibrio, y el brillo en los ojos de todos hablaba del efecto del alcohol y el descontrol que ya comenzaba a apoderarse de la noche.

Richard estaba en su elemento: subido en la mesa de centro, copa en mano, el rey indiscutible del caos.

—¡Hora del siguiente reto! —gritó, y todos corearon como si lo esperaran con ansias—. Y esta vez... vamos a subir la temperatura.

Yo ya sabía que eso no podía traer nada bueno.

—Escuchen bien —continuó Richard, guiñando un ojo a las chicas—. Aquí tenemos una belleza que ha robado todas las miradas esta noche: ¡Sara!

La gente empezó a gritar, a aplaudir, a hacer ese ruido que solo se hace cuando la fiesta ya ha cruzado la línea. Sara, roja como nunca, levantó las manos para pedir calma.

—No, no, Richard, ya basta...

Pero él no se detenía.

—El reto es este: Sara debe elegir a un chico para darle un beso francés. ¡Que viva la fiesta!

Las risas, los vítores, el ruido. Yo sentí cómo el corazón se me iba a los puños. Miré a Richard, y algo en mí explotó.

—¿Estás loco? —le dije, cruzando el salón hacia él—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Richard se inclinó hacia mí, sin perder la sonrisa.

—Relájate, hermanito. Esto es solo un juego.

—Esto no es un juego para mí.

Me fulminó con la mirada, pero bajó el tono, para que solo yo lo oyera.

—Tranquilo. Confía. Tengo un plan.

—¿Qué plan?

Richard sonrió, el típico brillo de idea loca brillando en sus ojos.

—Sara tiene que escoger a un italiano, ¿no? Pues adivina qué... tú también lo eres. ¿O acaso olvidaste de dónde viene tu sangre?

Me quedé mirándolo, entre molesto y desconcertado. Pero entendí. Richard estaba dándome una salida. Una forma de evitar que otro se llevara ese momento.

Richard alzó las manos de nuevo.

—¡Vamos, Sara! ¡Tu italiano favorito!

Los ojos de Sara buscaron en el salón, incómoda, abrumada... y al final, se cruzaron con los míos. La tensión era un hilo a punto de romperse.

Ella respiró hondo y sonrió, ese tipo de sonrisa que mezcla vergüenza y alivio.

—Noah.

La habitación estalló en gritos y aplausos. Richard alzó su copa, victorioso.

—¡Eso es! ¡Así se juega!

Yo me acerqué, el corazón a mil. Y cuando nuestras bocas se encontraron, el mundo desapareció. Por un instante, todo fue como antes. Como si no hubiera habido distancia, ni rupturas, ni fantasmas. Solo el sabor de lo que habíamos sido.

Cuando nos separamos, el ruido volvió. Las luces, la música, el eco de las voces. Y yo supe que esa noche acababa de cambiarlo todo.

El eco de los gritos aún vibraba en mis oídos. Sara apartó la mirada rápido, como si quisiera escapar de lo que acababa de pasar. El sabor del beso aún estaba en mis labios, pero el sabor que me dejó en el pecho era más difícil de describir.

Los comentarios no se hicieron esperar.

—¡Vaya, Benedetti! Así se hace —dijo uno de los italianos, entre aplausos y palmadas en la espalda.

—El chico juega fuerte —añadió otro, riéndose con complicidad.

Yo intenté mantener la calma, pero mi vista se fue directo a los ojos de Richard, que seguía celebrando como si hubiera ganado un trofeo.

—Tranquilo, hermano. Todo salió bien, ¿no? —me dijo al oído, alzando su copa de nuevo.

Pero dentro de mí, algo hervía. Porque no era solo el beso. Era la forma en que los otros miraban a Sara ahora. Como si el reto la hubiera convertido en un premio, en una meta que todos querían alcanzar.

Jeremy apareció a mi lado, tenso, con la mandíbula apretada.

—Esto ya se está pasando de la raya. Mónica está molesta. Y yo... bueno, ya sabes.

Asentí. Lo sabía. Lo sentía igual.

Y como si el universo quisiera echar más leña al fuego, uno de los italianos se acercó a Sara, con esa sonrisa cargada de intención.

—Brava, bellissima... ¿Un altro bacio?

Ella se encogió, incómoda.

—No, gracias...

Yo di un paso al frente antes de pensar.

—Se acabaron los retos por hoy.

El tipo levantó las manos, burlón.

—Tranquilo, amigo. Solo es una fiesta.

Richard vio el gesto, y por primera vez en la noche bajó el tono.

—Basta ya. Todos. Vamos a calmar las aguas.

Pero la tensión ya estaba ahí, flotando en el aire, como un relámpago a punto de estallar. Las miradas, las palabras no dichas, las copas a medio vaciar... todo era combustible.

Sara se apartó, buscando aire. Yo la seguí, queriendo decir algo, pero sin encontrar las palabras.

Y entonces, como si el destino quisiera recordarme que el caos no venía solo de esta noche, mi celular vibró en el bolsillo. Otra vez. Lea. Otra llamada perdida. Otro mensaje sin abrir.

Y así, entre el fuego de la fiesta y las sombras del pasado, supe que el clímax de esta historia estaba por llegar.

La vibración del celular en mi bolsillo era un latido más fuerte que el de mi propio corazón. Leah. Otra vez. Sentí que todo lo que había

tratado de enterrar esa noche volvía a la superficie. La fiesta, las luces, el calor de la gente... todo se volvió un murmullo lejano.

Abrí el mensaje.

"Noah, por favor contesta. Necesito hablar contigo. Esto es importante."

Levanté la vista y vi a Sara. Estaba junto a la puerta de la terraza, los brazos cruzados, los ojos perdidos entre el bullicio. Su respiración aún agitada por lo que había pasado, por ese beso que no debió ser y que sin embargo había sido.

Me acerqué, dejando el teléfono en el bolsillo, como si pudiera esconder lo que quemaba dentro.

—Sara...

Ella me miró, y en sus ojos no había enojo, ni vergüenza. Había algo peor: dolor.

—Esto se está saliendo de control, Noah. Y no solo lo de la fiesta. Tú... yo... lo que sea que esté pasando.

Antes de que pudiera decir algo, un grupo de italianos, los mismos de antes, se acercaron con sonrisas cargadas y copas en alto.

—Un brindis por la coppia più bella della notte! —gritó uno.

Sara retrocedió un paso, incómoda. Y eso fue suficiente para que el volcán estallara.

—¡Ya basta! —dije, alzando la voz, apartándolos de un empujón. El tipo me miró sorprendido, y eso bastó para que el murmullo de la fiesta se volviera silencio.

—Tranquilo, amigo... —respondió el italiano, alzando las manos, pero el tono ya no era amable.

Richard intervino, rápido, poniendo un brazo entre nosotros.

—Noah, cálmate.

—No —dije, con el pecho al borde de explotar—. Esta noche se acabó.

Me giré hacia Sara, que me miraba como si no supiera si abrazarme o empujarme lejos.

—Lo siento. Yo... no puedo seguir aquí.

Y sin esperar respuesta, salí de la terraza, atravesando el salón, dejando atrás el ruido, las luces, la música. Afuera, el aire frío me golpeó como una bofetada de realidad.

El celular volvió a vibrar. Lo saqué, lo miré. Leah. Otra llamada. Otra cadena de errores que no sabía cómo romper.

Me apoyé contra la pared del viejo castillo, cerré los ojos, y supe que esa noche, la verdadera emoción no había sido el beso, ni el reto, ni los celos. El verdadero era lo que venía después: decidir quién era yo en medio de ese caos.

La casa estaba en silencio. Las risas, la música, el caos de la fiesta eran ahora solo un eco lejano. Cada quien se había encerrado en su habitación, buscado el descanso o, al menos, la calma que la noche ya no podía ofrecerme.

Pero yo no podía dormir. No podía dejarlo así. El beso, las miradas, la tensión... todo era un fuego que me quemaba por dentro. Salí de mi habitación, el frío de los pasillos del castillo no lograba apagar lo que ardía en mí. Toqué la puerta de Sara, suave, como si temiera romper el momento antes de empezarlo.

Ella abrió, sorprendida, el rostro cansado pero hermoso bajo la luz tenue.

—Noah... ¿qué haces aquí?

Respiré hondo.

—Necesito hablar. Necesito entender. Necesito... entender en qué momento dejamos de ser esos amigos que nos queríamos tanto.

Ella bajó la mirada, y por un segundo, vi el brillo en sus ojos.

—Noah... esto no está bien. Lo sabes.

—No, no lo sé. Porque nada de esto se siente bien si no estoy contigo.

El silencio entre nosotros era un abismo, y sin embargo, nos acercaba.

Y entonces el celular. Otra vez. Vibrando en mi bolsillo, como un latido que no podía ignorar más. Leah. Otra llamada. Otra verdad pendiente.

Saqué el teléfono. Miré a Sara a los ojos. Ella no apartó la vista.

Contesté.

—Noah... gracias por contestar. Por favor, escúchame... —La voz de Leah temblaba, cargada de culpa—. Lo siento. No quise que te enteraras así. Sí... sí, te fui infiel. Pero no quiero que esto termine así. No por teléfono. Déjame arreglarlo. Por favor.

Yo escuchaba. Pero mis ojos... mis ojos no dejaban de estar en los de Sara. Ella tampoco apartaba los suyos. Un mar contenía sus lágrimas. Un mar que yo ya no quería ver derramarse.

Leah seguía hablando, su voz se volvía lejana, como un eco detrás de un cristal.

—Por favor, Noah. Hablemos. No quiero perderte...

Respiré hondo.

—Cuando vuelva... hablaremos. —Y sin más, colgué.

El silencio volvió a llenarlo todo. Pero ya no era frío. Era fuego.

Me acerqué a Sara, despacio, como quien sabe que está cruzando una línea de la que no hay retorno.

—Eso... eso ya quedó atrás. Quiero volver a empezar. Quiero que volvamos a ser lo que éramos antes de todo esto... antes de Mika, antes de los errores.

Ella intentó hablar, pero su voz se quebró antes de salir. Y entonces fue el gesto lo que habló: ese paso que la acercó, esos ojos brillantes que pedían consuelo, esa respiración contenida que pedía libertad.

Nuestros labios se buscaron. Y esta vez el beso no fue de reto, ni de juego. Fue un beso cargado de verdad, de necesidad, de esa pasión que había estado dormida demasiado tiempo.

Mi mano acarició su mejilla con la suavidad de quien no quiere romper el momento. Su cuerpo tembló bajo el mío, no de miedo, sino de ese torbellino que compartíamos. Las barreras se caían, las distancias se borraban.

La noche nos cubrió y, por un instante, sentí que el castillo mismo era testigo de lo que pasaba entre nosotros. Entre caricias lentas, miradas que lo decían todo y palabras que ya no necesitábamos decir, me encontré con Sara de nuevo. Después de tanto tiempo, después de tanto caos. El calor de su cuerpo fue el refugio que había estado esperando sin saberlo. La ternura de sus manos me dio una certeza que pocas veces sentí: que al menos esa noche... el mundo, con todo su desastre, se había quedado afuera.

Cuando el silencio volvió, no fue incómodo. Fue paz. Fue esa calma que uno encuentra solo cuando deja de huir de lo que siente. Sara y yo nos quedamos así, abrazados, sin necesidad de más palabras. Podía escuchar su respiración, el latido de su corazón, el mío respondiendo al mismo ritmo.

No pensé en Leah. No pensé en Richard, ni en los italianos, ni en el desastre que había sido la noche. Pensé en esto. En nosotros. En lo

que, por un instante, volvimos a ser.

Y mientras el frío de la madrugada se colaba por las ventanas del castillo, yo supe que pase lo que pase después... esta noche ya nadie nos la podría quitar.

VACACIONES DE INVIERNO

Noah

Nunca me ha gustado despedirme de mi mamá. No porque no quiera irme —que sí quiero, y mucho—, sino porque hay algo en su forma de mirarme antes de soltarme que me deja ese nudo en la garganta, ese que ni el frío del aeropuerto consigue congelar. Me abrazó fuerte, como si pudiera protegerme de todo lo que está por venir, y me dijo al oído:

—Cuida a tus amigos... y cuídate tú, ¿sí?

Asentí, sin poder decir mucho más. Si abría la boca, capaz que no subía al avión.

El resto fue el caos de siempre: mochilas, maletas, boletos que uno jura haber metido en el bolsillo correcto pero nunca está, y la vocecita de Jeremy diciendo:

—¡Última llamada para los guapos de la banda!

Eso hizo que Mónica se riera, esa risa que hace que Jeremy la mire como si hubiera ganado la lotería.

Subimos al avión y buscamos los asientos como si fuéramos un equipo de exploradores. Mika se acomodó junto a Cale, su hermano, ese que parece el doble maduro del grupo, aunque no se salve de las bromas de Jeremy. Jeremy y Mónica, por supuesto, cayeron juntos; ni de broma los separas, y menos ahora que no hay maestros vigilando. Y Sara... Sara se sentó a mi lado, como si eso hubiera estado decidido desde antes que compráramos los boletos.

Nos pusimos cómodos mientras el avión rugía al arrancar, y entonces empezó el cotorreo:

—¿Primera parada? —preguntó Sara, con esa sonrisa que siempre parece esconder un plan.

—Donde haya pizza —dijo Jeremy desde el otro lado del pasillo—. ¡La prioridad es la comida!

—Prioridad es no perdernos esta vez —saltó Mónica, dándole un codazo disimulado.

—¿Qué fiestas nos tocarán? —Mika, que apenas hablaba, parecía ya imaginar las luces y la música.

—¿Qué retos? —agregó Cale, alzando una ceja, como diciendo no quiero terminar rescatándolos de algo raro.

Yo los miré a todos y, por un segundo, se me olvidó el miedo al despegue. Estábamos juntos, listos para lo que viniera, y eso bastaba.

Mientras el avión cortaba las nubes, me recargué en el asiento y cerré los ojos. Italia nos esperaba. Y algo me decía que estas vacaciones de invierno iban a ser todo menos frías.

El avión tocó tierra y, por un instante, el mundo dejó de temblar. Afuera, el cielo de Italia nos daba la bienvenida con ese gris frío de invierno que parecía más elegante que el de casa. Cuando bajamos, un viento helado nos despeinó y nos recordó que no todo iba a ser fácil.

Caminamos entre el bullicio de la terminal hasta que lo vi. Ahí estaba mi papá: traje impecable, abrigo largo, postura de hombre que podría dirigir un imperio o detener el tráfico con una mirada. Pero esa fachada se quebró apenas sus ojos encontraron los míos.

Vi cómo su gesto serio se suavizaba, cómo esa media sonrisa que pocas veces muestra se le escapaba. Se acercó y, por un segundo, creí que iba a darme un abrazo de esos que solo se ven en las

películas. Pero no. Él es así: firme, contenido, y sin embargo, sus ojos decían más que mil palabras.

—Hijo —dijo, con esa voz grave que siempre parece una orden—. Bienvenido.

Asentí, porque tampoco soy bueno para las escenas. A mi lado, Sara y Mika parecían repasar mentalmente todo lo que habían hecho mal la última vez. La primera vez que las conoció, lo dejaron en caos: un par de tormentas con sonrisa dulce. Ahora, su mirada pasó por ellas y noté el brillo de la sorpresa.

—Veo que el caos sigue contigo, Noah —comentó mi papá, esta vez con un dejo de humor que solo yo entendí.

Sara le dedicó un saludo educado, una inclinación de cabeza casi ensayada. Mika, con esa mezcla de timidez y firmeza, apenas murmuró un "*buenas tardes".*

Cale, siempre el caballero, dio un paso al frente.

—Señor Benedetti. Gracias por recibirnos. Es un honor.

Mi papá lo observó y le estrechó la mano con firmeza.

—El honor es mío. Espero que disfruten Italia.

Detrás, Jeremy y Mónica saludaron con sonrisas abiertas. Y entonces, como un torbellino, Richard apareció. Siempre con esa energía que no sabe de límites.

—¡Por fin! ¡Llegaron! Ya tengo el itinerario armado: fiesta mañana, tour por el centro el sábado, y el domingo otra fiesta. Esta vez nada de trabajo, hermanito, ¿eh? ¡Nada de meterte a la oficina con papá! Vinimos a divertirnos, no a hacer planes de negocios.

Mi papá levantó una ceja, divertido.

—Richard tiene razón. Esta vez... vacaciones son vacaciones.

Miré a mi alrededor: las caras de mis amigos, la elegancia de mi padre, el entusiasmo de mi hermano. El aire olía a promesa, a problemas buenos, a historias por escribirse. Italia nos esperaba. Y esta vez, no íbamos a defraudarla.

Ahí estaba la camioneta. Elegante, negra, impecable... y más pequeña de lo que cualquiera hubiera imaginado para un grupo como el nuestro. Vi la cara de mi papá, ese gesto de *"¿en qué estaba pensando?*" que rara vez se le escapa.

—Parece que subestimé el tamaño del grupo —dijo, mientras revisaba las maletas, como si eso pudiera resolver algo.

Richard, por supuesto, lo tomó como un reto.

—¡No pasa nada! ¡Todos arriba! Esto es parte de la aventura, ¿o no?

Y ahí empezó el caos.

Mika terminó sentada sobre Cale, quien, fiel a su estilo, ni se quejó, solo trató de hacerse espacio para no aplastarse contra la puerta. Mónica, entre risas, terminó sobre Jeremy, que parecía encantado con la situación. Y yo... bueno, Sara acabó en mis piernas.

El aire en la camioneta era una mezcla de perfume de aeropuerto, frío de invierno y el inevitable calor de estar todos apretujados. Mi papá al volante, serio pero concentrado en no matarnos en el primer giro. Richard de copiloto, poniendo música a todo volumen, porque claro, "el ambiente es lo primero".

Y ahí estábamos. Sara y yo.

Ella miraba por la ventana como si eso pudiera alejarla del desastre en el que estaba metida. Yo, en cambio, no podía dejar de notar lo cerca que estaba. Su cabello, el perfume suave, ese calor que se colaba entre los abrigos.

—Noah... —dijo sin mirarme, la voz firme, como si hablara consigo misma más que conmigo—. Esto no significa nada, ¿ok?

Yo sonreí. Esa sonrisa que no puedo evitar cuando la vida me pone en estas situaciones.

—Claro que no, Sara. Solo eres la afortunada pasajera que le tocó el mejor asiento de la casa —susurré, bajando un poco la voz, lo suficiente para que solo ella lo oyera.

La vi tensarse, pero también vi cómo se le escapaba una media sonrisa, esa que luchaba por no salir.

—No empieces, Noah. Sabes que esto no está bien.

—¿Qué no está bien? ¿Que estemos en el mismo espacio o que sigamos teniendo esta conexión?

Sara se giró apenas, lo justo para mirarme a los ojos.

—Tienes novia. O tenías. O lo que sea. Pero esto... esto no es lo que deberíamos estar haciendo.

Me encogí de hombros, rebelde, como en los viejos tiempos.

—Solo estoy siendo amable con una amiga. ¿O acaso está prohibido ahora?

Ella suspiró, tratando de volver a ignorarme, pero el rubor en sus mejillas la delataba. Afuera, el paisaje de Italia desfilaba mientras la camioneta se sacudía por el camino. Dentro, la tensión crecía, como si el aire se hiciera más denso a cada kilómetro.

Mientras Richard coreaba la canción de moda a todo pulmón, yo solo pensaba en una cosa: estas vacaciones iban a ser más complicadas de lo que creí.

Mientras subíamos las maletas y Richard seguía con su entusiasmo imparable, el celular empezó a vibrar en mi bolsillo. Llamadas perdidas. Leah.

"Noah, contéstame, por favor."
"¿Dónde estás? ¿Por qué no dices nada?"

"Necesito hablar contigo. Llámame cuando veas esto."

El nombre de Leah brillaba en la pantalla como un recordatorio de lo que había dejado atrás... o de lo que aún no había terminado. Miré el teléfono un momento, dudando. Pero no contesté.

Guardé el celular en el bolsillo con un suspiro. Aún podía escuchar a Richard gritar desde el vestíbulo:

—¡Dos horas, equipo! Hoy se empieza la fiesta, y aquí nadie vino a dormir, ¿eh? ¡Esto es Italia!

Y mientras la música ya se oía desde el salón principal, supe que lo que me esperaba iba a ser cualquier cosa menos tranquilo.

El pasillo del castillo estaba en penumbra, solo iluminado por la luz cálida que se colaba de las habitaciones. Iba camino a mi cuarto cuando vi a Richard y Cale parados frente a una puerta entreabierta, con la cabeza asomada como si estuvieran viendo un espectáculo de primera fila.

Me acerqué despacio, levantando una ceja.

—¿Qué pasa?

Richard apenas movió un dedo a los labios, pidiéndome silencio. Cale, que siempre parecía más centrado, estaba igual de clavado mirando.

—Shhh, hermano. Solo... disfruta el momento —susurró Richard con esa sonrisa de tipo que ya está armando un plan.

No pude evitar mirar. Y ahí estaba Sara, de espaldas, cambiándose de ropa, ajena a la escena, la puerta abierta como si estuviéramos en un maldito reality show. Su cabello caía en cascada sobre los hombros, el movimiento lento, casi hipnótico.

Un calor raro me subió por el cuello.

—¡Oigan, ya basta! —dije en un murmullo urgente—. Denle un poco de privacidad, ¿no?

Pero Richard no quitaba los ojos.

—Vaya, vaya... quién lo diría, ¿eh? Tu amiga Sara es toda una sorpresa.

Me tensé. Algo dentro de mí se encendió. Era como si cada mirada de Richard hacia ella me quemara.

—Te estoy diciendo que dejes de mirarla así.

Richard se giró, divertido, alzando ambas manos en falso gesto de paz.

—¿Y eso? ¿Por qué tanto drama? ¿Acaso... te gusta? ¿Por eso no quieres que me acerque?

Sentí cómo la mandíbula se me apretaba, pero intenté jugarla cool.

—No es eso. Es... es que es mi amiga. Y no quiero que empieces con tus jueguitos de ligue.

Richard soltó una carcajada baja, esa que usaba cuando creía haber dado en el clavo.

—Claro. Tu amiga. No sabía que "*amiga*" ahora significaba "me revienta que mi hermano la mire porque yo quiero que solo me mire a mí".

Cale intervino entonces, quitándose de la puerta como el buen tipo que es.

—Ya, ya. Mejor dejemos que se cambie. Esto se está poniendo raro.

Richard me dio un último codazo cómplice.

—Relájate, hermanito. Si no quieres que alguien intente acercarse a Sara... tal vez deberías dejar de jugar al indiferente.

Y con eso, se fue silbando, dejándome solo frente a la puerta, con el eco de sus palabras y un torbellino en la cabeza.

Me quedé un momento frente a la puerta, con la luz tenue escapando por el borde como un secreto mal guardado. Podía escuchar el sonido suave de ropa moviéndose, el crujir del piso mientras Sara iba y venía dentro de la habitación.

No sé qué fue lo que me impulsó. Tal vez las palabras de Richard, tal vez mis propios pensamientos enredados. Toqué suavemente la puerta.

—¿Sara? ¿Todo bien?

Dentro, un pequeño salto, un leve golpe como de alguien que se sorprendió y casi tira algo.

—¡Noah! Dios, me asustaste...

La puerta, entreabierta, me dejó ver más de lo que había esperado. Sara estaba frente al espejo, ajustando el conjunto que había elegido para la fiesta. Un vestido corto, ajustado en el lugar exacto donde debía serlo, con un abrigo ligero que apenas cubría sus hombros, dejando ver la piel que el invierno aún no lograba reclamar. Las medias oscuras, las botas altas, ese contraste entre elegancia y atrevimiento que no se puede ensayar.

Me quedé quieto. La boca entreabierta. El cerebro en completo caos.

—Wow... —se me escapó sin querer.

Ella se giró, cruzando los brazos sobre el pecho en un gesto automático, sin dejar de sonreír con un toque de vergüenza.

—¿Qué haces ahí?

Yo me apoyé en el marco de la puerta, sin poder quitarle los ojos de encima.

—Solo... vine a ver si estabas bien. Pero parece que... estás más que bien.

Sara rodó los ojos, pero no pudo ocultar ese brillo en la mirada, ese que recordaba tan bien, el de las primeras veces, el de los juegos entre los dos antes de que todo se complicara.

—No empieces, Noah.

—¿Empezar qué? —me acerqué un paso, solo uno, suficiente para hacer que el aire se volviera más denso entre nosotros—. No he dicho nada... aún.

Ella negó con la cabeza, pero la sonrisa traviesa ya estaba ahí.

—Eres el mismo de siempre.

—Y tú —dije, bajando un poco la voz, más grave, más cerca— sigues siendo... increíble.

Por un segundo, el mundo se detuvo. El castillo, la fiesta, Richard, Leah, todo desapareció. Solo estábamos ella y yo, como antes. Como siempre.

Pero Sara respiró hondo, y fue ella la que supo poner el límite.

—Vete a cambiar, Benedetti. La fiesta te espera.

Yo asentí, reculando como quien sabe que el fuego está cerca pero no quiere alejarse demasiado.

—Sí... nos vemos abajo.

Me alejé, pero su imagen se quedó pegada en mis pupilas. Y supe que esa noche, la verdadera batalla no iba a ser en la pista de baile... iba a ser contra mí mismo.

La fiesta estaba en su punto. Las luces de la fraternidad bailaban sobre las paredes como si el lugar respirara música. El aire olía a perfume caro, a alcohol, a esa mezcla de invierno y calor humano que solo las mejores fiestas logran.

Ahí estaban Sara, Mika y Mónica, dominando la pista de baile como si la hubieran construido para ellas. Sara, con ese conjunto que aún tenía tatuado en la memoria, se movía al ritmo de la música, riendo, brillando. Mika y Mónica no se quedaban atrás, girando, levantando los brazos, viviendo el momento.

Y los italianos... bueno, los italianos parecían lobos en manada, clavando los ojos en cada movimiento de las chicas, murmurando entre ellos en su idioma, soltando sonrisas y comentarios que no necesitaban traducción para entender el tono.

Sentí cómo la sangre me hervía. A mi lado, Jeremy estaba igual, cruzado de brazos, con esa mirada de si te acercas a Mónica, no respondo.

—Oye, ¿tú también lo ves? —murmuró, sin quitarle los ojos de encima a un par de tipos que parecían demasiado interesados.

Asentí.

—Lo veo. Y no me está gustando nada.

Justo entonces apareció Richard, como siempre, el alma del desastre. Con una bandeja de vasos en las manos, sonriendo como si la noche apenas empezara.

—¡Ah, mis pequeños polluelos celosos! Relájense, hombre. ¡Miren nada más lo guapas que se ven nuestras chicas! Sobre todo Sara... magnífica. Absolutamente magnífica.

Lo miré de reojo, con esa mezcla de hermano mayor protector y chico incapaz de ocultar los celos.

—Baja el tono, Richard.

Él se rio, pasándome un vaso.

—Tranquilo. Solo decía la verdad. Disfruta, hermano. Esta noche es para eso.

Jeremy tomó el suyo sin dejar de vigilar a Mónica.

—Como se acerque uno más, le derramo esto encima.

Richard los miró, divertido.

—Por Dios, ¿quién los invitó, a ustedes o a sus celos? ¡Vamos, disfruten! ¡Esto apenas empieza!

Y se alejó bailando, repartiendo bebidas, saludando, como el rey de la fiesta que era.

Yo volví a mirar a Sara. Se reía, giraba, disfrutaba. Y algo dentro de mí gritaba que esa noche iba a ser mucho más difícil de lo que había imaginado.

La música subió de intensidad, el bajo retumbaba en el pecho y las luces giraban como si el mundo estuviera borracho de alegría. Y entonces lo vi. Uno de esos italianos —*alto, con camisa ajustada y esa sonrisa de yo consigo lo que quiero*— se acercó a Sara.

Le dijo algo al oído. Ella se rio, esa risa incómoda de no querer ser grosera pero tampoco de invitar a más. Mika y Mónica se dieron cuenta, mirándose con esa expresión de esto se va a poner interesante.

El tipo insistió, estiró la mano, ofreciéndose para invitarla a bailar. Sara negó con la cabeza, amable, pero el tipo no parecía entender un no.

Sentí cómo se me encendían las venas. Di un paso al frente, pero Jeremy me detuvo, porque él estaba igual: uno de los amigos del italiano también se acercaba a Mónica.

—Ya basta —dije entre dientes.

Richard apareció como caído del cielo, con su copa en alto, sonriendo como si todo fuera un chiste.

—¡Ey, señores! —dijo en un italiano impecable, pero con ese tono burlón que solo Richard sabe usar—. ¿No ven que estas chicas ya tienen compañía? ¡Sigan su camino, la pista es grande!

Los tipos levantaron las manos, como diciendo tranquilos, y se alejaron, pero no sin mirar de nuevo, no sin dejar esa última mirada cargada que me hizo apretar los puños.

Me acerqué a Sara, que seguía en el centro de la pista, un poco aliviada, un poco molesta.

—¿Estás bien?

Ella asintió, pero su mirada me atravesó.

—Estoy bien. Solo no quiero líos, Noah.

Me encogí de hombros, intentando aflojar la tensión.

—Yo tampoco... pero no voy a quedarme viendo cómo esos idiotas se pasan de listos.

Sara bajó la mirada un segundo, luego me sostuvo la mirada, seria, intensa.

—Tú eres el problema, Noah. Porque cuando me defiendes así... me confundes.

Yo no supe qué responder. Porque tenía razón.

En ese momento, Richard volvió a aparecer, como un torbellino.

—¡Vamos, vamos, mis fieras! ¡Que nadie se amargue! ¡Hora del primer reto! Todos a la terraza en diez minutos. ¡Esta noche apenas comienza!

Y así, la fiesta se transformaba en juego, en prueba, en otra excusa para seguir cruzando límites. Mientras tanto, en mi bolsillo, el celular vibró. Leah. Otra vez. Pero esa noche... esa noche mi caos estaba aquí.

La terraza de la fraternidad era enorme, con vista a toda la ciudad iluminada como un mar de estrellas. El aire frío nos golpeó en la cara, sobrio y directo, como recordándonos que el invierno estaba ahí, aunque dentro reinara el calor de la fiesta.

Richard se subió a un banco, copa en mano, con esa sonrisa que anunciaba desastre divertido.

—¡Bien! ¡Hora del primer reto! Porque no, señores, aquí no se vino solo a bailar. Esta es una noche para los valientes.

Todos se agruparon alrededor, los amigos de Richard, los italianos curiosos, los nuestros. Sara se cruzó de brazos, Mika se reía ya sin saber de qué, Mónica miraba a Jeremy como diciendo no dejes que esto se descontrole.

—El reto es sencillo —continuó Richard, alzando su copa—. Cada pareja debe pasar por el pasillo humano que haremos aquí —señaló entre dos filas de chicos—, mientras los demás los animan... ¡o los ponen nerviosos! Quien no cruce bailando y pasándola bien... ¡bebida doble en el siguiente brindis!

Las risas y los gritos no se hicieron esperar. Los primeros en lanzarse fueron un par de italianos que parecían hechos para ese juego, girando, lanzando pasos, dejando al público aplaudiendo.

Entonces Richard, con esa mirada de no me voy sin meter el dedo en la llaga, apuntó hacia mí y hacia Sara.

—¡Vamos, ustedes! ¡Noah y Sara! ¡Queremos ver cómo se hace de verdad!

Sara abrió los ojos, sorprendida.

—¿Qué? No, no...

Yo sonreí, porque ya estaba decidido. Le tendí la mano.

—¿Qué dices? ¿Viejos tiempos?

Ella dudó... pero al final la tomó. Y bajamos por ese pasillo de gritos y aplausos, ella con la elegancia que la salvaba de todo, yo con la seguridad de quien solo quería estar cerca. Bailamos, nos reímos, y por un momento el mundo era solo eso: música, luces, y el eco de lo que habíamos sido.

Al terminar, el público aplaudió como si fuéramos leyenda. Y cuando nos apartamos, nuestras manos tardaron un segundo más en soltarse.

Richard nos guiñó un ojo, victorioso.

—¡Eso es lo que digo! Así se empieza una noche.

Jeremy y Mónica fueron los siguientes, y entre bromas, empujones y brindis, la noche se volvió un recuerdo dorado, uno de esos que sabes que va a doler cuando termine.

Mientras tanto, mi celular seguía vibrando en el bolsillo. Pero no lo saqué. No podía. Esa noche... esa noche no era de Leah.

La fiesta seguía ardiendo en la terraza, pero yo no podía evitar notarlo: Cale no estaba. No había pasado por el pasillo humano, no había reído con los demás, no se había perdido en la música como todos.

Lo busqué, esquivando grupos que bailaban, parejas que ya empezaban a perderse entre las sombras, amigos de Richard que gritaban brindis en italiano. Lo encontré en la cocina, un espacio que parecía ajeno al caos del resto de la casa.

La cocina parecía un refugio del ruido de la fiesta, pero lo que vi al entrar me dejó claro que el caos también sabía colarse allí. Cale estaba detrás de la barra, serio, mezclando ingredientes como si de eso dependiera calmar los fantasmas que traía desde casa.

A su lado, dos italianas lo rodeaban, lanzándole cumplidos en su idioma, tocándole el brazo, el hombro, entre risas y miradas que buscaban algo más que un cóctel.

—Che bello... guarda che braccia... —decía una, acariciándole el bíceps descaradamente.

—Tu sei il più forte qui... —añadió la otra, rozando sus dedos por su espalda.

Cale sonreía, un poco incómodo, un poco halagado, pero sobre todo agradecido de tener algo —lo que fuera— que lo apartara de los problemas de casa.

Me acerqué, apoyándome en el marco de la puerta.

—Así que aquí estabas. Pensé que te habías perdido.

Cale levantó la vista, relajado.

—Nada de eso. Solo... me ofrecieron ayudar a preparar unos cócteles. Mira —dijo sirviéndome un vaso con el líquido colorido que había armado—. Tienes que probarlo. Es mi creación estrella.

Lo tomé sin desconfiar al principio, porque confiaba en Cale. Lo llevé a la nariz, pero algo en el aroma no cuadraba: era demasiado dulce, demasiado cargado. Y entonces, las risas de las italianas, ese brillo de travesura maliciosa en sus ojos, me pusieron en alerta.

—¿Qué le pusieron? —pregunté, girándome hacia ellas.

Una murmuró algo en italiano, riéndose con complicidad con la otra.

Cale se encogió de hombros, inocente.

—No sé... solo me dijeron cómo mezclarlo.

Entonces caí. Dejé el vaso sobre la barra, firme.

—Cale, no lo pruebes. Ni yo, ni tú. Esto no es solo alcohol.

El rostro de Cale cambió al instante, pasando de la calma a la preocupación.

—¿Qué dices?

—Digo que nos intentaron colar algo en el trago. Mira cómo se ríen —señalé a las italianas, que ya se apartaban, buscando otro lugar donde seguir su juego.

Cale suspiró, pasando la mano por su cara, sintiendo el peso de lo que casi sucede.

—Gracias, Noah. Estuve a nada...

Lo palmeé en el hombro, más hermano que amigo en ese momento.

—Vamos. Antes de que esta noche nos pase factura de verdad.

Y juntos salimos de la cocina, dejando atrás el vaso que podría haber arruinado la fiesta... o algo más.

Volvimos a la fiesta. El aire estaba más cargado, más espeso. Las risas eran más fuertes, las copas se alzaban con menos equilibrio, y el brillo en los ojos de todos hablaba del efecto del alcohol y el descontrol que ya comenzaba a apoderarse de la noche.

Richard estaba en su elemento: subido en la mesa de centro, copa en mano, el rey indiscutible del caos.

—¡Hora del siguiente reto! —gritó, y todos corearon como si lo esperaran con ansias—. Y esta vez... vamos a subir la temperatura.

Yo ya sabía que eso no podía traer nada bueno.

—Escuchen bien —continuó Richard, guiñando un ojo a las chicas—. Aquí tenemos una belleza que ha robado todas las miradas esta noche: ¡Sara!

La gente empezó a gritar, a aplaudir, a hacer ese ruido que solo se hace cuando la fiesta ya ha cruzado la línea. Sara, roja como nunca, levantó las manos para pedir calma.

—No, no, Richard, ya basta...

Pero él no se detenía.

—El reto es este: Sara debe elegir a un chico para darle un beso francés. ¡Que viva la fiesta!

Las risas, los vítores, el ruido. Yo sentí cómo el corazón se me iba a los puños. Miré a Richard, y algo en mí explotó.

—¿Estás loco? —le dije, cruzando el salón hacia él—. ¿Qué demonios estás haciendo?

Richard se inclinó hacia mí, sin perder la sonrisa.

—Relájate, hermanito. Esto es solo un juego.

—Esto no es un juego para mí.

Me fulminó con la mirada, pero bajó el tono, para que solo yo lo oyera.

—Tranquilo. Confía. Tengo un plan.

—¿Qué plan?

Richard sonrió, el típico brillo de idea loca brillando en sus ojos.

—Sara tiene que escoger a un italiano, ¿no? Pues adivina qué... tú también lo eres. ¿O acaso olvidaste de dónde viene tu sangre?

Me quedé mirándolo, entre molesto y desconcertado. Pero entendí. Richard estaba dándome una salida. Una forma de evitar que otro se llevara ese momento.

Richard alzó las manos de nuevo.

—¡Vamos, Sara! ¡Tu italiano favorito!

Los ojos de Sara buscaron en el salón, incómoda, abrumada... y al final, se cruzaron con los míos. La tensión era un hilo a punto de romperse.

Ella respiró hondo y sonrió, ese tipo de sonrisa que mezcla vergüenza y alivio.

—Noah.

La habitación estalló en gritos y aplausos. Richard alzó su copa, victorioso.

—¡Eso es! ¡Así se juega!

Yo me acerqué, el corazón a mil. Y cuando nuestras bocas se encontraron, el mundo desapareció. Por un instante, todo fue como antes. Como si no hubiera habido distancia, ni rupturas, ni fantasmas. Solo el sabor de lo que habíamos sido.

Cuando nos separamos, el ruido volvió. Las luces, la música, el eco de las voces. Y yo supe que esa noche acababa de cambiarlo todo.

El eco de los gritos aún vibraba en mis oídos. Sara apartó la mirada rápido, como si quisiera escapar de lo que acababa de pasar. El sabor del beso aún estaba en mis labios, pero el sabor que me dejó en el pecho era más difícil de describir.

Los comentarios no se hicieron esperar.

—¡Vaya, Benedetti! Así se hace —dijo uno de los italianos, entre aplausos y palmadas en la espalda.

—El chico juega fuerte —añadió otro, riéndose con complicidad.

Yo intenté mantener la calma, pero mi vista se fue directo a los ojos de Richard, que seguía celebrando como si hubiera ganado un trofeo.

—Tranquilo, hermano. Todo salió bien, ¿no? —me dijo al oído, alzando su copa de nuevo.

Pero dentro de mí, algo hervía. Porque no era solo el beso. Era la forma en que los otros miraban a Sara ahora. Como si el reto la hubiera convertido en un premio, en una meta que todos querían alcanzar.

Jeremy apareció a mi lado, tenso, con la mandíbula apretada.

—Esto ya se está pasando de la raya. Mónica está molesta. Y yo... bueno, ya sabes.

Asentí. Lo sabía. Lo sentía igual.

Y como si el universo quisiera echar más leña al fuego, uno de los italianos se acercó a Sara, con esa sonrisa cargada de intención.

—Brava, bellissima... ¿Un altro bacio?

Ella se encogió, incómoda.

—No, gracias...

Yo di un paso al frente antes de pensar.

—Se acabaron los retos por hoy.

El tipo levantó las manos, burlón.

—Tranquilo, amigo. Solo es una fiesta.

Richard vio el gesto, y por primera vez en la noche bajó el tono.

—Basta ya. Todos. Vamos a calmar las aguas.

Pero la tensión ya estaba ahí, flotando en el aire, como un relámpago a punto de estallar. Las miradas, las palabras no dichas, las copas a medio vaciar... todo era combustible.

Sara se apartó, buscando aire. Yo la seguí, queriendo decir algo, pero sin encontrar las palabras.

Y entonces, como si el destino quisiera recordarme que el caos no venía solo de esta noche, mi celular vibró en el bolsillo. Otra vez. Leah. Otra llamada perdida. Otro mensaje sin abrir.

Y así, entre el fuego de la fiesta y las sombras del pasado, supe que el clímax de esta historia estaba por llegar.

La vibración del celular en mi bolsillo era un latido más fuerte que el de mi propio corazón. Leah. Otra vez. Sentí que todo lo que había

tratado de enterrar esa noche volvía a la superficie. La fiesta, las luces, el calor de la gente... todo se volvió un murmullo lejano.

Abrí el mensaje.

"Noah, por favor contesta. Necesito hablar contigo. Esto es importante."

Levanté la vista y vi a Sara. Estaba junto a la puerta de la terraza, los brazos cruzados, los ojos perdidos entre el bullicio. Su respiración aún agitada por lo que había pasado, por ese beso que no debió ser y que sin embargo había sido.

Me acerqué, dejando el teléfono en el bolsillo, como si pudiera esconder lo que quemaba dentro.

—Sara...

Ella me miró, y en sus ojos no había enojo, ni vergüenza. Había algo peor: dolor.

—Esto se está saliendo de control, Noah. Y no solo lo de la fiesta. Tú... yo... lo que sea que esté pasando.

Antes de que pudiera decir algo, un grupo de italianos, los mismos de antes, se acercaron con sonrisas cargadas y copas en alto.

—Un brindis por la coppia più bella della notte! —gritó uno.

Sara retrocedió un paso, incómoda. Y eso fue suficiente para que el volcán estallara.

—¡Ya basta! —dije, alzando la voz, apartándolos de un empujón. El tipo me miró sorprendido, y eso bastó para que el murmullo de la fiesta se volviera silencio.

—Tranquilo, amigo... —respondió el italiano, alzando las manos, pero el tono ya no era amable.

Richard intervino, rápido, poniendo un brazo entre nosotros.

—Noah, cálmate.

—No —dije, con el pecho al borde de explotar—. Esta noche se acabó.

Me giré hacia Sara, que me miraba como si no supiera si abrazarme o empujarme lejos.

—Lo siento. Yo... no puedo seguir aquí.

Y sin esperar respuesta, salí de la terraza, atravesando el salón, dejando atrás el ruido, las luces, la música. Afuera, el aire frío me golpeó como una bofetada de realidad.

El celular volvió a vibrar. Lo saqué, lo miré. Leah. Otra llamada. Otra cadena de errores que no sabía cómo romper.

Me apoyé contra la pared del viejo castillo, cerré los ojos, y supe que esa noche, la verdadera emoción no había sido el beso, ni el reto, ni los celos. El verdadero era lo que venía después: decidir quién era yo en medio de ese caos.

La casa estaba en silencio. Las risas, la música, el caos de la fiesta eran ahora solo un eco lejano. Cada quien se había encerrado en su habitación, buscado el descanso o, al menos, la calma que la noche ya no podía ofrecerme.

Pero yo no podía dormir. No podía dejarlo así. El beso, las miradas, la tensión... todo era un fuego que me quemaba por dentro. Salí de mi habitación, el frío de los pasillos del castillo no lograba apagar lo que ardía en mí. Toqué la puerta de Sara, suave, como si temiera romper el momento antes de empezarlo.

Ella abrió, sorprendida, el rostro cansado pero hermoso bajo la luz tenue.

—Noah... ¿qué haces aquí?

Respiré hondo.

—Necesito hablar. Necesito entender. Necesito... entender en qué momento dejamos de ser esos amigos que nos queríamos tanto.

Ella bajó la mirada, y por un segundo, vi el brillo en sus ojos.

—Noah... esto no está bien. Lo sabes.

—No, no lo sé. Porque nada de esto se siente bien si no estoy contigo.

El silencio entre nosotros era un abismo, y sin embargo, nos acercaba.

Y entonces el celular. Otra vez. Vibrando en mi bolsillo, como un latido que no podía ignorar más. Leah. Otra llamada. Otra verdad pendiente.

Saqué el teléfono. Miré a Sara a los ojos. Ella no apartó la vista.

Contesté.

—Noah... gracias por contestar. Por favor, escúchame... —La voz de Leah temblaba, cargada de culpa—. Lo siento. No quise que te enteraras así. Sí... sí, te fui infiel. Pero no quiero que esto termine así. No por teléfono. Déjame arreglarlo. Por favor.

Yo escuchaba. Pero mis ojos... mis ojos no dejaban de estar en los de Sara. Ella tampoco apartaba los suyos. Un mar contenía sus lágrimas. Un mar que yo ya no quería ver derramarse.

Leah seguía hablando, su voz se volvía lejana, como un eco detrás de un cristal.

—Por favor, Noah. Hablemos. No quiero perderte...

Respiré hondo.

—Cuando vuelva... hablaremos. —Y sin más, colgué.

El silencio volvió a llenarlo todo. Pero ya no era frío. Era fuego.

Me acerqué a Sara, despacio, como quien sabe que está cruzando una línea de la que no hay retorno.

—Eso... eso ya quedó atrás. Quiero volver a empezar. Quiero que volvamos a ser lo que éramos antes de todo esto... antes de Mika, antes de los errores.

Ella intentó hablar, pero su voz se quebró antes de salir. Y entonces fue el gesto lo que habló: ese paso que la acercó, esos ojos brillantes que pedían consuelo, esa respiración contenida que pedía libertad.

Nuestros labios se buscaron. Y esta vez el beso no fue de reto, ni de juego. Fue un beso cargado de verdad, de necesidad, de esa pasión que había estado dormida demasiado tiempo.

Mi mano acarició su mejilla con la suavidad de quien no quiere romper el momento. Su cuerpo tembló bajo el mío, no de miedo, sino de ese torbellino que compartíamos. Las barreras se caían, las distancias se borraban.

La noche nos cubrió y, por un instante, sentí que el castillo mismo era testigo de lo que pasaba entre nosotros. Entre caricias lentas, miradas que lo decían todo y palabras que ya no necesitábamos decir, me encontré con Sara de nuevo. Después de tanto tiempo, después de tanto caos. El calor de su cuerpo fue el refugio que había estado esperando sin saberlo. La ternura de sus manos me dio una certeza que pocas veces sentí: que al menos esa noche... el mundo, con todo su desastre, se había quedado afuera.

Cuando el silencio volvió, no fue incómodo. Fue paz. Fue esa calma que uno encuentra solo cuando deja de huir de lo que siente. Sara y yo nos quedamos así, abrazados, sin necesidad de más palabras. Podía escuchar su respiración, el latido de su corazón, el mío respondiendo al mismo ritmo.

No pensé en Leah. No pensé en Richard, ni en los italianos, ni en el desastre que había sido la noche. Pensé en esto. En nosotros. En lo

que, por un instante, volvimos a ser.

Y mientras el frío de la madrugada se colaba por las ventanas del castillo, yo supe que pase lo que pase después... esta noche ya nadie nos la podría quitar.

RECONCILIACIÓN



BETTER FOR IT ——

FOREING AIR

Noah

El primer rayo de sol se coló por la ventana del castillo, bañando la habitación en un dorado suave que no lograba borrar el calor de la noche anterior. Sara estaba a mi lado, dormida, con el rostro relajado como hacía tiempo no la veía. Y por un momento quise que el mundo se detuviera ahí. Que nada más existiera fuera de ese cuarto, fuera de nosotros.

Pero el mundo no se detuvo. El mundo estaba abajo, en el comedor, esperándonos con olor a café, pan recién hecho... y resaca. Mucha resaca.

Cuando entramos, la escena era casi cómica. Richard, cabizbajo, con un vaso de agua en una mano y un pedazo de pan en la otra, parecía un guerrero derrotado. Jeremy tenía los ojos entrecerrados, como si la luz le doliera, y Mónica le acariciaba el brazo, entre divertida y preocupada. Cale, en cambio, estaba entero, como el buen amigo que había sabido cuándo parar.

—Al fin, los tortolitos —murmuró Richard con una voz ronca, levantando apenas el vaso a modo de saludo.

Yo sonreí y sacudí la cabeza.

—Buenos días a ti también.

Sara se sentó a mi lado, y desde ese instante, todo el desayuno fue un juego de miradas, de caricias disimuladas bajo la mesa, de sonrisas que decían mucho más que las palabras. Mis dedos rozaban los suyos apenas, como quien prueba el fuego sin querer quemarse. Ella bajaba la mirada, pero sus ojos brillaban, y yo no podía dejar de buscar esos ojos.

Cale lo notó, porque Cale no era ciego.

—¿Van a contarnos el secreto, o solo van a matarnos de envidia? —dijo con una sonrisa franca, mientras untaba mantequilla en un pan.

Richard soltó una risa ahogada y negó con la cabeza.

—Déjalos, Cale. Están en su propio universo ahora mismo.

Sara y yo cruzamos una última mirada, esa que tiene un millón de preguntas: ¿Qué somos ahora? ¿A dónde vamos? ¿Podemos volver a empezar?

Y mientras afuera el sol subía sobre Italia, dentro de mí supe que esa mañana no era solo un nuevo día. Era el comienzo de todo lo que estaba por venir.

El desayuno ya era un campo de batalla de resacas cuando la puerta del comedor se abrió de golpe. Mika entró como si la vida fuera un desfile y ella fuera la reina del carnaval.

—¡BUENOS DÍAS, MUNDO! —gritó, y el eco rebotó en las paredes de piedra como un trueno.

Richard se llevó las manos a la cabeza.

—Por favor, ¿alguien puede bajarle el volumen a la alegría?

Cale se giró de golpe, su expresión pasaba de confusión a molestia en segundos.

—¡¿Dónde demonios estabas, Mika?! ¡Toda la noche desaparecida! ¿Te parece normal aparecer así como si nada?

Pero Mika ni se inmutó. Al contrario, se dejó caer en la silla entre Sara y Mónica, con una sonrisa que no le cabía en la cara y los ojos brillando como si el mundo le perteneciera.

—¡Chicas! ¡No se imaginan! La mejor noche de mi vida. Guapísimo. Italiano. Encantador. Y bueno... —se encogió de hombros—... no voy a dar detalles, pero digamos que no dormí sola.

Sara y Mónica soltaron un grito que fue mitad sorpresa, mitad celebración, y se inclinaron hacia ella como si fuera un secreto de estado.

Richard dejó caer la cabeza sobre la mesa con un gemido.

—Dios... mi cruda no soporta esto.

Jeremy solo miraba a Mónica como rogando: que a ti no se te ocurra algo igual.

Yo, mientras tanto, trataba de no reírme, porque el show de Mika era lo único que le faltaba a esa mañana. Pero mi mirada volvía una y otra vez a Sara. Esa sonrisa suya, esa manera de mirarme de reojo cuando pensaba que no la veía...

Esperé a que el escándalo bajara un poco y me incliné hacia ella.

—Oye... después de todo esto... ¿nosotros qué?

Ella dejó la taza de café, con la mirada aún cargada de esa mezcla de ternura y complicidad.

—Noah... yo no quiero apresurar nada. Lo que pasó... pasó porque lo sentimos. Y eso ya es bastante. ¿Por qué no dejamos que fluya?

Yo asentí, aunque por dentro deseaba agarrar ese "*fluir*" y dirigirlo directo a nosotros.

—¿Y si ese fluir nos mete en más problemas? —bromeé, buscando su mano bajo la mesa.

Ella entrelazó sus dedos con los míos.

—Entonces los enfrentamos juntos.

Richard, que parecía renacer con un poco de agua y pan, levantó la vista y sonrió cansado.

—Muy bonito todo. Pero ¿alguien recuerda que estamos en Italia? Porque tengo un plan para hoy... y no, no incluye quedarse aquí como viejos. ¡Nos vamos de paseo en barco! ¡Y al atardecer, fiesta en la costa!

Cale se pasó la mano por la cara.

—¿Otra vez? ¿No has tenido suficiente?

Richard se encogió de hombros, con esa sonrisa que solo él podía tener tras una noche como la de ayer.

—Las vacaciones no se viven a medias.

Y así, entre bromas, miradas y promesas sin decir, el día empezó... con todo lo que eso significaba.

El sol ya estaba alto cuando salimos del castillo. El aire de mar nos recibió como un soplo de libertad y de resaca mezcladas. El puerto era un caos hermoso: barcos anclados, vendedores gritando en italiano, turistas sacando fotos. Y nosotros, con nuestras mochilas y nuestras ganas de olvidar todo lo que no fuera ese momento.

Richard, como siempre, era el alma de la expedición.

—¡Miren esto! —gritó, señalando un barco blanco con velas azules, con el nombre Stella Marina pintado en un costado—. ¡Nuestro transporte de hoy, señoras y señores!

Mika saltaba de emoción, Mónica sacaba fotos, Jeremy trataba de no perder el equilibrio en el muelle. Cale solo suspiraba, como el adulto a cargo. Y yo... yo no podía quitarle los ojos de encima a Sara: su cabello al viento, esa forma de reírse que era un imán.

Subimos al barco y pronto estábamos mar adentro, el castillo quedando atrás como un dibujo. Richard nos hacía brindar con refrescos y botellas de agua (*porque el día apenas empezaba y ni él se atrevía a repetir la locura de la noche anterior tan temprano*).

Pero claro... todo lo que empieza bien, termina en caos.

—¡Al agua! —gritó Richard, quitándose la camiseta y saltando sin aviso.

Mika lo siguió, y luego un par de italianos que se habían unido a la fiesta.

Sara se quitó los zapatos, dudando en el borde. Yo estaba a su lado.

—¿Qué? ¿Miedo? —le dije, sonriendo.

Ella levantó una ceja, retadora.

—¿Tú saltas primero?

—Siempre.

Y salté. El agua helada fue como un puñetazo, pero el grito de Sara al lanzarse detrás de mí lo borró todo.

Lo que no esperábamos era que, a lo lejos, se escuchara un ruido que no venía del mar: un motor demasiado cerca. Un bote pequeño, de esos que rentan a turistas sin mucha experiencia, se acercaba a toda velocidad. El tipo al volante, claramente más preocupado por sus amigos que por manejar, iba directo a nuestro grupo.

—¡Cuidado! —grité, nadando hacia Sara, que aún reía sin ver el peligro.

El barco pequeño giró al último segundo, pero la ola que levantó nos revolcó a todos. Cuando salí a la superficie, vi a Richard maldiciendo y a Cale ayudando a subir a Mika de vuelta al barco.

Sara estaba a mi lado, empapada, los ojos abiertos por la sorpresa.

—Bueno... —dijo entre jadeos—. Esto sí que no lo vi venir.

Yo la abracé, porque el susto había sido real, y porque el mar, la adrenalina y el caos hacían imposible no hacerlo.

—Estás bien. Eso es lo único que importa.

Ella no se soltó. Y el mundo, otra vez, se quedó en pausa solo para nosotros.

La costa se acercaba mientras el sol comenzaba a inclinarse, tiñendo el mar de tonos dorados y anaranjados. El susto del bote quedó atrás como quedan atrás las malas ideas de una noche vieja. Richard, cómo no, ya hablaba con un grupo de locales, armando lo que él llamaba la verdadera fiesta italiana.

Desembarcamos y el lugar era de postal: pequeñas fogatas encendidas, música de guitarras y tambores, mesas con comida, botellas que pasaban de mano en mano. El aire olía a mar, a leña, a promesas que el viento traía y que nadie sabía si cumpliría.

Sara estaba preciosa. No había otra forma de decirlo. Su cabello aún húmedo, la piel iluminada por el fuego, esa sonrisa que era mitad tímida, mitad imposible de ignorar. Mónica y Mika ya bailaban, Jeremy intentaba seguirles el ritmo, y Cale, aunque vigilante, se dejaba contagiar por la música.

Yo me acerqué a Sara y le ofrecí la mano.

—¿Bailamos?

Ella me miró, y sus ojos decían que sí mucho antes que sus labios.

Y bailamos. Bajo el cielo que se llenaba de estrellas, bajo la luna que nos espiaba como un cómplice silencioso. Bailamos y el mundo dejó de ser tan complicado. Por un rato.

Pero el caos nunca se iba del todo.

Un tipo —uno de los mismos que había estado en el bote— se acercó demasiado. O tal vez fue la forma en que miraba a Sara. O tal vez fue el comentario en italiano que no entendí del todo, pero cuyo tono no necesitaba traducción.

Me puse frente a él, sin palabras, porque había momentos en que las palabras sobraban. El tipo sonrió, burlón. Richard apareció, claro, y puso un brazo entre ambos.

—¡Hey! ¡Tranquilos, amigos! Todo el mundo quiere fiesta, ¿no?

El tipo levantó las manos, como diciendo paz, y se fue con los suyos. Pero el ambiente ya estaba cargado.

Me giré hacia Sara, que me miraba con ese gesto mezcla de reproche y ternura.

—Siempre protegiéndome, ¿eh?

—Siempre —le dije. Y lo dije en serio.

La fiesta siguió, el fuego crepitaba, las copas se alzaban. Pero dentro de mí, el fuego era otro. El de saber que esto apenas empezaba.

El caos era real. Cale corría por la playa, gritando el nombre de su hermana como si el mar se la hubiera tragado.

—¡MIKA! ¡¿DÓNDE ESTÁS?! ¡RESPONDE!

Las linternas de los teléfonos alumbraban entre las sombras, los tambores se habían apagado, la fiesta parecía congelada en un momento de tensión. Sara, Mónica, Jeremy, todos ayudaban a buscar. El aire se llenaba de esa angustia que no deja respirar.

Hasta que un sonido nos detuvo. No era un grito. No era un llamado. Era... otra cosa.

Cale giró, siguiendo el eco. Detrás de unas rocas, a unos metros de la orilla, una figura. Dos. Moviéndose demasiado cerca.

Se acercó, y todos detrás. Y ahí estaba Mika. Mika y Tavian, el italiano de sonrisa encantadora que ya nos había echado el ojo en el barco. En medio de lo que claramente era... una escena sin permiso de público.

Mika, con el cabello alborotado, las mejillas encendidas, miró a su hermano como si la luna misma la hubiera traicionado.

—¡Cale! ¡¿Qué haces aquí?!

Cale se quedó mudo un segundo, el horror pintado en su cara.

—¡¿Qué hago yo aquí?! ¡¿Qué haces tú aquí?! ¡Desaparecida, haciendo que te busquemos como locos!

Tavian, sin perder la calma, medio se cubrió, medio sonrió.

—Tutto bene... tutto bene... solo amore.

Richard, que hasta entonces se había mantenido relativamente serio, no aguantó más. Estalló en carcajadas.

—¡Por el amor de Dios, Cale! Hiciste un escándalo como si el mar se la hubiera llevado ¡y resulta que estaba ocupada!

Cale giró furioso hacia él.

—¡Richard, no es gracioso! ¡Es mi hermana!

—¡Exacto! Y está bien, ¡demasiado bien diría yo! —seguía riendo, sosteniéndose las costillas—. Hermano protector nivel Dios, ¡pero déjala vivir un poco!

Mika intentó recomponerse, arreglándose la ropa como podía.

—¡Ya basta! ¡Todos fuera!

Yo intenté no reírme, lo juro. Pero la cara de Cale, el ataque de risa de Richard, Mika y Tavian intentando recuperar la dignidad... era demasiado.

Sara, a mi lado, me miró con esos ojos brillantes, y entre risas me susurró:

—Y nosotros pensábamos que teníamos drama...

El caos se transformó en carcajadas. Cale, aunque furioso, no pudo evitar al final rendirse al absurdo de la escena. Richard, claro, hizo de todo un brindis. La música volvió, las guitarras sonaron otra vez, el mar regresó a su murmullo eterno.

La fiesta renació con más fuerza. Las fogatas iluminaban los rostros, el vino pasaba de mano en mano, y las estrellas parecían reírse con nosotros.

Yo me alejé un poco con Sara, como si el fuego nos llamara sólo a nosotros dos. Nos sentamos cerca de una de las hogueras, el calor en la piel, el frío del mar en el aire, el ritmo del tambor marcando el pulso de la noche.

Ella se recogió el cabello, los ojos reflejando el fuego, la sonrisa encendiendo algo que dentro de mí ya no podía apagar.

—Non riesco a guardarti senza volerti baciare —le susurré, acercándome lo justo para que lo oyera sólo ella.

(*Sin poder mirarte sin querer besarte*.)

Ella me miró, la respiración contenida, el pecho subiendo y bajando despacio, las mejillas encendidas no sólo por el fuego.

—Noah...

—Dimmi di sì —le dije, apenas un susurro.

(*Dime que sí*.)

Y lo dijo. No con palabras. Con esa forma en que sus labios buscaron los míos, primero lentos, probando, luego seguros, encontrándose. Besos que no necesitaban permiso, besos que eran respuestas y preguntas al mismo tiempo.

Mi mano acarició su rostro, su cuello, bajó hasta entrelazarse con la suya. El mundo era el fuego, el mar y nosotros.

Nos separamos apenas un momento, respirando el uno del otro, y le susurré:

—Sei la mia confusione più bella.

(*Eres mi confusión más hermosa*.)

Ella rio, suave, con esa risa que guardaría para siempre.

—Entonces que siga la confusión —me dijo, y volvimos a perdernos en ese juego de besos, caricias, miradas que ardían más que la hoguera.

El tambor marcaba el ritmo, la noche era nuestra. Y yo supe que no había viaje, ni castillo, ni mar que pudiera compararse a lo que estaba pasando en ese instante.

El camino de regreso al castillo fue un desfile de risas, tropiezos y voces más altas de lo que deberían ser a esas horas. El vino, el mar y el fuego nos habían dejado a todos con el alma liviana y los sentidos alterados.

Jeremy y Mónica caminaban tomados de la mano, las miradas cómplices dejaban claro que esa noche terminaría sólo de una manera para ellos.

Cale iba serio, su mirada fija en Mika, que avanzaba un poco más adelante. No le quitaba los ojos de encima, aún molesto por la escena de la playa.

Cuando llegamos al castillo, Mika, quizás para evitar el ambiente cargado, se desvió al comedor.

—Seguro sólo busca agua —pensé, viéndola desaparecer entre las sombras de la piedra y la madera vieja.

Cale, con un bufido de cansancio, se fue directo a su habitación, cerrando la puerta sin decir más.

Pero lo que nadie vio, excepto yo, fue a Richard: tambaleante, con esa sonrisa de pícaro que sólo el alcohol le potenciaba, siguiéndola.

El castillo guardó su secreto en la penumbra. Entre las columnas, las miradas, las risas suaves. Mika, junto a la mesa del comedor, giró sorprendida al verlo llegar.

—Richard... ¿qué haces aquí?

Él se encogió de hombros, apoyándose cerca, la sonrisa ladeada, el brillo en los ojos más sincero de lo que esperaba.

—No podía dejar que la noche se apagara sin decirte... que hoy estabas más hermosa que nunca.

Mika rio, esa risa que empezaba como burla y terminaba en rubor.

—Estás borracho, Richard.

—Tal vez. Pero eso no cambia lo que veo.

El silencio entre ellos fue un roce invisible. Y en ese instante, la tensión se hizo carne: el acercarse, el respiro contenido, la mano que rozó la suya. La decisión que no necesitó palabras.

Mika no volvió a la habitación de Cale esa noche. Las sombras del castillo guardaron el secreto.



Mientras tanto, Sara y yo nos refugiamos en mi habitación. El fuego de la playa aún ardía en nuestros labios. Cierro la puerta, y el castillo deja de existir. Sólo quedamos nosotros.

Nuestros besos, más urgentes, más sinceros. Mis manos enredadas en su cabello, sus dedos deslizándose por mi espalda. La habitación iluminada apenas por la luz de la luna que se cuela por la ventana.

—Sei il mio desiderio più forte —le susurro al oído, mientras mi boca encuentra su cuello.
(*Eres mi deseo más fuerte*.)

Sus labios buscan los míos, su cuerpo se curva hacia mí, como si el mundo nos empujara el uno al otro.

—Ti voglio —digo entre besos.
(*Te quiero, te deseo*.)

Y lo que sigue es el lenguaje de la piel, de las miradas, de las caricias. La pasión mezclada con ternura, el placer de estar donde siempre quise estar.

La noche es nuestra cómplice. El castillo es testigo mudo de que el amor, el verdadero amor, se reconoce en la oscuridad.

El amanecer se asomó entre las cortinas, dorando las paredes de piedra del castillo. El mar, allá a lo lejos, era un espejo inmenso y tranquilo, como si la noche anterior nunca hubiera pasado. Pero yo lo sabía bien. Todo había cambiado.

Sara dormía a mi lado, su respiración pausada, la calma después del fuego. La miré en silencio, grabando ese momento en mi memoria, sabiendo que el día que empezaba nos pondría a prueba de nuevo.

El castillo despertaba despacio. Los ecos de pasos, las voces bajas, el aroma a café llenando los pasillos.

Me vestí sin hacer ruido y bajé al comedor. Allí estaban Richard, despeinado y con esa sonrisa de tipo que sabe que anoche cruzó más de un límite; Mika, a su lado, el rubor aún en las mejillas; Cale, que los miraba con una mezcla de resignación y ganas de sermonear, pero sin decir palabra; Jeremy y Mónica, tomados de la mano, compartiendo miradas cómplices.

Me senté en la mesa, exhalando por fin.

—Bueno... —dije, rompiendo el silencio—. Esto sí que fueron unas vacaciones movidas.

Richard levantó su taza de café.

—Y apenas están empezando, hermano.

Todos rieron, incluso Cale, que alzó los ojos al techo como pidiendo paciencia.

Y mientras el sol subía sobre Italia, supe que nada volvería a ser igual. Que lo que habíamos vivido esa noche nos había marcado. Y que lo que estaba por venir... bueno, eso sería otra historia.

SINSERIDAD DE MIERDA

Noah

El sol se colaba por las ventanas del castillo, y la calma del amanecer era engañosa. El desayuno estaba servido, el aroma del café llenaba el comedor, pero algo en el aire estaba distinto. Los chicos hablaban entre sí, pero con esas miradas esquivas que uno sólo nota cuando ya es tarde.

Yo estaba cansado, pero feliz. Al menos eso creía. Hasta que el maldito celular vibró sobre la mesa.

Leah. Otra vez.

Suspiré, lo tomé y contesté delante de todos, porque ya no tenía nada que ocultar.

—¿Qué quieres ahora, Leah?

La voz de Leah temblaba, pero no era el temblor del arrepentimiento. Era el de quien se siente contra la pared.

—Noah... por favor, no cuelgues. Necesito decirte la verdad. Ya no me importa lo que pase, pero no quiero seguir cargando con esto sola.

Los ojos de todos se clavaron en mí. Y el silencio del comedor fue un vacío enorme.

—¿Qué verdad? ¿Qué más puedes decirme después de todo?

La voz de Leah se quebró, pero sus palabras salieron como un disparo.

—Ellos lo sabían. Tus amigos. Sara... Mika... todos. Sabían lo que pasó. Sabían que te fallé y nunca te lo dijeron. Te lo ocultaron durante meses.

Las palabras quedaron flotando, venenosas, imposibles de ignorar. Mi mano apretaba el teléfono. Sentí la sangre hervir.

—¿Qué dices?

—No iba a quedarme sola en esto. Ellos también traicionaron tu confianza. Pregúntales. Pregúntales desde cuándo lo sabían.

Y colgó. Así, sin más.

El silencio fue peor que un grito.

Los miré. A todos. Jeremy, serio, evitando mi mirada. Mónica, incómoda, mordiéndose el labio. Mika, cabizbaja, sabiendo que ya no había salida. Sara, con los ojos brillando, sin poder negar lo inevitable.

—¿Es cierto? —Mi voz no era un grito. Era algo peor. Era el filo de un cuchillo.

Nadie respondió. El silencio lo dijo todo.

—¿Qué más? —seguí, la furia creciendo—. ¿Qué más me ocultan? ¿Qué más secretos hay entre nosotros?

Sara intentó acercarse.

—Noah... yo sólo quería protegerte.

Me aparté. El peso de la traición era demasiado. La sinceridad había llegado. Pero era una sinceridad de mierda.

Y yo ya no sabía en quién podía confiar.

El silencio del comedor pesaba como una losa. Mi respiración era un fuego contenido. Podía sentir la traición quemándome por dentro. Y

entonces fue Richard el que se levantó, con esa calma de quien entiende el peligro.

—Noah... hermano... basta. Respira. Esto no puede terminar así.

Lo miré. Su mirada lo decía todo: Somos Benedetti. La traición no se tolera. Pero hay que pensar antes de destruirlo todo.

Pero yo ya no podía pensar. Me giré directo a Jeremy.

—¿Tú también, Jeremy? Tú, que eras mi hermano en esto. Mi cómplice. ¿Desde cuándo lo sabías?

Jeremy bajó la vista, luego la alzó de golpe, con los ojos cargados de rabia y culpa.

—Desde hace meses. Mika me lo dijo. Pero no quise... no quise romperte.

Yo reí, amargo.

—¿Romperme? ¿Y esto qué es?

El ambiente era insoportable. Jeremy, sin poder más, salió del comedor, el aire denso lo asfixiaba.

Yo lo seguí. Sara tras de mí, desesperada.

—Noah, por favor, escúchame...

Pero ya no podía escuchar. Afuera, el sol golpeaba con su luz implacable. Alcancé a Jeremy en el patio del castillo.

—¡Mírame a los ojos, Jeremy! ¡Dímelo de frente!

Él se giró, los puños apretados, el pecho agitado.

—¡¿Qué querías que hiciera, Noah?! ¡¿Qué querías que hiciera?! ¿Arruinarte antes de tiempo? ¿Romperte el corazón antes de que tú mismo lo vieras?

—¡Quería la verdad! ¡Siempre la verdad!

—¡¿La verdad?! —gritó, la voz quebrada—. ¡La verdad es que nos dejaste! Desde que estuviste con Leah, te fuiste de nosotros. Cambiaste. Ya no estabas. No eras el mismo. La cancha era lo único donde seguías siendo tú.

Sus palabras eran golpes. Y dolían porque eran ciertos.

Sara se acercó, los ojos llenos de lágrimas.

—Noah... no dejes que esto nos destruya. No dejes que ella gane.

Richard llegó, firme, con el peso del apellido en la voz.

—Basta. Esto termina aquí. La traición no se perdona. Pero la familia y los amigos tampoco se pierden por una batalla. Si van a romper esto, háganlo sabiendo lo que van a perder.

El silencio volvió. Pero ya no era un silencio vacío. Era el eco de todo lo que estaba en juego.

La sangre me hervía. Sentía los latidos en los oídos, como un tambor de guerra que no podía apagar. No iba a quedarme ahí, tragando verdades a medias.

—¡Díganme, vamos! —grité, girando hacia todos—. ¿Sólo eso me ocultaron? ¿O hay más? ¿Más mentiras, más juegos a mis espaldas? ¿Qué más tengo que descubrir hoy?

Jeremy cerró los puños, los labios apretados, los ojos ardiendo.

—¡Noah, basta!

—¡No, Jeremy! No basta. ¿Qué más tienen que decir? ¿O ya se cansaron de reírse de mí?

Y entonces, lo que nunca imaginé. Lo que nunca habría esperado de él. El puñetazo llegó frío, seco, directo a mi mandíbula. Jeremy. *Mi Jeremy.*

El impacto me hizo tambalear. Pero la furia me levantó antes de caer.

—¿En serio? ¿Tú? ¿Ahora tú eres el que golpea?

Y nos fuimos al suelo. Golpes duros, reales, sin freno. Puños que decían lo que las palabras ya no podían.

Richard y Cale corrieron a separarnos, forcejeando para romper esa pelea que no tenía ganadores.

—¡Basta, los dos! ¡Paren ya! —gritaba Richard, mientras intentaba sujetarme.

Mónica y Mika miraban, las manos en la boca, sin poder creer lo que veían.

Y Sara... Sara ya no podía más.

—¡Ya está bien, Noah! —dijo, la voz rota, los ojos llenos de lágrimas.

Pero yo ya no podía oírla. La ira era un muro entre nosotros.

Sara giró, harta, y se fue directo a su habitación.

—¿A dónde vas? —le preguntó Mónica, siguiéndola.

Sara se giró, decidida, el rostro enrojecido de rabia y tristeza.

—A hacer lo que debí hacer desde el principio. Este viaje fue un error. No debía haber venido. Me voy.

La voz de Sara fue un cuchillo que atravesó la casa. Mónica no dijo nada. La vio hacer sus maletas, la vio salir al pasillo, decidida a dejar atrás el desastre.

Y entonces, la figura que lo cambió todo.

Mi papá.

La puerta de su despacho se abrió de golpe. Su voz retumbó como un trueno.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?!

Su mirada de acero cayó sobre mí, sobre Jeremy, sobre todos.

—¡Noah! ¡Levántate! ¡Mírame!

Yo respiraba agitado, el labio partido, las manos temblando de rabia.

—Si no paras esto ahora, las vacaciones terminan para ti. No vuelves al castillo. No vuelves a casa. ¡Te mando directo al colegio militar de tu abuelo! ¡Y sabes que lo haré!

El silencio fue inmediato. Ni el mar se atrevió a sonar.

—Elige. ¿Quieres seguir peleando? ¿O quieres seguir tus vacaciones como un Benedetti?

Y en ese instante supe que la ira tenía que detenerse. Porque el precio era demasiado alto.

El aire estaba cargado. Mi pecho subía y bajaba al ritmo de la furia. Las palabras de mi padre seguían flotando en el ambiente como un muro que no podía romper.

Pero entonces su voz cambió. Ya no era el grito del general, era el tono del padre que intentaba salvar lo que quedaba.

—Noah... hijo, cálmate. Háblame. ¿Qué pasó aquí?

Richard, todavía agitado por haber separado la pelea, tomó la palabra.

—Papá... fue la llamada. Leah llamó. Le dijo a Noah que nosotros... bueno, que sabíamos lo de la traición y no se lo habíamos dicho. Eso fue lo que lo desató todo.

Mi padre se cruzó de brazos. Su mirada recorrió el grupo: Jeremy con el labio partido, Mika y Mónica aún impactadas, Sara en un rincón, los ojos apagados, desilusionados.

—Así que por una chica están a punto de destruir algo que es más grande que eso. —Su voz fue firme, pero ya no gritaba—. ¿Por alguien que no está aquí van a echar por la borda años de amistad?

¿Por una persona que no supo estar a la altura van a perder lo que sí vale?

El silencio fue una respuesta.

—Mírenlos. —Continuó, señalándonos—. Ustedes son familia. ¡Eso es lo que son! Y la familia no se deja romper por un error ajeno.

Nos miramos. Nadie dijo nada, porque nadie podía negar la verdad.

—Ahora quiero que hagan lo correcto. Pidan perdón. Todos. Aquí y ahora.

Yo respiré hondo. Aún dolía. Aún ardía. Pero las palabras de mi padre eran como agua sobre el fuego.

—Lo siento —dije al fin, mi voz baja pero firme—. A todos. No debí perder la cabeza así. Mi ira me cegó.

Jeremy asintió, limpiándose la boca.

—Yo también lo siento. No fue mi intención ocultártelo. Creí... creí que era lo mejor en su momento.

Mika, Mónica, Cale, uno a uno, dejaron salir ese peso.

Pero el dolor no se iba. Porque Sara me miraba y sus ojos ya no eran los mismos. Esa mirada que solía detener mis peores impulsos ahora sólo decía desilusión. Como si algo entre nosotros también se hubiera roto. Como si ella entendiera que ya no era la misma chica que podía ser mi calma en la tormenta.

Richard, intentando salvar el momento, levantó las manos con esa sonrisa suya que siempre traía luz en el caos.

—Bueno, bueno. Esto no puede terminar así. ¿Qué tal si hacemos un plan? Un fin de semana en el otro castillo, el que está en el pueblito. Ya saben: naturaleza, paz, el lago. Nada de peleas, solo nosotros y el silencio.

Hubo un murmullo. Los chicos asintieron, algunos entre dientes, otros más convencidos. Porque sí: no habíamos venido hasta aquí a rompernos. Habíamos venido a ser libres.

Y todos, en ese momento, entendimos la lección más amarga: que a veces una sola persona puede sembrar el caos... pero depende de nosotros si dejamos que lo destruya todo.

El motor del coche fue el único sonido durante los primeros kilómetros. Afuera, el paisaje de Italia pasaba como una pintura: campos, colinas, pequeños pueblos que parecían de otro tiempo. Pero dentro del coche, el aire era denso, cargado de ese silencio incómodo que lo decía todo.

Richard, siempre el primero en intentar encender una chispa, se giró desde el asiento delantero.

—Bueno, ¿qué? ¿Vamos a quedarnos mudos hasta el castillo? ¡Esto es un viaje, no un funeral!

Cale, más sobrio, más maduro, intentó acompañar el esfuerzo.

—Podemos contar alguna anécdota de la universidad. Seguro eso rompe el hielo.

Richard sonrió.

—¡Sí! ¿Les conté cuando Cale se quedó encerrado en el baño de la biblioteca y tuvo que gritar en latín para que lo rescataran?

Cale se rio entre dientes.

—Era italiano antiguo, idiota. Y fue porque tú cerraste la puerta.

Las palabras flotaban, las bromas buscaban hueco. Pero los chicos, aunque escuchaban, no podían desprenderse del nudo en la garganta.

Yo no podía más. La miré. Sara estaba al lado mío, su mirada fija en el cristal, los ojos perdidos en el horizonte. Ni una palabra. Ni un

gesto. Y eso me dolía más que cualquier golpe.

—Sara... por favor. Lo siento. Lo siento tanto.

Nada. Su silencio era el castigo más duro.

Me acerqué un poco, bajando la voz, rogando con el alma.

—No fue mi intención. No debí perder la cabeza así. Por favor, mírame.

Pero ella no lo hizo. Seguía viendo la ventana, como si el mundo estuviera allá fuera, no aquí conmigo.

La desesperación me quemaba por dentro. Y entonces lo supe: solo había un idioma que nos pertenecía a los dos. El idioma que hablábamos cuando éramos nosotros.

Me incliné y susurré, con el corazón en cada palabra:

—Mi dispiace. Sono stato uno stupido. Non volevo ferirti. Ti prego, perdonami.
(Lo siento. He sido un idiota. No quería herirte. Por favor, perdóname.)

La vi respirar hondo. Y al fin, al fin me miró. Esos ojos suyos llenos de nostalgia, de desilusión... pero también de amor. Ese amor que no sabe irse aunque el mundo intente romperlo.

No dijo nada. No hacía falta. Tomó mi mano, y en ese gesto estaba todo: el perdón, el cariño, la promesa de que aún estábamos de pie.

Yo cerré los ojos, aliviado.

—Grazie. Grazie per non lasciarmi solo.
(Gracias. Gracias por no dejarme solo.)

El coche siguió su camino. Y yo supe que ese fin de semana, en ese otro castillo, haría todo por encontrar la paz que ambos necesitábamos.

Las ruedas crujieron al girar en el camino de grava. El aire se llenó del aroma a pino, tierra húmeda y lago. Allí estaba: el otro castillo. No tan imponente como el principal, pero igual de majestuoso a su manera. De piedra gris, con ventanas grandes y viejas, rodeado de un silencio que casi dolía. Y detrás, el lago. Un espejo inmenso de agua calma, abrazado por la naturaleza.

El coche se detuvo. Richard bajó primero, estirando los brazos, respirando hondo.

—¡Aquí estamos! El reino de la paz. Nada de fiestas, nada de peleas, nada de Leah.

Cale sonrió leve, aprobando la elección.

—Por fin un lugar donde podamos recomponernos.

Los chicos bajaron uno a uno. El aire fresco, el canto de los pájaros, el crujir de las hojas. Todo parecía decirnos que sí, que aquí las cosas podían empezar a sanar.

Yo miré a Sara mientras bajaba del coche. El viento movía su cabello, el lago se reflejaba en sus ojos. Y sentí que esa era mi oportunidad de empezar de nuevo.

Mika y Mónica caminaron juntas hacia la orilla, dejando atrás el peso del viaje. Jeremy, con las manos en los bolsillos, contemplaba el agua, su propio reflejo diciendo más de lo que sus palabras podrían.

Richard, como siempre, buscó encender la chispa:

—¿Plan para hoy? Caminar, respirar aire puro, y esta noche... fogata junto al lago. Prometo: ni una copa de más. Palabra de Benedetti.

Hubo un murmullo de aprobación. Porque en el fondo, todos queríamos lo mismo: un respiro.

Yo me acerqué a Sara, despacio, sin romper la calma.

—Gracias —le susurré, esta vez sin idioma que nos separara. Solo la verdad—. Gracias por estar.

Ella me miró, y en su silencio estaba la promesa: Haz que valga la pena.

El castillo abrió sus puertas y, por un momento, el mundo volvió a ser un lugar donde todo era posible.

La tarde se deslizó entre nosotros como un bálsamo. El aire fresco, el canto de los pájaros, el crujir de las ramas bajo nuestros pasos: todo parecía diseñado para recordarnos que la paz aún era posible.

Caminamos hacia el lago. El agua brillaba bajo el sol, quieta, serena. Los árboles formaban un marco verde que hacía del lugar un cuadro vivo.

Mika y Mónica se descalzaron y caminaron por la orilla, dejando que el agua les acariciara los pies. Jeremy, con las manos en los bolsillos, iba unos pasos detrás, como si intentara encontrar su lugar de nuevo. Cale, siempre sereno, admiraba el paisaje en silencio.

Richard, fiel a su estilo, trató de romper lo que quedaba de hielo:

—¿Saben qué es lo mejor de este lugar? Que si gritas... no hay nadie para oírte.

Y lo demostró, lanzando un grito al aire que se perdió entre los árboles.

Reímos. Quizá por la tontería. Quizá porque hacía falta reír.

Caminamos un poco más, dejando que el viento hiciera lo suyo: llevarse un poco de lo que dolía.

Cuando el sol empezó a caer, Richard tomó la iniciativa de nuevo.

—Fogata junto al lago, señoras y señores. Vamos a cerrar este día como se debe.

Juntamos leña, piedras para el círculo. Entre bromas tímidas y miradas que empezaban a atreverse otra vez, el fuego nació y creció, iluminando los rostros con destellos dorados.

El calor de las llamas parecía fundir lo que quedaba de tensión. Jeremy se acercó a Mónica. Mika se sentó junto a Cale, por primera vez en calma.

Y yo... yo me senté junto a Sara, sin rozarla aún, respetando el espacio que aún era necesario, pero dejando que el fuego nos envolviera a los dos.

Las llamas crepitaban. El lago reflejaba la luz danzante. Y por un momento, fuimos solo eso: un grupo de amigos intentando volver a ser lo que eran.

Richard, mirando el fuego, levantó la voz:

—Que esta noche quede como el comienzo de algo mejor. Y que el pasado... bueno, que el pasado se queme con estas llamas.

Y el grupo, asintió como uno solo.

Yo miré a Sara. Sus ojos brillaban por el fuego y por algo más. Y en ese reflejo, supe que el perdón era un camino, no un instante. Pero estaba dispuesto a recorrerlo.

El fuego crepitaba, lanzando chispas que parecían pequeñas estrellas fugaces. El lago estaba inmóvil, como si escuchara todo lo que pasaba junto a él.

Richard, como no podía ser de otra forma, se frotó las manos con esa sonrisa que anunciaba travesura.

—Bueno, bueno... esto está demasiado tranquilo para mi gusto. ¿Qué tal si contamos historias de terror?

El grupo reaccionó como era de esperarse: Jeremy y Mónica se rieron, Cale negó con la cabeza, resignado, y yo... yo sentí ese escalofrío.

—¿Terror? ¿En serio, Richard? ¿Otra vez con eso?

Las risas explotaron. Mika se abrazó las rodillas.

—Yo paso. Sabes que odio esas cosas.

Richard no perdió la oportunidad.

—¡Pero si son los dos más miedosos! ¡Noah y Mika, la pareja del susto!

Todos rieron. Yo lo miré con esa mirada de ya verás.

Richard, siempre buscando su momento, se inclinó hacia Mika en un intento de acercamiento disimulado, pero claro, con Cale a su lado no había modo de disimular nada. Cale lo observaba como guardián, sin perder detalle.

Entonces se me ocurrió. La venganza perfecta.

Me incliné hacia el fuego, avivé las llamas con un tronco, y con voz tranquila, solté:

—Por cierto... ¿les conté lo que pasó entre Richard y Mika en el otro castillo?

El silencio fue inmediato. Mika se puso roja como las brasas.

—¡Noah!

Richard tartamudeó, elocuente por primera vez en su vida.

—Yo... eso...

Cale lo miró, los ojos entrecerrados, como un lobo a punto de saltar.

—¿Qué cosa, Richard?

Richard levantó las manos.

—¡Noah es un exagerado! ¡No pasó nada! ¡Nada... relevante!

Las carcajadas llenaron la noche. El hielo se rompió. Lo que la pelea había congelado, el fuego y las bromas lo derritieron.

Jeremy y Mónica volvieron a ser los tortolitos, abrazados, sonriéndose, compartiendo miradas que solo ellos entendían.

Mika, atrapada entre Richard y Cale, intentaba mantener el equilibrio mientras Cale hacía sutiles maniobras para poner distancia entre ella y Richard, sin éxito.

Yo, por fin, me acerqué a Sara.

—No pienso volver a dejar que alguien como Leah rompa lo que tenemos. Nunca más.

Ella me miró, y en su mirada estaba el perdón, la promesa, el amor. Nuestras manos se encontraron, los labios también, y los besos fueron el idioma de la noche.

Entonces Richard, como buen caos andante, alzó la vista y se quedó quieto.

—Chicos... miren el cielo.

Alzamos la cabeza. Estrellas fugaces cruzaban el firmamento, dejando estelas de luz que parecían pintar deseos.

—Pidan un deseo —dijo Richard, esta vez con la voz baja, casi reverente—. Y no lo digan. Que se cumpla en silencio.

El fuego, el lago, las estrellas... todo parecía en paz. Y en ese momento, el grupo que había estado a punto de romperse, se volvió a sentir como lo que siempre fue: familia.

El fuego del lago se apagó lentamente, dejando solo un aroma a leña quemada y el reflejo de las brasas en el lago quieto. Entre risas apagadas y cansancio, nos aseguramos de no dejar ni una chispa encendida. Richard, por una vez sensato, dijo:

—Nada de incendios forestales, chicos. No quiero terminar nuestras vacaciones en las noticias.

De regreso al castillo, cada uno tomó su camino. Pero no todos iban directo a dormir.

Yo vi, con estos ojos que se han de comer la tierra, cómo Richard y Mika se rezagaban, desviándose al pasillo que conducía a las habitaciones más alejadas. Las miradas, las sonrisas cómplices, las manos que se rozaban como si nadie los viera... pero yo los vi.

—Vaya... —pensé, con media sonrisa amarga—. El secreto de la noche.

Cale, tranquilo, creyendo que todo estaba en orden, caminó hacia su cuarto con aire de esta vez sí duermo en paz.

—Al menos hoy tengo la habitación para mí solo —se dijo a sí mismo.

Pero la noche guardaba sus propios secretos.

Richard y Mika

(El encuentro en la habitación)

La puerta se cerró tras ellos, y el silencio fue cómplice.

Richard se giró hacia Mika, los ojos más serios de lo habitual.

—Lo del otro castillo... fue un caos. Estábamos borrachos. No quiero eso esta vez. Esta vez quiero que sea real.

Mika, con el corazón latiendo en los ojos, respondió:

—Entonces haz que lo sea.

Y lo que siguió fue la verdad desnuda de dos que ya no querían esconderse de lo que sentían.



Noah y Sara (El reencuentro del alma)

Yo no podía dejar que la noche terminara así. No sin ella. Caminé hasta su habitación, toqué la puerta como quien toca un secreto.

—Sara... no dejes que esto termine así. No hoy. No después de todo.

La puerta se abrió. Sus ojos, cansados, dolidos, pero aún llenos de esa luz que era mi hogar.

Nos sentamos juntos, el silencio primero, luego las palabras.

Hablamos de nosotros, de cómo éramos en secundaria, de cómo habíamos crecido, cambiado, madurado.

El futuro se coló en la conversación.

—Y después de las vacaciones, el último partido. Las universidades... —dijo ella, su voz un hilo entre emoción y miedo.

—Quiero Stanford —le confesé, dejando el sueño salir de mi pecho —. Lo sé, es lejos. Pero es lo que deseo.

Ella sonrió, esa sonrisa que me hacía creer en los imposibles.

—Entonces será Stanford. Y yo estaré contigo, aunque sea desde lejos.

El beso fue promesa. El abrazo, refugio.

LA AMISTAD

Noah

La mañana en el castillo del lago era un cuadro perfecto: el sol asomando entre los árboles, el lago brillando como un espejo y el aire fresco entrando por las ventanas abiertas. Todo prometía un día de calma... hasta que llegó el momento del desayuno.

Estábamos todos sentados en el comedor, medio adormilados, cuando Richard, como siempre con el estómago primero que el cerebro, soltó la gran pregunta:

—Chicos... ¿alguien sabe cocinar?

El silencio fue peor que cualquier respuesta. Las miradas se cruzaron, las cejas se alzaron, y la realidad nos cayó encima como un balde de agua fría: estábamos en el castillo del lago, solos, sin personal, sin plan... y con mucha hambre.

Yo negué con la cabeza, entre incrédulo y divertido.

—¿En serio, Richard? ¿Hasta ahora te das cuenta?

—¡Pues pensé que habría alguien aquí! ¿Qué clase de castillo no tiene cocinero?

Las chicas rieron. Mika, Mónica y Sara se miraron como evaluando si dar el paso de salvarnos del hambre. Pero yo levanté una mano, deteniéndolas.

—Un Benedetti siempre es caballeroso. Las damas no cocinan cuando son invitadas.

Richard me miró como si le acabara de pedir que resolviera una ecuación imposible.

—¿Qué? ¿Entonces nosotros cocinamos? ¿Estás loco?

—No, hermano. Somos los anfitriones. Nos toca.

Richard se rascó la cabeza.

—Yo nunca he cocinado nada. Ni un huevo. Ni un té. Se me quema el agua, Noah.

—¿Nuestra mamá no te enseñó lo básico?

Richard alzó las cejas.

—Noah... ¿te acuerdas dónde vivo, verdad? Aquí, en Italia, con papá. ¿Cuándo iba a enseñarme mamá si estamos en dos continentes distintos?

Yo me reí, negando con la cabeza.

—Bueno, esto será fácil. Vamos a hacer hot cakes. No tiene ciencia.

Richard me miró como quien ve acercarse el apocalipsis.

—Fácil dice...

Y así, los Benedetti nos dirigimos a la cocina, con el hambre como motor y la dignidad de la familia en juego.

Entramos a la cocina como si fuéramos soldados en misión suicida. Richard miraba todo con desconfianza, como si las sartenes fueran armas letales y el refrigerador un enemigo oculto.

—Esto no va a acabar bien —murmuró mientras yo sacaba lo esencial: harina, huevos, leche.

—Relájate, hermano. Hot cakes. Mezclas, pones en el sartén, volteas, sirves. Fácil.

—Sí, claro, tú lo dices como si fuera magia.

Yo sonreí y le puse el bowl en las manos.

—Rompe los huevos.

Richard los miró como si fueran dinamita.

—¿Estás seguro de que quieres que yo lo haga?

—Dale, confío en ti.

El primer huevo fue un desastre: más cáscara que contenido en el bowl. El segundo... mejoró, un poco.

—Bueno, al menos el crujiente ya lo tiene —bromeé, quitando los trozos de cáscara con una cuchara.

Mientras él batía (o intentaba), yo me encargaba de la harina y la leche.

—¿Qué tal, chef? —pregunté.

—Esto es un crimen culinario.

De fondo, las risas se oían desde el comedor. Las chicas y los chicos asomaban de vez en cuando para espiarnos.

Mika, riendo:

—¡Se ve que van a envenenarnos!

Sara, con esa sonrisa que me hacía olvidar el caos, dijo:

—Déjalos, esto hay que verlo hasta el final.

Logramos una mezcla que parecía decente y la pusimos en el sartén. El primer hot cake... bueno, fue más bien un homenaje al carbón.

—¡Se quema, Noah! ¡Se quema!

—¡Voltéalo, Richard!

Richard lo lanzó al aire en un intento torpe. El hot cake cayó... al suelo.

—Bien —dije, aguantando la risa—. Primera baja de la mañana.

El segundo salió mejor. El tercero, casi parecía comestible.

Y cuando por fin logramos una pila que no daba miedo, salimos con orgullo al comedor, con los platos en alto como trofeos.

—¡Hot cakes a la Benedetti! —anuncié.

Todos aplaudieron, aunque entre risas.

Jeremy, mordiendo con cautela el primero:

—Oye... ¡esto está bueno!

Mónica, sorprendida:

—¡Milagro!

Richard, teatral:

—Lo logramos, hermano. ¡Hemos vencido a la cocina!

La mesa se llenó de risas, de mordiscos alegres, de esa sensación de familia que ninguna discusión, ningún secreto, podía borrar.

Y por un instante, solo fuimos eso: amigos que aprendían juntos, que se equivocaban, que reían... y que, a pesar de todo, siempre encontraban la manera de seguir adelante.

Después del desayuno improvisado y las risas que por fin nos hicieron sentir como grupo otra vez, Richard, con esa energía suya que no se apaga nunca, se levantó y señaló hacia las montañas cercanas al lago.

—¿Y si hacemos senderismo? Miren ese paisaje. Caminamos, respiramos aire puro... y nos olvidamos de todo por un rato.

El grupo se miró entre sí, y poco a poco las cabezas empezaron a asentir. Sí, eso era justo lo que necesitábamos: dejar atrás el peso de los días pasados y perdernos un rato en la naturaleza.

El sendero se abría entre árboles altos, con el lago brillando abajo como un espejo perfecto. A cada paso, el aire se sentía más puro, el sonido de nuestras pisadas sobre la tierra nos conectaba con algo que hacía tiempo no sentíamos: *paz*.

Al principio solo caminamos, dejando que el paisaje hablara por nosotros. Pero a medida que subíamos, las palabras comenzaron a brotar. Las que se quedan atrapadas hasta que el momento es el adecuado.

Jeremy fue el primero en romper el silencio:

—¿Lo han pensado? Lo que vamos a hacer después de este año. Lo que viene.

Mónica se giró hacia él, y con una sonrisa dulce respondió:

—Donde tú vayas, yo quiero estar. Eso es lo único que tengo claro.

Mika se encogió de hombros, honesta:

—Yo... solo quiero algo que me haga feliz. Estar donde sienta que pertenezco.

Cale, que hasta entonces había caminado en silencio, alzó la voz con esa calma que lo caracterizaba:

—A mí me gustaría pasar un tiempo con papá. Ver si estar cerca de él me ayuda a entender qué quiero hacer.

Richard, que había comenzado todo con una broma, se puso serio por un segundo:

—Yo lo único que quiero es no perderlos. No importa dónde termine. Eso es lo que me asusta: que todo cambie y nos alejemos.

Yo detuve el paso un momento, dejando que el viento de la montaña me despeinara.

—Stanford. Es mi sueño. Es lo que quiero. Pero, lo admito... me asusta todo lo que implica. Lo que voy a dejar, lo que va a cambiar.

Sara se acercó a mí, tomó mi mano con suavidad y la apretó. No dijo nada. No hacía falta. En ese gesto estaba todo el apoyo, toda la promesa.

El sendero siguió, y con él nuestras palabras se fueron al viento. Hablamos de sueños, de miedos, de lo que esperábamos encontrar y de lo que temíamos perder.

Y sin darnos cuenta, cada paso nos llevaba no solo más arriba, sino más cerca de lo que realmente éramos.

El sol empezó a caer y el cielo se pintó de naranja y rosa sobre las montañas. Desde la cima, el lago abajo reflejaba los últimos rayos como un cristal dorado. El aire era fresco, y por un momento, todo fue paz.

Nos sentamos en las rocas, mirando el horizonte, sintiendo que esos minutos eran nuestros. La charla se hizo susurro. Los sueños, las promesas, los miedos... todo quedó en el aire como parte del paisaje.

Pero el tiempo pasó más rápido de lo que pensamos. Y cuando nos dimos cuenta, la luz se fue, dejando solo la claridad fría de la luna y un bosque que ya no parecía tan amigable.

Richard, intentando mantener la calma:

—Bueno... hora de volver antes de que esto parezca una película de terror.

Jeremy bromeó:

—Tranquilo, Noah. Si escuchas un fantasma, corres y nos avisas.

Las risas fueron tensas. Porque la verdad era que no estábamos preparados. Sin linternas, sin plan. Y el sendero que tan claro era de día, ahora se había vuelto un laberinto de sombras.

Empezamos a bajar, pero en la oscuridad, los pasos se dispersaron, las voces se perdieron entre los árboles.

—¿Mika? ¿Mónica? —gritaba Cale, su voz firme pero preocupada.

—¿Jeremy? ¿Richard? ¿Sara? —mi voz temblaba más de lo que quería admitir.

Las ramas crujían bajo los pies, y el viento entre los árboles parecía un susurro. Y entonces... el sonido.

Un paso. O eso creí.

—¿Quién anda ahí? —dije en voz baja, el corazón latiendo tan fuerte que lo sentía en los oídos.

Un grito, no muy lejos. La voz de Mónica, llamando a Jeremy.

La tensión crecía. Nos llamábamos unos a otros, pero el eco del bosque devolvía las voces como si no fueran nuestras.

—Noah, respira —me dije, pero el miedo se colaba igual. Cada crujido, cada sombra parecía un espectro.

La luna iluminaba apenas el camino, y los árboles se alzaban como gigantes dormidos, listos para atraparnos.

Richard, a lo lejos, intentaba guiar:

—¡Sigan mi voz! ¡Hacia el lago!

Pero el bosque confundía el sonido, y cada paso parecía alejarnos más.

Por un instante, todo fue solo oscuridad, respiraciones agitadas, y ese frío que no venía del aire, sino del miedo.

Y en el fondo... un pensamiento: que por favor, esta noche no sea el inicio de una historia que nadie querría contar.

La luna ya no parecía compañera, sino un farol lejano que apenas alumbraba el caos en el que nos habíamos metido. Las ramas crujían bajo mis pies, pero no sabía si era yo quien las rompía... o algo más.

El aire se llenó de voces:

—¡Mónica! —la voz de Jeremy, cargada de miedo.
—¡Sara! —grité, el pánico haciendo eco entre los árboles.
—¡Mika! ¡Cale! —la voz de Richard, por primera vez seria.

Cada uno buscaba a los suyos. Cada uno perdido en el mismo bosque.

Y entonces, un ruido más fuerte. Un golpe seco. Algo, o alguien, había caído o había movido algo grande.

Me quedé quieto, el corazón a mil. Escuché mi propia respiración, el temblor en mis manos.

—Tranquilo, Noah... —murmuré para mí mismo—. No hay nada. Son tus amigos. Son ellos...

Pero el miedo ya había hecho su nido. Cada sombra era un monstruo, cada sonido un fantasma.

Un destello. Algo brilló entre los árboles: los ojos de un animal, o quizás solo mi imaginación jugando conmigo.

Y entonces una voz clara, fuerte, cercana:

—¡Sigan mi voz! ¡Aquí! ¡Aquí! —era Cale, el único que aún parecía tener control.

Corrí hacia el sonido, tropezando, rozando ramas que me arañaban los brazos. Vi una silueta: Cale, firme, con Mika y Mónica junto a él, asustadas pero a salvo.

—¡Aquí! —grité, llamando a los demás.

Jeremy apareció corriendo, el alivio en sus ojos al ver a Mónica hizo que todo el miedo se esfumara un poco. Richard llegó tras él, jadeando, pero con esa sonrisa suya que siempre vuelve.

Y por fin, Sara salió entre los árboles, los ojos brillando con lágrimas y luz de luna.

Corrí hacia ella, la tomé de las manos.

—Estás bien... gracias a Dios, estás bien.

Nos quedamos ahí, todos, juntos al fin. El bosque ya no parecía tan terrible. El miedo se deshizo un poco, como si la unión lo espantara.

Richard, intentando devolver la risa:

—Bueno... esto es lo más cerca que hemos estado de una película de terror. Noah, ¿sigues vivo?

Yo reí, nervioso.

—Muy gracioso. Pero sí... sigo vivo.

Y así, juntos, empezamos el camino de regreso al castillo, con el lago como guía, prometiéndonos no volver a salir al bosque sin linternas... ni locuras de último minuto.

El regreso al castillo fue como volver del borde del abismo. El lago nos guiaba, la luna nos cuidaba, y el bosque, al fin, nos dejó pasar sin más sustos. Caminamos en silencio al principio, cada uno procesando el miedo, el alivio, el peso de sabernos juntos otra vez.

Cuando cruzamos las puertas del castillo, el eco de nuestras pisadas nos recordó que estábamos a salvo.

Nos dejamos caer en los sillones del salón principal, respirando al fin.

Jeremy, todavía agitado:

—Eso fue lo más cerca que quiero estar de perderlos.

Mónica lo abrazó, y ese abrazo dijo más que cualquier palabra.

Mika, con las mejillas aún rojas del susto:

—Yo ya no vuelvo al bosque sin GPS, linterna y guía turístico.

Cale asintió.

—Ni yo. Pero al menos aprendimos algo: juntos, siempre salimos.

El ambiente empezó a relajarse. Y entonces Richard, cómo no, rompió el momento:

—Bueno... ¿y ahora quién va a hacer la cena?

Las carcajadas estallaron.

—¡Que cocinen los chefs de los hot cakes! —gritó Jeremy, señalándonos a Richard y a mí.

Yo negué riendo.

—Ni loco. Hoy alguien más.

Pero el humor ya nos había devuelto el alma al cuerpo.



Cuando por fin todo se calmó, me quedé solo un momento. No podía dormir sin verla. Caminé al cuarto de Sara, toqué la puerta suave.

—¿Puedo?

Abrió, con esos ojos que aún brillaban de la emoción y el susto.

—No quiero estar sola esta noche —dijo, y su voz era un suspiro.

Nos sentamos en la cama, juntos, bajo la luz tenue de la lámpara. La noche afuera estaba en paz.

Hablamos de todo y de nada: de los miedos, de lo que nos asustó en el bosque, de lo que nos asusta en la vida. De Stanford, de su futuro, del mío.

—No quiero perder esto —le dije, tomando su mano.

—No lo perderás —susurró, y en ese momento lo creí todo.

Nos besamos, y fue un beso de alivio, de promesa, de amor. Las caricias no fueron urgentes; fueron suaves, sinceras, como dos almas que se encuentran después de perderse en la oscuridad.

La noche nos envolvió en ese instante que no queríamos que terminara.

La noche terminó envuelta en ese aire de calma que solo llega después del miedo y la unión. El castillo del lago parecía un refugio perfecto, y el amanecer trajo consigo el aroma del bosque, el canto de los pájaros y la promesa de un nuevo día.

Pero esa paz duró poco.

Un ruido interrumpió el silencio: el motor de un auto. Un auto que no esperábamos.

Todos nos asomamos por las ventanas. Era él. Papá. El hombre que rara vez aparecía sin avisar, el pilar de todo, el Benedetti mayor.

Bajamos de inmediato al recibidor, y ahí estaba: impecable como siempre, aunque su rostro dejaba ver lo que sus palabras confirmarían.

—Buenos días, chicos. Lamento interrumpir este fin de semana... créanme, no era mi intención.

Su voz era firme, pero tenía esa carga que solo se oía en los momentos graves.

Nos miró uno a uno, hasta que sus ojos se clavaron en Richard y en mí.

—Necesito su ayuda. Y la necesito ahora.

El silencio fue inmediato.

—Papá, ¿qué pasa? —preguntó Richard, dejando de lado su humor para ponerse serio.

—Hemos sido atacados —dijo, directo, sin vueltas—. Un hacker, alguien que logró romper las defensas de la empresa. No sé cómo lo hizo, ni quién es, pero lo que sí sé es que si esto sigue, los inversionistas perderán la fe... y todo el trabajo de generaciones se vendrá abajo.

Lo miré, sintiendo cómo el peso de su mirada se convertía en el peso de la responsabilidad.

—¿Qué necesitas de nosotros?

—Noah... tú eres el mejor que conozco para esto. Tus aplicaciones, tus algoritmos, tu forma de pensar fuera de lo común... necesito que revises todo, que encuentres la brecha, que cierres esa grieta antes de que sea demasiado tarde.

Respiré hondo. Sabía que lo decía en serio. Sabía que estaba apostando por mí en el momento clave.

Papá giró hacia Richard.

—Y tú, hijo... tú tienes que convencerlos. Los accionistas confían en tu palabra, en tu presencia. Si se van, estamos perdidos.

Richard asintió, tragando saliva.

—Papá... ¿esto es tan grave?

—Sí. Es tan grave.

El aire se volvió denso. Todos nos quedamos en silencio, procesando el giro inesperado que nos traía ese día.

Yo levanté la mirada, encontrándome con la de Sara, que estaba al fondo, como siempre, dándome fuerzas sin decir una palabra.

—Cuenta conmigo —dije.

Richard sonrió, serio por primera vez en mucho tiempo.

—Cuenta con los dos.

Papá respiró aliviado.

—Sabía que no me fallarían.

Y así, ese fin de semana de descanso se convirtió en una misión. Porque cuando la familia llama, un Benedetti responde.

El viaje de regreso al castillo principal no fue solo un cambio de lugar: fue un cambio de aire, de propósito. Dejamos atrás el lago, la tranquilidad, el bosque, y nos adentramos en el corazón del caos.

El castillo principal se alzaba imponente, y detrás de sus muros estaba la sede de todo: la empresa Benedetti, ese gigante que generaciones de nuestra familia habían levantado y que ahora estaba en peligro.

Richard, impecable en su traje, con esa elegancia natural que tenía para las grandes ocasiones, caminaba al lado de papá directo a la sala de juntas. Los inversionistas ya esperaban. Sus rostros tensos, sus miradas llenas de preguntas, de miedo, de decisiones que podían destruirlo todo si no lográbamos salvar la situación.

Papá, firme como siempre, acompañaba a Richard, preparado para calmar, para liderar, para ser ese Benedetti que no se quiebra ante la tormenta.

Yo, en cambio, me fui directo a la sala de investigación y estrategia informática. Las pantallas gigantes, los códigos, las alertas: todo me gritaba que el tiempo corría.

Me senté, puse las manos en el teclado y dejé que el mundo se apagara a mi alrededor. Necesitaba concentración. Necesitaba encontrar al intruso, cerrar las puertas que había abierto, proteger lo que era nuestro.

Y ahí estaban ellos: mis amigos. Jeremy, Mónica, Mika, Cale, Sara. No entendían lo que veía yo en las pantallas, pero estaban ahí. En silencio, apoyándome con su sola presencia. Y eso era todo lo que necesitaba.

Pero lo que no esperaba, lo que ni siquiera imaginaba, fue lo que pasó después.

Sara se acercó. Se sentó a mi lado, y con una calma que contrastaba con el caos del momento, miró la pantalla.

—¿Ese es el punto débil del sistema? —preguntó, señalando un fragmento de código que yo mismo había pasado por alto.

La miré, sorprendido.

—¿Tú... entiendes esto?

Ella sonrió, con esa mezcla de ternura y picardía que la hacía única.

—No te lo había dicho, ¿verdad? Pero sí. La ciberseguridad siempre fue algo que me gustó. Lo estudié por mi cuenta.

Y de pronto ya no estaba solo. Juntos, empezamos a analizar el ataque, a trazar estrategias, a cerrar puertas virtuales y a tender trampas. Era como una batalla real, pero en la red. Cada movimiento del hacker encontraba una respuesta de nuestra parte.

—Por aquí —dijo Sara, señalando un acceso que el intruso estaba usando para eludir las defensas.

—Ya lo tengo —contesté, bloqueando el canal.

Nuestros amigos miraban sin entender del todo, pero con el corazón en el puño, sabiendo que lo que hacíamos ahí dentro podía salvarlo todo.

Mientras tanto, en la sala de juntas, Richard hablaba con los inversionistas, calmando sus miedos, mostrando ese carácter Benedetti que les recordaba por qué habían confiado en nuestra familia desde el principio.

Y en la sala de sistemas, Sara y yo, codo a codo, éramos los guardianes digitales de todo lo que amábamos.

El combate había comenzado. Y esta vez, no pensábamos perder.

El sistema estaba limpio. El hacker había sido bloqueado. La sede principal de la empresa Benedetti recuperaba la calma... pero mi mente no. Porque algo no cuadraba.

Me quedé mirando la pantalla mientras los demás respiraban aliviados. Sara, a mi lado, lo notó.

—¿Qué pasa?

—Esto no vino solo de afuera —dije, convencido—. Alguien les abrió la puerta. Alguien de adentro.

El silencio llenó la sala de sistemas. Mis amigos dejaron de hablar, atentos. Sara se acercó más, y juntos empezamos a revisar los registros ocultos, los archivos que casi nadie mira.

Y ahí estaba. Un permiso generado desde dentro. Una firma digital.

—¡Lo tengo! —dije, la voz firme, sin temblor—. Sara, ayúdame. Vamos a exponer esto.

Sara asintió, decidida. Preparamos la laptop, la conectamos al proyector de la gran sala de juntas de la sede principal, donde Richard, papá y los inversionistas aún debatían la situación.

Entramos. Todas las miradas se giraron hacia nosotros.

—Papá. Richard. Señores —dije—. El ataque ha sido contenido. Pero hay algo más.

Richard frunció el ceño.

—¿Qué sucede, Noah?

Sara proyectó el registro. Las líneas de código, los datos, y finalmente el nombre: el traidor.

Un alto directivo. Uno de los hombres de confianza, uno de los que siempre se sentaba en la mesa de decisiones.

El salón de juntas quedó en silencio sepulcral.

—Él dio el acceso. Él abrió la puerta. Y lo que buscaba no era solo un robo: estaba ejecutando un lavado de dinero encubierto.

El rostro de papá era acero puro.

—Esto es imperdonable. Un Benedetti no tolera la traición.

El directivo intentó justificarse, pero papá lo detuvo con un solo gesto.

—No digas nada. Estás fuera. Desde este momento. Y será la justicia la que te juzgue.

Los inversionistas asintieron, algunos aún atónitos, otros con alivio.

Richard, con el temple que lo hacía un Benedetti de verdad, habló:

—Esto no nos quiebra. Esto nos fortalece.

Papá nos miró a Sara y a mí.

—Han salvado el honor de esta empresa y de esta familia. Estoy orgulloso.

Yo respiré aliviado. Ese instante marcó el momento en que demostramos quiénes éramos... y quiénes no.

La sala de juntas se llenó de un silencio distinto. Ya no era el silencio del miedo o la tensión, sino el de un alivio que empezaba a calar en todos.

Los inversionistas, que minutos antes discutían con nerviosismo, comenzaron a cambiar sus expresiones: algunos asintieron, otros se miraron entre sí con respeto. La verdad había sido dicha. El enemigo, descubierto.

Papá respiró hondo, como si acabara de sostener el peso de la empresa sobre sus hombros y al fin lo soltara.

—Gracias, hijos. Gracias a todos. Hoy hemos demostrado que la fuerza de una familia, y de un equipo, es lo que mantiene en pie

cualquier imperio.

Richard, siempre con ese carisma que lo distinguía, se adelantó y miró a los inversionistas:

—Señores, quiero que recuerden este día. No por el intento de golpe que sufrimos, sino porque fuimos más fuertes que él. Y porque ningún Benedetti abandona su barco.

Hubo un aplauso, primero tímido, luego firme.

Mientras tanto, Sara, aún con la laptop entre las manos, me miró con esa complicidad que solo se construye en la batalla.

—Lo hicimos —susurró.

—Sí —respondí—. Lo hicimos juntos.

Cuando la junta terminó y los inversionistas salieron con el compromiso de seguir apostando por nosotros, el grupo de amigos y familia se reunió en uno de los salones laterales de la sede.

Mika, con esa sonrisa que había estado ausente durante días:

—Creo que es hora de que ustedes dos —mirando a Sara y a mí— se den el título de guardianes de la empresa.

Jeremy, abrazando a Mónica:

—Y yo creo que es hora de un respiro.

Cale, siempre prudente:

—Un respiro, sí. Pero con los ojos bien abiertos. Esto nos enseñó que el peligro a veces está más cerca de lo que creemos.

Richard, relajado al fin, levantó un vaso de agua *(porque ni siquiera hacía falta alcohol para celebrar).*

—Por la familia. Por la lealtad. Y por el futuro.

Papá asintió, orgulloso.

—Y por los hijos que uno tiene el honor de ver crecer y superar lo que uno mismo imaginó.

Nos quedamos ahí un rato, hablando, sonriendo, recordando que, pese a todo, ese fin de semana que había empezado como un descanso y terminó como una batalla, nos había unido más que nunca.

Y yo, al mirar a Sara, supe que no solo habíamos salvado una empresa. Habíamos cimentado algo mucho más grande.

La sala de la sede principal estaba en calma. Todo había pasado: el ataque, la traición, la verdad dicha frente a todos. Lo que quedaba ahora era el silencio de los que saben que lo importante no termina con un triunfo: recién comienza.

Papá se acercó a mí, con ese aire serio y reflexivo que solo tenía cuando lo que iba a decir salía del corazón.

—Noah... después de todo lo que has hecho hoy, no puedo evitar preguntarte: ¿cuáles son tus planes? ¿Dónde quieres construir tu futuro?

Me quedé mirándolo, y lo entendí. Lo que había pasado hoy le había recordado lo mucho que podíamos ser juntos, lo mucho que yo podía ser parte de su mundo aquí en Italia.

—¿Quieres venirte a vivir conmigo a Italia? —preguntó, directo, sin rodeos—. ¿Terminar tu carrera aquí, como tus hermanos? Lo que hiciste hoy me mostró que necesito a alguien como tú cerca. Alguien que cuide lo que hemos construido.

Respiré hondo. La tentación era real: estar aquí, trabajar con él, seguir de cerca lo que hoy habíamos defendido. Pero dentro de mí, la respuesta estaba clara.

—Papá... no está en mis planes. Yo quiero quedarme en América. Quiero ir a Stanford. A pesar de la distancia, quiero estar un poco

más cerca de mamá. Aunque sé que será lejos, estar en el mismo continente me da algo de paz.

Vi en sus ojos el desconcierto, casi la tristeza. Por un segundo creyó que el destino nos había unido de nuevo, y que eso sería para siempre.

Pero antes de que el silencio se volviera incómodo, Richard entró en la conversación, con esa habilidad suya para poner las palabras justas.

—Papá, no podemos decidir el futuro de Noah. Él ya sabe lo que quiere. Y no olvides algo: no solo lo tienes a él. También tienes a Eric, que es un genio cerrando tratos en Nueva York, no sabes cuántos proyectos nuevos ha firmado en este último año. Y tienes a mí: sabes que yo me encargo de las juntas, de convencer a los inversionistas, de mantener la confianza viva.

Hizo una pausa, mirándome con cariño.

—Y tienes a Noah. El más brillante de todos nosotros. El que domina lo que se proponga: deporte, tecnología, matemáticas... y lo que venga. Lo único que quiere es hacer su camino.

Papá lo miró, lo entendió. Su expresión cambió de desconcierto a aceptación, a esa mezcla de orgullo y resignación de quien sabe que los hijos deben volar donde elijan.

Sus ojos se posaron en Sara.

—Y tú, Sara... lo que hiciste hoy no lo voy a olvidar. Quiero que sepas que, si alguna vez lo deseas, puedo darte una carta de recomendación para trabajar con Eric en nuestra sede en Nueva York. Has demostrado que el talento no tiene apellido.

Sara se sonrojó, emocionada.

—Gracias, señor Benedetti. Eso... sería un honor.

—Te lo mereces —dijo, y sus palabras fueron sinceras.

Y en ese momento supe que, pese a todo, la familia estaba bien. Cada quien en su lugar. Cada quien construyendo lo suyo. Y todos, a su manera, parte del mismo todo.

La tensión se había ido. Quedaba ese aire de calma después de la tormenta. La sede principal de la empresa Benedetti estaba en orden, los inversionistas confiaban, el peligro había pasado.

Pero lo que no pasaba era esa sensación en el pecho: la certeza de que algo había cambiado para siempre.

Los días siguientes fueron rápidos, intensos. Papá se ocupó de todo lo legal: la destitución del traidor, la denuncia, las medidas para blindar la empresa. Richard y Eric, aunque estaba a la distancia, se pusieron al frente de los nuevos proyectos y tratos.

Yo... yo empecé a planear lo que venía.

La despedida de Italia no fue sencilla. No porque no supiéramos que volveríamos, sino porque sabíamos que ese viaje marcaba el fin de una etapa.

El último día, papá nos reunió en su despacho.

—Estoy orgulloso de ustedes. De todos. Y quiero que recuerden algo: donde estén, está siempre será su casa. Y aquí siempre tendrán un lugar.

Nos abrazó, uno a uno. A Richard, a mí, a Sara, que recibió un agradecimiento más que un simple gesto. A los demás chicos, que fueron parte del equipo que resistió.

El vuelo de regreso fue silencioso al principio. Cada uno metido en sus pensamientos. Richard, con su mirada perdida en el horizonte, seguramente ya pensando en los próximos movimientos de la empresa. Sara, a mi lado, con esa paz que solo ella lograba tener.

En un momento, ella me tomó la mano.

—¿Seguro de lo que quieres? —preguntó, con una voz que era ternura pura.

—Sí —respondí—. Quiero Stanford. Quiero hacer mi camino.

Ella sonrió.

—Entonces vamos a hacerlo. Paso a paso.

El avión cruzó el cielo, llevándonos de vuelta. A casa. Al futuro.

El avión tocó tierra, y lo que sentí fue alivio. El alivio de volver a casa, al lugar donde el mundo siempre parece más fácil, aunque el caos esté a la vuelta de la esquina.

Richard miró por la ventana y sonrió.

—Mira quién está ahí —dijo, y su voz se llenó de calidez.

Ahí estaba ella: mamá, de pie en la terminal, con esa luz suya que no necesitaba focos ni cámaras.

Cuando cruzamos las puertas, Richard no lo pensó dos veces. Caminó a paso rápido, la tomó en brazos y le llenó las mejillas de besos.

—¡Mamma mia! Pero qué hermosa estás, mamá. Te extrañé tanto. Algún día, lo prometo, algún día te llevo a Italia a que estés con papá y conmigo.

Mamá reía, emocionada, mientras yo me acercaba y la abrazaba, sintiendo ese calor que ni los mejores castillos podían darme.

—Mis hijos juntos. Qué bendición tenerlos aquí, cerca, a los dos —dijo, y su mirada buscó el recuerdo de Eric, aunque sabía que estaba cerca en la distancia.

Sin perder tiempo, organizó todo como solo una mamá puede hacerlo. Llevó a Sarah, a Mika, a Jeremy y a Mónica a sus casas, despidiéndose de cada uno como si fueran parte de la familia.

De regreso en casa, preparó esa cena que nos volvía niños: el sabor que ninguna estrella Michelin podría igualar. El hogar sabía a ella.

Y entonces... la puerta se abrió.

—¿Y ese milagro? —dijo Richard, sorprendido.

Era Eric, con su sonrisa de hermano mayor, con ese aire de quien trae noticias que cambiarán la noche.

—¡Eric! —grité, y lo abracé, mientras Richard lo golpeaba en la espalda, feliz de verlo.

Mamá no cabía en sí de alegría.

—Mis tres hijos juntos. Esto sí es un regalo para el corazón.

Nos sentamos en el comedor, la mesa llena de comida y de amor.

—Y bien, Eric —preguntó mamá, con ese brillo curioso en los ojos—, ¿qué cuentas de tu vida?

Eric sonrió, algo tímido por primera vez en mucho tiempo.

—Bueno... hay algo que quiero contarles. Empecé una relación. En Nueva York. Quiero que la conozcan. La próxima semana la traigo para presentárselas.

Mamá aplaudió, encantada.

—¡Qué felicidad! Perfecto, porque esa misma semana vamos a tener fiesta.

Lo miré sin entender.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta?

Mamá levantó una ceja.

—Noah... ¿en serio se te olvidó? ¡El 28 es tu cumpleaños!

Me llevé la mano a la cabeza, riendo.

—Con tanto que pasó... lo olvidé.

Richard se echó a reír, dando un sorbo a su vaso de agua.

—¡Ese es mi hermano! Salva empresas, detiene hackers, pero olvida su cumpleaños.

Eric, divertido, añadió:

—Pues mira qué bien. Así la presentación de mi novia será doble motivo para celebrar.

Mamá miró a los tres, feliz como solo una madre puede estar.

—Entonces, queda decidido: la próxima semana, fiesta grande. Porque no todos los días se celebran los 18 de un hijo... ni se conoce a una futura nuera.

Nos miramos, los tres hermanos. Y sin decirlo, supimos que estábamos donde teníamos que estar.

LA DUDA

Noah

Volver a clases después de las vacaciones fue como un balde de agua helada. Las risas del lago, el calor de casa, la emoción de Italia... todo quedó atrás. Ahora estaba frente a la realidad: esa que yo mismo había intentado aplazar, pero que ya no podía esquivar.

Ahí estaba Leah, esperándome en la entrada del instituto. El brillo en sus ojos no era el mismo de antes. No era amor... era desesperación.

Se acercó, con esa mezcla de tristeza y súplica que yo ya conocía demasiado bien.

—Noah... tenemos que hablar. Por favor.

Respiré hondo. Sabía que este momento tenía que llegar.

—Hablemos, Leah. Pero no esperes que esto cambie lo que ya decidí.

Ella empezó a llorar antes de que yo siquiera dijera una palabra más.

—No quiero perderte. Todo empezó bien, Noah. No podemos terminar por algo que... que ni siquiera fue tan grave.

Ahí estaba. El intento de minimizarlo. El juego del chantaje emocional.

—Leah... —mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Lo hablamos desde el principio. Lo que menos soporto es la mentira, la traición. ¿Recuerdas cuando te conté lo que pasó con Mika? Lo que juré no volver a permitir en mi vida.

Ella negó, desesperada.

—No, Noah, por favor. No fue así.

—Sí fue así —la corté—. Y no quiero esto. No quiero seguir con algo roto. Porque yo sí fui ese novio que dijiste querer: caballeroso, atento, sincero. Y lo perdiste tú, no yo.

Ella lloró más, intentando jugar la carta del "*mírame, tenme lástima*".

—Te ruego, Noah...

Mi paciencia ya no estaba.

—Ve a buscar al chico por el que me cambiaste. Y ruega como me ruegas a mí.

Ahí entró Sara. Con esa fuerza que tiene cuando defiende lo justo. Se paró entre nosotros, erguida como la líder que es.

—Ya basta, Leah. Te ves mal. Esto se acabó. Lo que haces no es amor, es humillarte. Noah tiene un partido en unos días, un partido que podría darle lo que sueña: Stanford. No voy a dejar que lo arruines.

Leah se secó las lágrimas de golpe, cambiando el llanto por rabia.

—Esto no es asunto tuyo, Sara.

Pero Sara no estaba sola. A sus lados, firmes como columnas, estaban Mika y Mónica.

Mika, con ese aire de *"no intentes conmigo":*

—Sí es asunto nuestro. Porque él es nuestro amigo.

Mónica, serena pero firme:

—Y porque ya no hay nada que salvar aquí, Leah. Acepta y sigue adelante.

La tensión era un muro entre nosotras. Los estudiantes empezaban a mirar, a murmurar. Pero yo solo veía una cosa clara: era el

momento de soltar el pasado y correr hacia el futuro que me esperaba.

La tensión se sentía en el aire, como si todo el patio del instituto se hubiera detenido para presenciar lo que estaba por pasar. Leah, con los ojos llenos de lágrimas y rabia, miró a Sara, Mika y Mónica, que seguían firmes a mi lado.

—¡Qué hipócritas son! —soltó, su voz temblando de ira—. ¡Ustedes también mintieron! ¡Le ocultaron la verdad a Noah! ¿Y ahora se atreven a pararse ahí, como si fueran los grandes amigos?

El murmullo de los que miraban creció. Todos atentos. Todos esperando mi reacción.

Yo avancé un paso. La miré directo, sin titubeos.

—Ya basta, Leah. No voy a caer en ese fuego que intentas encender. No voy a dejar que uses eso para romper la amistad que tenemos.

Ella intentó hablar, pero levanté la mano.

—En esas vacaciones, en Italia, lo entendí más que nunca. Ellos son mi gente. Mi familia elegida. Y no hay mentira, ni error, ni pasado que pueda romper eso. Mucho menos por alguien que no supo valorar lo que tenía delante: un hombre que te amó de verdad.

El silencio fue absoluto. Ni los murmullos, ni las miradas curiosas podían romper el peso de mis palabras.

Sara, a mi lado, respiró hondo, y sus ojos brillaron con ese respeto y cariño que siempre me había dado. Mika y Mónica se mantuvieron firmes, orgullosas, como escudos que no dejarían pasar el veneno de las palabras de Leah.

Leah solo se quedó ahí, sin saber qué más decir, porque la verdad ya estaba dicha.

Y yo, por fin, sentí que había soltado el pasado.

El eco de mis palabras a Leah se fue apagando mientras el instituto volvía a su ritmo. Yo no tenía tiempo para el pasado. Lo que venía era lo único que importaba: el partido que podía abrirme las puertas de Stanford y de ese futuro que tanto deseaba.

El campo de entrenamiento nos esperaba. El aire estaba cargado de esa tensión buena que solo se siente antes de algo grande.

Ahí estaba Jeremy, a mi lado, como siempre, con el casco bajo el brazo y esa sonrisa que me decía hoy lo damos todo, hermano.

El entrenador nos llamó, y empezamos. El balón en mis manos, los pases, las jugadas, los movimientos... cada uno era como un latido que me acercaba más a ese sueño. Jeremy lo atrapaba todo, ágil, rápido, como si leyera mis pensamientos antes de lanzar. El dúo funcionaba como un reloj bien calibrado.

En un costado del campo, se veía el equipo de porristas. Sara, Mika y Mónica lideraban la rutina, con la energía y la concentración que las hacía destacar. Sus voces, sus saltos, su ritmo: todo era parte de esa sinfonía que se estaba afinando para el gran día.

Y aunque yo estaba en lo mío, sabía que Sara miraba de reojo, que su presencia ahí, fuerte y comprometida, me daba fuerza.

El entrenamiento siguió, exigente, sin pausas. Porque lo que venía no era cualquier partido: era el partido.

Y lo que sentía era claro: esta vez, no había pasado que me frenara. Ni fantasmas. Ni dudas. Solo el presente y el futuro que estaba decidido a tomar.

El entrenamiento terminó, pero el aire seguía cargado de esa electricidad que solo el que juega por algo grande entiende. Me quedé un momento solo en el campo, respirando hondo, mirando las gradas vacías, dejando que el sudor se mezclara con la idea de lo que venía.

Sabía que no estaba solo, aunque en ese momento el silencio fuera mío.

Jeremy se acercó, chocó su casco contra el mío con un gesto cómplice.

—Hermano, estás listo. Lo vi en tus pases. Hoy nadie te frena.

Sonreí. Porque sus palabras no eran de aliento barato. Eran verdad.

En el costado, Sara, Mika y Mónica terminaban su rutina. Vi cómo se reían entre ellas después de clavar el último salto. Cómo el cansancio les pintaba el rostro, pero también ese brillo de las que saben que dieron todo.

Me acerqué mientras recogían su equipo.

Sara me miró con esos ojos que tantas veces me sostuvieron.

—Hoy se vio en tus jugadas. Vas a brillar en ese partido, Noah.

Mika, siempre directa:

—Y cuando eso pase, no te olvides de nosotras en Stanford.

Mónica, con dulzura:

—Que nos debes más de una vuelta con tu coche nuevo si entras.

Reí, y ese momento lo sentí como lo que era: la red que me sostenía. Ellos. Jeremy, las chicas. Mis amigos, mis cómplices, mi equipo.

El sol se iba escondiendo detrás del instituto, y el viento traía ese frescor que anunciaba la noche. Y yo supe, en ese instante, que pasara lo que pasara en el partido, ya había ganado algo que pocos tienen: un equipo de verdad.

Y eso, eso no lo cambiaba ni Stanford, ni los reclutadores, ni el futuro que estaba por escribirse.

El campo era un hervidero de gritos, pasos, empujones. El aire olía a césped, a sudor, a tensión pura. El marcador brillaba en el fondo como una sentencia: empate. El tiempo se agotaba. El equipo contrario no era cualquier rival. Estaban preparados, sólidos, casi imposibles de romper.

El silencio de mis compañeros era el peor enemigo. Lo veía en sus caras: el cansancio, la duda, el miedo a perder.

Entonces no lo dudé. Levanté la mano, los reuní en un círculo. Miré a cada uno directo a los ojos.

—¡Escúchenme bien! —dije, mi voz firme, más fuerte que el ruido del estadio—. Nadie, ¿me oyen? ¡Nadie nos va a vencer hoy! ¡Porque somos un equipo! ¡Porque cada pase, cada bloqueo, cada jugada la hacemos juntos! No vinimos aquí a quedarnos a medio camino.

Respiré hondo, dejando que esas palabras entraran en ellos como habían salido de mí: con el alma.

—¡Vamos a ganar porque es lo que sabemos hacer! ¡Porque somos los mejores! ¡Y porque no hay equipo que pueda con un corazón como el nuestro!

Vi cómo la chispa volvía a sus ojos. Cómo los hombros se alzaban. Cómo el miedo empezaba a irse.

Y entonces... Sara, desde las gradas, al frente del equipo de porristas. Su voz se alzó clara, fuerte, con el ritmo de las palmas, con la energía que nos había levantado tantas veces.

—¡Vamos, chicos! ¡Esto es de ustedes! ¡Peleen, ganen, demuestren quiénes son! ¡Ustedes son grandes, son invencibles!

Mika y Mónica la acompañaban, con las rutinas, los saltos, la pasión. El estadio vibraba.

Pero el equipo contrario no se dejaba. Su quarterback, un tipo duro, de mirada de acero, me lanzó una sonrisa desafiante al alinearnos para la siguiente jugada.

—A ver si es cierto, Benedetti —murmuró.

Yo solo le sonreí de vuelta, esa sonrisa mía que sabe lo que vale.

—Prepárate para verlo.

El balón voló. La rivalidad estaba servida. Y el partido... el partido apenas empezaba a arder de verdad.

El balón voló. Por un instante, el mundo se redujo a ese ovoide girando en el aire, a mis manos que lo recibían, a las miradas fijas en nosotros.

El equipo contrario venía con todo. Su defensa era un muro, sus pasos rápidos, sus ojos decididos a cerrarnos el paso. Y su quarterback, ese rival duro, me buscaba con la mirada, como si pudiera detenerme solo con ella.

Pero yo no estaba solo. Jeremy se desmarcó justo en el segundo en que debía hacerlo. Nuestras jugadas no necesitaban palabras; eran instinto, confianza pura.

Corrí. Corrimos. El tiempo se estiró, como si los segundos fueran eternos. Las voces de Sara, Mika y Mónica se alzaban desde las gradas:

—¡Vamos, vamos! ¡Esta es la nuestra! ¡No se rindan!

El público rugía. El campo ardía bajo nuestros pies.

Vi el espacio. Vi a Jeremy listo, con los brazos abiertos. Lancé. El balón surcó el aire como una promesa. Como la última oportunidad.

Y él la tomó. Con la seguridad de quien sabe lo que hay en juego, con la firmeza de quien no va a dejar caer el sueño de su equipo.

Touchdown.

El estadio estalló. Los gritos fueron un solo eco. El marcador cambió, y con él, cambió todo. La tensión se convirtió en júbilo. El miedo, en gloria.

Jeremy me abrazó, riendo, gritando.

—¡Lo hicimos, hermano! ¡Lo hicimos!

Mira hacia las gradas. Sara tenía los ojos brillando como estrellas. Mika y Mónica saltaban, alzando los brazos, celebrando como si hubiéramos ganado el campeonato mundial.

El rival me miró. Esta vez sin sonrisa desafiante. Solo con respeto. Me dio una palmada en el hombro al cruzarnos.

—Eres bueno, Benedetti. Muy bueno.

Yo sonreí, agotado, feliz, con el corazón latiendo como un tambor.

—Te lo dije.

El partido terminó. Pero para mí, para nosotros, era apenas el comienzo de algo mucho más grande.

El silbato final sonó y el estadio fue un rugido que parecía no terminar. El marcador brillaba como un trofeo invisible: ganamos. Ganamos porque no nos rendimos. Porque el alma del equipo estaba en cada pase, en cada carrera, en cada grito que dimos juntos.

Nos abrazamos en el campo, empapados de sudor y gloria. Jeremy me revolvió el cabello, riendo como nunca.

—Hermano, este fue tu partido.

—Nuestro partido —le corregí, porque así lo sentía.

Mientras nos dirigíamos al vestidor, los ojos se clavaban en mí. Los de los compañeros, los de los profesores... y los de los cazatalentos. Ahí estaban: trajeados, serios, pero con esas miradas que decían estamos aquí por ti, Benedetti.

Uno de ellos se acercó cuando aún estaba en la línea lateral, jadeando, con el corazón latiendo a mil.

—Noah Benedetti, ¿verdad? —dijo, extendiéndome la mano—. Soy de Stanford. Hiciste un partido impecable. Queremos hablar contigo.

Respiré hondo, y el peso de todo se volvió emoción pura.

—Será un honor —logré decir, aunque por dentro solo quería saltar, gritar, abrazar al mundo.

Otro de los reclutadores, de otra universidad, se adelantó también. El futuro estaba ahí, tocando mi puerta.

En el vestidor, el equipo festejaba. Agua en el aire, risas, gritos. Jeremy y yo nos miramos, y sin decir nada, supimos lo que sentíamos: orgullo.

Cuando salí, los ojos que más quería ver estaban ahí. Sara, al frente, con esa sonrisa que era la mezcla perfecta de alegría y cariño.

—Lo sabía —dijo—. Sabía que este sería tu día.

Me acerqué, sin pensar en nada más, y la abracé. Un abrazo largo, que decía todo lo que las palabras no podían.

—Gracias por creer en mí —le susurré al oído—. Esto es solo el principio.

Ella me miró y asintió, seria y dulce a la vez.

—Y estaré ahí para verlo todo.

El vestidor fue un carnaval. El agua volaba por los aires como si fuera champaña. Los gritos, las risas, los abrazos. Era imposible no sentirse invencible en ese momento. Pero yo sabía que lo que realmente importaba estaba apenas comenzando.

En cuanto salí, el representante de Stanford estaba ahí, esperándome. El hombre, de traje impecable y sonrisa segura, me ofreció la mano.

—Noah Benedetti, no nos cabe duda: queremos que vistas el rojo y blanco de Stanford. Lo que hiciste hoy no solo fue talento, fue

liderazgo. Eso es lo que buscamos.

Me quedé un segundo en silencio. El estadio aún vibraba a lo lejos, y ahí estaba yo: el chico que soñaba con esto desde siempre, viendo cómo ese sueño tocaba la puerta.

—Gracias. Es un honor escucharlo.

El hombre asintió, profesional pero cálido.

—Estaremos en contacto. Este es solo el primer paso.

Otros reclutadores también se acercaron, pero yo ya lo sabía: mi corazón estaba decidido.

Salimos del estadio, y la primera imagen que vi fue la de mamá esperándonos junto al coche. Con ese brillo en los ojos de quien ha visto a su hijo cumplir un sueño.

—¡Mi campeón! —dijo, y me abrazó como cuando era niño—. Estoy tan orgullosa de ti.

Richard había venido desde Italia de sorpresa, junto a Eric, que había viajado desde Nueva York para el partido.

—¡Lo lograste, hermano! —dijo Richard, chocando su puño contra el mío.

—Te dije que eras un crack —añadió Eric, sonriendo.

Esa noche, el festejo fue en casa, como siempre. Nada de grandes lujos: la cena de mamá, las risas, el calor que solo el hogar puede dar.

En un momento, salí al jardín para tomar aire, y Sara se me unió.

—Esto es solo el principio, ¿sabes? —dijo, mirándome como solo ella sabía hacerlo.

Yo sonreí, tranquilo por primera vez en semanas.

—Sí, Sara. Pero el principio más bonito que podría imaginar.

Y el cielo de esa noche, lleno de estrellas, parecía aplaudirnos en silencio.

La noche estaba tranquila. El ruido de la celebración en casa se escuchaba lejano desde el jardín. Yo necesitaba ese respiro, ese instante para ordenar todo lo que había pasado.

Sara se acercó, suave, como siempre que sabía que mis pensamientos estaban a mil por hora. Se sentó a mi lado en el escalón de piedra, bajo el cielo lleno de estrellas.

—Lo lograste —dijo, mirándome con esos ojos que parecían leer lo que no decía—. Stanford ya es tuyo.

Yo asentí, pero no sonreí como ella esperaba.

—Sí... pero no todo está tan claro como parece.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—Jeremy.

Porque ahí estaba el dilema. Porque ese partido lo habíamos ganado juntos. Porque éramos un dúo, un solo latido en el campo.

Más tarde, en el comedor, cuando todos se relajaban, lo llamé a un lado.

—Hermano —le dije, serio, mirándolo a los ojos—. Necesito hablar contigo.

Jeremy se puso en modo alerta al instante.

—Dímelo, bro.

—Stanford solo puede dar una beca deportiva. Y nos lo merecemos los dos. Pero yo... yo tengo la posibilidad de pagar la carrera. Tú sabes que puedo hacerlo.

Él abrió la boca para protestar, pero levanté la mano.

—No es un favor. No es por lástima. Es porque quiero, porque lo justo es que esa beca sea tuya. Porque tú y yo somos un equipo, Jeremy. Y no voy a dejar que nada nos separe. Ni un presupuesto, ni un papel, ni un número en un contrato.

Jeremy se quedó en silencio, luchando entre la emoción y el orgullo.

—Noah... no sé qué decir.

—Di que sí. Que juntos vamos a Stanford. Que vamos a seguir siendo el dúo que nadie puede romper.

Lo vi tragar saliva, emocionado como pocas veces.

—Sí, Noah. Sí. Juntos.

Nos abrazamos como lo que éramos: hermanos de alma, de campo, de vida.

Y esa noche, supe que no había mejor victoria que esa.

Al día siguiente, cuando la emoción del partido ya se había asentado y el cansancio empezaba a dejar paso a la claridad, recibí la llamada. Era el representante de Stanford.

—Noah, primero que nada, queremos felicitarte de nuevo. Lo que hiciste en el campo fue excepcional. Y queremos confirmarte oficialmente la beca deportiva.

Respiré hondo. Era ese momento decisivo.

—Gracias. Es un honor —dije—. Pero quiero plantearles algo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, expectante.

—Escuchamos, Noah.

—Quiero aceptar estar en Stanford. Quiero ser parte de ese equipo. Pero la beca... quiero que la tenga Jeremy. Sé que ustedes vieron el partido. Lo que somos juntos no lo es cualquiera. Somos un equipo. Un solo ritmo.

El hombre dudó.

—Noah, entiendes que eso no es algo común. Las becas son personales.

—Entiendo. Pero también sé que lo que Jeremy y yo somos en el campo no se encuentra fácil. Y yo puedo cubrir mis estudios. Lo que me importa es jugar juntos. Hacer que Stanford gane, porque no vamos a Stanford a probar suerte: vamos a hacer historia.

Del otro lado, la voz se volvió más cálida.

—Voy a transmitir esto al comité. Lo que nos propones habla mucho de quién eres. Y Stanford quiere hombres con ese corazón.

Colgué con el alma en calma. Porque lo que había hecho no era un sacrificio. Era lo correcto.

Horas después, llegó el mensaje. Stanford aprobaba el cambio. La beca sería de Jeremy, y ambos seríamos parte del equipo.

Cuando se lo dije a Jeremy, se quedó helado.

—Eres el hermano que la vida me dio.

—Y tú el que yo elegí —le dije, y esa fue nuestra promesa.

Esa noche, cuando todo estuvo en silencio, Sara y yo hablamos en el jardín otra vez.

—Lo admiro tanto, Noah. Lo que hiciste es lo que te hace grande de verdad.

La miré, y en esa mirada le dije todo.

—Esto... es solo el comienzo.

Y ella sonrió, porque lo sabía.

La noche se había vestido de estrellas. El jardín era nuestro refugio, y el mundo afuera parecía no existir. Solo estábamos Sara y yo,

sentados en ese viejo banco de madera, con el silencio diciendo más que cualquier palabra.

La miré. Esa mirada suya, que siempre fue hogar, que siempre supo calmar mi caos.

—Sara —dije, bajando la voz como si solo ella pudiera escucharme —. Hay algo que no quiero dejar pasar más.

Ella me sostuvo la mirada, seria, dulce, fuerte.

—Dímelo.

Me acerqué, hasta que su respiración fue la mía, hasta que su calor fue el mío.

—Quiero que volvamos a empezar. Que seamos lo que fuimos... y más. Que todo eso que quedó en pausa, todo lo que nunca se apagó, tenga ahora su lugar. Lo quiero contigo. Lo que venga. Lo que sea.

Ella no contestó con palabras. Contestó con un beso. Un beso que fue promesa, que fue perdón, que fue comienzo.

Mis manos se enredaron en su cabello, sus dedos buscaron mi rostro. Las caricias fueron suaves, lentas, llenas de ese respeto que solo existe cuando se ama de verdad.

—Te quiero —susurró, como si el viento llevara su voz a mi alma.

—Y yo a ti, Sara. Siempre ha sido así.

Nos quedamos abrazados, bajo el cielo que parecía bendecirnos con su silencio.

El nuevo reto — El viaje a Stanford

Los días siguientes fueron vértigo puro. Stanford nos había enviado los boletos, las credenciales, el itinerario. Jeremy y yo estábamos listos para ese viaje que era más que un paseo: era el primer paso de nuestro futuro.

El avión despegó, y desde la ventanilla vi cómo nuestra ciudad se hacía pequeña, mientras el sueño se hacía grande.

Al llegar al campus, la realidad superó todo lo que había imaginado. Las instalaciones, los campos, los salones... era un mundo nuevo, enorme, lleno de posibilidades.

Un guía del equipo nos mostró el plan de estudios, las metas deportivas, las expectativas. Nos habló de horarios, de exigencias, de la disciplina que se esperaba de nosotros.

Jeremy y yo nos miramos, y sin decir nada, supimos que ese era nuestro lugar.

Y en mi mente, una imagen: la de Sara, sonriendo, diciéndome te quiero, dándome fuerza a la distancia.

Esto, sí... era apenas el comienzo.

Stanford no era solo un campus. Era un mundo. Cada edificio, cada pasillo, cada campo tenía esa grandeza que solo los lugares donde nacen las leyendas pueden tener.

Jeremy y yo caminábamos en silencio, no por falta de palabras, sino porque el asombro nos llenaba por dentro.

El guía, un exjugador del equipo convertido en mentor, nos iba mostrando todo:

—Aquí están los dormitorios de los atletas. Tienen todo lo que necesitan: gimnasio propio, salas de estudio, áreas de descanso.

Pasamos frente a la biblioteca, y me detuve un segundo a mirar sus enormes ventanales.

—Ahí es donde pasarán noches largas antes de los exámenes —bromeó el guía, con una sonrisa cómplice.

Llegamos al campo. El lugar donde los sueños se jugaban en cada partido. El césped era perfecto, las gradas imponentes, el aire olía a

desafío.

—Aquí entrenamos. Aquí se hacen los campeones.

Jeremy me dio un codazo, con esa mirada suya de hermano, este lugar es nuestro.

—Y aquí vamos a escribir historia —dije, convencido.

El guía nos mostró también el plan de estudios:

—Como atletas becados, tienen que mantener el rendimiento académico. Las clases son exigentes, pero aquí hay apoyo para ustedes. Tutores, horarios flexibles, todo lo que necesitan para cumplir en ambos campos: el académico y el deportivo.

Nos habló de metas:

—La expectativa es alta. Queremos campeonatos. Queremos excelencia. Pero, sobre todo, queremos hombres que sean ejemplo dentro y fuera del campo.

Al final del recorrido, nos dejó solos en el campo. Me senté un momento en el césped, mirando el cielo californiano.

—Lo logramos, Jeremy. Aquí empieza todo.

Él se sentó a mi lado, serio, emocionado.

—Y lo vamos a hacer juntos. Como siempre.

En mi cabeza, la imagen de Sara otra vez. Su sonrisa. Su fe en mí. Su amor. Y supe que todo lo que venía lo haría pensando también en ella.

El primer entrenamiento en Stanford fue como soñar despierto. El campo, los entrenadores, la intensidad... todo lo que alguna vez imaginé, ahora estaba frente a mí. Jeremy y yo corríamos, pasábamos, entrenábamos como si el mundo nos mirara.

—Hermano —me dijo mientras nos quitábamos los cascos al final—, estamos donde debemos estar.

—Y esto es solo el principio —le respondí, jadeando pero feliz.

La primera noche en el campus fue mágica. El silencio del lugar, las luces suaves de los edificios, las nuevas habitaciones que pronto serían nuestro hogar. El futuro estaba ahí, a la vuelta de la esquina.

Pero la vida, como siempre, tenía un giro listo.

El baile de primavera (antes de Stanford definitivo)

La escuela, que había pospuesto su baile de invierno por los líos económicos, al fin pudo realizarlo, ahora bajo el nombre de Baile de Primavera. El gimnasio estaba decorado de luces, flores y esa ilusión que solo las noches de baile traen.

Todo iba bien. Los chicos, los amigos, las bromas, las fotos. Sara, a mi lado, tan hermosa que el mundo podía caerse y yo no lo notaría.

Hasta que él apareció. El mismo que me había quitado a Leah, ahora tenía el descaro de acercarse a Sara, de invadir ese espacio que no le correspondía.

El aire me ardió en el pecho. Ni palabras esperé. Solo vi su sonrisa provocadora y los golpes llegaron como tormenta.

El caos fue inmediato. Las luces, la música, todo quedó opacado por el ruido de la pelea. Puños, empujones, gritos.

Sara me tomó del brazo, con esa voz que aún podía calmar mis demonios.

—Noah, basta. Por favor. No caigas en esto.

Supe que tenía razón. Me detuve, jadeando, con la sangre hirviendo, pero la razón volviendo.

Mis amigos nos rodearon, sacándome de ahí antes de que la ira hiciera más daño. Jeremy, Mika, Mónica, todos apoyándome,

protegiéndonos.

Y entonces el prefecto:

—¡Benedetti! Esto es imperdonable. Le informaré a Stanford. Tu beca está en riesgo.

Lo miré. Y por primera vez, reí.

—¿Beca? No tengo beca, señor. Mi lugar en Stanford no depende de un papel. Mi carrera la pago yo. Así que búsquese otra amenaza.

El prefecto, mudo de rabia, nos vio alejarnos mientras Sara, tan digna como siempre, lo miraba con desprecio.

—Mañana mismo hablo con el director. Esto no se queda así —dijo.

Nos fuimos. Al único lugar donde la paz siempre nos encontraba: la playa.

La brisa calmó la sangre caliente. La arena fue testigo de nuestras risas, de las historias del primer entrenamiento en Stanford, de los sueños compartidos bajo el cielo.

Ahí, con Jeremy, Sara, Mika y Mónica, supe que esa noche sería un recuerdo que el tiempo no borraría.

PARTE DE LOS DOS

Noah

La rutina había vuelto a atraparnos como un mar que te arrastra sin avisar. Último año. Últimos entrenamientos. Las prácticas del equipo de fútbol americano y las del equipo de porristas se cruzaban en el campo como el tic—tac de un reloj que nos decía: ya casi termina.

La escuela se convirtió en lo que más odiamos: semanas de exámenes finales. El pasaporte a la graduación.

Los pasillos se llenaron de caras de terror, de mochilas cargadas de libros, de grupos de estudio en cada rincón.

Para mí y Mika, era pan comido. El caos nunca nos asustó en el aula. Sara, como siempre, se movía con esa elegancia de quien sabe que puede con todo. Pero Jeremy y Mónica… bueno, para ellos era otra historia.

Recuerdo a Jeremy suspirando con la cabeza sobre el escritorio, en la biblioteca:

—Bro, prefiero que me den cinco partidos seguidos antes que otro examen de álgebra.

Mónica se unía al coro de lamentos:

—¿Y biología? ¿Por qué las células tienen que ser tan complicadas?

Pero ahí estábamos nosotros. El grupo. Las risas en medio del cansancio, las tardes de estudio que terminaban en pizzas frías y chistes tontos. Nada que no pudiéramos con el equipo que éramos.

Cuando por fin llegó ese viernes, el último día de exámenes, sentí que el aire era más liviano. Que el sol brillaba distinto.

Y entonces pasó lo impensable: todos, incluso mamá, Eric, Richard, ¡todos! habían olvidado que el 28 de diciembre había quedado atrás sin festejo. Mi cumpleaños número 18 había pasado, sepultado bajo partidos, becas y exámenes.

La culpa les pesó. Y como los Benedetti y nuestros amigos no sabemos hacer las cosas a medias, lo compensaron como solo ellos podían: con una fiesta en la playa.

El atardecer pintaba el cielo de naranja y púrpura. La fogata ya crepitaba cuando llegamos. Ahí estaban: mamá, papá, Eric, Richard, Cale, Jeremy, Mónica, Mika, Sara. Todos con esa sonrisa que lo decía todo.

Mamá me abrazó fuerte.

—Perdón, mi niño. No volveremos a olvidar lo que eres para nosotros.

Sara se acercó, con un regalo envuelto y una mirada que valía más que mil palabras.

—Feliz cumpleaños, Noah. Aunque haya sido tarde.

Sonreí. Porque la verdad es que hasta yo lo había olvidado.

—Lo único que importa es esto. Ustedes. Aquí. Conmigo.

Y mientras la música sonaba, el mar nos regalaba su calma, y el fuego nos abrigaba, supe que ese cumpleaños no sería recordado por el día… sino por el amor que lo hizo inolvidable.

La fiesta en la playa no era solo por mi cumpleaños. Era el cierre de una etapa. La despedida del caos del último año. El comienzo de algo grande.

El fuego crepitaba y lanzaba chispas al cielo mientras el mar nos cantaba su calma.

Jeremy, con una botella de soda en la mano, alzó la voz:

—¡Por el tipo que va a conquistar Stanford y el mundo: mi hermano, Noah!

Las risas y los brindis se mezclaron con el sonido de las olas.

Cale, siempre con ese humor suyo, me dio un empujón amistoso.

—Pero no vayas a dejar que se te suba a la cabeza, campeón.

—Tranquilo, Cale. Tú sabes que sigo siendo el mismo tipo que se come la pizza fría al final de los entrenos —bromeé.

Mika y Mónica le ponían música al ambiente desde el altavoz, mientras Sara, sentada junto a mí en la arena, me miraba con esos ojos que decían tanto sin hablar.

—¿Sabes qué regalo te daré? —dijo en voz baja.

—Dímelo.

Se acercó, lo suficiente para que su aliento fuera mi aire.

—Estar contigo. En todo. En lo que venga. En lo que sueñes.

Le tomé la mano y supe que no necesitaba más.

Los regalos fueron simbólicos, hermosos: un llavero con el logo de Stanford de Jeremy, un cuaderno de Mika para *"las ideas locas que escribas por allá"*, una cadena sencilla de Sara, *"para que no olvides quién eres".*

La noche avanzó entre anécdotas, carcajadas y promesas.

Y cuando el fuego se fue apagando, miré el horizonte y lo supe: era tiempo.

—Bueno, chicos —dije, levantándome—. Stanford nos espera. Y vamos a dejar huella.

Jeremy se levantó a mi lado, el dúo de siempre.

—Lo que somos aquí, lo seremos allá. Y más.

La playa fue el testigo silencioso de ese pacto. De ese rumbo que ya nadie detendría.

La noche de la playa había sido perfecta. El mar, el fuego, las risas… todo parecía tan en su lugar. Pero a veces, lo perfecto se rompe donde menos lo esperas.

Estábamos caminando los dos, Sara y yo, un poco alejados del grupo, dejando que la brisa nos despeinara y que el silencio nos envolviera.

—¿Sabes? —dije, tomando su mano—. Todo esto es increíble. Y lo que más me calma es saber que vamos juntos a Stanford.

Ella se detuvo. Y esa pausa fue como un eco que rebotó en mi cabeza antes de entender.

—Noah… —empezó, con voz suave, casi temerosa—. ¿Quién dijo que yo iba a Stanford?

Me giré hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Cómo que quién lo dijo? Tú. Tú siempre dices que estarás conmigo, en lo que sea, en todo.

Sara bajó la mirada.

—Sí, Noah. En lo que sea, pero eso no significa seguir el mismo camino. Yo… yo tengo otro sueño. Siempre lo hemos hablado. Mi meta es Harvard.

Sentí como si el mar me hubiera golpeado de frente.

—¿Harvard? ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—No es que no quisiera. Es que no quería arruinar este momento.

La tensión creció como una ola que no deja escapar.

—Pero… pero Mónica ya lo decidió con Jeremy. Ella va donde él va. Y yo pensé que… tú y yo…

Sara alzó la vista, firme.

—No soy Mónica. Y no es porque no te quiera. Es porque no quiero dejar de ser yo.

Eso dolió. Porque tenía razón. Porque yo lo sabía, pero no quería escucharlo.

—Así que después de todo esto… ¿vamos a estar a kilómetros de distancia? —murmuré.

Sara dio un paso y me tomó la cara con sus manos.

—No, Noah. Vamos a estar en el mismo lugar. Aquí —puso mi mano sobre su pecho, donde su corazón latía fuerte—. Y aquí —tocó el mío —. Pero necesitamos ser quienes somos, aunque duela.

El silencio fue largo, amargo, lleno de lo que ninguno quería decir.

Y esa noche, mientras las olas seguían rompiendo contra la orilla, supe que el camino iba a ser más duro de lo que creí.

Nos quedamos frente al mar, pero ya no lo veía. Veía sus ojos, esos ojos que tantas veces fueron mi refugio y que ahora eran un espejo donde se reflejaba la verdad que no quería mirar.

—No lo entiendo —dije al fin, la voz quebrada entre el orgullo y la tristeza—. Todo esto… ¿para qué? ¿Para volver a separarnos?

Sara respiró hondo, luchando por no dejar caer las lágrimas.

—Para volver a encontrarnos. Porque si no hacemos esto, si no seguimos nuestros sueños, un día nos miraremos y nos reprocharemos por no haber sido fieles a quienes somos.

Quise gritar, pero no lo hice. Porque sabía que tenía razón. Porque la amaba demasiado como para pedirle que renunciara a su meta.

Me aparté un paso, necesitando espacio para que el dolor respirara.

—Dame tiempo, Sara. Solo… dame tiempo para asimilarlo.

Ella asintió, respetando mi silencio.

—Siempre, Noah. Te lo daré todo, incluso eso.

La dejé volver con los demás mientras yo me quedé mirando el horizonte.

No sé cuánto tiempo pasó antes de que Jeremy se acercara y se sentara a mi lado, en la arena.

—Vi sus caras —dijo sin rodeos—. ¿Qué pasó?

Le conté todo. Las palabras salieron como un río. Y cuando terminé, él solo puso una mano en mi hombro.

—Bro, es un golpe. Lo sé. Pero piénsalo: el amor de verdad no es el que pone cadenas. Es el que deja volar y se queda esperando.

Lo miré, y por primera vez esa noche logré sonreír, aunque fuera un poco.

—Gracias, Jeremy.

Y ahí, frente al mar, supe que la distancia iba a doler… pero que no iba a romper lo que éramos.

El murmullo de las olas seguía llenando el silencio mientras yo y Jeremy hablábamos, mientras intentaba ordenar el nudo que tenía en el pecho.

Entonces, de reojo, lo vi venir. Papá. Ese paso firme, ese porte que imponía incluso cuando no decía una palabra. Lo vi acercarse y supe que algo había notado.

Se detuvo frente a nosotros, con las manos en los bolsillos, la mirada serena, pero curiosa.

—Jeremy —dijo, saludando con un gesto de cabeza—. ¿Puedo robarme un momento a mi hijo?

Jeremy entendió. Se levantó, me dio una palmada en el hombro y se fue hacia el grupo.

Papá se sentó a mi lado, en la arena. Miró al mar, como yo.

—Noah, hijo… vi a Sara volver con el grupo. Vi tus ojos. Vi tu silencio. Cuéntame.

Las palabras salieron despacio, porque dolían. Le conté de la conversación, de la verdad que Sara me había dicho: Harvard. El futuro que no coincidía.

Papá escuchó en silencio, sin interrumpir, dejando que hablara. Cuando terminé, respiró hondo.

—Ah, hijo… el amor y la distancia. La batalla más antigua del mundo.

Lo miré, y en ese momento no era el empresario imponente, era solo un hombre que entendía lo que sentía.

—¿Sabes? Tu madre y yo… hemos vivido esa batalla. Años entre Italia y Nueva Jersey. Entre vuelos, llamadas, mensajes. Y no creas que es fácil. Hay días en que duele. Duele no tener a quien amas al lado. Duele no poder abrazarla cuando más lo necesitas.

Se quedó mirando el horizonte, como si recordara.

—Pero el amor real, Noah… el amor de verdad, es el que aguanta eso. El que se sobrepone a la distancia. Porque lo que vale, hijo, no es el lugar donde estén sus cuerpos, es el lugar donde estén sus almas.

Me quedé callado. Dejé que sus palabras calaran hondo.

—¿Alguna vez pensaste en rendirte? —pregunté.

Sonrió, esa sonrisa suya que era mitad orgullo, mitad nostalgia.

—A veces, claro. Todos lo pensamos. Pero cada vez que el corazón se quebraba un poco por la distancia, lo curaba el amor que sentía por ella. Y eso, Noah… eso puede más.

Me puso una mano en el hombro, firme, como su voz.

—Si amas a Sara, no temas a la distancia. Teme a no intentarlo.

Y en ese momento, lo supe. Mi lucha apenas empezaba.

Caminé de vuelta hacia el grupo, mientras las palabras de papá resonaban en mí como un eco que no se apagaba:

"Si amas a Sara, no temas a la distancia. Teme a no intentarlo."

Esa frase se me quedó tatuada en el alma. El miedo no era la distancia. El verdadero miedo era rendirme antes de empezar.

Vi a Sara, sentada con Mika, Mónica, Jeremy, todos riendo, intentando devolverle a la noche la ligereza que se nos había escapado. Pero yo solo veía sus ojos, esos ojos que aún cargaban la sombra de nuestra conversación.

Me acerqué. Y cuando me vio, se quedó quieta, como si esperara lo peor o lo mejor.

—Sara —dije, con la voz que ahora sonaba segura porque el corazón ya había decidido—. Hay algo que entendí.

Ella se levantó despacio, mirándome como solo ella sabía mirar, directo al alma.

—¿Qué entendiste, Noah?

Me acerqué más. Lo suficiente para que solo ella oyera lo que salía del fondo de mí.

—Que no hay nada que deba temer más que no intentarlo. Que la distancia no va a ser lo que nos rompa… si no dejamos que lo sea.

Vi cómo sus ojos se llenaron de emoción, cómo sus labios temblaron apenas.

—¿Eso quieres? ¿Intentarlo?

Asentí, con el corazón latiendo fuerte.

—Eso quiero. Eso somos. Lo que vale la pena. Lo que se pelea.

Ella me abrazó, y en ese abrazo estaba la promesa.

—Entonces lo haremos, Noah. Lo intentaremos. Y vamos a lograrlo.

El grupo nos miró, sonriendo, sin necesidad de palabras. Porque todos entendieron que, aunque el camino fuera difícil, lo habíamos elegido. Y eso lo hacía nuestro.

La noche siguió. Pero yo ya estaba en paz. Porque el amor… el amor había vencido el miedo.

La tarde iba cayendo cuando el rugir del motor elegante del coche de Eric se escuchó llegando a la casa. Todos estábamos aún en ese estado de calma tras la conversación con Sara, el mar, el fuego, los planes.

Mamá se levantó del asiento de la terraza con una mezcla de sorpresa y emoción.

—¡Es Eric!

El auto se detuvo, y ahí estaba él: impecable como siempre, con esa sonrisa suya que podía iluminar un salón entero. Pero esta vez no venía solo.

Del lado del copiloto bajó una mujer que nos dejó a todos sin palabras un segundo.

Piel morena, ojos cálidos, cabello largo y oscuro que brillaba bajo el sol. Tenía un estilo encantador, una elegancia natural, y una mirada que transmitía dulzura y seguridad a la vez.

Eric, orgulloso como pocas veces lo habíamos visto, la tomó de la mano y se acercaron juntos.

—Familia… quiero presentarles a María.

Richard, que pocas veces se quedaba sin habla, soltó una risa nerviosa mientras le daba un codazo a Noah.

—Mira nomás. Creo que por fin vamos a aprender español como Dios manda.

María saludó con una sonrisa que derritió a todos.

—Un gusto enorme. Eric me ha hablado tanto de ustedes que siento que ya los conozco.

Mamá, conmovida, fue la primera en abrazarla, con esa ternura que solo ella sabía dar.

—Bienvenida, hija. Gracias por hacer tan feliz a mi muchacho.

Eric entonces, con ese brillo en los ojos que no le conocíamos, soltó la verdadera bomba:

—Y… bueno, ya que estamos todos juntos, quiero decirles algo más. Nos vamos a comprometer.

La alegría fue inmediata. Abrazos, aplausos, risas. Richard se acercó a María, aún medio embobado.

—Hermana, ya eres parte de esta locura. Prepárate.

María rio, encantadora, y Eric la abrazó por la cintura, feliz, completo.

Y esa tarde, el amor tomó otra forma en nuestra familia. Una que hablaba en dos idiomas y prometía nuevas historias.

La velada con María fue mucho más de lo que cualquiera de nosotros esperaba. La risa fluía natural, las historias iban y venían entre tres idiomas: inglés, español e italiano.

Richard no tardó en intentar coquetear con el español:

—María, ¿cómo se dice *"el más guapo de los Benedetti"* en español?

Ella, divertida, le respondió:

—Se dice Eric.

Las carcajadas fueron generales, incluso papá y mamá se sumaron, disfrutando de esa chispa que María traía al hogar.

Mamá estaba encantada, hablándole con cariño, preguntando por sus raíces, por su familia. Papá, más observador, sonreía viendo cómo Eric no dejaba de mirar a María como si el mundo se redujera a ella.

La noche avanzó entre recuerdos, anécdotas y planes. Los tres idiomas se entrelazaban como símbolo de lo que éramos: una familia que sabía cruzar fronteras de lengua y de corazón.

Cuando el fuego se apagó y la brisa nocturna nos recordó que el día terminaba, María nos abrazó a todos como si llevara años en la familia.

—Gracias por esta noche. Es un regalo.

Y nos fuimos a dormir sabiendo que ese lazo nuevo estaba ya bien tejido.

El nuevo día: el inicio de las despedidas

La mañana llegó con un aire diferente. El aire de lo que se acaba, de lo que se atesora porque ya tiene fecha de despedida.

Ya no había clases. Solo quedaban los entrenamientos, los últimos, esos que saben a nostalgia.

En el campo, el entrenador de fútbol americano reunió al equipo. Su voz, siempre firme, ahora cargada de emoción:

—No siempre se tiene la suerte de dirigir a chicos como ustedes. Y menos a dos estrellas como Noah y Jeremy. No solo porque ganaron partidos. Porque hicieron de este equipo una familia. Gracias.

Los aplausos fueron sinceros, sentidos. Un nudo en la garganta de todos.

En la cancha de porristas, la entrenadora miraba a las chicas alineadas. Su voz temblaba apenas:

—Cuando el ciclo empezó, nunca imaginé que este equipo lograría lo que logró. Y eso fue por su capitana. Por Sara. Porque unió. Porque guio. Porque demostró que el liderazgo no está en el uniforme, sino en el corazón.

Sara, seria, emocionada, recibió el aplauso de las chicas, incluida Lea, que por primera vez parecía sincera en su mirada.

Y ese día, las despedidas empezaron a sentirse. El inicio del fin. La antesala de la graduación.

El campo estaba vacío. El sol de la tarde caía suave, tiñendo todo de un dorado cálido. Las gradas eran nuestras, como si el mundo nos hubiera hecho un regalo: un instante solo para Sara y para mí.

Ella estaba sentada, con las piernas recogidas, mirando el horizonte del campo que tantas veces había visto llenarse de gritos y gloria. Me acerqué en silencio, con ese cosquilleo en el pecho que solo ella lograba provocar.

—¿Puedo unirme a ti? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

Sara sonrió, esa sonrisa que derrite, y asintió. Me senté a su lado, tan cerca que podía sentir su calor, su perfume, su paz.

Me quedé viéndola. Así, sin prisa, como si quisiera memorizar cada detalle.

—¿Sabes? —dije, bajando la voz—. A veces me pregunto qué hice bien para tenerte aquí, así, conmigo.

Ella se sonrojó apenas, y eso hizo que me acercara más, que llevara mi mano a su mejilla, acariciándola con una ternura que no necesitaba palabras.

—Noah…

—Shhh —susurré, pegando mi frente a la suya—. Solo déjame mirarte un poco más. Porque aunque pasen los años, aunque la distancia intente jugarnos en contra, lo que siento ahora, aquí, es lo que quiero sentir siempre.

La besé. Despacio. Con esa mezcla de respeto, amor y deseo que hace que el tiempo se detenga. Sus labios eran el refugio que siempre buscaba sin saber.

Entre beso y beso, le susurré:

—Eres mi sueño, Sara. Y no pienso despertarme.

La tomé entre mis brazos, fuerte pero suave, como quien abraza su mayor tesoro. Y ella, con las manos sobre mi pecho, se dejó llevar por ese momento.

El campo, el cielo, las gradas… todo desapareció. Solo estábamos ella y yo. Y ese amor que, lo sabía, cualquier lectora desearía vivir.

El sol se iba, dejando al cielo teñido de tonos naranjas y violetas. Las gradas, el campo, el mundo entero… todo se borraba salvo ella. Sara.

No sé en qué momento mis manos tomaron su rostro con tanta delicadeza, como si temiera romper un tesoro. Mis pulgares acariciaban sus mejillas, mientras mis ojos se perdían en los suyos.

—Sei tutto quello che voglio, Sara —susurré en italiano, esa lengua que siempre salía de lo más profundo de mí cuando lo que sentía no cabía en el inglés.

(Eres todo lo que quiero, Sara).

Ella lo entendió. Sus ojos brillaron.

La besé de nuevo, más profundo, más real. Y en ese beso estaba mi verdad. Su respiración se mezcló con la mía, sus manos se aferraron a mi camisa, como si ese momento fuera todo lo que necesitáramos para vivir.

—Non c'è distanza che possa spezzare questo —dije entre beso y beso, con la voz temblando de emoción.

(No hay distancia que pueda romper esto).

Su frente se apoyó en la mía, los dos jadeando suavemente, perdidos en ese instante eterno.

Y entonces lo sentí. Lo supe. Ya no había espacio para guardármelo.

Le aparté un mechón del rostro y, mirándola como nunca antes, dejé que saliera.

—Ti amo, Sara. Ti amo davvero.

(Te amo, Sara. Te amo de verdad).

Ella se quedó sin aire un segundo. Lo vi. Lo sentí. Y entonces sus labios buscaron los míos, con más pasión, con más entrega, con todo.

El viento se llevó nuestras risas suaves, nuestros susurros. Y allí, en esas gradas vacías, fuimos solo dos almas que se encontraron y decidieron no soltarse.

Porque el amor, el verdadero amor, estaba dicho. Estaba hecho.

La noche había caído por completo cuando la llevé a casa. El camino fue tranquilo, pero el aire entre nosotros estaba cargado de esa electricidad que deja el amor recién confesado.

Aparqué frente a su casa, y antes de que bajara, tomé su mano. La besé despacio, como si fuera lo más valioso que había tocado en el día.

—Ti amo, Sara —le dije otra vez, mirándola con el alma en los ojos.

Ella sonrió, esa sonrisa que ya sabía que iba a ser mi ancla cuando las cosas se pusieran difíciles.

—Y yo a ti, Noah.

La vi entrar a su casa y me quedé un momento, respirando hondo, grabando ese instante, ese *"te amo"* que había cruzado el aire entre nosotros.

LA GRADUACIÓN

Noah

Desde temprano, la escuela estaba viva. El aire estaba cargado de algo distinto: ese ruido que no es solo de voces, sino de sueños que se acomodan para dar el salto.

Las manos de los organizadores iban y venían colgando mantas, colocando flores en el escenario, ordenando sillas con cintas doradas y azules, los colores de la escuela. Las letras gigantes de "Class of 20XX" brillaban sobre la tarima donde todo se iba a decidir: el final y el comienzo.

Los compañeros del ciclo escolar desfilaban por el pasillo, cada uno con su toga y birrete, algunos nerviosos, otros emocionados, todos con ese brillo en los ojos del que sabe que el momento ha llegado.

Las chicas, con sus togas impecables, el cabello arreglado bajo el birrete, sonriendo para las cámaras de los papás que no paraban de tomar fotos. Los chicos, fingiendo calma, ajustándose el birrete a cada rato como si eso los ayudara a controlar los nervios.

Los profesores se preparaban también. Los que marcaron el camino, los que creyeron, los que regañaron. Estaban listos para entregar los diplomas con esa mezcla de orgullo y nostalgia que solo un maestro conoce.

Y ahí, entre todo, estaba mi gente. Mamá, con los ojos brillosos ya desde el principio. Papá, elegante, serio pero emocionado. Richard, echándome miradas cómplices. Eric, con el brazo sobre los hombros

de María, que desbordaba calidez, como si ya fuera parte de la familia de toda la vida.

Y a mi lado, como siempre, Jeremy.

—Hermano —me dijo bajito, mientras caminábamos al lugar donde esperaríamos el llamado—. ¿Listo para que este día sea nuestro?

Le sonreí.

—Más que listo. Tenemos un plan, ¿recuerdas? Esto no es solo una ceremonia. Es el cierre que merecemos.

El plan era sencillo y perfecto: al recibir el diploma, íbamos a compartir un discurso juntos. Unas palabras que habíamos preparado para agradecer, para recordar, para dejar claro que lo que venía no era un final... era el mejor principio.

La música empezó. El maestro de ceremonias tomó el micrófono.

—Señoras y señores, bienvenidos a la graduación de la generación que nos enseñó que el esfuerzo siempre vale la pena.

Y así, empezó el día que nunca olvidaríamos.

La música sonaba, los nombres iban saliendo uno a uno, y los aplausos llenaban el aire. Era el momento de todos, el momento que cerraba el libro de nuestra preparatoria.

Sara subió al escenario, con su paso firme, con su mirada llena de emoción. El director entregó el diploma y, enseguida, el reconocimiento:

—Por su liderazgo ejemplar como capitana de porristas, su capacidad de unir y motivar a su equipo, y su entrega a esta institución... ¡felicidades, Sara!

Los aplausos retumbaron. Vi su sonrisa, esa que podía iluminar el campo entero.

Luego fue el turno de Mónica. Cuando recibió su diploma, el director sonrió con afecto.

—Y un reconocimiento especial por haber superado obstáculos académicos con perseverancia, esfuerzo y un espíritu que inspira.

Mónica se emocionó, las lágrimas le llenaron los ojos, y Jeremy no dejó de mirarla con un orgullo que lo decía todo.

Mika recibió su diploma, y el director le entregó el reconocimiento con palabras que la hicieron brillar:

—A la alumna con el mejor desempeño académico de la generación. Una mente brillante, un corazón humilde.

Los gritos de orgullo de los amigos no se hicieron esperar.

Cuando Leah subió, el ambiente fue distinto, pero sincero. El director habló con voz cálida:

—Por convertir el arte y la fotografía en un sello de esta generación. Por haber dejado una huella en la galería que será recordada por años.

Leah sonrió, y por un instante, en sus ojos hubo gratitud.

Y entonces, el momento llegó.

—Llamamos al escenario a Noah Benedetti y Jeremy Evans.

Subimos juntos, como tantas veces lo hicimos en el campo. Nos entregaron los diplomas. Y los reconocimientos:

—A Noah Benedetti, por su destacada trayectoria como mejor jugador deportivo de fútbol americano, por su espíritu de equipo y por representar el honor de esta institución.

—A Jeremy Evans, segundo jugador destacado, compañero Leal y clave en cada victoria.

El aplauso fue ensordecedor. Y entonces tomamos el micrófono, ese instante preparado, pensado, sentido.

Jeremy habló primero:

—Hoy cerramos un ciclo. Un ciclo que nos hizo reír, llorar, pelear, crecer.

Yo seguí:

—Hoy no es un final. Hoy es el primer día del resto de nuestras vidas. Lo que viene será difícil, será nuevo... pero estamos listos. Porque esta escuela, estos años, estas personas, nos hicieron así.

Jeremy sonrió.

—Gracias a nuestras familias, a nuestros amigos, a nuestros maestros. Y gracias a esta generación, que nunca se rindió.

—Y recuerden —cerré—: no importa qué puerta crucemos ahora. Lo importante es cómo lo hagamos... con orgullo, con amor, con gratitud.

El aplauso fue un abrazo colectivo.

Bajamos y vinieron los abrazos de los nuestros. Mamá, llorando de felicidad. Papá, apretando mi mano con fuerza. Richard, Eric, María, todos con sonrisas que guardaremos para siempre.

Fue un día que no se borrará. Un día donde todo lo que éramos se hizo diploma, se hizo abrazo, se hizo futuro.

Cuando salimos del auditorio, Richard ya tenía esa mirada suya que mezcla picardía con plan maestro.

—Suban todos al camión. Ya está todo listo. No pregunten. No voy a decir a dónde vamos.

Papá lo miró, arqueando una ceja.

—¿Richard, y esto?

Mamá se cruzó de brazos, divertida.

—¿Desde cuándo planificas sin avisarnos?

Richard solo sonrió, abriendo la puerta del camión como un anfitrión.

—Desde hoy. Vamos, suban. ¡Es día de fiesta!

Uno a uno fuimos subiendo. Eric tomó la mano de María, que no dejaba de sonreír ante la locura que ya entendía que era parte del paquete Benedetti.

Cale ayudó a Mika a subir, y enseguida ella empezó con lo suyo.

—¿Ya te cansaste, viejito? —le dijo dándole un codazo.

—¡Mika! —refunfuñó Cale—. ¿Puedes actuar normal un solo día?

Mónica y Jeremy tomaron asiento juntos, riendo, disfrutando del momento.

—¿Te das cuenta de que vamos a acabar en la luna con tal de que Richard sorprenda? —dijo Mónica.

—Mientras sea juntos, vamos donde sea —respondió Jeremy, mirándola con ternura.

Yo tomé la mano de Sara mientras nos acomodábamos en el fondo del camión.

—¿Lista para lo que sea? —le susurré al oído.

—Siempre —me respondió, entrelazando sus dedos con los míos.

Richard, al subir el último, gritó al chofer:

—¡Arranque, chofer! Y ni se le ocurra revelar nuestro destino. Quiero que la sorpresa sea completa.

El camión comenzó a moverse, y adentro todo era un bullicio alegre.

Papá y mamá se miraban con ese amor que solo los años y las batallas compartidas dan. Papá le tomó la mano, se inclinó y le susurró algo que solo ella oyó, pero que la hizo sonreír como una novia recién enamorada.

Eric y María hablaban en voz baja, riendo, planeando seguramente el próximo paso de su historia juntos.

Cale intentaba poner distancia entre él y Mika, que no paraba de bromear, lanzándole servilletas como proyectiles.

—¡Mika, por favor! —se quejaba él—. ¿Esto es un viaje o un campo de batalla?

Richard, encantado de estar en medio de todo ese caos, soltó una carcajada.

—¡Esto es la graduación de los Benedetti, Cale! Acostúmbrate, que apenas empieza.

Y yo... yo solo podía mirar a Sara, abrazarla, besar su frente y perderme en la calma que solo ella sabía darme.

—Ti amo —le susurré.

—Y yo a ti, Noah.

El camión avanzaba, el destino era un misterio, pero el amor y la alegría llenaban el aire. Y en ese momento, supe que este festejo iba a ser tan inolvidable como todo lo que habíamos vivido.

El viaje se hizo largo. Más largo de lo que cualquiera esperaba. En el camión se alternaban risas, cabezadas de sueño y miradas curiosas por las ventanas, tratando de adivinar el destino.

Richard, sentado cerca del chofer, no dejaba de sonreír como el dueño de un secreto que valía oro.

Cuando al fin vimos los letreros luminosos, los edificios brillando en la noche, los casinos con sus luces de neón gritando fiesta... la

sorpresa fue total.

—¡Las Vegas! —gritó Jeremy, entre asombrado y eufórico.

Mamá, desde su asiento, abrió los ojos como platos.

—Richard... ¿Las Vegas?

Papá, con su tono de empresario que mezcla autoridad con incredulidad, se cruzó de brazos.

—Richard Benedetti, ¿me puedes explicar qué clase de plan es este? ¿A quién se le ocurre llevar a toda la familia y a los amigos a Las Vegas sin avisar?

Richard, con esa sonrisa suya que desarma a cualquiera, se levantó y extendió los brazos como si presentara el escenario de un espectáculo.

—Papá, mamá, familia querida: ¿cómo íbamos a cerrar la graduación de esta generación legendaria? ¡Con estilo! ¡Con la sorpresa que se merecen! ¡Bienvenidos a Las Vegas!

Papá iba a responder, pero mamá lo tomó del brazo, sonriendo con dulzura.

—Déjalo, querido. A veces hay que disfrutar las locuras de nuestros hijos. Esto no se repite.

Papá soltó una risa contenida y negó con la cabeza, pero el brillo en sus ojos lo delató: estaba tan orgulloso como sorprendido.

Richard, ya dueño de la situación, dijo:

—Vamos al hotel. Tienen dos horas para cambiarse, sacarse esas togas y birretes, y estar listos. Esta noche... ¡se festeja!

El camión se detuvo frente a un hotel imponente. Las luces, el movimiento, el bullicio... todo gritaba Las Vegas en su máxima expresión.

Entramos al lobby entre miradas de turistas y empleados que se preguntaban quiénes éramos para llegar así, en caravana.

Papá y mamá se miraron cómplices.

—Nosotros nos quedamos en el hotel —dijo mamá, acariciando el brazo de papá—. Este es su festejo. Nosotros tenemos el nuestro.

Eric y María se despidieron con un guiño:

—Nos vemos en el desayuno, campeones.

Y así, mientras subíamos a nuestras habitaciones, el aire se llenaba de esa mezcla de nervios y emoción que solo un lugar como Las Vegas puede provocar.

Richard, desde la puerta del ascensor, alzó la voz:

—¡Dos horas! Y no quiero ver un solo birrete en esta fiesta.

Las habitaciones del hotel parecían suites de película. Desde el ventanal se veía el brillo inagotable de Las Vegas, esa ciudad que no duerme y que ahora era nuestra.

Jeremy y yo compartíamos habitación. Apenas entramos, nos miramos y soltamos una risa de esas que solo se dan cuando la adrenalina está al tope.

—Hermano... ¿esto es real? —dijo Jeremy, mientras se lanzaba sobre la cama.

—Richard lo hizo de nuevo. —Le respondí, y me asomé por la ventana, viendo los letreros de neón y el desfile de gente abajo—. Esto va a ser una noche para recordar.

En la habitación de al lado, Sara, Mónica y Mika también se preparaban, cambiando la toga por vestidos que sacaron de sus maletas como si hubieran sabido que Las Vegas sería el destino.

Mónica se miró al espejo y bromeó:

—Si esto es una fiesta de graduación, que me gradúen cada año.

Mika, arreglándose el cabello, rio:

—Richard no hace las cosas a medias.

Sara, retocando sus labios frente al espejo, sonrió con ese brillo en los ojos que solo una noche así podía darle.

En el cuarto de Cale, las cosas eran un poco más caóticas.

—¿Por qué me trajeron aquí? —refunfuñaba mientras buscaba una camisa decente—. ¡Esto no estaba en el plan!

—Relájate, Cale —se escuchó la voz de Richard desde el pasillo—. Vas a agradecerme mañana... o bueno, pasado mañana, cuando te pase la resaca.

El descenso a la fiesta

Las dos horas pasaron volando. Nos encontramos en el lobby como un grupo salido de un videoclip: elegantes, emocionados, listos para la noche.

Richard, impecable, les hizo un gesto al staff del hotel que lo esperaba.

—Chicos, esta noche la ciudad es nuestra. Vamos al casino, luego al club, y ya veremos dónde terminamos.

Salimos al bullicio de Las Vegas, y el aire estaba cargado de esa magia que solo se siente cuando sabes que algo grande está por suceder.

El casino nos recibió con luces, risas, sonidos de máquinas, ruletas girando. Todo brillaba, y nosotros con ello.

Jeremy se acercó a una máquina y bromeó:

—Si me saco el premio mayor, pago la universidad.

Mónica lo jaló del brazo, riendo.

—¡No te emociones tanto, millonario!

Sara tomó mi mano mientras caminábamos juntos entre las mesas y las luces.

—Noah... esto es increíble.

La miré y sonreí.

—No es Las Vegas lo increíble. Eres tú.

Y así comenzó la noche: entre apuestas pequeñas, brindis, risas, bailes... una noche que, lo sabíamos, no olvidaríamos jamás.

Las luces del casino nos envolvían, las risas fluían, el sonido de las monedas cayendo en las máquinas era como música de fondo a una noche perfecta. Brindamos, bailamos, el grupo estaba unido, vibrando con la ciudad.

Entonces pasó.

Entre el bullicio, entre el movimiento de la gente, mis ojos se cruzaron con un rostro conocido. Un rostro que no debería estar ahí.

Leah.

Sí. Leah, en Las Vegas. Con un tipo mayor que la tenía tomada de la cintura, vestido con ropa cara, sonriendo como si todo fuera suyo. Ella también me vio. Se congeló un segundo.

Sara, que iba tomada de mi mano, notó el cambio en mi mirada y siguió la dirección de mis ojos.

—Noah... ¿es ella?

Yo asentí, el corazón latiendo fuerte no por amor, no por celos... por el impacto, por la sorpresa.

Jeremy se acercó, preocupado.

—¿Qué pasa?

—Leah... —murmuré—. Está aquí.

Richard, que no perdía detalle, sonrió y me susurró al oído:

—Hermano, esta es tu noche. Ella es el pasado. Déjala en el pasado.

Pero antes de que pudiera dar un paso, Leah se soltó del tipo y caminó hacia nosotros.

—Noah... —dijo, con una voz que mezclaba sorpresa, culpa y nervios.

El grupo se quedó en silencio. Sara se cuadró a mi lado, firme, como siempre.

Yo la miré. Y fue el momento en el que lo decidí.

Le sonreí a Sara, y sin siquiera mirar de nuevo a Leah, tomé a Sara de la cintura y la besé, un beso seguro, un beso de *"aquí estoy, aquí quiero estar".*

Las luces de Las Vegas, el ruido del casino, el murmullo de la gente... todo desapareció en ese beso.

Cuando nos separamos, Leah ya no estaba. El pasado, de verdad, había quedado atrás.

Richard aplaudió como si fuera el cierre de un show.

—Así se hace, hermano. Así se hace.

Y la noche siguió, con la fuerza de quienes saben que lo mejor está por venir.

El beso con Sara selló algo en mí. Era el punto final que tanto necesitaba para enterrar el pasado. Nos reímos, el grupo aplaudió, y Richard, cómo no, levantó su copa.

—¡Por nosotros, por esta noche, por el inicio de todo lo que viene!

Y entonces... el ruido. El ruido que nadie espera en una noche así.

Un grito. Un choque de mesas. El sonido seco de algo caer.

Volteamos todos. Un tipo corría por el casino, empujando a la gente, llevando un maletín. Detrás de él, un guardia lo perseguía, gritando:

—¡Alto! ¡Deténgase!

El caos se desató. La música paró, las luces parecieron temblar. La gente gritaba, se apartaba, buscaba dónde esconderse.

Jeremy me jaló del brazo.

—¡Noah, vámonos!

Pero fue demasiado tarde. El tipo tropezó cerca de nosotros. El maletín cayó a nuestros pies. El tipo nos miró con desesperación.

—¡Agárrenlo! ¡No dejen que lo cojan! —gritó, y salió corriendo de nuevo, desapareciendo entre la multitud.

Los guardias llegaron y nos vieron junto al maletín. Uno de ellos lo abrió... y lo que había dentro hizo que todo se pusiera peor.

Dinero. Montones de billetes. Documentos. Algo que claramente no debíamos tener cerca.

—¡Quédense donde están! —ordenó el guardia, mientras hablaba por radio—. Tenemos involucrados en el robo.

—¡¿Qué?! —exclamó Richard, alzando las manos—. ¡Nosotros no tenemos nada que ver!

El guardia no escuchaba razones. La seguridad del casino nos rodeaba. Sara, Mónica, Mika, todos nerviosos, intentando explicar que solo éramos unos graduados celebrando.

Papá y mamá, que ya se habían enterado del alboroto, llegaron al lugar. Papá, con esa voz suya que imponía respeto hasta al más terco:

—Soy Dante Benedetti. Esto es un error. Déjennos aclararlo.

Los guardias dudaron. El apellido Benedetti aún pesaba.

Y en ese momento, Richard, con ese don suyo de salir de lo imposible, tomó el control.

—Caballeros, revisen las cámaras. Miren quién soltó ese maletín. No somos ladrones. Somos los Benedetti. Y cuando nos metemos en problemas, es porque ayudamos a resolverlos... no porque los causamos.

La tensión seguía, pero algo en la voz de Richard, en la presencia de papá, en el hecho de que todos nosotros estábamos claramente sorprendidos y asustados, hizo que el líder de los guardias asintiera.

—Muy bien. Los llevaremos a una sala privada. Esto se va a aclarar.

Y así, la noche que comenzó con un beso terminó con nosotros siendo arrastrados a una sala, envueltos en un crimen que no cometimos... pero del que ahora éramos parte.

En la sala privada, las cámaras no tardaron en hablar por nosotros.

El jefe de seguridad, sudando por la vergüenza, negó con la cabeza al ver cómo el ladrón soltaba el maletín cerca de nosotros y salía corriendo.

—Señores... —dijo con voz apenada—. Mil disculpas. Fue un error. Ustedes no tienen nada que ver. Por favor, acepten nuestras disculpas y el agradecimiento del casino.

Papá lo miró con esa calma que impone sin alzar la voz.

—Cuide mejor a su gente. No siempre tendrá la suerte de que sean los Benedetti los que le limpien el lío.

Nos devolvieron al hotel con todas las cortesías. Pero el brillo de la noche ya se había apagado.

O eso creímos.

Porque Richard, apenas cruzamos el umbral de la suite más grande del hotel, con terraza, con vista a las luces infinitas de Las Vegas, alzó los brazos como quien abre las puertas del paraíso.

—¡Que nadie se me desanime! ¡Aquí empieza la verdadera fiesta de graduación!

Marcó al servicio a la habitación como solo él sabía hacerlo:

—Quiero lo mejor que tengan: comida, cervezas, botellas, refrescos. ¡Que suba todo lo que haya en la carta!

En menos de media hora, la suite se transformó en el centro de la celebración. La mesa estaba llena de bandejas con hamburguesas, tacos, pizzas, botanas, vasos y botellas que brillaban bajo las luces cálidas de la habitación.

Papá apareció un momento en la puerta, sonrió al vernos y tomó la mano de mamá.

—Los dejamos. Esto es suyo.

Y se fueron, dándonos ese espacio que todos sabíamos que necesitábamos.

Entonces Richard se frotó las manos y alzó una botella.

—¡Ahora sí! ¡Verdad o reto con toque Benedetti! Y quien se eche para atrás... ¡que se vuelva a la escuela!

Todos reímos. La tensión se disipó como el humo de un cigarro al viento. El juego empezó.

Los retos fueron subiendo: un shot tras otro, bailes en la terraza, confesiones que hicieron a más de uno ruborizarse.

Mika haciéndole cantar a Cale una canción romántica, mientras él se moría de vergüenza.

Jeremy que cargaba a Mónica como princesa mientras daba vueltas en la sala.

Richard desafiando a todos con preguntas incómodas y retos al límite, como solo él sabía hacerlo.

Y yo, perdido en los ojos de Sara, sin necesitar más reto que el de amarla más en ese momento.

Las luces de Las Vegas allá afuera se rindieron ante la luz que salía de esa suite. Porque esa noche, el verdadero espectáculo... éramos nosotros.

La suite era pura risa, calor y complicidad. La botella giraba en el centro, los vasos ya a medio llenar o vacíos, los ojos brillantes, las mejillas encendidas por el alcohol y la emoción.

Richard, sentado sobre el respaldo del sofá como un rey en su trono, tomó el control:

—¡Turno de Noah!

La botella me apuntaba. Todos me miraban, esperando.

—¡Verdad! —dije, queriendo evitar lo que sabía que vendría si elegía reto.

Richard sonrió como solo él podía hacerlo cuando tramaba algo.

—Muy bien, hermano... verdad: ¿Quién de esta habitación es la persona que más podría romperte el corazón si se alejara de tu vida?

Las miradas se cruzaron, el aire se tensó. Mis ojos buscaron a Sara, que ya me miraba, con esa mezcla de dulzura y miedo por la respuesta.

—Sara —dije, sin dudar. Y sentí que todo lo demás desaparecía.

Los aplausos y los *"aww"* no se hicieron esperar. Sara se inclinó y me besó con ternura, un beso que fue un pacto en silencio.

La botella siguió girando. Le tocó a Mika.

—¡Reto! —dijo, desafiante.

Richard frotó las manos.

—Quiero que declares tu "amor eterno" a Cale de rodillas frente a todos.

La carcajada fue general. Mika, sin perder el ritmo, se arrodilló frente a su hermano y, con tono dramático, dijo:

—Cale, desde que nací, supe que serías el hermano más gruñón, insoportable y adorable que podría tener. Prometo fastidiarte por siempre.

Cale se tapó la cara, rojo como nunca.

—¡Mika, basta ya!

La botella giró de nuevo. Ahora Richard era el elegido.

—Verdad o reto —dijimos al unísono.

Él levantó la ceja, arrogante.

—¡Reto, por supuesto!

Y aquí el giro. Aquí el momento que cambia el tono de la noche.

Jeremy, rápido como un rayo, lanzó el desafío:

—Entonces, Richard, queremos que nos cuentes el secreto que has estado guardando desde Italia. Lo que realmente pasó esa noche que desapareciste un par de horas.

El silencio se hizo. Las risas murieron por un instante. Todos lo miramos.

Richard se cruzó de brazos, como midiendo qué decir... y entonces, con esa sonrisa suya de medio lado, lo soltó:

—Está bien... lo confieso. Esa noche... fui a ver a alguien. Una mujer. Alguien que conocí en un viaje anterior. Y sí, chicos... creo que esta vez, yo fui quien se enamoró.

La habitación estalló en gritos, carcajadas y preguntas.

—¡¿Qué?! —exclamamos todos a la vez.

Richard alzó su vaso.

—Y lo demás... lo sabrán en su momento.

El juego siguió, pero ya el ambiente era distinto. Más unido. Más cómplice. Porque esa noche, entre verdades, retos, risas y confesiones... el lazo que nos unía se hizo indestructible.

La suite ardía de risas, de miradas cómplices, de ese calorcito del alcohol y de las emociones que nadie se atrevía ya a disimular.

El juego seguía y la botella volvió a girar. El destino era claro: Richard de nuevo.

Todos lo miramos como depredadores al acecho de la presa que por fin iba a soltar la verdad completa.

Yo, con esa sonrisa de hermano que ya sabe la respuesta, me incliné hacia él y solté el reto:

—Richard, esta es la buena: te reto a que le des el beso más ardiente a la chica que tienes en mente. A esa que nos ocultas desde Italia.

El silencio fue brutal. Nadie respiraba. Las miradas saltaron de Richard a todos los presentes, tratando de adivinar.

Pero Mika ya estaba colorada como un tomate. Bajó la mirada, mordió el labio, y el brillo de sus ojos la delató.

Richard sonrió, esa sonrisa de medio lado que solo saca cuando acepta que no hay salida.

—Bueno... ya no hay secreto, ¿verdad?

Se acercó a Mika, tomó su rostro con las dos manos, y sin dudarlo, la besó. No un beso cualquiera: un beso de esos que queman, que

dicen todo lo que las palabras no se atreven, que hacen que el mundo se apague.

Los demás estallamos en gritos, aplausos, risas.

—¡Ya era hora! —gritó Jeremy, levantando el vaso.

Cale, entre shock y resignación, solo alcanzó a decir:

—¡Ay, por favor... no frente a mí!

Mika, cuando el beso terminó, se tapó la cara, entre risas nerviosas y felicidad pura.

Richard, sin soltarla del todo, alzó la copa.

—¡Por el mejor juego de graduación que pudo existir!

La noche siguió, más viva que nunca. Porque ese beso no solo fue el clímax del juego... fue el principio de una nueva historia que ninguno de nosotros olvidaría.

La suite olía a fiesta, a brindis, a secretos ya sin miedo. Afuera Las Vegas seguía brillando, pero adentro, lo que realmente importaba estaba pasando entre nosotros.

Richard y Mika se habían convertido en el centro de la noche. Las miradas iban y venían, las risas se colaban entre los brindis, y la botella daba vueltas más por inercia que por deseo de más retos.

Yo los miré y sonreí. Sabía que en el fondo ese beso que habían compartido era el que llevaba rato pidiendo a gritos el destino.

La música que sonaba de fondo en la suite bajó el ritmo. Una balada suave, de esas que hacen que el mundo se quede en pausa. Y en medio de esa calma, Richard, con una copa ya olvidada en la mano, buscó la mirada de Mika.

—Ven... —le dijo en un susurro.

Ella, aún con la risa temblándole en los labios, se dejó llevar. Y ahí, frente a todos, sin juegos, sin retos, sin público que importara, él la besó. Un beso lento, profundo, de esos que no buscan aplausos, sino quedarse grabados en la memoria.

El grupo guardó silencio. No por obligación, sino porque el momento lo pedía.

Cuando se separaron, Richard apoyó su frente en la de Mika, y en un tono que solo ella escuchó, murmuró:

—No necesitaba un reto para quererte así.

Ella sonrió, cómplice, como quien acepta lo que ya sabía.

La noche empezó a apagarse entre abrazos, despedidas y promesas. Jeremy y Mónica se quedaron juntos mirando las luces por la ventana. Cale, rendido, se dejó caer en un sillón, negando con la cabeza y riendo bajito.

Yo tomé la mano de Sara y salimos un momento al balcón. El viento tibio de la madrugada nos acarició el rostro.

—Y pensar que todo empezó con un simple juego —le dije, besándole la frente.

—Y que terminó como tenía que ser —respondió ella, apoyándose en mi hombro.

Las luces de Las Vegas titilaban a lo lejos. Pero el verdadero brillo estaba en nosotros.

Porque esa noche, la velada de nuestra graduación, no fue una más. Fue la noche en que los lazos se sellaron, los besos dijeron lo que faltaba, y el futuro empezó a escribirse de verdad.

MOMENTO DE DECIR ADIÓS

Noah

El sol de Las Vegas entraba por las enormes ventanas de la suite, brutal, despiadado, directo a los ojos. El ruido de la ciudad que no duerme parecía reírse de nosotros, como si supiera lo que arrastrábamos después de la noche épica.

Abrí un ojo. Lo primero que vi fue a Richard, tirado en un sillón, con un brazo colgando y la boca entreabierta, murmurando algo que sonaba a una mezcla de italiano y quién sabe qué más.

—Hermano... —intenté hablar, pero la garganta parecía hecha de arena.

Del otro lado de la suite, Jeremy se asomó desde detrás de una cortina.

—Si alguien tiene agua, que hable ahora... o calle para siempre.

Las risas flojas empezaron a llenar el cuarto. Mika, despeinada, se sentó en el suelo, masajeándose las sienes.

—Richard... la próxima vez... menos fiesta, más agua.

Richard, sin abrir los ojos, levantó un pulgar.

—¡A la próxima, prometo un brindis con agua bendita!

Sara apareció desde la terraza, con la brisa en el rostro y una sonrisa cansada pero cálida.

—Chicos, bajemos. El hotel tiene desayuno buffet... y café, mucho café.

Y así, entre quejidos, risas y promesas de "no vuelvo a tomar así", nos arrastramos hasta el restaurante.

La mesa larga nos recibió como un refugio. Jugos, café, fruta, huevos, pancakes... todo lo que un grupo de graduados crudos podía desear.

Richard, ya algo más humano, alzó la taza de café.

—Por la última locura juntos... al menos de esta etapa.

Hubo un silencio de esos que no incomodan, pero que dicen mucho. Porque todos sabíamos que lo que venía después de esa mañana era el principio del adiós.

Yo miré a Sara, y supe que ese desayuno era algo más que comida: era el inicio del momento que ninguno queríamos que llegara.

Estábamos hundidos en la mesa del desayuno, medio humanos, medio recuerdos de lo que había sido la fiesta. Y entonces, como si el destino quisiera cerrar el capítulo de Las Vegas con broche de oro, llegaron ellos.

Mamá y papá entraron al restaurante, impecables como siempre, como si el desvelo y el cansancio fueran cosas ajenas a los adultos Benedetti.

Mamá, apenas nos vio, puso las manos en la cintura y sonrió, esa sonrisa que mezcla ternura y resignación.

—Dios mío... mis hijos y sus aventuras. —Se acercó y nos acarició la cabeza a Richard y a mí, como si todavía tuviéramos cinco años—. ¿Quién les manda tomar así?

Richard, con voz de ultratumba, alzó la taza de café.

—La vida, mamá... la vida.

Todos reímos, aunque fuera bajito, porque el ruido dolía.

Papá se cruzó de brazos, mirándonos con ese aire entre serio y orgulloso.

—Espero que al menos la pasaran bien. Porque lo que sigue no será tan divertido.

Nos miramos entre todos, entendiendo al instante a qué se refería.

Era momento de regresar.

Papá se sentó con nosotros y, con voz firme, empezó a poner orden.

—Hoy al mediodía sale el vuelo de regreso. Es hora de que empiecen a prepararse. Hay que empacar, organizar todo. Los días de universidad están a la vuelta de la esquina, y esto, chicos, es el verdadero inicio.

Mamá asintió, acariciándome el hombro.

—Cuando lleguen a casa, quiero que se tomen el tiempo de preparar bien sus cosas. Ropa, libros, lo que van a necesitar allá. No quiero prisas de última hora.

Sara, Jeremy, Mika, Mónica, Cale... todos nos miramos. Sabíamos que la aventura de Las Vegas había llegado a su fin, y lo que venía ahora era ese paso que habíamos esperado, pero que igual dolía: el adiós a todo lo que conocíamos.

Richard, siempre él, levantó la copa de jugo esta vez.

—Por el regreso... y por lo que está por venir.

Brindamos, con sonrisas algo tristes, pero cargadas de sueños. Porque lo que venía ahora... era el inicio de lo que siempre habíamos querido.

Apenas nos íbamos recuperando del desayuno, cuando las puertas del restaurante se abrieron de nuevo. Y ahí estaban.

Eric y María caminaban hacia nosotros. Eric con una sonrisa de oreja a oreja, esa sonrisa que solo muestra cuando sabe que está a punto de soltar una bomba. María, preciosa como siempre, con ese brillo en los ojos que decía que algo grande había pasado.

—¿Y estos por qué tienen esa cara? —susurró Richard, frotándose las sienes, todavía medio muerto de la cruda.

Eric se plantó frente a la mesa y levantó la mano izquierda... dejando brillar un anillo plateado que no estaba ahí el día anterior.

—Bueno... creo que anoche nos dejamos llevar un poquito por el espíritu de Las Vegas.

María mostró su mano también, con el anillo a juego.

—Chicos... ¡nos casamos!

Hubo un segundo de silencio brutal, como si las neuronas crudas no pudieran procesarlo.

Y entonces, como una ola, el grito salió de todos:

—¡¿Qué?!

Richard, con la boca abierta, se echó a reír y a toser al mismo tiempo.

—¡Hermano, eso sí que es superar el reto de la botella!

Mamá, con los ojos húmedos de emoción, abrazó a María sin pensarlo.

—¡Bienvenida oficialmente a la familia, hija!

Papá se cruzó de brazos, pero el orgullo se le notaba en los ojos.

—Bueno, al menos lo hicieron a lo grande, como corresponde a un Benedetti.

Nos levantamos todos, aun tambaleándonos del sueño y el cansancio, para abrazarlos, felicitarlos, reírnos, bromear... porque,

vamos, ¡era una boda en Las Vegas!

Jeremy no pudo evitar decirlo:

—Esto sí que es un final de graduación que no se esperaba nadie.

Sara se apoyó en mí, riendo.

—Y tú pensando que solo Richard nos daría sorpresas.

Yo solo pude sonreír. Porque si algo habíamos aprendido de esa ciudad... es que Las Vegas nunca deja que te vayas sin una historia para el recuerdo.

El avión de regreso parecía volar más despacio de lo normal, como si la ciudad nos retuviera un poco más, como si Las Vegas no quisiera dejarnos ir. Pero ahí estábamos: mirando por la ventanilla cómo el brillo quedaba atrás, camino al siguiente paso.

El viaje fue silencioso, cargado de recuerdos frescos y de esas miradas entre amigos que dicen: Esto fue único.

Al llegar a casa, el aire conocido nos abrazó como solo lo hace el hogar. Pero no había tiempo para nostalgias: las horas empezaron a correr.

Cajas, maletas, mochilas... nuestra casa parecía un campo de batalla entre libros, ropa, recuerdos que no queríamos dejar atrás.

Mamá y papá iban y venían, ayudando a meter orden, guardando con cariño cada cosa mientras nos miraban como quien quiere detener el tiempo.

Eric y María, aún con ese brillo de recién casados, se quedaron para apoyar, para reírse con nosotros, para prometer que el siguiente encuentro sería en Nueva York, ya en su nuevo hogar.

Los días pasaron rápido. Y entonces llegó el momento.

Frente a la casa, los autos cargados, las mochilas listas, y el grupo reunido por última vez antes de tomar caminos distintos.

Jeremy, Mónica y yo nos miramos, sabiendo que al menos Stanford nos esperaba juntos. Un alivio entre tanta despedida.

Richard fue el primero en abrazarnos fuerte.

—Cuídense. Que Stanford tiemble con ustedes. Y no se olviden: Italia siempre es casa.

—Te vamos a extrañar, hermano —dije, con un nudo que no se quiso disolver.

—Nos veremos pronto, y con más historias que contar —sonrió él, aunque los ojos le brillaban.

Cale, cruzado de brazos como siempre, intentó sonar relajado.

—Ya saben... aquí está su lugar, para lo que sea.

Mika se lanzó a abrazarnos, con esa mezcla de hermana pequeña y amiga del alma.

—Prometan que van a escribir. Que no nos van a dejar atrás.

—Nunca, Mika —le respondimos casi al unísono.

Y entonces quedó ella. Sara.

El silencio fue total. Solo estábamos ella y yo.

La tomé de las manos, esas manos que tantas veces fueron mi refugio.

—No sé cómo será esto sin ti a mi lado, Sara.

Ella me acarició la cara, con esa ternura que siempre me vencía.

—Lo haremos porque lo nuestro puede con todo, incluso con la distancia.

Nos abrazamos fuerte, nos besamos como quien promete volver, como quien graba un pacto en el corazón.

—Te amo, Sara. Aquí, allá, donde sea.

—Y yo a ti, Noah. Para siempre.

Nos separamos despacio. Las lágrimas querían caer, pero el amor nos sostuvo.

Subimos al coche. La casa, las risas, los abrazos... todo quedó atrás mientras el futuro nos esperaba.

Y en el retrovisor... los vi. A Sara, a Mika, a Cale, a Richard. Y supe que ese era mi hogar, sin importar la distancia.

El avión tocó tierra y supe que ese sonido, el del tren de aterrizaje chocando con la pista, era el inicio de todo lo que había esperado.

Ahí estaba. Stanford. El lugar que tantas veces soñé, el lugar que ahora me recibía no como visitante, sino como el tipo que se había ganado un espacio en su historia.

Salimos del aeropuerto y el aire fresco de California nos golpeó la cara. Jeremy, a mi lado, tenía esa sonrisa mezcla de nervios y orgullo. Mónica, abrazada a él, miraba todo como quien se mete en una película.

Yo... yo no podía dejar de pensar en Sara. Su rostro, su voz diciéndome "No temas a la distancia". Y ese te amo que me había dejado grabado en el pecho.

El campus era gigante, majestuoso. Torres, jardines, edificios que parecían salidos de un sueño. Y ahí, en medio de todo eso, nosotros: tres chicos listos para escribir su propia historia.

—Bueno —dije, dejando la maleta en el suelo y respirando hondo—. Aquí empieza todo.

Jeremy me dio un golpe suave en el hombro.

—Aquí empieza, hermano. Y lo vamos a romper.

Mónica nos abrazó a los dos.

—Y yo estaré aquí para verlo.

Nos dirigimos al registro, al dormitorio, a los primeros papeles, los primeros saludos tímidos de compañeros que en unas semanas serían parte de nuestras vidas.

La primera noche llegó rápido. Un cuarto que todavía olía a nuevo, un colchón que se sentía ajeno, y un cielo que, aunque distinto... prometía los mismos sueños.

Y ahí, acostado, mirando el techo, pensé en todo lo que dejaba atrás. En todo lo que me esperaba.

Y supe que el verdadero viaje... apenas comenzaba.

El aire del campo me golpeó el rostro como un abrazo nuevo. El cielo de Stanford parecía más grande, más azul, más lleno de promesas.

A mi lado, Jeremy ajustó los guantes, esa sonrisa suya mezcla de nervios y seguridad pintada en el rostro.

—¿Listo, hermano? —me preguntó, como tantas veces antes.

Yo asentí, mirando el campo que ya era mío, que era nuestro.

—Listo. Más que nunca.

Corrimos juntos hacia el centro. El sonido de los tacos sobre el pasto, el murmullo de los primeros entrenadores, el eco de las voces de quienes serían nuestro equipo.

Cada paso era un adiós al niño que fui, al chico que soñaba con este momento desde que pateó un balón por primera vez.

Cada paso era un gracias a lo que quedó atrás: Sara, Mika, Mónica, Cale, Richard. A casa. A las risas, las peleas, los besos, los retos.

Y mientras el silbato sonaba anunciando el inicio, supe que esto no era un final. Era el principio de todo.

EPÍLOGO

El tiempo, ese ladrón silencioso, había corrido más de lo que esperábamos. Y aquí estábamos… un grupo que comenzó como un puñado de adolescentes con sueños rotos, con miedos guardados bajo la piel, y que terminó siendo una familia elegida, un lazo inquebrantable sellado entre risas, lágrimas y locuras.

Noah Benedetti, ese chico gruñón con el ceño fruncido y el corazón de oro, comprendió al fin que amar no era aferrarse con miedo, sino soltar para confiar, para crecer. Aquel *"mierda, me enamoré de ti"* que le confesó alguna vez a Sara ya no dolía, no pesaba: ahora era un eco dulce, una promesa silenciosa de que el amor verdadero, aunque a veces se esconda entre la distancia y las tormentas, siempre encuentra el camino de vuelta.

Richard, el alma de la fiesta, el caos con traje, el Benedetti que nadie pudo domar salvo Mika. Dejó atrás los celos que lo encadenaban y aprendió que el verdadero amor no se obliga ni se arrebata: se conquista todos los días, sin descanso, sin miedo. Porque si algo supo Richard, es que a Mika nunca la tendría como un trofeo, sino como una aliada, una compañera de batallas, de noches de pasión y días de risas.

Mika, la estrella que nunca dejó de brillar, la chica que se juró no ser atrapada y terminó atrapando corazones. Que encontró en su fuerza la manera de levantarse cada vez que la vida intentó quebrarla. Que descubrió que no hay miedo que pueda más que el amor propio, y que al final, siempre, elige su camino.

Jeremy, Mónica, Cale... todos ellos, piezas imprescindibles de este rompecabezas. Cada uno aportó luz cuando las sombras parecían eternas. Cada uno demostró que la verdadera amistad no está en los

buenos momentos, sino en los peores, cuando más duele, cuando más se necesita.

El castillo Benedetti, las calles de Nueva Jersey, los atardeceres de Los Ángeles, las locuras en París, la pasión en Brasil… fueron solo escenarios. Porque lo que realmente marcó esta historia fue ese "mierda, me enamoré de ti" que cambió sus vidas. Porque enamorarse no fue un error, fue el principio de todo.

Y ahora, mientras las páginas de este libro se cierran, no es el final. Es el preludio de lo que está por venir. Porque las historias como esta… nunca terminan. Solo esperan el siguiente capítulo.

GRACIAS

Gracias por haber estado aquí, por haberte sumergido en esta historia, por haber caminado junto a Noah, Sara, Mika, Jeremy, Mónica, Leah, Richard, Cale, Eric, María, y esos padres que, aunque imperfectos, amaron lo mejor que supieron.

Gracias por haber sentido conmigo.
Por haber reído, llorado, enojado, suspirado.
Porque esta historia no fue solo de ellos… también fue tuya.

Aprendimos que la vida nos pone pruebas:
El cariño que a veces falta.
La ausencia de quienes más queremos.
Las rivalidades con los hermanos que nos dejan cicatrices y aprendizajes.
Las traiciones de los amigos que duelen, pero que a veces nacen del amor y el deseo de protegernos.

Vimos a Mika y Cale enseñarnos que los problemas del hogar no nos definen, que se puede ser fuerte sin perder la esencia.

Vimos a Noah descubrir que el amor de un padre siempre estuvo ahí, aunque la distancia y el deber lo ocultaran un tiempo.
Que el dolor que uno guarda adentro no se debe encerrar… porque cuando se libera, el alma respira.

Vimos que el amor verdadero no teme a la distancia, que los amigos de verdad se quedan, y que los finales…
no son más que un nuevo comienzo.

Gracias por leer, por sentir, por ser parte.
Por dejar que esta historia te tocara un poquito el corazón.

Porque esto no es el fin.
Es el inicio de algo aún más grande.

Con todo mi cariño y gratitud,
Em Domínguez.

CAPÍTULO EXTRA - EL DÍA QUE LA VI POR PRIMERA VEZ

Richard Benedetti

Nunca olvidaré ese día. Yo tenía apenas diez años y ya empezaba a creer que lo entendía todo de la vida: los regaños de mamá, la disciplina de papá, la seriedad de Noah que siempre parecía más adulto de lo que era. Todo era ordenado, predecible, hasta que apareció ella.

Mika.

La recuerdo entrando como si la casa fuera suya, con los zapatos llenos de lodo y la sonrisa más descarada que jamás había visto. Nadie la detuvo; ni los regaños de las tías ni la mirada de papá pudieron con esa niña que parecía un torbellino de verano.

—¿Quién es esa? —pregunté bajito, jalando la manga de Noah.

—Es Mika… —contestó él con desdén—. No la soporto, siempre se mete en problemas.

No la soportaba, pero yo no podía apartar los ojos de ella.

Su risa era ruidosa, contagiosa, casi insolente. Saltó sobre el sofá como si fuera un trampolín, hizo rodar un cojín y, en cuestión de segundos, convirtió la sala en un campo de batalla improvisado. Yo no sabía si admirarla o asustarme. Lo único que entendí fue que ese caos tenía algo hipnótico.

Me acerqué con la excusa más tonta.

—Oye, ¿y tú siempre entras a las casas ajenas como si fueran tuyas? —le solté, medio serio, medio curioso.

Ella me miró con descaro, arqueando una ceja que parecía demasiado expresiva para una niña de su edad.

—¿Y tú siempre eres tan mandón aunque nadie te haya dado permiso? —me devolvió la frase, con una sonrisita pícara.

Sentí un golpe extraño en el pecho. No era miedo, no era enojo. Era como si alguien me hubiera dado un empujón hacia adelante y, de repente, supiera que ya no había vuelta atrás.

—Vas a volver loco a mi hermano —dije, señalando a Noah, que ya bufaba con fastidio.

—Ese es el plan —rio Mika, dejando escapar una carcajada que llenó todo el lugar.

Y entonces lo supe. Que ese torbellino iba a ser la perdición de mi hermano, sí… pero también mi propio secreto. Porque aunque nunca lo admitiría en voz alta, en ese instante me enamoré a primera vista de ella.

No fue un enamoramiento dulce ni de cuentos. Fue algo más salvaje, más peligroso, como el presentimiento de que la vida iba a ponerse de cabeza, y yo no podía esperar a verlo.

Me quedé mirándola mientras seguía destrozando el orden de la sala con la naturalidad de quien no conoce los límites. Noah cruzó los brazos, visiblemente irritado, y soltó un resoplido.

—¿Puedes dejar de hacer ruido? —le dijo con voz de mando, como si fuera el dueño de la casa.

Mika se detuvo un segundo, giró hacia él y ladeó la cabeza con descaro.

—¿Y tú quién eres para mandarme? ¿El papá?

Yo solté una carcajada ahogada, porque la cara de mi hermano era digna de un retrato. Noah, a sus ocho años, ya tenía esa rigidez de adulto en miniatura.

—Soy Noah, y esta es mi casa. —Señaló alrededor con aire de superioridad.

—Pues yo soy Mika, y ahora también es mi casa —contestó ella, lanzándose de nuevo sobre el sofá, dejando que sus coletas rebotaran mientras reía como si no existiera nadie más en el mundo.

—¡No lo es! —gritó Noah, rojo de la rabia.

Me acerqué más, cruzándome de brazos como si fuera juez de esa discusión improvisada.

—Noah, tranquilo… —le dije, aunque por dentro disfrutaba la escena —. Se ve que ella puede hacer lo que quiera.

—¡Tú cállate, Richard! —me fulminó con la mirada.

Mika me señaló con el dedo, sonriendo victoriosa.

—Me caes bien, Richard. Tú sí entiendes cómo funcionan las cosas.

—¿Y cómo funcionan? —pregunté, curioso.

—Fácil —dijo, encogiéndose de hombros—. Si no te diviertes, ¿para qué estás vivo?

Noah se llevó la mano a la frente como si le pesara el mundo entero.

—Eres insoportable, Mika. No entiendo por qué vienes aquí.

Ella dio un brinco y quedó frente a él, demasiado cerca para la paciencia de mi hermano.

—Porque me gusta ver cómo te enojas. Pones una cara muy chistosa —le dijo, estirándole una mejilla con sus dedos pequeños.

Noah la apartó de un manotazo suave, pero estaba más rojo que un tomate. Yo no sabía si reírme o sentir pena por él. Lo único que

sabía era que algo en esa niña era diferente. Un brillo en los ojos, un aire de libertad que no se podía domesticar.

Me mordí el labio, tratando de disimular lo que sentía. Y pensé, sin atreverme a decirlo: si este es el tipo de mujer que vuelve loco a mi hermano… entonces también es el tipo de mujer que me va a perseguir a mí para siempre.

Todavía tenía presente la risa de aquella niña que convirtió mi sala en un campo de batalla. Esa imagen, guardada desde mis diez años, volvió como un latido inesperado cuando crucé las puertas del castillo Benedetti en pleno invierno.

La nieve cubría los jardines como un manto interminable y el aire helado se mezclaba con el calor acogedor del interior. Noah, con sus diecisiete años recién cumplidos, caminaba cabizbajo a mi lado. Era un joven alto, ya con ese porte de hombre que buscaba ganarle la carrera al tiempo, pero la tristeza seguía marcándole los ojos. Leah lo había destrozado. Y aunque nunca lo admitiría frente a los demás, yo sabía que su corazón seguía sangrando en silencio.

—Tienes que dejarla atrás, Noah —le dije en voz baja mientras subíamos los escalones de mármol—. Stanford te espera, y créeme, hay un mundo entero de chicas dispuestas a curarte ese vacío.

Él me miró de reojo, sin responder. Sus manos en los bolsillos parecían aferrarse a lo poco que le quedaba de fuerza. Jeremy y Mónica entraron detrás de nosotros, riéndose de alguna broma interna, como si fueran inmunes al peso de los dramas ajenos.

Y entonces la vi.

Mika.

Descendía la escalera principal como si fuera la dueña del castillo, con un abrigo blanco que contrastaba con su cabello oscuro. Tenía diecisiete años, la misma edad que Noah, pero lo que me golpeó fue la diferencia. Ya no era la niña que saltaba sobre sofás ni la que llenaba la sala de mi casa con lodo y carcajadas. Ahora era una

mujer en construcción: segura, chispeante, con una belleza feroz que parecía anunciar tormentas.

Me quedé quieto, congelado en medio del salón, mientras Noah murmuraba algo que no escuché.

—Miren a los Benedetti… —dijo ella al vernos, con esa voz que aún guardaba el descaro de antaño pero ahora más grave, más definida —. Ya hasta parecen caballeros de verdad.

Jeremy soltó una carcajada inmediata.

—¿Y tú? —le respondió, arqueando una ceja—. Yo recuerdo a una niña que casi incendia un sofá.

—No cantes victoria —contestó Mika con picardía—. Si me dejan sola cinco minutos, todavía puedo hacerlo.

El grupo rio, incluso Mónica, aunque Noah no parecía inmutarse. Sus ojos estaban puestos en otra figura que apareció tras Mika: Sara. Ella entró cargando unos libros, con su cabello suelto y una calma natural que contrastaba con todo el ruido del lugar.

—Hola, Noah —dijo con dulzura, clavando sus ojos en él.

Él se tensó al escuchar su nombre, pero fue la primera vez en semanas que vi a mi hermano sonreír, aunque fuera apenas una mueca leve. Mika notó el gesto y me lanzó una mirada rápida, llena de malicia.

Se acercó a mí, inclinándose con esa confianza peligrosa.

—Parece que alguien encontró medicina para su corazón roto… — susurró con voz divertida.

Yo la observé de reojo. Esa cercanía me devolvió al recuerdo de mis diez años, a esa primera vez en que entendí lo que significaba que alguien te sacudiera el mundo con solo existir.

—Y parece que tú sigues siendo el mismo caos de siempre —le respondí, en voz baja.

Ella sonrió, con la misma chispa de niña, pero ahora encarnada en un cuerpo y una presencia que me resultaban irresistibles.

—¿Y tú sigues siendo el mismo niño que se enamoró a primera vista?

El corazón me dio un vuelco. Y no tuve el valor de contestar.

Las risas de Jeremy y Mónica aún resonaban en el pasillo cuando todos se fueron a sus habitaciones. Cale, con su silencio habitual, los despidió con un gesto breve antes de perderse en la penumbra del ala este del castillo. El aire olía a madera antigua y a vino recién servido; la fiesta en la fraternidad había sido el desahogo que Noah necesitaba, y Sarah no lo dejó ni un segundo, protegiendo con palabras suaves ese corazón herido.

Yo debería haberme ido a dormir. Debería haber seguido la rutina que todos siguieron. Pero entonces la vi.

Mika se escabulló hacia una sala lateral, apenas iluminada por el fuego de una chimenea encendida. Cerró la puerta sin mirar atrás, como si me estuviera esperando. Y sin pensarlo dos veces, la seguí.

—¿Qué haces aquí sola? —pregunté al entrar, dejando que la puerta se cerrara tras de mí.

Ella estaba junto a la chimenea, quitándose lentamente el abrigo blanco que había llevado toda la tarde. Sus movimientos eran lentos, casi teatrales, como si supiera que yo no podía apartar la mirada.

—Pensé que nadie me iba a seguir —respondió con una media sonrisa—. Aunque contigo… siempre es distinto.

Me acerqué un poco, sintiendo el calor del fuego mezclarse con el calor que me provocaba verla así.

—Siempre has sabido cómo llamar mi atención —confesé.

Ella rio suavemente, con esa risa que me perseguía desde que éramos niños. Solo que ahora no sonaba a travesura: sonaba a desafío.

—¿Tu atención? —repitió, levantando la vista hacia mí—. No, Richard… lo que siempre he querido es provocar lo que estás sintiendo ahora mismo.

Tragué saliva. Ella avanzó un paso, acortando la distancia entre nosotros.

—¿Y qué estoy sintiendo? —pregunté, aunque mi voz traicionaba que ya lo sabía.

Mika inclinó la cabeza, tan cerca que podía ver el reflejo de las llamas en sus ojos oscuros.

—Deseo —susurró, sin rodeos—. Y lo peor es que no vas a hacer nada por detenerlo.

Me quedé en silencio, atrapado entre el orgullo de no ceder tan rápido y la verdad de que ella tenía razón. Desde esa primera vez en que la vi saltar en mi sofá, había sabido que Mika iba a ser mi condena. Y ahora, con diecisiete años, lo confirmaba.

—No juegues conmigo —dije al fin, casi en un ruego.

Ella sonrió con descaro, como si acabara de ganar una partida invisible.

—No estoy jugando. Solo quiero una noche, Richard. Una noche inolvidable. No soy de esas que buscan promesas ni cadenas, lo sabes.

Sentí un golpe en el pecho, una mezcla de ilusión y dolor. Porque mientras ella me dejaba claro que no quería pareja, yo ya me había rendido por completo.

—Una noche contigo no sería solo una noche —susurré, con la voz quebrada de sinceridad—. Sería el inicio de todo para mí.

Ella acarició mi mejilla con la yema de sus dedos, lenta, peligrosa.

—Entonces prepárate para perder, Benedetti… —dijo con un brillo retador en los ojos—. Porque yo no pienso dar más que eso.

La tensión se volvió insoportable. Cada palabra, cada roce, cada mirada era una hoguera. Y aun así, aunque ella me advirtiera que no quería nada más que una noche, yo sabía que iba a perseguirla, porque ya no podía volver atrás. Me había enamorado de Mika, y esa condena era la más dulce de todas.

La chispa en sus ojos era una invitación y una advertencia al mismo tiempo. No supe si retroceder o acercarme más, pero mi cuerpo decidió por mí: di un paso adelante, hasta que apenas un suspiro nos separaba.

—¿Por qué yo, Mika? —pregunté, intentando sonar firme, aunque mi voz temblaba—. Has tenido a medio mundo alrededor desde que éramos niños, y sin embargo, esta noche… me buscas a mí.

Ella ladeó la cabeza, jugando con un mechón de su cabello, como si disfrutara verme desarmado.

—Porque tú eres el único que siempre me ha mirado diferente —respondió, su tono suave pero cargado de intención—. No me miras como si fuera un desastre, ni como si fuera un juego… Tú me miras como si supieras que algún día iba a romperte en mil pedazos.

Me quedé sin aire. Era cierto. Desde niño había sabido que ella era mi debilidad.

—Y aun así estás aquí —añadí, casi con un hilo de voz.

Mika sonrió, esa sonrisa peligrosa que había marcado mi infancia.

—Porque quiero ver hasta dónde estás dispuesto a llegar por mí —susurró, inclinándose hacia mi oído—. Quiero saber si Richard Benedetti es tan valiente como presume.

Me estremecí al sentir su aliento en mi piel.

—No me provoques, Mika —dije con un suspiro contenido—. Sabes que no suelo perder.

—¿Ah, no? —se rio, apartándose apenas para mirarme a los ojos—. Pues conmigo vas a perder, Richard. Porque yo no juego a enamorarme… solo a quemar momentos.

—Eso dices ahora —repliqué, sintiendo cómo mi corazón latía a destiempo—. Pero te juro que esta noche… yo no voy a ser uno de tus recuerdos. Voy a ser lo que no puedas olvidar.

Ella soltó una carcajada suave, tan provocadora que me hizo apretar los puños.

—Eres un terco —dijo, tocándome el pecho con un dedo y dibujando un círculo lento sobre mi camisa—. Me gusta eso. Pero, ¿sabes qué? El terco siempre es el primero en caer.

Le tomé la mano, deteniendo ese juego en mi pecho, y nuestras miradas se encontraron con un brillo distinto, más serio.

—Ya caí, Mika —confesé sin reservas—. Caí la primera vez que entraste a mi casa con los zapatos llenos de lodo.

Ella parpadeó, sorprendida por mi sinceridad. Por un segundo, la máscara de seguridad se le resquebrajó, y vi algo más profundo en su mirada: una vulnerabilidad que ocultaba con chistes y sonrisas.

—No digas esas cosas… —susurró, apartando la vista como si temiera creerme.

—Las digo porque son verdad. —Me incliné hacia ella, bajando la voz —. Y porque no pienso dejarte escapar otra vez.

Mika me miró fijamente, sin apartarse esta vez. Su respiración se mezclaba con la mía, y en sus labios jugueteaba una sonrisa tensa, como si estuviera al borde de decidir si rendirse o escapar.

—Está bien —dijo al fin, con un brillo desafiante—. Una noche, Richard. Eso es lo único que te voy a dar. No pidas más.

Sonreí, sintiendo la victoria más amarga y más dulce al mismo tiempo.

—Una noche contigo… será suficiente para empezar —le respondí.

Y en ese instante, mientras el fuego de la chimenea iluminaba su rostro, comprendí que estaba perdido. Mika me había condenado desde niño, y esa noche iba a ser la prueba definitiva.

Mika me sostuvo la mirada, desafiante, como si esperara que retrocediera. Pero no lo hice.

—¿Una noche, eh? —le dije, con media sonrisa—. ¿Y piensas que voy a conformarme con tan poco?

—No es poco si sabes aprovecharlo —respondió, acercándose aún más hasta que nuestras frentes casi se tocaron.

Sentí el calor de su piel, el roce de sus labios a un suspiro de distancia. La tensión era insoportable, y no quise esperar más. La besé.

Al principio fue un choque de orgullo, de dos fuerzas que no querían ceder. Pero pronto se convirtió en un incendio. Sus labios se abrieron con un gemido contenido y mis manos se aferraron a su cintura, acercándola más, como si temiera que escapara.

—Richard… —susurró contra mi boca, empujándome levemente hacia atrás—. Esto no es amor, ¿lo entiendes?

La miré, con la respiración agitada.

—Dímelo otra vez —reté, con voz ronca.

Ella se mordió el labio inferior, con esa sonrisa peligrosa que me derribaba.

—Esto no es amor —repitió, aunque sus dedos ya se enredaban en mi camisa, desabrochando con torpeza los primeros botones—. Es deseo. Puro y simple.

Le tomé la mano, deteniendo su movimiento un instante.

—Tal vez para ti sea deseo… —susurré, acariciando su rostro—. Pero para mí, Mika, es el comienzo de todo.

No me contestó. Solo me besó con más fuerza, como si quisiera borrar mis palabras a golpes de pasión. Y yo lo permití, porque su manera de entregarse era tan honesta como sus advertencias.

El fuego de la chimenea iluminaba su silueta mientras mi chaqueta caía al suelo. Sus dedos ardientes recorrían mi espalda, y cada roce me hundía más en ese abismo donde ya no había marcha atrás.

—Quiero que lo recuerdes, Richard —murmuró contra mi oído, con la voz entrecortada por la intensidad—. Una sola noche… y nada más.

La levanté en brazos sin dejar de besarla, y ella rio entre jadeos, aferrándose a mi cuello.

—¿Siempre tan terco? —bromeó, con la respiración entrecortada.

—Siempre —le respondí, llevándola hacia el sofá junto a la chimenea —. Y esta noche voy a demostrarte que una sola noche conmigo no te bastará.

Ella arqueó una ceja, con esa chispa desafiante que me volvía loco.

—Eso lo veremos, Benedetti.

Y entonces, entre besos y caricias, nos dejamos caer juntos, perdidos en el calor del fuego y en el nuestro. Cada palabra, cada roce, cada mirada fue una batalla y una rendición. Y mientras sus labios reclamaban los míos con hambre, yo comprendí que, aunque ella insistiera en llamarlo deseo, para mí era la condena más dulce: me estaba enamorando perdidamente de Mika, sin remedio y sin retorno.

Abrí los ojos con la luz tenue de la chimenea apagándose. La sala estaba en silencio, el sofá frío a mi lado. Extendí la mano buscando

su piel, pero solo encontré el vacío.

—Mika… —murmuré, incorporándome.

Nada.

Me levanté de golpe, recogiendo mi chaqueta del suelo. Caminé por el pasillo del castillo, revisé cada rincón como un tonto, convencido de que se había escondido para hacerme rabiar. Pero no. No estaba.

La encontré solo en el eco de mi memoria: su risa, sus labios, el calor de su cuerpo junto al mío.

Un par de horas después, con el amanecer colándose por las ventanas altas del castillo, marqué el número de Noah. Contestó con la voz cargada de sueño y un poco de molestia.

—¿Qué pasa, Richard? —dijo desde el otro lado de la línea.

—¿Dónde están? —pregunté directo, apretando la mandíbula.

Hubo un silencio breve antes de que respondiera.

—Ya nos fuimos. Yo estoy en New Jersey con Mónica, Jeremy y Sara… pero Mika y Cale regresaron a Denver, con la familia de su mamá. Tenían que terminar el año escolar allá.

Sentí un nudo en el pecho.

—¿Y no pensaron en avisar?

Noah suspiró.

—Tú sabes cómo es Mika. No se despide.

Me dejé caer en la cama del cuarto, sosteniendo el teléfono contra mi oído.

—No, Noah. Yo la conozco demasiado bien.

No tardé en decidirme. Si estaba en Denver, allá iba yo. Tomé el primer vuelo disponible y, al llegar, el aire de la ciudad me recibió con una mezcla de frío y un peso extraño, como si estuviera entrando en territorio enemigo.

El barrio donde vivía con su familia materna era un contraste brutal con el caos libre que ella desprendía. Una casa impecable, cortinas blancas, un crucifijo enorme en la sala de estar. El ambiente olía a incienso y a normas estrictas.

Cuando la vi salir, con uniforme escolar y la mirada baja, comprendí lo que pasaba. Esa casa estaba diseñada para apagarla.

Me acerqué, ignorando las miradas de los vecinos.

—Mika —la llamé, con voz firme.

Ella levantó la cabeza, sorprendida. Por un instante, en sus ojos brilló el recuerdo de la noche anterior. Pero enseguida se cerró en sí misma.

—¿Qué haces aquí, Richard? —preguntó, cruzándose de brazos.

—Vine por ti. —Di un paso más cerca—. No pienso dejar que desaparezcas de mi vida como si nada.

Ella soltó una risa nerviosa, mirando alrededor, como si temiera que alguien los viera.

—¿Estás loco? Mi familia no tolera ni que llegue tarde de la escuela. Si me ven hablando contigo, me van a encerrar en un convento.

Me acerqué un poco más, bajando la voz.

—Que lo hagan. Que intenten lo que quieran. Yo no me canso de decirte lo mismo: me gustas, Mika. Desde siempre.

Ella apretó los labios, intentando aparentar dureza.

—No entiendes… —susurró—. Aquí no soy yo, Richard. Aquí soy lo que ellos quieren que sea. Y eso significa que no puedo estar

contigo.

—Pues aprende esto —repliqué, mirándola directo a los ojos—: yo no quiero a la Mika que ellos inventaron. Yo quiero a la Mika que se rio en mi sofá a los diez años, la que incendió la fiesta en Italia, la que me volvió loco frente a una chimenea. Esa eres tú, y no voy a dejar de recordártelo.

Ella bajó la mirada, con los puños cerrados.

—¿Por qué eres tan terco? —preguntó en un murmullo.

—Porque me enamoré de ti —contesté sin rodeos—. Y no pienso soltar esa verdad aunque tú la niegues.

Por un segundo, vi sus ojos humedecerse. Pero enseguida dio media vuelta, alejándose hacia la puerta de la casa.

—Una noche, Richard —dijo sin mirarme—. Te lo advertí.

La vi desaparecer detrás de esa puerta, sabiendo que sus palabras eran un muro… pero también que sus ojos me habían dicho otra cosa.

Y mientras me quedaba solo en la calle, con el corazón ardiendo, supe que esa sería mi batalla: perseguirla una y otra vez, aunque el mundo entero me gritara que renunciara.

No me rendí. Aunque me cerrara la puerta en la cara, aunque me dijera que fue solo una noche, yo seguí buscándola. Denver se convirtió en un laberinto de excusas y escondites donde Mika y yo éramos cómplices silenciosos de algo que nadie debía descubrir.

A veces era en los pasillos de la escuela, donde fingía ignorarme frente a todos, pero me dejaba una nota doblada en mi bolsillo: *"Medianoche. El parque viejo."* Otras veces eran escapadas nocturnas, donde nos encontrábamos a escondidas, ella con la adrenalina brillando en sus ojos y yo con el corazón dispuesto a entregarse más cada vez.

—Estás loco, Richard —me dijo una noche mientras subíamos a la azotea de un edificio viejo, riendo entre susurros—. Si mi familia supiera que estoy aquí contigo, me entierran viva.

—Que me entierren a mí también —respondí, tomándola de la mano —. Porque si esto es locura, quiero enloquecer a tu lado.

Ella se rio, esa risa libre que era su verdadera esencia. Pero después, siempre después, se ponía seria y me apartaba con suavidad.

—No te ilusiones. Yo no nací para enamorarme.

—Entonces invéntate otra razón para verme cada noche —le contestaba—, porque yo no pienso dejar de buscarte.

Todo parecía un juego prohibido hasta que llegó la noticia que partió todo en dos. La madre de Mika se había quitado la vida. Nadie entendía el porqué, nadie encontró una nota. Solo silencio, murmullos y un funeral lleno de lágrimas.

Recuerdo verla de lejos, con Cale a su lado, rígida como una estatua mientras los demás lloraban desconsolados. No derramó una lágrima. Su mirada estaba perdida, rota, y yo lo supe: estaba conteniendo un dolor que ningún abrazo podía aliviar.

Cuando logré acercarme, al salir del cementerio, ella me miró con esa dureza que usaba como armadura.

—No me sigas, Richard —dijo, con voz firme.

—No me pidas eso —le respondí, acercándome un paso—. ¿Por qué te empeñas en alejarme?

Ella tragó saliva, y por primera vez vi que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Porque mi padre la mató. —Su voz se quebró, pero no bajó el tono —. Tal vez no con un arma, pero fue su culpa. Sus engaños, sus golpes, sus palabras. Todo eso la empujó al suicidio.

Yo la escuché sin interrumpirla, sintiendo cómo me desgarraba cada palabra.

—Y yo no pienso repetir la historia —continuó, con la rabia contenida —. No voy a enamorarme de un hombre para terminar como ella. Prefiero ser libre, aunque sola, antes que acabar rota.

Me dolió, porque en su rechazo había verdad, miedo y heridas que yo no podía sanar. Pero aun así, no me moví.

—No soy tu padre —le dije, con voz temblorosa pero decidida—. Y no pienso hacerte daño. Mika, te juro que si hace falta me paso la vida entera demostrándotelo.

Ella negó con la cabeza, retrocediendo un paso.

—No lo entiendes… —susurró—. No quiero necesitar a nadie.

—Pues quédate con tu libertad —repliqué, con lágrimas ardiéndome en los ojos—. Pero entiende esto: yo no voy a renunciar.

Hubo un silencio pesado entre nosotros, roto solo por su respiración agitada. Al final, se dio la vuelta y se fue, caminando rápido hacia donde la esperaba Cale.

La vi alejarse, con el viento levantando su abrigo negro, como si fuera un espectro escapando de mi alcance. Y en ese instante, apreté los puños y lo juré en silencio:

Voy a perseguirte siempre, Mika. Aunque me cierres las puertas, aunque me odies por insistir. Porque te amo, y no pienso rendirme hasta que cedas.

Ese fue el día en que entendí que nuestra historia apenas estaba comenzando, y que sería tan caótica y dolorosa como la risa de esa niña que un día me robó el corazón para no devolverlo nunca.

AGRADECIMIENTO

A quienes creyeron en mí cuando esto aún era solo una idea borrosa: A mi tía, que me cuida desde el cielo… porque fue ella quien sembró en mí el impulso de escribir, primero cuentos, luego historias que ya no supe cómo detener.

A mi hermano, por su apoyo incondicional, incluso en los momentos en los que ni yo misma sabía hacia dónde iba.

A mi mamá, por escuchar cada palabra, cada escena, cada locura, como si ya fueran un libro terminado.

A mis amigos, por empujarme a convertir un sueño en algo real.

Y a él… porque sin sus enseñanzas, esta historia no tendría un corazón como el de los Benedetti.

Una familia que vive bajo tres reglas esenciales:
no mentir,
no traicionar,
no engañar.

© https://www.wattpad.com/story/342268404-mierda-me-enamore-de-ti

®@EzsmeRaldaDominguez

SAGA BENEDETTI

Un viaje de amor, traición y poder que marca generaciones.

Desde el primer flechazo imposible en Mierda, me enamoré de ti, hasta las decisiones que desgarran en Carajo, te elijo a ti.
De las alianzas peligrosas en Joder, cásate conmigo, al legado que pesa sobre los herederos en Idiota, te amo.
Y ahora, la quinta entrega: Mierda, soy tuyo, donde Allison Isabella Benedetti descubre que el apellido también se defiende con el corazón.

Romance, drama e intriga empresarial se entrelazan en una historia donde el apellido se honra con la vida, y el amor exige ser peleado hasta el final.

CARAJO, TE ELIJO A TI

Una historia que nace del caos y la soledad, donde el destino une a dos almas que creían tenerlo todo claro, pero estaban más perdidos de lo que imaginaban.
Noah Benedetti, el chico de mirada seria, de corazón marcado por las cicatrices del abandono y el miedo a quedarse solo. Un capitán en el campo, un soldado de la vida... pero prisionero de sus propios fantasmas.
Alicia Thompson, la pequeña torbellino de un metro cincuenta, una sonrisa que esconde sus propias heridas, esa alegría que grita lo que su corazón calla: que el miedo a la soledad puede ser tan fuerte como el amor mismo.
Entre discusiones, celos, miradas que no pueden evitar buscarse,

abrazos que derriban muros y silencios que lo dicen todo, juntos descubrirán que el verdadero reto no es enamorarse... es elegir quedarse.
Una historia de amistad, dolor, segundas oportunidades y esa chispa que, cuando enciende, arde para siempre. Porque carajo, a veces el corazón no pregunta... solo elige.

JODER, CASATE CONMIGO

Noah se fue a Boston con 21 años, persiguiendo el sueño de cualquier joven: brillar en la NFL, dejar huella, construir un futuro. Pero en su ambición, en su carrera desenfrenada, perdió de vista lo más valioso: a ella. A Alicia. La única capaz de sostener sus pedazos rotos, la que lo amó sin condiciones.

Ahora, con 24 años, Noah regresa. Más hombre, más seguro de sí mismo, pero con un peso en el alma: el de las palabras no dichas y los silencios que desgarraron. Regresa no como el chico que se fue, sino como el hombre que lo arriesgará todo para recuperar el amor que dejó atrás.

Alicia, con 22 años, ya no es la misma joven que lo miraba como si él fuera el mundo entero. El torbellino de energía sigue ardiendo en ella, pero ahora lleva un escudo que Noah jamás pensó que tendría que enfrentar: un carácter gruñón, irónico y desafiante... pero solo con él. Ahora, es Alicia quien ha construido muros. Es Alicia quien necesita ser conquistada.

Entre el pasado y el presente, entre los recuerdos de noches compartidas, promesas susurradas y días que se creían eternos, ambos deberán encontrar el camino de vuelta. Noah tendrá que luchar no solo contra el orgullo de Alicia, sino contra las huellas que sus años de ausencia dejaron. Y Alicia deberá decidir si el amor verdadero merece una segunda oportunidad... o si el pasado debe

quedarse enterrado.

Joder, Cásate Conmigo es la historia de un reencuentro cargado de heridas, deseo, ternura y lucha. Un grito al amor que sobrevive al tiempo. Un viaje donde los dos deberán aprender que no basta con amar: hay que elegir al otro, una y otra vez, hasta el final.

IDIOTA, TE AMO

IDIOTA, TE AMO
Una historia sobre lo que se rompe... y lo que se queda.

Noah Benedetti levantó un imperio desde el caos. Pero ni el poder ni la estrategia lo prepararon para la paternidad de tres hijos y la llegada de una hija más, ni para el amor feroz y absoluto que siente por Alicia, su esposa y su hogar. Juntos cargan el peso de un apellido marcado por guerras y traiciones, y descubren que la verdadera herencia está en sus hijos.

Porque los herederos ya no son niños.
Nicolás enfrenta la pérdida y el desafío de amar otra vez.
Gael se rebela contra la idea de ser "el gemelo tranquilo".
Thiago carga la dualidad de sus ojos y de su destino.
Allison, la menor, promete desafiarlo todo.

Y mientras tanto, el nombre de Blake Møller resurge desde las sombras. Para Fiorella Vargas, que lo amó en secreto y lo perdió en Cuba, significa volver a elegir: ¿enterrar lo que siente o seguirlo hasta el infierno?

Idiota, te amo es la entrega más cruda, íntima y humana de la saga. Porque a veces, amar a un idiota... es lo más valiente que puedes hacer.

MIERDA, SOY TUYO

PROXIMAMENTE EN WATTPAD